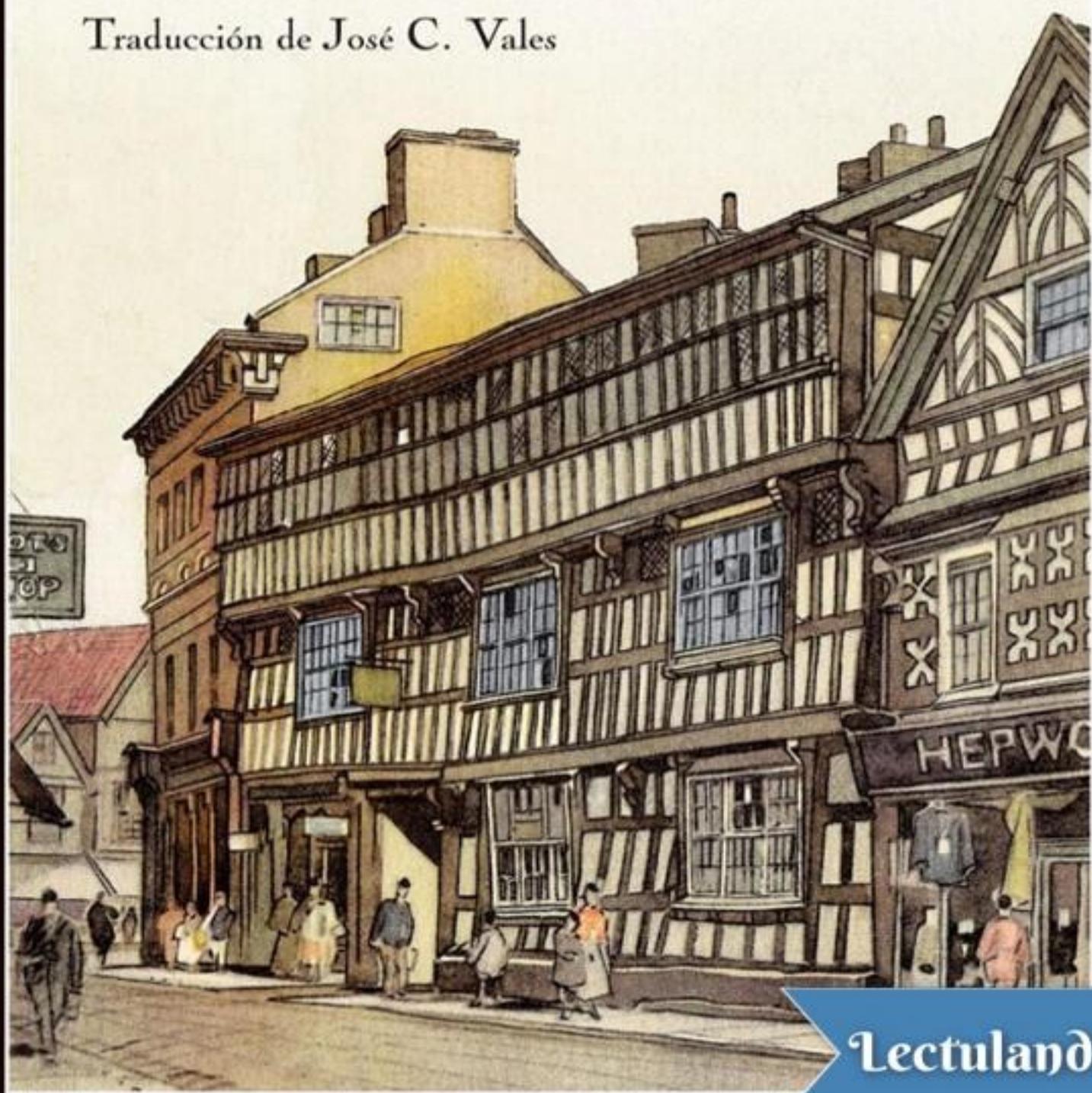


EDMUND CRISPIN

La juguetería errante
Un misterio para Gervase Fen

Traducción de José C. Vales



Lectulandia

Cuando el poeta Richard Cadogan decide pasar unos días de vacaciones en Oxford tras una discusión con el avaro de su editor, poco puede imaginar que lo primero que encontrará al llegar a la ciudad, en plena noche, será el cadáver de una mujer tendido en el suelo de una juguetería. Y menos aún que, cuando consigue regresar al lugar de los hechos con la policía, la juguetería habrá desaparecido y, en su lugar, lo que encontrarán será una tienda de ultramarinos en la que, naturalmente, tampoco hay cadáver. Cadogan decide entonces unir fuerzas con Gervase Fen, profesor de literatura inglesa y detective aficionado, el personaje más excéntrico de la ciudad, para resolver un misterio cuyas respuestas se les escapan. Así, el dúo libresco tendrá que enfrentarse a un testamento de lo más inusual, un asesinato imposible, pistas en forma de absurdo poema, y persecuciones alocadas por la ciudad a bordo del automóvil de Fen, Lily Christine III.

La juguetería errante es un clásico de la novela de detectives inglesa, considerado unánimemente una de las cumbres indiscutibles del género.

Lectulandia

Edmund Crispin

La juguetería errante

Gervase Fen - 3

ePub r1.2

Titivilius 03.02.15

Título original: *The Moving Toyshop*
Edmund Crispin, 1946
Traducción: José C. Vales
Diseño de cubierta: Enrique Redel

Editor digital: Titivilius
Corrección erratas: Stonian
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



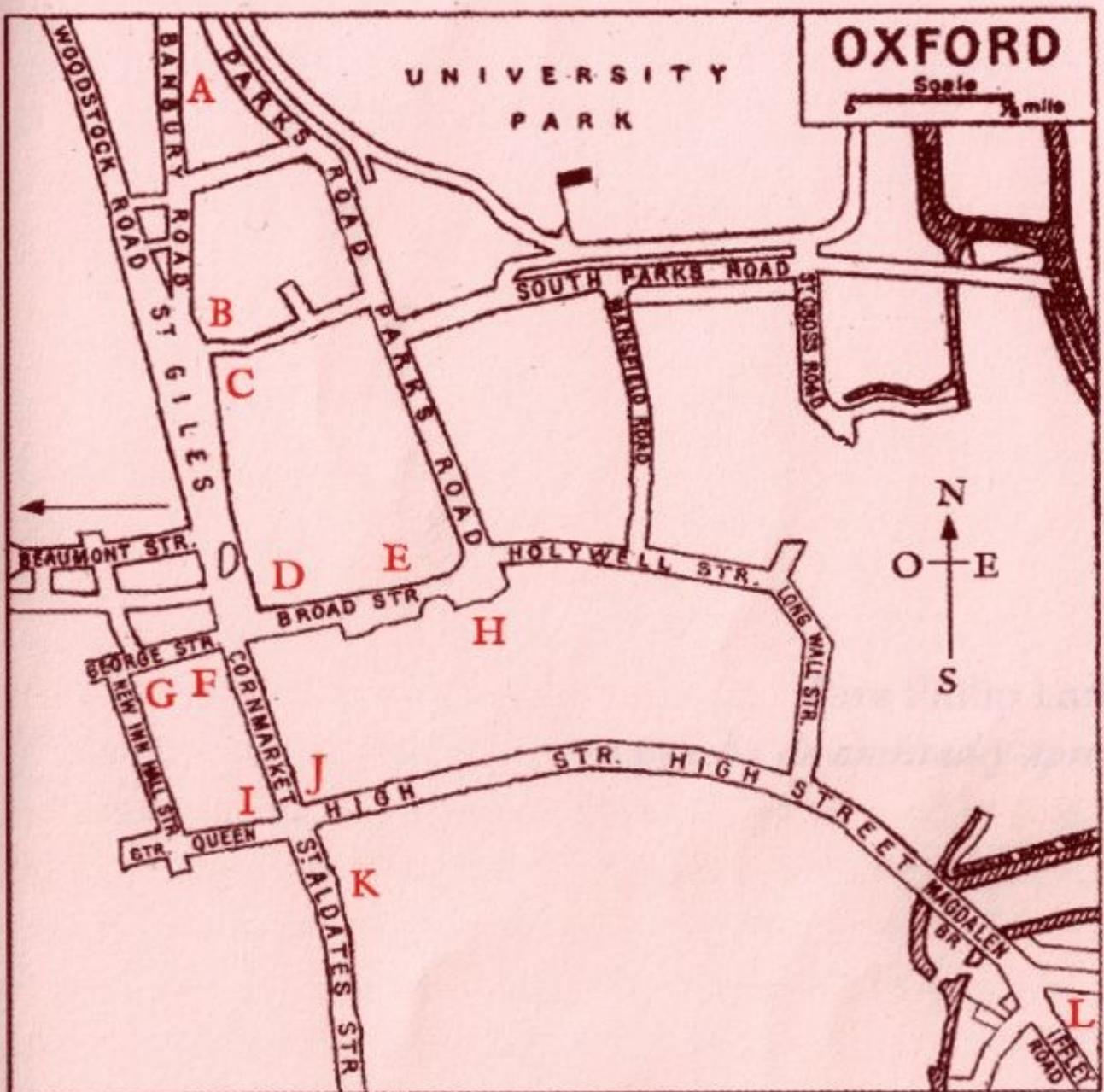
No todos los alegres espectáculos vivos pueden compararse a un cuerpo
muerto.

CHARLES WESLEY, *Ante la visión de un cadáver*



Nadie, salvo los crédulos más obtusos, supondrá que los personajes y los acontecimientos de esta historia pueden ser otra cosa que ficticios. Es cierto que la vetusta y noble ciudad de Oxford es, de todas las poblaciones de Inglaterra, la progenitora más probable de acontecimientos y personajes improbables. Pero todo tiene sus límites.

E. C



Leyenda

A · Juguetería (2ª posición)
 B · St. Christopher
 C · St. John
 D · Balliol
 E · Trinity
 F · Lennox

G · The Mace & Sceptre
 H · Sheldonian
 I · Oficina de Rosseter
 J · Mercado
 K · Policía
 L · Juguetería (1ª posición)

*Para Philip Larkin,
en prueba de amistad y aprecio^[1].*

EL EPISODIO DEL POETA FISGÓN

Richard Cadogan sacó su revólver, apuntó con cuidado y apretó el gatillo. La explosión rasgó el silencio del pequeño jardín y, como las ondas concéntricas que van haciéndose cada vez más grandes cuando una piedra cae en el agua, generó alarmas y perturbaciones de intensidad progresivamente menor a lo largo de todo el barrio de St. Johns Wood. De los árboles cenicientos, con sus hojas pardas y doradas en el atardecer otoñal, se elevaron bandadas de pájaros asustados. En la distancia, un perro comenzó a aullar. Richard Cadogan se acercó lentamente a la diana y la escudriñó con gesto resignado. No había ni rastro de marca de ningún tipo.

—He fallado —dijo pensativamente—. Extraordinario... El señor Spode —de Spode, Nutling & Orlick, editores de literatura de primera categoría— hizo tintinear algunas monedas en el bolsillo de su pantalón, seguramente para llamar la atención.

—El cinco por ciento de los primeros mil —apuntó—. Y el siete y medio por ciento de los segundos mil. No vamos a vender más de eso. Sin adelanto. —Y tosió de mentira.

Cadogan regresó a su posición inicial, inspeccionando el revólver y frunció levemente el ceño.

—Uno no debería apuntar, desde luego —dijo—. Debería uno disparar sin apuntar.

Era delgado, de rasgos afilados, con cejas superciliares y unos gélidos ojos negros. Esta apariencia calvinista suya contradecía su carácter, puesto que en realidad era un hombre muy amigable, poco envarado y romántico.

—Las condiciones te resultarán aceptables, supongo —concluyó el señor Spode—. Son las habituales. —De nuevo dejó escapar su pequeña tosecilla nerviosa. El señor Spode odiaba hablar de dinero.

Inclinado en ángulo recto, Cadogan leía ahora un libro que yacía a sus pies, en la hierba seca y descuidada.

—«En cualquier disparo con pistola» —leyó— «el tirador debe mirar al objetivo, y no a la pistola.» No. Quiero que me des adelanto. Cincuenta libras por lo menos.

—¿De dónde te viene esa manía por las pistolas?

Cadogan se enderezó con un leve suspiro. Sintió que su cuerpo acusaba cada uno de los meses de sus treinta y siete años.

—Mira —dijo—. Centrémonos en el asunto, que no estamos en una obra de Chéjov. Te estás saliendo por la tangente. Lo único que he hecho es pedirte un adelanto por el poemario: cincuenta libras.

—Es que... Nutling... Orlick... —El señor Spode agitó las manos con desasosiego.

—¡Tanto Nutling como Orlick son absolutamente falsos e imaginarios, lo sabes

perfectamente! —Richard Cadogan le miró inflexible—. Son unos chivos expiatorios que te has inventado para que carguen con las culpas de tu propia mezquindad y tu filisteísmo. Y aquí estoy yo, consensuado universalmente como uno de los tres poetas vivos más eminentes de Inglaterra, con tres libros consagrados a mí (todos espantosos, cierto, pero eso ahora no importa), y una figura largamente elogiada en todos los manuales de literatura moderna.

—Sí, sí... —El señor Spode levantó la mano como quien intenta parar un autobús—. Desde luego, eres muy conocido. Sí. —Tosió nerviosamente—. Pero, por desgracia, eso no significa que haya mucha gente dispuesta a comprar tus libros. El público es totalmente inculto, recuerda, y la editorial no es tan próspera como para poder permitirse el esfuerzo...

—Mira, he decidido que me voy de vacaciones, y *necesito dinero*. —Cadogan espantó un mosquito que llevaba un rato dando vueltas alrededor de su cabeza.

—Sí, desde luego. Pero tal vez... si escribieras algunas baladas líricas más...

—Permíteme informarte, mi querido Erwin —y aquí Cadogan le dio al editor varios golpecitos admonitorios en el pecho—, que me he tirado *dos meses* empantanado en una balada lírica porque no se me ocurría una buena rima para la palabra «británico».

—Pánico... —sugirió el señor Spode con un murmullo.

Cadogan le lanzó una mirada de desprecio.

—Aparte de eso —continuó—, me siento completamente asqueado; estoy cansado de tener que ganarme la vida con esas malditas baladas líricas. Puede que no me quede más remedio que seguir financiando a mi anciano editor —y volvió a darle un par de golpecitos en el pecho al señor Spode—, pero todo tiene sus límites.

El señor Spode se secó el sudor de la cara con un pañuelo. Su perfil era casi un semicírculo perfecto: su frente se elevaba y retrocedía hacia su coronilla calva, la nariz se curvaba hacia delante como un garfio, y la barbilla se replegaba hacia atrás, frágil y lamentable, hacia el cuello.

—Quizá... —se aventuró—, ¿veinticinco libras...^[2]?

—¡Veinticinco libras! ¡Veinticinco libras! —Cadogan sacudió el revólver ante su cara con gesto amenazante—. ¿Cómo demonios me voy a ir de vacaciones con solo veinticinco libras? Me estoy haciendo viejo, mi buen Erwin. Estoy asqueado ya de St. Johns Wood. Hace tiempo que no se me ocurre ni una sola idea nueva. Necesito un cambio de aires: gente nueva, emociones, aventuras. Soy como Wordsworth en sus últimos años. Estoy viviendo de mi exiguo capital espiritual.

—Wordsworth en sus últimos años... —dijo entre risillas el señor Spode, y luego, sospechando que había incurrido en una falta de educación, enmudeció de repente.

Pero Cadogan continuó su homilía sin prestarle atención.

—En realidad, lo que me apetece es escribir una novela. ¡Por eso es por lo que estoy aprendiendo a disparar un revólver! Y por eso también es por lo que probablemente te dispararé con él si no me haces caso de una vez y me das mis

cincuenta libras. —El señor Spode retrocedió aterrorizado—. Noto que me estoy convirtiendo en un vegetal. Me estoy haciendo viejo antes de tiempo. Incluso los dioses envejecieron cuando Freyja^[3] fue secuestrada y no pudo cuidar de las manzanas de oro. Y tú, mi querido Erwin, deberías financiarme unas vacaciones de lujo, en vez de andar regateándome cincuenta libras de ese modo tan miserable.

—A lo mejor te gustaría venir a pasar conmigo unos días en Caxton's Folly.

—¡Caxton's Folly! ¿Puedes proporcionarme aventura, emoción y mujeres bonitas?

—Qué picarón... —dijo el señor Spode—. Hombre, está mi mujer... —Bien pensado, no habría sido completamente reacio a sacrificar a su mujer con el fin de propiciar la regeneración de un eminente poeta; o, si le apuraban, a sacrificarla a cualquier persona por cualquier otra razón. Elsie podía ser a veces una mujer de lo más difícil...—. Y luego —añadió esperanzadamente—, está lo de esa gira de conferencias por América...

—Erwin, ya te he dicho que no me vuelvas a mencionar eso. ¡No voy a dar conferencias! ¡Ni hablar! —Cadogan comenzó a caminar a grandes zancadas, arriba y abajo, por el césped. El señor Spode se percató tristemente de que una pequeña coronilla calva empezaba a asomar entre la densa mata de pelo oscuro del poeta—. Sencillamente no me apetece dar conferencias. Me niego a dar conferencias. No es América lo que necesito; es Poictesme, o Logres^[4]. Repito: me estoy haciendo viejo, veo que voy directo a la decrepitud. Que conste que actúo lo más reflexivamente que puedo. Solamente estoy pensando en mi futuro. Esta misma mañana, sin ir más lejos, me he sorprendido a mí mismo pagando una factura en cuanto me la pusieron delante. ¡Esto no puede continuar! En otra época me habría comido el corazón vivo de un niño por recuperar mi juventud perdida. Pero tal y como están las cosas... —se detuvo junto al señor Spode, y le dio un palmetazo en la espalda con tanto entusiasmo que el desafortunado caballero estuvo a punto de caer de bruces al suelo—, ¡creo que me iré a Oxford!

—Oxford... Oh. —El señor Spode recobró momentáneamente su presencia de ánimo. Se alegraba de aquel aplazamiento temporal de las embarazosas exigencias comerciales que Cadogan le imponía—. Magnífica idea. A veces me arrepiento de haber trasladado el negocio a Londres, aunque hace ya un año de eso... Uno no puede por menos que sentir un poco de nostalgia después de haber vivido tanto tiempo en esa ciudad. —Se dio unos golpecitos complacientes en el elegante chaleco de color petunia que encorsetaba su pequeña y rolliza figura, como si aquel sentimiento de algún modo redundara en su propio crédito.

—Y tienes buenas razones para ello. —Cadogan frunció sus patricios rasgos en una mueca de enorme severidad—. ¡Oxford, flor de las ciudades todas! ¿O era Londres? Bueno, no importa, da igual.

El señor Spode se rascó la punta de la nariz con gesto dubitativo.

—Ah, Oxford —continuó Cadogan con aire de rapsoda—; ciudad de campanarios

de ensueño, donde resuena el eco del cuco, preñada de campanas (hasta el punto de volver loco al más pintado), encantada por las alondras, atormentada por los grajos y rodeada de ríos. ¿Te has parado a pensar alguna vez hasta qué punto el genio de Hopkins consistía precisamente en colocar las palabras en un orden equivocado^[5]? Oxford... guardaría de la florida juventud. No, esa era Cambridge, pero lo mismo da. Por supuesto. —Cadogan agitó su revolver con gesto didáctico delante de los aterrorizados ojos del señor Spode—, yo odiaba Oxford cuando vivía allí, en mi época universitaria. Me resultaba una ciudad triste, infantil, mezquina e inmadura. Pero estoy decidido a olvidarme de todo eso. Regresaré a sus brazos con una mirada plena de lacrimógena melancolía, y emocionadamente boquiabierto. Para todo lo cual —su voz se tornó acusadora— *¡necesitaré dinero!* —El alma se le vino a los pies al señor Spode—. Cincuenta libras.

El señor Spode tosió.

—Realmente no creo que...

—¡Don Murgas Nutling...! ¡Don Desaparecido Orlick...! —exclamó Cadogan con entusiasmo. Agarró al señor Spode por el brazo—. Iremos dentro y lo hablaremos con un trago de por medio para tranquilizarnos un poquito. Dios, voy a hacer la maleta, a coger el tren. ¡Me voy a Oxford! ¡Otra vez...!

Lo discutieron. El señor Spode era bastante sensible al alcohol y además, detestaba discutir de dinero. Cuando finalmente se fue, en el registro de su chequera constaba la suma de cincuenta libras, pagaderas al señor Richard Cadogan. Así que el poeta se salió con la suya en aquella ocasión, como cualquiera que no estuviera absolutamente ciego por los prejuicios podría haber imaginado.

Cuando su editor se marchó, Cadogan amontonó algunas cosas en un maletín, dio instrucciones implacables a su criado y partió hacia Oxford sin dilación, a pesar de que ya eran las ocho y media de la tarde. Como no podía permitirse el lujo de mantener un coche, viajó en metro hasta Paddington, y una vez allí, después de consumir varias pintas de cerveza en el bar de la estación, se montó en el tren con dirección a Oxford.

No era un tren directo, pero no le importó. Estaba exultante por el hecho de que, durante un tiempo, podría librarse de las agónicas y odiosas incursiones en la Edad Media, del aburrimiento vital en St. Johns Wood, de la pesadez de las veladas literarias, de los inanes cotilleos de sus conocidos. A pesar de su fama literaria, lo cierto es que la suya era una existencia solitaria y, así le parecía en ocasiones, incluso inhumana. Desde luego, no era tan optimista como para creer, en lo más profundo de su corazón, que aquellas vacaciones, con sus placeres y sus disgustos, serían muy distintas a otras cualesquiera de que hubiera disfrutado antes. Pero se alegró al descubrir que no había ido tan lejos en la sabiduría y la desilusión como para ser completamente inmune a los dulces encantos del cambio y la novedad. Fand todavía

le hacía señas desde las blancas crestas del océano; al otro lado de las distantes montañas aún florecían las rosaedas de las Hespérides, y las flores-doncellas cantaban en el jardín encantado de Klingsor^[6]. Así que sonrió alegremente, lo cual motivó que sus compañeros de viaje lo observaran con recelo, y, cuando el compartimento quedó vacío, cantó y dirigió orquestas imaginarias.

En Didcot, un mozo de estación recorrió todo el andén junto al tren gritando: «¡Fin de trayecto!». Así que se apeó. Ya era cerca de la medianoche, y sobre el cielo lucía una luna pálida, con algunas nubecillas hechas jirones que deambulaban por delante de ella. Después de preguntar, se enteró de que poco después saldría un tren que le llevaría a Oxford. Algunos otros pasajeros, pocos, se habían quedado abandonados a su suerte en la estación, igual que él. Deambulaban arriba y abajo por el andén, hablando en voz baja, como si estuvieran en una iglesia, o se arracimaban en los bancos de madera. Cadogan se acomodó sobre un montón de sacas de correo hasta que vino un mozo y lo hizo levantar de allí. La noche era cálida y apacible.

Después de un rato que se le hizo eterno, un tren llegó a la estación, y todos los pasajeros se subieron a él. Pero entonces otro mozo de estación volvió a gritar: «¡Fin de trayecto!», así que los mismos que habían subido se bajaron de nuevo y observaron cómo las luces del tren se iban apagando, vagón por vagón. Cadogan preguntó a un mozo a qué hora se esperaba que llegara el tren para Oxford, y el mozo le remitió a otro mozo, al parecer más veterano. Esta *autoridad*, a la que encontró tomando té en la oficina, afirmó —sin mostrar ningún signo aparente de vergüenza— que aquella noche no saldría ningún otro tren para Oxford. La declaración provocó cierta controversia en un tercer mozo, que mantuvo que el convoy de las 11.53 aún no había llegado, pero entonces el mozo que bebía té señaló que desde el día anterior ya no circulaba el convoy de las 11.53, y, es más, que ya no volvería a circular nunca. Mientras hablaba, daba reiterados y violentos puñetazos en la mesa para enfatizar aquel detalle. El tercer mozo, aun así, no parecía muy convencido. En cualquier caso, Cadogan encomendó a un muchacho bastante canijo y de ojos soñolientos que fuera a consultar tal extremo con el maquinista del tren que acababa de llegar, y este confirmó que ya no saldrían más trenes hacia Oxford aquella noche. Además el muchacho añadió, con poco ánimo de servicio, que ya hacía dos horas que todos los autobuses habían dejado de circular.

Frente a aquellos desagradables imponderables, el entusiasmo de Cadogan por sus vacaciones comenzó a desvanecerse a ojos vista; pero rápidamente se sacudió aquel sentimiento, que representaba la vergonzante constatación de un deseo medieval de comodidades y bienestar. Los otros pasajeros, protestando amargamente, habían partido en busca de habitación en algún hotel, pero él decidió dejar en la estación su bolsa de viaje y enfilarse en la carretera de Oxford con la esperanza de que un coche rezagado o un camión le acercara a su destino. Mientras caminaba admiró el efecto de la débil palidez de la luz de la luna en las feas casas de ladrillo, con sus diminutos caminillos asfaltados, sus verjas de hierro, y sus cortinas de ganchillo, y en las

estrelladas ventanas de las capillas metodistas. Sintió, también, algo de aquella elevación del espíritu, extrañamente desapasionada, que él sabía que significaba la poesía, pero era consciente de que tales emociones son como bestias asustadizas, y por el momento no les prestó ninguna atención, por temor a espantarlas.

Tanto los coches como los camiones, al parecer, se mostraban reacios a detenerse —esto ocurría en 1938, y los británicos motorizados sufrían una de sus periódicas y características olas de temor respecto a los robos de vehículos—, pero sucedió que un enorme cuatro ejes se detuvo ante sus gestos, y Cadogan se subió a él. El conductor era un hombre alto y taciturno, de ojos enrojecidos y cansados previsiblemente de tanta conducción nocturna.

—Me temo que el Viejo Marinero era mejor que yo en esto —dijo Cadogan alegremente mientras reiniciaban la marcha—. Al menos él se las arregló para parar a uno de cada tres que pasaban^[7].

—Algo leí yo de eso en la escuela —contestó el camionero después de una considerable pausa para pensarse la respuesta—. «*Y mil, mil cosas asquerosas seguían vivas y yo también*»^[8]. Y a eso lo llaman poesía... —dijo, y escupió despectivamente por la ventanilla.

Un tanto desconcertado, Cadogan evitó contestar. Ambos permanecieron en silencio mientras el camión cruzaba a toda pastilla las afueras de Didcot y se adentraba en campo abierto. Unos diez minutos después...

—*Libros* —continuó el camionero—. Yo soy un gran lector, ¿sabe usted? Lo soy. Poesía no. Me gustan más los libros de historias de amor y de crímenes. Soy socio de una de esas... —lanzó un gran suspiro; con un enorme esfuerzo sufrió los trabajos del parto mental y finalmente dio a luz—: ¡una biblioteca ambulante de esas! — Súbitamente se puso melancólico—. Pero estoy harto ya de eso. Ya me he leído todo lo bueno que tienen.

—¿Son libros un poco engréidos a lo mejor?

—El otro día pillé uno bueno, vaya que sí. *El amante de lady Nosequién*. Ese era de los buenos, de los de antes, ya me entiende... —Se dio una palmada en el muslo y resopló lascivamente.

Algo asombrado ante aquellas demostraciones de alta cultura, Cadogan volvió a quedarse sin palabras. Continuaron su marcha, con las luces frontales resaltando matemáticos fragmentos de los setos que pasaban veloces a ambos lados. En una ocasión, un conejo, deslumbrado por el resplandor, se quedó quieto y los miró asombrado durante tanto rato que a duras penas pudo escapar de las ruedas.

Al final de otra larga pausa —quizá de un cuarto de hora—, Cadogan dijo con alguna reticencia:

—He tenido un viaje espantoso desde Londres. Un tren muy lento. Se paraba en cada poste de telégrafo... como un perro.

Al oír aquello, el camionero, tras una pausa de sincera concentración, comenzó a reírse. Se rio tan inmoderadamente y durante tanto rato que Cadogan temió que fuera

a perder el control del vehículo en alguna curva. Antes de que aquello pudiera ocurrir, en todo caso, afortunadamente llegaron al cruce de Headington, y se detuvieron con un violento chirrido de frenos.

—Tengo que dejarle aquí, amigo —dijo el camionero, aún hipando con carcajadas silenciosas—. No entro en la ciudad. Si baja usted caminando la cuesta de ahí, se plantará en Oxford en medio minuto.

—Gracias —dijo Cadogan. Descendió a la calzada—. Muchas gracias. Y que tenga buena noche.

—Buenas noches —dijo el camionero—. Así que como un perro, ¿eh? Ja, ja, eso es bueno, muy bueno. —Apretó el acelerador de un modo que produjo un ruido como el de un elefante aplastando un árbol, y se largó, riéndose a carcajadas.

El cruce, con sus luces dispersas, se quedó de lo más solitario después de que el ruido del camión hubiera dejado de oírse. Por primera vez se le pasó por la cabeza a Cadogan que no tenía ni idea de dónde iba a dormir aquella noche. Los hoteles estarían atendidos solo por los porteros de noche y los *colleges* estarían cerrados. Entonces, de repente, sonrió. ¿Quedarse sin alojamiento? ¡Esas cosas no ocurrían en Oxford! Lo único que tenía que hacer era escalar la tapia de su *college* (lo había hecho muy a menudo en los viejos tiempos, bien lo sabía Dios) y echarse a dormir en el diván de la sala de estar de cualquier estudiante. A nadie le importaría; el propietario de la estancia ni se sorprendería ni se enfadaría. Oxford es el único lugar de Europa donde un hombre puede hacer cualquier cosa e incurrir en cualquier excentricidad, y no despertar ningún interés ni emoción en absoluto en nadie. ¿En qué otra ciudad —se preguntó Cadogan, recordando sus tiempos de licenciatura— puede uno endilgarle a un policía un discurso sobre epistemología a altas horas de la noche y ser escuchado sin un ápice de indignación ni suspicacia?

Emprendió la marcha, dejó atrás las primeras tiendas, pasó por delante de un cine tras cruzar por un semáforo que parpadeaba, y de ese modo descendió la larga y tortuosa cuesta. A través de un claro entre los árboles tuvo su primera visión del Oxford que él recordaba: a la dudosa luz de la luna, parecía una ciudad sumergida en una sima, con sus torres y sus campanarios erguidos fantasmagóricamente como los túmulos funerarios de los atlantes perdidos, sumidos en las profundidades. Una diminuta lucecita amarilla centelleó durante unos segundos, parpadeó y se apagó. En la callada atmósfera escuchó débilmente el sonido de una solitaria campana dando la una; fue la precursora de otras muchas que se unieron en un carillón fantasmal, como las campanas de la catedral hundida del mito bretón, medidas momentáneamente por las verdosas y profundas corrientes oceánicas. Y luego, el silencio.

Extrañamente satisfecho, continuó caminando a paso vivo, canturreando suavemente para sí... Liberado su pensamiento de cualquier idea, solo miraba a su alrededor y le gustaba lo que veía. Una vez en las afueras de Oxford se perdió un poco, y tuvo que emplear unos minutos en volver a encontrar el camino correcto. ¿Dónde estaba exactamente, en Iffley Street o en Cowley Street? Nunca había sido

capaz de tenerlo claro, ni siquiera cuando era estudiante. Siempre se hacía el mismo lío. No importaba; al final de la calle estaba el Magdalen Bridge, y High Street, la calle principal de la ciudad, y un poco más allá del St. Christopher's College, santo patrón de los viajeros^[9]. Se sintió un tanto defraudado de que su viaje concluyera con tan pocas aventuras.

Durante su caminata desde Headington, no había visto ni a un peatón ni se había cruzado con ningún vehículo; y en aquel barrio de Oxford, ciertamente respetable y bastante remilgado, los ciudadanos hacía ya mucho rato que debían de haberse ido a dormir. Atestada de tiendas a ambos lados de la acera, la calle se extendía interminable y vacía ante él. Se había levantado una leve brisa que se arremolinaba en pequeños torbellinos en las esquinas de los edificios, y que hacía ondular y agitaba delicadamente un toldo blanco que algún comerciante descuidado había dejado desplegado en la fachada de su tienda. Cadogan se fijó inopinadamente en aquel toldo mientras caminaba, entre otras cosas porque era el único que estaba así. Cuando llegó a su altura intentó descubrir a distancia el nombre del negocio, pero quedaba oculto bajo la oscuridad del toldo. Entonces le echó un vistazo a la tienda en sí. Los dos escaparates que flanqueaban la puerta de entrada tenían las persianas echadas, así que no pudo distinguir qué clase de negocio era. Movido por una tonta curiosidad, caminó hasta la puerta y la empujó. Estaba abierta.

Entonces se detuvo en seco y se pensó dos veces qué hacer a continuación. No era normal, desde luego, que un comerciante dejara su tienda sin cerrar por la noche. Por otra parte, ya era bastante tarde, y si los ladrones se le habían metido dentro, ciertamente era una desgracia, pero desde luego no era nada de su incumbencia. Probablemente el propietario viviera en la planta superior de la tienda. En ese caso, puede que agradeciera que lo despertaran y le dijeran que se había dejado la puerta abierta. O a lo mejor no. Cadogan sentía un horror reverencial a inmiscuirse en asuntos ajenos; pero al mismo tiempo notaba que la curiosidad lo estaba carcomiendo por dentro.

Retrocedió hasta la mitad de la calzada, observó los escaparates ciegos bajo el toldo durante unos instantes, y luego, tomando repentinamente una decisión, regresó junto a la puerta. Después de todo, se había embarcado en aquellas vacaciones con el deseo expreso de experimentar nuevas emociones, y la puerta de la tienda, si no era exactamente un prelude novelesco, al menos presentaba un enigma lo suficientemente extraño como para que mereciera la pena investigarlo. La empujó hasta abrirla casi por completo, y sintió un temeroso vacío en la boca del estómago cuando escuchó cómo las bisagras chirriaban ruidosamente. Era posible que acabara sorprendiendo a un ladrón en su faena, pero más probablemente, bien pensado, acabaría siendo arrestado él mismo cuando lo confundieran precisamente con un ladrón. Cerró la puerta de nuevo, tan suavemente como pudo, y luego se quedó allí dentro, en la oscuridad, completamente quieto, escuchando.

Nada.

La luz de la linterna que llevaba en el bolsillo iluminó el interior de una pequeña tienda de juguetes. Era un lugar bastante convencional, con su mostrador, su caja registradora, y sus juguetes dispersos por todo el local... Mecanos, coches, muñecas con casas y sin ellas, cubos de colores e interminables batallones de soldaditos de plomo. Se internó un poco más en la tienda, maldiciendo su propia locura, y de pronto tropezó con una caja de pelotas grandes medio desinfladas. En sus oídos, el estruendo de las pelotas rebotando por el suelo resonó como una espantosa deflagración.

De nuevo se quedó tieso como un palo, sin atreverse apenas a respirar.

Y aun así, nada.

Al otro lado del mostrador había tres escalones que conducían a una puerta. Cadogan se acercó de puntillas y, al abrirla, se descubrió a los pies de un corto tramo de escaleras sin barandilla que conducían al piso superior. Comenzó a ascender lentamente maldiciendo para sus adentros, tanteando cada pisada, haciendo crujir cada peldaño, trastabillándose y tropezando continuamente. Desembocó, exhausto y con los nervios prácticamente destrozados, en un pequeño pasillo que tenía el suelo cubierto con sintasol. Había dos puertas a cada lado, y una más al final. Estaba convencido de que en cualquier momento aparecería el propietario armado con una escopeta, y se concentró en inventar alguna explicación que pudiera tranquilizarlo. Después de todo, era razonable que cualquiera que encontrara la puerta de una tienda abierta entrara para asegurarse de que todo iba bien... Aunque quizá no con aquellos elaborados y ridículos procedimientos para evitar hacer ruido.

Sin embargo, una vez más, comprobó que el silencio era absoluto.

«Esto es ridículo», se dijo Cadogan con irritación. «Las habitaciones que dan a la fachada serán probablemente las salas de estar. Entrarás en una de ellas y te asegurarás de que todo está bien. Después de hacer eso, tu valor habrá quedado ampliamente demostrado, y te podrás batir en retirada tan rápido como te sea posible».

Haciendo acopio del poco valor que le quedaba, avanzó de puntillas y accionó el picaporte de una de las puertas. El pequeño círculo blanquecino de su linterna deambuló por unas cortinas completamente cerradas, por encima de un aparador lacado barato, un aparato de radio, una mesa y unas incómodas butacas de piel con unos enormes cojines de un estridente raso malva y naranja; no había cuadros en las paredes empapeladas. Era una salita de estar, claro. Pero había algo más, algo que le obligó a exhalar un audible suspiro de alivio y a relajarse un poquito. El olor a cerrado y la gruesa capa de polvo que lo cubría todo mostraban que el piso llevaba bastante tiempo desocupado. Avanzó unos pasos y entonces tropezó con algo. Instintivamente bajó la linterna para iluminarlo. En ese momento silbó brevemente y dijo: «Vaya, vaya» varias veces.

Porque lo que yacía en el suelo era el cuerpo de una mujer de edad proveyta, y no cabía ninguna duda de que estaba *absolutamente* muerta.

Curiosamente, no se sorprendió: todos los fantasmas de la noche se habían disipado, y el misterioso atractivo de la tienda de juguetes yacía, exorcizado y explicado, a sus pies. Entonces pensó en sí mismo; la aparición de aquel cuerpo no permitía un análisis a la ligera. Dándose cuenta de que la linterna constituía un engorro, retrocedió unos pasos y pulsó el interruptor que había junto a la puerta. Pero ninguna luz se encendió porque no había bombilla alguna en la lámpara, bajo aquella tulipa barata y ondulada. Ahora que recordaba, ¿no había visto una vela en la mesa del pasillo? Sí, allí estaba, y fue cosa de un instante encenderla. Dejó la linterna sobre la mesa, regresó a la salita e inclinó la vela sobre el cuerpo de la mujer.

Yacía sobre el costado derecho, bajo la mesa, con el brazo izquierdo doblado a la espalda y las piernas estiradas. Sería una mujer de unos sesenta años, le pareció, porque tenía casi todo el pelo ya gris, y la piel de las manos arrugada y salpicada de pequeñas manchas marrones. Iba vestida con un abrigo de *tweed*, y con una falda y una blusa blanca que enfatizaba su corpulencia. Se fijó en que también lucía unas medias baratas de algodón y unos zapatos marrones. No llevaba anillo en la mano izquierda, y la escasez de sus pechos le sugirió que no estaba casada. A su lado, bajo la mesa, había algo blanco en el suelo. Cadogan lo recogió y descubrió que era un recorte de papel con un número escrito a lápiz. La caligrafía era muy suelta y femenina. Después de echarle un vistazo, se guardó el papel en el bolsillo. Luego volvió a detenerse en el rostro de la mujer.

No fue una visión agradable, porque la piel había adquirido un color púrpura negruzco, como el de sus uñas. Había una leve espumilla en la comisura de la boca, que permanecía abierta, mostrando un empaste de oro que brilló débilmente a la luz de la vela. Alrededor del cuello tenía incrustado un cordel fino, muy tirante por detrás. Se le había hundido tanto que la carne se había vuelto a cerrar sobre el cordel haciéndolo casi invisible. Había un charco de sangre seca en el suelo, junto a la cabeza, y Cadogan encontró una explicación en la feroz contusión que tenía justo debajo de la coronilla. Creyó adivinar el hueso del cráneo, pero si tuviera que decir algo al respecto, habría podido asegurar que no estaba fracturado.

Hasta ese momento, solo había experimentado la desapasionada curiosidad propia de un chiquillo, pero la acción de tocar a aquella mujer provocó en él una repentina sensación de repugnancia. Se limpió rápidamente la sangre de los dedos y se levantó. ¿Algo más que tuviera que observar? Ah, sí, había unos quevedos dorados, rotos, en el suelo, junto a... Y entonces, de repente, se quedó rígido, con los nervios hormigueándole por todo el cuerpo como si estuvieran conectados a unos cables eléctricos.

Había oído un ruido en el pasillo.

Fue un ruido minúsculo, un ruido indefinido, pero bastó para que su corazón se desbocara violentamente y las manos le empezaran a temblar. Cosa curiosa y extraña, no se le había ocurrido que la persona que había matado a aquella mujer pudiera estar todavía en la casa. Volviendo la cabeza, miró con ansiedad por la puerta entreabierta,

hacia la oscuridad del exterior, y aguardó, absolutamente inmóvil. El silencio volvió a ser total. En aquel silencio mortal el reloj de su muñeca sonaba de un modo tan estruendoso como las manecillas de un avisador de cocina. Se percató de que si había alguien allí afuera, todo se reduciría a una cuestión de resistencia, a una lucha de nervios: el que primero se moviera le concedería al otro una ventaja decisiva. Transcurrieron los minutos... tres, cinco, siete, nueve... Pasaron eones de tiempo cósmico. Y la razón comenzó a inmiscuirse amablemente en su cerebro. ¿Un ruido? Bueno, ¿y qué? La casa, como la isla de Próspero^[10], estaba llena de ruidos. Y, en cualquier caso, ¿qué iba a conseguir quedándose allí, en una postura antinatural, petrificado como si fuera una estatua de cera? Los músculos doloridos añadieron su queja, y al final decidió incorporarse, cogiendo la vela de la mesa y asomándose, con infinitas precauciones, al pasillo.

Estaba vacío. Las otras puertas seguían cerradas. La linterna permanecía en la mesa, en el mismo sitio donde la había dejado. En cualquier caso, lo que tenía que hacer era salir de aquella maldita casa y plantarse en la comisaría de policía tan rápidamente como le fuera posible. Cogió su linterna, sopló la vela, y la dejó en la mesa. Accionó el botón de la linterna y...

No se hizo la luz.

Violenta, inútilmente, Cadogan luchó durante casi medio minuto con el interruptor, hasta que al final se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo: la linterna le resultaba demasiado ligera en sus manos. Presa de una enloquecida premonición desenroscó la tapa de atrás y tanteó la pila. No estaba.

Atrapado en la completa oscuridad de aquel pasillo que apestaba a cerrado, de repente el dominio de sí mismo se resquebrajó. Se dio cuenta de que unas leves pisadas avanzaban hacia él. Lanzó la linterna vacía a un lugar indefinido, a ciegas, y oyó cómo se estampaba contra la pared. E intuyó, mas que verlo, el deslumbrante centelleo de luz que brilló tras él. Entonces sintió en la nuca un golpe sordo y violento, su cabeza pareció explotar en una llamarada de cegador color escarlata, y luego... nada, salvo un pitido espantoso, como el zumbido en unos altavoces enloquecidos, y un globo verde brillante que caía haciendo piruetas y deshinchándose, hasta sumirse en las más profundas tinieblas.

Se despertó con dolor de cabeza. Tenía la boca seca y pegajosa, y solo un instante después se incorporó. Le vino una arcada a los labios y tuvo que apoyarse en la pared. «Soy un tonto de remate», murmuró para sí. Al poco su cabeza se despejó hasta el punto de que fue capaz de mirar a su alrededor. El espacio en que se hallaba era minúsculo, apenas más ancho que la caja de un armario, y contenía una variopinta colección de objetos de limpieza: un cubo, una fregona, varios cepillos y una papelerera de latón. La débil luz que se distinguía a través de la pequeña ventana le obligó a mirar el reloj. Las cinco y media de la madrugada: llevaba inconsciente cuatro horas,

y estaba a punto de amanecer. Sintiéndose algo mejor, intentó abrir la puerta con cautela. Estaba cerrada. Pero la ventana... se asombró... la ventana no solo no estaba cerrada, sino que estaba abierta de par en par. Con alguna dificultad se encaramó en un cajón de embalaje y atisbo al exterior. Vio que estaba en la planta baja. Enfrente de él se extendía una diminuta parcela de jardín abandonado y descuidado, con unas vallas de madera barnizadas con creosota que discurrían a ambos lados y una cancela, que permanecía entreabierta, al final. Incluso en las lamentables condiciones en que se encontraba, le resultó relativamente fácil trepar y saltar fuera. Una vez que cruzó la cancela, las náuseas lo atenazaron de nuevo, la saliva fluyó hasta su boca, y comenzó a vomitar violentamente. Solo entonces se sintió mejor.

Dobló a la izquierda y se encontró en una callejuela que lo devolvió a la calle por la que había llegado caminando cuatro horas antes... Sí, indudablemente era la misma calle. Vio que se encontraba apenas tres tiendas más arriba de la juguetería — las había contado—, por el lado más cercano al Magdalen Bridge. Deteniéndose únicamente para intentar orientarse y fijar su situación en la mente, se encaminó apresuradamente hacia la ciudad, en dirección a la comisaría de policía. La creciente luz diurna le permitió ver una placa que ostentaba las palabras «Iffley Road», precisamente en el instante en que llegaba a un cruce donde se alzaba el antiguo abrevadero de piedra para los caballos. Así que ya estaba en la ciudad. Luego vendría el Magdalen Bridge, gris y ancho, y ya estaría a salvo. Miró hacia atrás y vio que nadie lo seguía.

Oxford se despereza tarde, a no ser que sea May Morning^[11]. La única persona a la vista era un lechero, que se quedó observando con los ojos como platos la figura ensangrentada y desaliñada de Richard Cadogan, que subía tambaleándose por la larga curva que forma High Street; y luego, seguramente, dejaría de prestarle atención, tomándolo por un parrandero de última hora. El frescor gris del nuevo día repintó los muros del Queens y del University College. La última luna de la noche era una moneda deslustrada estampada en el cielo matutino. El aire era frío y resultaba agradable sentirlo en la piel.

La cabeza de Cadogan, si bien aún le dolía espantosamente, ahora al menos le permitía pensar con algo de claridad. La comisaría de policía, le parecía recordar, estaba en St. Aldate, cerca de la oficina de Correos y del Ayuntamiento, y fue en esa dirección hacia la que se encaminó entonces. Una cosa le desconcertó. Había encontrado su linterna en el bolsillo, completa, con su pila y todo, y lo que era aún más raro: conservaba su cartera, con el cheque del señor Spode perfectamente doblado en su interior. Había ido a dar con un criminal muy considerado, evidentemente... Entonces recordó a la mujer mayor con el cordel rodeando violentamente su cuello, y su alegría se esfumó de un plumazo.

La policía se mostró de lo más amable y cordial. Un agente le escuchó atentamente y sin interrumpirle, a pesar de la incoherencia de su relato, y le planteó algunas preguntas sobre él mismo, por puro formulismo. Luego, el sargento de

guardia del equipo nocturno, un hombre robusto de rostro colorado y con un amplio bigote negro, dijo:

—Bueno, señor, me temo que lo mejor que podemos hacer ahora es venderle ese golpe que tiene en la cabeza y traerle una taza de té bien caliente, y una aspirina. Debe de encontrarse usted bastante mal...

Cadogan se mostró ligeramente frustrado ante su incapacidad para comunicar la urgencia de la situación.

—¿No debería llevarles allí de inmediato...?

—Bueno, con calma. Si ha estado usted inconsciente cuatro horas, como dice, no creo que hayan dejado el cadáver allí para que nosotros lo encontremos, como puede usted imaginar. ¿Y dice que las habitaciones de arriba no estaban ocupadas?

—Creo que no.

—No. Bueno, eso significa que podremos llegar allí antes de que abran la tienda, y echar un vistazo. Curtís, límpiale la cabeza al caballero y ponle un vendaje. Aquí está su té, señor, y su aspirina. Enseguida se sentirá mejor.

Pero Cadogan, habida cuenta de las circunstancias, se encontraba en la gloria. Descubrió que se sentía mejor no solo por la aspirina que le habían dado y por el ungüento que le habían puesto en su cráneo magullado, sino también por la amable robustez de los agentes del orden. Pensó con ironía en el deseo de emociones del que había hablado con el señor Spode la tarde anterior, en el jardín de St. Johns Wood. Aquello había sido realmente emocionante, decidió, pero de todo punto suficiente. Tal vez era una suerte que aún no supiera lo que le aguardaba.

Ya era completamente de día, y los multitudinarios relojes de Oxford estaban empezando a marcar las seis y media, cuando Cadogan y los agentes se montaron en el coche de policía y emprendieron la marcha por High Street. El lechero de antes, que aún estaba haciendo su ronda de reparto, sacudió la cabeza con lúgubre resignación cuando vio a Richard Cadogan ataviado con un turbante como si fuera un potentado oriental, y escoltado por dos policías de uniforme. Pero Cadogan no se fijó en él. Estaba tomándose un momento de respiro respecto a la juguetería fatídica para disfrutar del hecho innegable de estar en Oxford. Apenas había tenido tiempo de mirar a su alrededor antes, pero ahora, mientras avanzaba tranquilamente entre los nobles edificios de la ciudad en dirección a la esbelta torre del Magdalen College, inspiró profundamente y se deleitó en estar allí. ¿Por qué... por qué, maldita sea, no se habría mudado a la ciudad cuando aún tenía ocasión? Aquel iba a ser un hermoso día...

Cruzaron el puente, tomaron la bifurcación donde se alzaba el abrevadero de piedra de la antigua parada de carruajes, y enfilaron hacia Iffley Road. Escudriñaron atentamente la calle.

—Vaya —dijo Cadogan—, deben de haber subido el toldo.

—¿Está usted seguro de que es por aquí, señor?

—Sí, desde luego. El lugar que yo digo está enfrente de una iglesia de ladrillo

rojo... dedicada a no sé quién... creo que es un templo de protestantes inconformistas, o algo parecido.

—Ah, sí, señor. La iglesia baptista.

—Todo a la derecha, chófer. Puede parar aquí ya —dijo Cadogan con nerviosismo—. Aquí a la derecha está la iglesia, y ahí está el callejón por el que salí, y ahí...

El coche de policía se detuvo junto al bordillo. Cadogan se incorporó en su asiento y gradualmente fue adoptando una expresión de supina estupidez. Delante de él, con el escaparate repleto de latas, sacos de harina, barreños de arroz y lentejas, tiras de tocino, y cajas con frutas y verduras elegantemente dispuestas, había una tienda que ostentaba el siguiente letrero:

WINKWORTH'S
Ultramarinos en General y Minorista de Abastos

Miró desesperadamente a derecha y a izquierda. Una farmacia y una tienda de retales. Más allá, por la derecha, había una carnicería, una lechería y una papelería; y, a la izquierda, un minorista de cereales, una sombrerería y otra farmacia...

La juguetería había desaparecido.

EL EPISODIO DEL PROFESOR PROBLEMÁTICO

Cuando se disipó la mortecina luz gris, se quedó una mañana resplandeciente en tonos dorados. Las hojas estaban comenzando a caer de los árboles en los parques y en St. Giles, pero aún ofrecían un fabuloso espectáculo de bronce, amarillos, y pardos marrones cervecedores. El grisáceo laberinto de Oxford comenzaba a desperezarse. Las estudiantes eran las primeras en aparecer, circulando en sus bicicletas en tropel, absurdamente ataviadas con sus togas y aferradas a sus enojosas carpetas, o haciendo cola en las bibliotecas en espera de que abrieran las puertas y las acogieran una vez más para estudiar los divinos misterios que se desprenden del elemento cristiano del *Beowulf*, de la fecha del *Urtristan* (si es que la hay), de las complejidades de la hidrodinámica, de la teoría cinética de los gases, de la ley de ofensas y agravios o de la situación y las funciones de la glándula paratiroides. Los muchachos se levantaban mucho más tarde, se ponían un par de pantalones, una chaqueta y una bufanda por encima del pijama, arrastraban los pies hasta los claustros para firmar y luego regresaban a sus habitaciones arrastrando los pies y se volvían a meter en la cama. Aparecían entonces los estudiantes de arte, mortificando sus frágiles cuerpos en su vano intento por encontrar una buena luz, tan esquiva y prácticamente tan inencontrable en la ciudad como el mismísimo Grial. El Oxford comercial también se levantaba a aquellas horas; las tiendas subían sus cierres y los autobuses comenzaban a circular; las calles se veían atestadas de tráfico. Por toda la ciudad, en los *colleges* y en los campanarios, los mecanismos de los relojes giraban, hacían saltar los resortes metálicos y marcaban las nueve en punto en una enloquecedora y repiqueteante sincronización de tempos y tonos en conflicto.

Un objeto rojo surcó como una bala Woodstock Road.

Era un coche deportivo extremadamente pequeño, ruidoso y destartado. A lo largo del capó se habían garabateado con grandes letras blancas las palabras Lily Christine III. Un sugerente desnudo en cromo se inclinaba hacia delante en peligroso ángulo desde la cubierta del radiador. Alcanzó el cruce de Woodstock con Banbury, giró temerariamente a la izquierda y se internó a toda pastilla en el callejón que corre paralelo al St. Christopher's College, consagrado al patrón de los viajeros (para los no iniciados, conviene indicar aquí que St. Christopher se encuentra puerta con puerta con St. John). Entonces viró para colarse por la puerta de hierro forjado y, a una velocidad de unas cuarenta millas por hora, procedió a recorrer la pequeña avenida de grava bordeada por rectángulos de césped y arbustos de rododendros, que concluía en una especie de curva ceñida donde resultaba prácticamente imposible girar un coche a esa velocidad sin matarse. Era evidente que el conductor solo tenía sobre su vehículo un control limitado. La suya era una lucha desesperada con los mandos. El coche avanzó recto hacia la ventana donde el presidente del *college*, un hombre

delgado y recatado, de gustos ligeramente epicúreos, estaba tomando el sol, ajeno a lo que se le venía encima. Al percatarse del peligro, retrocedió apresuradamente con cara de terror cerval y se quedó con la espalda pegada a la pared. Pero el coche evitó milagrosamente empotrarse contra sus dependencias, viró en redondo y se lanzó en picado hacia el muro que delimitaba la avenida, donde el conductor, con un tremebundo derrape y levantando pedazos enteros de césped, consiguió dar una vuelta completa al vehículo. En ese momento parecía que no podía haber nada capaz de detener su regreso incontrolado por el mismo camino por el que había venido, pero, desafortunadamente, al enderezar el volante, al conductor se le fue el pie al acelerador y el coche atravesó bramando la franja de césped, enterró su morro en un enorme seto de rododendros, se atascó, perdió velocidad y finalmente se detuvo en seco.

El conductor salió del coche y observó el panorama con cierto enojo. Mientras estaba allí, el vehículo rugió de repente, como si estuviera vivo y diera su último estertor... un estallido tremendo, un petardeo que dejaba corto cualquier petardeo que uno pudiera imaginarse. El hombre, con gesto adusto, frunció el ceño, cogió un martillo del asiento de atrás, abrió el capó y golpeó algo en su interior. Luego cerró el capó y se volvió a sentar en el habitáculo. El motor arrancó ruidosamente y el coche empezó a moverse con una sacudida colosal. Comenzó a correr hacia atrás a toda velocidad en dirección a las dependencias del presidente. Y este, que entre tanto había regresado a la ventana y estaba observando la escena con aterrada fascinación, se volvió a meter para dentro, con no menos premura que antes. El conductor miró por encima del hombro y vio que las dependencias del presidente se le echaban encima, como un trasatlántico abatiéndose sobre una lancha neumática. Sin dudarle un instante, cambió de marcha, metió primera y pisó a fondo el acelerador. El coche profirió un terrible alarido, tembló como un hombre aquejado de fiebres, y se detuvo levantando una inmensa nube de polvo; un instante después emitió un inexplicable petardeo de despedida y cierre. Con dignidad, el conductor echó el freno de mano, salió del vehículo, y cogió un maletín del asiento de atrás.

Cuando terminaron de escucharse las explosiones, el presidente se aproximó de nuevo a la ventana. Luego se apresuró a abrirla.

—¡Mi querido Fen! —protestó—. Me alegro de que al menos nos hayas dejado en pie un poco de *college* del que poder ocuparnos. ¡Por un momento me temí que fueras a demolerlo por completo!

—¿Eh? ¿Ah, sí? ¿No me diga? —dijo el conductor. Su voz era alegre y ligeramente nasal—. No debería preocuparse usted tanto, señor presidente. Lo tenía todo controlado. ¡Perfectamente! Algo debe de pasarle al motor, eso es todo. No tengo ni idea de por qué hace esos ruidos después de pararse. Lo he intentado todo, pero nada.

—Pues yo no veo necesidad de que te metas con el coche por los patios. ¡Habrás visto! —exclamó el presidente, malhumorado. Y cerró la ventana de golpe, pero sin

mostrar verdadero enojo. El excéntrico comportamiento de Gervase Fen, profesor titular de Inglés y Literatura en St. Christopher, no se ajustaba en absoluto a los modelos tradicionales del profesorado. Pero sus colegas lo padecían de mejor o peor grado, pues sabían que cualquier pretensión de tratar a Fen juzgándolo por las apariencias acabaría sin duda dejándolos malparados.

Fen avanzó a grandes y enérgicas zancadas por el césped, cruzó una puerta que se recortaba en un muro de vetustos ladrillos, en el que por entonces florecían los melocotones, y se adentró en el claustro principal del *college*. Era un hombre alto, más bien larguirucho, de unos cuarenta años de edad, con un rostro alegre, enjuto y perfectamente afeitado. Su pelo oscuro, diligentemente repeinado con agua, tendía a erizarse en la coronilla. Llevaba puesta una enorme gabardina y cargaba con un extraordinario sombrero.

—Oh, señor Hoskins —le dijo a un estudiante que deambulaba por el césped con el brazo rodeando la cintura de una atractiva jovencita—. Ya veo que está usted trabajando duro.

Hoskins, un estudiante alto, huesudo y melancólico, un poco como los perros de James Thurber^[12], pestañeó ligeramente.

—Buenos días, señor —dijo. Fen pasó a su lado y se alejó—. No te asustes, Janice —dijo Hoskins a su compañera—. Mira lo que tengo para ti... —Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y extrajo un paquete de bombones.

Entretanto, Fen avanzó por un pasadizo abierto, pavimentado en piedra, que conducía a los jardines del claustro sur del *college*, dio la vuelta para meterse por una puerta a la derecha, dejó atrás las dependencias del maestro organista, subió corriendo un tramo de escaleras alfombradas hasta la primera planta, y entró en su despacho. Era una sala grande, luminosa, cuyas ventanas daban al claustro de Iñigo Jones por un lado, y a los jardines del *college* por el otro. Las paredes estaban pintadas en color vainilla, y tanto las cortinas como la alfombra eran de un tono verde oscuro. Había hileras de libros en las estanterías bajas, miniaturas chinas en las paredes y unas cuantas estampas y bustos y grabados bastante maltrechos de escritores ingleses en la cornisa de la chimenea. Una mesa de oficina, enorme y desordenada, con dos teléfonos, se encontraba junto a las ventanas del muro norte.

Y en uno de los lujosos butacones del despacho se encontraba sentado Richard Cadogan. Tenía el rostro de un hombre que acabara de ser condenado a muerte.

—Hola, Gervase —dijo con voz apagada—. Cuánto tiempo desde que fuimos compañeros estudiantes, ¿eh?

—¡Dios Santo! —dijo Fen, conmocionado—. ¡Pero si es Richard Cadogan!

—Sí.

—Bueno, naturalmente tú eres siempre bienvenido, pero me temo que has llegado en un momento un poco delicado...

—Vaya, compruebo que sigues siendo tan maleducado como siempre.

Fen se sentó en el borde de su escritorio, con el rostro mostrando un elocuente

gesto de sorpresa compungida.

—¡Qué cosas tan extraordinarias dices! En mi vida he dicho una palabra descortés...

—¿No fuiste tú quién escribió acerca de los primeros poemas que yo publiqué: «Este es un libro que todo el mundo debe esforzarse en no tener»?

—¡Ah! —dijo Fen, agradecido—. No me niegues que en aquellos tiempos no era yo de lo más conciso. Bueno, ¿y cómo estás, mi querido camarada?

—Fatal. Claro, que aún no eras profesor la última vez que te vi. En la universidad todavía tenías algo de sentido común.

—Me hice profesor, sí —contestó Fen con seguridad—. Y fue gracias a mis enormes talentos eruditos y a mi inteligencia aguda y perspicaz.

—En su momento me escribiste diciendo que solo era una cuestión de tocar algunas cuerdas apolilladas.

—¿Ah, sí? ¿Te escribí eso? —dijo Fen un poco incómodo—. Bueno, todo eso carece de importancia ahora. ¿Has desayunado?

—Sí, he desayunado. En el comedor de la residencia.

—Bueno, ten un cigarro entonces.

—Gracias... Gervase, he de decirte algo: se me ha perdido una juguetería.

Gervase miró fijamente a Cadogan. Mientras le ofrecía el encendedor, su rostro adoptó una expresión de enorme cautela.

—¿Te importaría explicarme esa curiosa afirmación que acabas de hacer? —le preguntó.

Y Cadogan se lo explicó. Hizo un relato largo y pormenorizado de todo lo que había ocurrido esa mañana. Y lo hizo con un sentido de justa indignación y frustración de espíritu.

—Hemos peinado todo el vecindario, querido amigo... —dijo amargamente—. Y, ¿sabes una cosa? ¡No encontramos una maldita juguetería *por ninguna parte!* Le preguntamos a la gente que había vivido en ese barrio desde la infancia, ¡y nadie había oído hablar en su vida de ninguna juguetería! Y, sin embargo, estoy absolutamente seguro de que era el sitio correcto. ¡Una tienda de ultramarinos, ya me dirás! Entramos, vaya que si entramos, y desde luego aquello era una tienda de ultramarinos. Y la puerta ni siquiera chirriaba; aunque tenía en los goznes algo así como aceite... —se refirió a esa sustancia sin mucha confianza—. Y, para más inri, la puerta del fondo estaba exactamente donde yo la había visto. En fin, luego supe que todas las tiendas de esa calle se construyeron exactamente con el mismo plano...

»Y luego la policía, querido amigo. ¡Horrible! —se quejó al final—. No es que fueran desagradables ni mucho menos. Se portaron conmigo de ese modo untuoso, como cuando estás con gente que sabes que ya no va a vivir mucho. Cuando creían que no les oía, hablaban en voz baja de conmoción cerebral. El problema era, entiéndeme, que todo parecía completamente distinto a la luz del día; además, supongo que en algún momento me debí de mostrar dubitativo y me contradije. Al

final me llevaron en coche a St. Aldate, y me aconsejaron que viese a un buen médico, así que los dejé allí y decidí venirme a desayunar.

—Supongo... —dijo Fen con gesto receloso— que cuando visitaste la tienda de ultramarinos no se te ocurrió subir las escaleras...

—¡Ah, sí! Se me ha olvidado mencionarte eso. Claro que subimos. Y allí no había ningún cadáver, desde luego. Y todo era completamente diferente. Esto es, las escaleras y el pasillo estaban enmoquetados. Todo parecía limpio y ventilado, y el mobiliario estaba cubierto con guardapolvos. Además, el salón era totalmente diferente de la sala en la que yo había estado por la noche. Creo que fue en ese momento cuando la policía llegó a la conclusión de que estaba totalmente majareta. —Cadogan empezaba a considerar la posibilidad de haber cometido una espantosa equivocación.

—Bueno —dijo Fen cautelosamente—, suponiendo que esa historia no sea el producto de una mente perturbada...

—¡Estoy perfectamente cuerdo!

—No me grites, querido —Fen puso gesto compungido.

—Por supuesto, no culpo en absoluto a la policía por pensar que estoy loco... —dijo Cadogan en un tono de virulenta reprensión.

—Y dando por sentado —Fen continuó con una irritante tranquilidad— que las jugueterías de Iffley Road no tienen la capacidad de salir volando ellas solas por el éter, dejando un hueco tras de sí... ¿qué podría inspirar a alguien a cambiar una tienda de juguetes por una de ultramarinos en plena madrugada sin venir a cuento?

Cadogan resopló.

—La respuesta es perfectamente obvia —respondió—: sabían que yo había visto el cadáver, y querían que la gente me tomara por loco cuando lo contara... Y a fe mía que se salieron con la suya. Desde luego que lo hicieron. Puede que me dieran ese golpe en la cabeza para que sirviera de excusa ante mis supuestas alucinaciones. Y la ventana del cuarto de la limpieza la dejaron abierta deliberadamente, para que así pudiera salir y contarlo y que nadie me creyera.

Fen observó detenida y amablemente a su amigo.

—Muy bien, suena coherente, al menos tal y como lo cuentas —dijo—. Pero eso no explica el misterio fundamental del asunto: ¿por qué, antes de nada, la tienda de ultramarinos fue cambiada por una tienda de juguetes?

Cadogan no había pensado en eso...

—Verás —añadió Fen—. No podían saber que tú ibas a andar fisgoneando por allí. Eres la mosca que cae en la miel. Si retiraron las mercancías de la tienda y las sustituyeron por juguetes fue por un motivo completamente distinto. En cualquier caso, siempre tendrían que volver a cambiarlo todo de nuevo.

El espíritu de Cadogan fue, poco a poco, viéndose invadido por una especie de alivio. Por un momento casi había llegado a preguntarse si, en efecto, estaba sufriendo alucinaciones. Dejando aparte todas las apariencias externas, había un algo

en Fen que lo hacía extremadamente digno de confianza. Cadogan encogió sus facciones afiladas y desdeñosas hasta adoptar un gesto ceñudo.

—Pero... ¿por qué harían algo así? —preguntó.

—Se me ocurren varias buenas razones —dijo Fen con aire pesimista—. Pero seguramente son todas erróneas.

Cadogan apagó su cigarrillo y se palpó la chaqueta en busca de otro. Mientras lo hacía, sus dedos entraron en contacto con el fragmento de papel que había recogido del suelo y que estaba junto al cadáver. Se asombró al percatarse de que se había olvidado por completo de él hasta ese momento.

—¡Aquí está! —gritó emocionado, sacándolo del bolsillo—. ¡Mira! ¡Tengo una prueba tangible! Esto estaba junto al cuerpo. ¡No me había acordado hasta ahora! Quizá sería mejor que volviera a la policía...

Se levantó a medias, un poco nervioso, de su butaca.

—Mi querido amigo, tranquilízate —dijo Fen, cogiéndole el pedazo de papel—. Y, en todo caso, ¿de qué es prueba tangible este papel? —Leyó los números escritos con lápiz—. Cero, siete, seis, nueve, uno. Un número de teléfono, parece ser...

—¡Probablemente el número de la mujer que fue asesinada!

—Mi querido Richard... ¡qué extraordinaria falta de perspicacia...! ¡Uno no lleva su propio de teléfono consigo!

—Pudo haberlo escrito para alguien. O puede que no fuera el suyo.

—No. —Fen miró meditabundo el trozo de papel—. Dado que parece que has olvidado muchas cosas, supongo que no cogerías su bolso y mirarías dentro...

—Estoy seguro de que allí no había ningún bolso. Obviamente, sería la primera cosa que habría registrado.

—Con los poetas nunca se sabe... —Fen suspiró profundamente, y regresó al escritorio—. Bueno, hay solo una cosa que se puede hacer con este número, y es llamar. —Levantó el auricular del teléfono, marcó el 07691 y esperó. Después de un rato, alguien contestó.

«Dígame». Era una voz de mujer, bastante temblorosa.

—Hola, señorita Scott —dijo Fen alegremente—. ¿Qué tal está? ¿Hace mucho que ha vuelto de Beluchistán?

Cadogan lo observó atónito.

«Lo siento», dijo la voz. «Pero no soy la señorita Scott».

—Oh. —Fen observó el teléfono con un gesto de enorme decepción, como si estuviera esperando que se cayera a pedazos en cualquier momento—. ¿Y con quién estoy hablando, si es que puede saberse?

«Soy la señora Wheatley. Me temo que ha marcado usted el número equivocado».

—Vaya, creo que sí. Qué estúpido soy... Siento haberla molestado. Adiós. —Fen cogió después el directorio de teléfonos local y fue pasando rápidamente las hojas—. Wheatley... —murmuró—, Wheatley... Ah, aquí está. Wheatley, señora J. H., 229 New Inn Hall Street, Oxford: 07691. La señora en cuestión parecía gozar de una

excelente salud. Y supongo que te darás cuenta, mi querido Cadogan, de que esta podría ser una llamada entre mil.

Cadogan asintió con gesto cansino.

—Sí, lo sé —dijo—. Ciertamente desesperante, desde luego.

—Atiéndeme: ¿fuiste por la parte de atrás de la tienda con la policía? ¿Por el sitio por el que escapaste?

—En realidad, no...

—Bueno, iremos ahora. Quiero echarle un vistazo al lugar de todos modos. —Fen se detuvo un instante a pensar—. Tengo tutoría a las diez, pero eso puede aplazarse. —Garabateó un mensaje en el dorso de un sobre y lo colocó en la repisa de la chimenea—. Vamos —dijo—. Iremos en mi coche.

Fueron en su coche. Ir en el coche de Fen con Fen al volante no era nada agradable para un hombre en las frágiles condiciones de Cadogan. Bajaron todo recto por St. Giles, porque St. Giles es una calle enormemente ancha donde es bastante difícil golpearse con nada, excepto con los peatones que constantemente cruzan la calzada como si fueran gallinas espantadas, en una frenética y peligrosa carrera hacia la muerte. A punto estuvieron de estrellarse contra una furgoneta de reparto en Broad Street, a pesar de lo amplia que era la calle, luego se saltaron los semáforos en King's Arms justo cuando estaban cambiando y atravesaron Holywell Street y Long Wall Street como una exhalación. Todo ello lo hicieron en bastante menos de un minuto. Richard Cadogan describiría su irrupción final en la abarrotada High Street como uno de los episodios más terroríficos de su vida, pues Fen no era un hombre que esperara por nada ni por nadie. Cadogan cerró los ojos, se tapó los oídos, y decidió consagrarse a la meditación sobre las verdades eternas. Sin embargo, de algún modo, consiguieron llegar sanos y salvos a las afueras de la ciudad. Cruzaron Magdalen Bridge y, por tercera vez aquella mañana, Cadogan se encontró junto a la fachada de la tienda de Iffley Road.

Fen se las ingenió para detener temblorosamente a *Lily Christine III* a cierta distancia del lugar donde se encontraba la misteriosa juguetería fantasma.

—Ahora que lo pienso, tú ya has estado aquí antes —apuntó—. Alguien podría reconocerte. —El coche petardeó peligrosamente—. Ojalá no hiciera eso... Creo que haré una incursión de reconocimiento. Espérame aquí hasta que vuelva. —Y salió del coche.

—De acuerdo —dijo Cadogan—. El sitio no tiene pérdida. Está justo enfrente de esa iglesia de ahí.

—Cuando vuelva, iremos los dos a la parte trasera de la tienda. —Fen avanzó a zancadas con su vigor habitual.

El ajetreo matutino de las tiendas aún no había comenzado realmente, y el establecimiento de Winkworth, Ultramarinos en General y Minorista de Abastos,

estaba desierto, salvo por el propio tendero, un hombre gordo embutido en un blanco mandil eclesiástico, con una cara rotunda y alegre. Fen entró en la tienda haciendo mucho ruido. Observó, en todo caso, que la puerta no chirriaba.

—Buenos días, señor —dijo el tendero amigablemente—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Oh —dijo Fen, que miraba a su alrededor con curiosidad—. Quiero una libra de... —estrujó su mente en busca de algo apropiado—, de sardinas.

El tendero parecía un tanto desconcertado.

—Me temo, señor, que no las vendemos al peso.

—Bueno, pues entonces querría una lata de arroz. —Fen frunció el ceño ostensiblemente.

—¿Perdón, señor?

—¿Es usted, por un casual, el señor Winkworth? —Fen prescindió apresuradamente del asunto de las compras.

—¿Qué? No, señor. Solo soy el encargado aquí, señor. La *propietaria* de la tienda es la señorita Winkworth: la señorita Alice Winkworth.

—Ah, ya. ¿Y puedo verla?

—Me temo que no se encuentra en Oxford en este momento.

—Oh. ¿Entonces no vive en el piso de arriba?

—Oh, no, señor. —El hombre lo miró con suspicacia—. Aquí arriba no vive nadie. Y ahora, si me permite, me decía usted que deseaba...

—Creo que lo dejaré para más tarde —dijo Fen sin ningún entusiasmo—. Para mucho más tarde —añadió.

—Quedamos a su servicio para lo que desee, señor —contestó el tendero con grandilocuencia.

—Una lástima... —Fen miró fijamente al hombre—. Una lástima... que no vendan *ustedes juguetes*.

—¿Juguetes? —exclamó el tendero, y era obvio que su asombro era genuino—. Bueno, señor, es bastante improbable que usted pueda encontrar juguetes en una tienda de ultramarinos, ¿no le parece?

—Oh, sí, bastante improbable, ¿verdad? —dijo Fen alegremente—. Y también cadáveres. Que tenga usted muy buenos días. —Y salió.

—Mal asunto —le dijo a Cadogan, que estaba sentado en *Lily Christine III*, intentando ajustarse el vendaje y mirando atónito lo que tenía enfrente—. Estoy convencido de que ese hombre no sabe nada al respecto. Aunque actuó de un modo bastante raro cuando le pregunté por el propietario de la tienda. Se trata de una tal señorita Alice Winkworth, al parecer.

Cadogan gruñó nebulosamente al recibir esa información.

—Bueno, vayamos a inspeccionar la parte de atrás, si es que piensas que puede servir de algo.

Su tono indicaba poca confianza.

—Y, a propósito... —añadió Fen mientras avanzaban por el estrecho y empinado callejón que conducía a la parte trasera de las tiendas—. ¿Había alguien allí cuando viniste con la policía esta mañana?

—¿En la tienda, te refieres? No, nadie. La policía entró por su cuenta con una de esas llaves maestras que ellos tienen. En ese momento la puerta estaba cerrada.

Repararon en las vallas de madera tratada que delimitaban el pequeño jardín.

—Esta es —dijo Cadogan.

—Y alguien ha estado vomitando aquí —dijo Fen con cara de asco.

—Sí, soy culpable. —Cadogan escudriñó lo que había más allá de la cancela. El interior del jardín, que lucía agreste y abandonado, y que le había resultado tan siniestro a la débil luz del amanecer, parecía bastante vulgar ahora—. ¿Ves esa ventana pequeña? —preguntó—. ¿A la derecha de la puerta? Ahí está esa especie de cuarto del que escapé.

—¿Es ese de ahí? —preguntó Fen pensativamente—. Vayamos y echemos un vistazo.

Vieron el ventanuco todavía abierto, pero estaba más alto de lo que Cadogan recordaba, y ni siquiera Fen, que medía casi dos metros, alcanzó a atisbar en el interior. Un poco frustrados, decidieron probar suerte con la puerta trasera.

—Por lo menos está abierta —dijo Fen. Cadogan tropezó estrepitosamente con un cubo de basura—. ¡Por Dios bendito, intenta no hacer tanto ruido!

Fen entró con cautela, y Cadogan lo siguió. No tenía muy claro qué se suponía que estaban haciendo allí. Había un pequeño pasillo, con una especie de cocina, vacía, a la izquierda, y la puerta del cuartucho, medio abierta, a la derecha. Desde la tienda que estaba al fondo llegaba un murmullo de voces y el tintineo de la caja registradora.

Pero en el cuarto ya no había ni rastro de los utensilios de limpieza. En vez de eso, había montones de provisiones, y alimentos. Y a Cadogan le asaltó una duda repentina. ¿Y si, después de todo, al final resultaba que había sufrido una alucinación? Desde luego, todo resultaba demasiado fantástico para ser real... Y, al fin y al cabo, no era imposible que se hubiera caído mientras caminaba por la carretera hacia Oxford, que se hubiera golpeado en la cabeza, y que hubiera soñado todo el asunto... Lo cierto es que su historia tenía una apariencia sospechosamente similar a una pesadilla. Miró agónicamente a su alrededor. Escuchó. Y luego, un tanto asustado, tiró a Fen de la manga.

No cabía la menor duda. Alguien se estaba aproximando al cuarto en que se encontraban.

Fen no lo dudó un instante.

—¡Sálvese quien pueda! —dijo pegando un salto sobre una pila de cajas y lanzándose por la ventana. Desgraciadamente, al hacerlo, derribó todas las cajas con gran estrépito, y de este modo le cortó la vía de retirada a Cadogan. Ya no había tiempo para volver a apilarlas, y, en cuanto a tratar de huir por la puerta trasera, era

de todo punto imposible... El picaporte del cuarto ya estaba girando. Cadogan agarró una lata de alubias cocidas con la mano derecha, y una de pudin de riñones con la izquierda, y esperó, intentando aparentar un aire feroz.

Orondamente asombrado, el tendero entró en el cuarto. Casi se le salieron los ojos de las órbitas y la boca se le quedó abierta con gesto estupefacto cuando vio al intruso, pero, para sorpresa de Cadogan, no intentó ninguna aproximación agresiva. Bien al contrario, levantó ambas manos por encima de la cabeza, como un imán invocando a Alá, y empezó a vociferar: «¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ladrones!». Y así, con gritos quizá demasiado dramáticos, huyó tan rápido como se lo permitieron sus lornzas. Evidentemente, estaba mucho más asustado de Cadogan que Cadogan de él.

Pero Cadogan no se detuvo a pensar. La puerta trasera, el jardín abandonado, la cancela y el callejón marcaron las etapas sucesivas de su frenética retirada. Fen estaba sentado en *Lily Christine III*, leyendo *The Times* con fingida concentración. Una pequeña multitud, vagamente interesada, se había reunido frente a la tienda para escuchar los alaridos del tendero. Cadogan salió corriendo por el callejón y se metió de cabeza en el coche, agazapándose por debajo de los asientos. Fen puso a *Lily Christine* en marcha y salieron disparados con un acelerón.

Una vez pasado Magdalen Bridge, Cadogan se incorporó y se sentó.

—¿Y bien? —preguntó con evidente enfado.

—*Sauve qui peut!* —dijo Fen despreocupadamente... o tan despreocupadamente como era audible dado el espantoso estruendo del motor—. Recuerda, tengo una reputación que mantener. ¿Era el tendero?

—Sí.

—¿Le atizaste?

—No, salió corriendo aterrorizado... Bueno, seré idiota... —dijo Cadogan, con los ojos muy abiertos—: Me he traído conmigo las latas.

—Bien, daremos buena cuenta de ellas durante el almuerzo. Es decir, si es que antes no te detienen por hurto menor. ¿Te pudo ver bien la cara?

—Sí... Pero una cosa te digo, Gervase.

—¿Sí?

—Quiero llegar al fondo de este asunto. Estoy que me hierve la sangre. Creo que deberíamos ir a ver a esa señora Wheatley.

Así que se dirigieron a New Inn Hall Street.

EL EPISODIO DEL ABOGADO PARLANCHÍN

El número 229 de New Inn Hall Street resultó ser una modesta y agradable casa de huéspedes, sita casi puerta con puerta con una escuela de niñas; y su propietaria, la señora Wheatley, una mujer de mediana edad, pequeña, tímida, afanosa, que se retorcía el delantal nerviosamente con las manos mientras hablaba.

—Déjame que sea yo quien me ocupe —le había dicho Cadogan a Fen cuando llegaron—. Creo que tengo un plan. —En honor a la verdad, no tenía ningún plan en absoluto. Fen se había mostrado de acuerdo, aunque con bastantes reticencias. Así que se había puesto a rellenar el crucigrama de *The Times*, respondiendo las que tenían que ver con cuestiones librescas sin aparente dificultad. Pero del resto no tenía ni idea, así que esperó sentado, mirando malhumorado a los peatones que pasaban por allí.

Cuando la señora Wheatley abrió la puerta, Cadogan aún estaba pensándose qué le iba a decir.

—Supongo que es usted el caballero que quería ver las habitaciones —dijo la señora, muy nerviosa.

—Exactamente. —Cadogan se sintió enormemente aliviado—. Las habitaciones. La señora le mostró el camino.

—Estamos teniendo un tiempo estupendo, ¿no cree usted? —dijo la mujercilla, como si fuera personalmente responsable de los fenómenos atmosféricos—. Esto es el salón de estar.

—Señora Wheatley, me temo que la he engañado. —Ahora que ya estaba dentro de la casa, Cadogan decidió abandonar su stratagema—. No tengo intención de alquilar sus habitaciones en absoluto. El hecho es que... —se aclaró la garganta—, ¿no tendrá acaso usted una amiga o una pariente, una señora de mediana edad, soltera, con el pelo gris y... en fin... que acostumbra vestir *tweeds*, y blusas y...?

El rostro tenso y nervioso de la señora Wheatley se iluminó.

—¿No se estará refiriendo usted a la señorita Tardy, señor?

—Eeeh... ¿me puede repetir el nombre?

—Señorita Tardy, señor. Emilia Tardy. «*Más vale Tardy que nunca*», solemos decirle. Por lo del apellido, ya sabe. En fin, Emilia es mi mejor amiga de toda la vida. —Su rostro se ensombreció—. No le habrá pasado nada malo, ¿verdad, señor? ¿No le habrá ocurrido ninguna desgracia?

—No, nooo... —dijo Cadogan apresuradamente—. Solo que me encontré a su... eeeh... a su amiga hace algún tiempo, y me dijo que si alguna vez pasaba por Oxford, que no dejara de venir a verla a usted. Desafortunadamente, nunca he sido capaz de volver a recordar el nombre de su amiga, aunque curiosamente sí recordaba el de usted.

—Vaya, eso está pero que muy bien, señor. —La señora Wheatley sonrió agradecida—. Y estoy encantada de que haya venido usted: muy contenta, de verdad. Cualquier amigo de Emilia es bienvenido en esta casa. Si quisiera usted bajar a mi saloncito y tomar una taza de té, le mostraría una foto de mi amiga para refrescarle la memoria.

Qué suerte, pensó Cadogan mientras seguía los pasos de la señora Wheatley hasta el entresuelo; porque, a estas alturas, ya tenía muy pocas dudas de que Emilia Tardy y la mujer que había visto en la tienda de juguetes no fueran la misma persona. El saloncito resultó estar atestado de sillas de mimbre, periquitos en sus jaulas, calendarios con motivos florales, reproducciones de Landseer, y bandejas de aspecto vulgar con grabados de frágiles puentes chinos. Había una cocina enorme en un lateral, con un calentador de agua hirviendo a fuego lento encima.

Una vez que los compromisos relativos a la preparación del té quedaron solventados, la señora Wheatley se acercó presurosa a un cajón, y con emocionada reverencia extrajo de él una fotografía sepia bastante desvaída.

—Y bien, ¿es esta la señora con la que estuvo usted?

Sin ninguna duda, era ella, aunque la fotografía debía de haberse hecho por lo menos hacía diez años. El rostro que él había visto le había parecido algo más abotargado y descolorido. La señorita Tardy sonreía alegre y despreocupadamente al fotógrafo, con sus gafas haciéndole equilibrios en la punta de la nariz y su pelo liso una pizca desordenado. Pero aquel no era el rostro de una solterona inútil; había una cierta autosuficiencia en él, a pesar de aquella despreocupada sonrisa.

Cadogan asintió.

—Sí, es ella.

—¿Puedo preguntarle si se la encontró en Inglaterra, señor? —Y la señora Wheatley miró por encima del hombro de Cadogan al tiempo que retorció tímidamente el delantal entre sus manos.

—Oh, no, no. En el extranjero —aprovechando la pregunta, mejor no correr riesgos—. Y hace bastante tiempo... como seis meses, por lo menos, diría yo.

—Ah, sí. Sería cuando estuvo en Francia. Una gran viajera, esta Emilia: se me escapa cómo tiene el valor de vivir en medio de todos esos bárbaros. Perdonará usted mi curiosidad, señor, pero hace cuatro semanas que no sé nada de ella, y eso me resulta bastante extraño, porque ella siempre ha sido muy formal a la hora de escribir. Me temo que pueda haberle ocurrido algo.

—Bueno, lamento decirle que no puedo serle de mucha ayuda en eso... —Mientras sorbía el té y se fumaba el cigarrillo en aquel salón, a la par tan agradable y tan espantoso, bajo la inquieta mirada de la pequeña señora Wheatley, Cadogan sintió un ligero pesar por haberse presentado allí tan de improviso. Pero de nada habría servido referirle con toda brutalidad a su anfitriona los pormenores del asunto, y eso en el caso de que tuviera claro qué había pasado realmente.

—Entonces, ¿la señorita Tardy viajaba... *viaja*... mucho? —le preguntó,

siguiendo la moda tautológica de la conversación moderna.

—Oh, sí, señor. A lugares pequeños sobre todo, en Francia y en Bélgica y en Alemania. A veces solo se queda un día o dos, y otras veces meses enteros, dependiendo de cuánto le guste el lugar. Vaya, debe de hacer tres años por lo menos que pisó por última vez Inglaterra.

—Una vida un tanto ajetreada, diría yo. ¿No tiene familiares? Me dio la impresión de que era una persona bastante solitaria, he de decir.

—Creo que solo tenía una tía, señor... Permítame servirle otro poquito de té en la taza. Así... Murió hace ya algún tiempo. Una tal señorita Snaith era, muy rica y excéntrica. Vivía en Boar's Hill, y le gustaban los poemas humorísticos. Pero respecto a Emilia, a ella le gusta viajar, ya sabe; le sienta bien. Tiene un poquito de dinero ahorrado, y lo que no se gasta en los niños pobres, se lo gasta en visitar gentes y sitios nuevos.

—¿Los niños pobres?

—Adora a los niños, así es ella. Entrega dinero a los hospitales y a los hogares de acogida. Es una cosa hermosísima, desde luego. Pero, si puedo preguntarle algo, señor, ¿qué tal aspecto tenía cuando la vio usted?

—No muy bueno, me atrevería a decir. En realidad no la vi mucho. Coincidimos un par de días en un hotel... Éramos los únicos ingleses allí, ya sabe, así que naturalmente charlamos un poquito. —Cadogan estaba asombrado de su verborrea. Pero ¿no dijo Mencken^[13] en algún sitio que la poesía no es más que la mentira consumada?

—Ah —dijo la señora Wheatley—. Supongo que su sordera le resultó un engorro.

—¿Eh? Ah, sí, bastante... Casi se me había olvidado lo de su sordera. —Cadogan se preguntó qué clase de conciencia tendría la persona que se acercó a una anciana dura de oído por detrás, la golpeó en la cabeza y la estranguló con un cordel fino—. Pero lamento enterarme de que no ha tenido usted noticias de ella últimamente.

—Bueno, señor, eso puede significar que estará de viaje, puede que de regreso a casa. Es una mujer tremenda dándote sorpresas... Se te presenta en la puerta de casa sin previo aviso. Y cuando está en Inglaterra siempre vive conmigo, aunque Dios sabe que estaría completamente perdida en Oxford, porque solo hace dos años que me trasladé aquí, y sé a ciencia cierta que ella nunca ha estado en la ciudad... —La señora Wheatley se detuvo para respirar—. Y como tenía yo esa preocupación, fui y le pregunté al señor Rosseter...

—¿El señor Rosseter?

—Es el abogado de la señorita Snaith. Pensé yo que, siendo Emilia la pariente más cercana de la señora, podría haber sabido algo de ella cuando la anciana murió. Pero no sabía nada. —La señora Wheatley suspiró—. En fin, no vamos a cruzar los puentes antes de divisar siquiera el río, ¿no le parece, señor? No me cabe la menor duda de que todo va perfectamente. ¿Otra tacita de té?

—No, de verdad, gracias, señora Wheatley. —Cadogan se levantó, con el

acompañamiento de un fuerte crujido de su silla de mimbre—. Debería irme ya. Ha sido usted muy acogedora y muy amable.

—No tiene importancia. Si Emilia llegara, ¿quién debo decirle que me visitó?

Fen estaba de un humor atrabiliario.

—Has estado ahí dentro una eternidad —gruñó mientras *Lily Christine III* se volvía a poner en marcha entre súbitas y convulsas explosiones.

—Pero ha valido la pena —contestó Cadogan. Y le hizo un resumen de lo que había averiguado, en lo cual empleó casi el mismo tiempo que tardaron en regresar a St. Christopher.

—Hum... —murmuró Fen pensativamente—. Algo tenemos, lo reconozco. De todos modos, no veo en absoluto qué podemos hacer al respecto. Es muy difícil intentar abordar un asesinato de segunda mano como ese, y más sin *corpus delicti*. Debí de haber una furgoneta de tamaño considerable rondando por allí cuando estabas inconsciente. Me pregunto si algún vecino vería u oiría algo.

—Sí, ya entiendo a qué te refieres: para cargar los juguetes y el mobiliario y los ultramarinos. Pero tenías razón antes, ¿sabes? El problema es: ¿por qué demonios cambiar el establecimiento y convertir una tienda de ultramarinos en una juguetería? ¿Por qué?

—No estoy seguro de que eso no esté un poco más claro ahora —dijo Fen—. Tu señora Wheatley te dijo que la señorita Tardy se encontraría perdida en Oxford. Así que si uno quiere llevarla a un lugar que jamás va a ser capaz de encontrar de nuevo...

—Pero ¿qué sentido tiene eso? Si vas a matarla, no importa lo que vea.

—Ah —dijo Fen con aire estupefacto—, claro, no importa, ¿verdad? Oh, ¡por mis patas de conejo^[14]! —Detuvo el coche en la puerta principal de St. Christopher e intentó inútilmente alisarse el pelo—. La cuestión es: ¿quién es el heredero de la vieja? Dijiste que tenía unas rentas, ¿no?

—Sí, pero no es mucho, me imagino. Creo que debió de ser una especie de solterona estilo Osbert Sitwell^[15], viviendo modestamente en pensiones, vagando por la Riviera... Pero, en todo caso, no era lo suficientemente rica como para que mereciera la pena asesinarla por su dinero. —Se oyó una violenta detonación procedente del tubo de escape—. De verdad, creo que deberías llevar este artefacto a un taller.

Fen sacudió la cabeza pensativamente.

—La gente mata por sumas extraordinariamente pequeñas, no creas. Pero debo confesar que no acierto a comprender en absoluto el objeto de hacer desaparecer el cuerpo una vez que se ha cometido el crimen. Cierto es que el asesino pudo querer esperar hasta asegurarse de que la buena señora hubiera muerto, pero eso parece bastante raro. ¿Esta señora Wheatley no tenía indicios de que la mujer estuviera en

Inglaterra?

—No tenía ni idea —dijo Cadogan—. Y por lo que pude entender, si había alguien en este mundo que pudiera saberlo, era ella.

—Sí. Una mujer solitaria cuya desaparición no causaría excesivas sorpresas... ¿Sabes una cosa? —La voz de Fen tenía un tono reflexivo—. Creo que este es un asunto bastante feo.

Bajaron del coche y entraron en el *college* por una pequeña puerta abierta en el gran portalón de roble. En el interior, un grupo de estudiantes holgazaneaba, con sus togas puestas, escudriñando los atestados tabloneros de anuncios que recopilaban la abundante y caótica actividad cultural de la ciudad. A la derecha estaba la conserjería, con una especie de ventanilla donde estaba apoyado el portero, como una princesa encantada en el interior de algún tipo de fortaleza medieval. Es decir, tenía cierto aire principesco... excepto por su aspecto, porque Parsons era un hombretón formidable con gafas de pasta, una marcada propensión a maltratar a los estudiantes y un inalterable convencimiento de que en la jerarquía del *college* él estaba por encima de la ley, de los profetas, de los catedráticos y del mismísimo presidente de la institución.

—¿Algo para mí? —le gritó Fen mientras pasaban.

—Eeeh... no, señor —dijo Parsons, mirando de reojo los casilleros—. Pero... ah... señor Cadogan... —El conserje parecía un poco contrariado—. Me pregunto... —miró a su alrededor en dirección a los estudiantes desocupados—. Me pregunto si no le importaría a usted entrar aquí un momento, señor...

Confuso, Cadogan entró en el minúsculo cubículo del portero, y Fen le siguió. El aire de la conserjería estaba viciado por el calor de una gran chimenea eléctrica, diseñada con escasa fortuna para simular unos leños ardiendo. En la estrecha dependencia había de todo: colgadores de llaves, anuncios raros, un hornillo de gas apagado, un calendario universitario, un listín con las direcciones y teléfonos de los distintos *colleges*, recomendaciones para prevención de incendios y, en medio de todo, dos sillas de aspecto incomodísimo.

Parsons se estaba comportando de un modo francamente misterioso. A Cadogan le pareció como si estuvieran a punto de iniciarlo en algún tipo de ritual satánico.

—Me temo que han venido a buscarle, señor —dijo Parsons, resollando pesadamente—. De la comisaría.

—¡Oh, Dios mío!

—Dos agentes y un sargento eran. Se fueron como hará cinco o diez minutos, cuando comprobaron que usted no estaba en el recinto.

—Es por esas malditas latas que cogí... —dijo Cadogan. El portero lo observó con curiosidad—. Gervase, dime, ¿qué tengo que hacer?

—Confesarlo todo —dijo Fen desanimadamente—, y telefonar a tu abogado. No, espera un minuto —añadió—. Llamaré al jefe de la policía. Lo conozco.

—No quiero que me arresten.

—Deberías habértelo pensado antes de robar las latas. Muy bien, Parsons, gracias. Vamos, Richard. A mi despacho.

—¿Y qué digo si vuelven otra vez, señor? —preguntó Parsons.

—Sírvales un trago de cerveza y despáchalos con alguna promesa especiosa y rimbombante.

—Muy bien, señor.

Cruzaron los claustros norte y sur, encontrándose únicamente con un estudiante rezagado que iba al baño arrastrando una bata de color naranja brillante, y subieron de nuevo la escalinata hasta el estudio de Fen. Una vez allí, Fen se inclinó sobre el teléfono, mientras Cadogan fumaba con aire lúgubre y se inspeccionaba las uñas.

En casa de *sir* Richard Freeman, en Boar's Hill, sonó el teléfono. El viejo comisario se acercó de mal humor a coger el aparato.

—¡Dígame! —exclamó—. ¿Qué? ¿Qué! ¿Quién es...? Ah, eres tú...

—Escucha, Dick —dijo Fen—, tus malditos esbirros están pisándole los talones a un amigo mío.

—¿Te refieres a Cadogan? Sí, ya me he enterado de que anda por ahí soltando cuentos chinos.

—No son cuentos chinos. Había un cadáver. Pero, en cualquier caso, no te llamo por eso. Andan detrás de él por una cosa que hizo en una tienda de ultramarinos.

—Santo cielo, ese tipo amigo tuyo tiene toda la pinta de ser un auténtico lunático. Primero jugueterías y ahora tiendas de ultramarinos. Bueno, no me puedo entrometer en los asuntos de la policía local.

—De verdad, Dick...

—No, no, Gervase, no me pidas que lo haga. Los procedimientos legales, tal y como están las cosas, no pueden interrumpirse solo porque tú me llames por teléfono.

—Pero es que se trata de *Richard Cadogan*. El poeta.

—A mí como si es el papa de Roma. Además, si es inocente no le pasará nada.

—*Pero es que* no es inocente.

—Ah, bueno, en ese caso solo podrá salvarlo el Ministro del Interior en persona... Gervase, por cierto, ¿se te ha pasado por la cabeza que *Medida por medida*^[16] trata en realidad del problema del Poder?

—No me fastidies ahora con acertijos —dijo Fen, enfadado, y colgó.

—Bueno, ha sido una conversación de lo más útil —dijo Cadogan amargamente—. Siempre puedo ir directamente a la comisaría y entregarme.

—No, espera un momento. —Fen miró por la ventana, hacia el claustro—. ¿Cómo se llamaba el abogado... el abogado ese al que fue a ver la señora Wheatley?

—Rosseter. ¿Qué pasa con él?

Fen tamborileó con los dedos impacientemente en el alféizar de la ventana.

—¿Sabes una cosa? He visto ese nombre escrito en alguna parte recientemente, pero no logro recordar dónde. Rosseter, Rosseter... Fue... ¡oh, por mis orejas y mis bigotes^[17]! —Avanzó a grandes zancadas hasta un montón de papeles y empezó a

husmear entre ellos—. Ya lo tengo. Era algo en los anuncios por palabras del *Oxford Mail*... Ayer fue, ¿o anteayer? —Se enredó laberínticamente en los periódicos—. Aquí estamos. Fue antes de ayer. Me fijé porque era muy extraño. Mira. —Le entregó a Cadogan la página, señalándole un lugar preciso en la lista de los anuncios por palabras.

—¡Bueno! —dijo Cadogan—. No veo en qué puede ayudarnos esto. —Leyó el anuncio en voz alta—: «Ryde, Leeds, West, Mold, Berlín. Aaron Rosseter, abogado, 193A Cornmarket». Muy bien, ¿y qué sacamos en conclusión de todo esto?

—No lo sé exactamente —dijo Fen—. Y, sin embargo, creo que yo debería deducir algo... Ese tipo tan listillo, Holmes, lo habría desmenuzado... Era muy bueno con los anuncios por palabras de los periódicos. Mold, Mold... A propósito, ¿qué es Mold? —Se acercó a la enciclopedia y sacó un volumen. Tras una búsqueda rápida—: «Mold» —dijo—. «Distrito urbano y mercado de Flintshire. A trece millas de Chester... Importante centro minero de plomo y carbón... Ladrillos, tejas, clavos, cerveza, etcétera...». ¿Nos interesa algo de esto?

—Absolutamente nada. ¿Es una cosa mía o son todos nombres propios de ciudades?

—Bueno, bien pudiera ser. —Fen devolvió el libro a su lugar—. Pero si es así, se trata de una serie de lo más rara. Mold, Mold... —añadió, con un tono de débil reprobación.

—Y, en cualquier caso —añadió Cadogan—, sería una coincidencia extraordinaria que eso tuviera algo que ver con nuestra señora Tardy.

—No mientes las coincidencias en vano —dijo Fen severamente—. Te tengo bien calado. Lo que sugieres es que el hallazgo más inocente en una novela policíaca es un truco impropio, y sin embargo proclamas a voz en grito que te has encontrado en el extranjero a una persona que vive en el pueblo de al lado, y lo justificas diciendo eso de «qué pequeño es el mundo». Mi firme convicción —dijo con grandilocuencia— es que este anuncio tiene algo que ver con la muerte de Emilia Tardy. Aunque no tengo ni la menor idea de cuál es la relación, al menos por ahora. Pero sugiero salir y que vayamos a ver a este tal Rosseter.

—De acuerdo —contestó Cadogan—. Siempre que no viajemos en esa cosa roja infernal tuya. Por cierto, ¿dónde demonios lo conseguiste?

Fen lo miró resentido.

—Se lo compré a un estudiante que fue expulsado. ¿Qué le pasa? Corre muy rápido —añadió, en un tono convincente.

—Ya.

—Ah, de acuerdo entonces; iremos caminando, tú ganas. No está lejos.

Cadogan refunfuñó. Estaba ocupado recortando el anuncio de Rosseter y metiéndoselo en su agenda.

—Y si no sacamos nada en claro de todo esto —dijo—, me iré directamente a la policía, y les contaré todo lo que sé.

—Sí. Por cierto, ¿qué hiciste con las latas que robaste? Tengo ganas de picar algo...

—Están en el coche. Y deja las latas en paz.

—¿No deberías disfrazarte o algo?

—¡Venga, no seas estúpido! Gervase... Lo que me importa no es que me arresten. Seguramente se limitarán a ponerme una multa. Es más bien el engorro de contar todo, y de contratar a un abogado y de acudir a los tribunales... Bueno, andando. Si crees que vamos a sacar algo en claro...

Cornmarket es una de las calles más bulliciosas de Oxford, aunque difícilmente se puede considerar la más atractiva. Tiene sus compensaciones —la fachada proporcionada y descolorida del viejo Hotel Clarendon, el tranquilo patio empedrado del Golden Cross, y una buena perspectiva de la calabaza apepinada que es la Tom Tower—, pero, sobre todo, es una calle de grandes tiendas. Encima de una de esas tiendas estaba el 193A, que albergaba el despacho del señor Aaron Rosseter, de profesión abogado, tan lóbrego, severo e incómodo como la mayoría de los despachos de abogados que uno puede encontrar en cualquier sitio. Cadogan se preguntó por qué los abogados serían tan insensibles a los placeres de este mundo.

Un pasante de aspecto vagamente dickensiano, con unas gafas de montura metálica y coderas en la chaqueta, les mostró el camino hasta el despacho. El aspecto del señor Rosseter, aunque asiático, no respondía a las semíticas suposiciones que podrían deducirse a juzgar por su nombre. Era un hombre pequeño y cetrino, con un acusadísimo prognatismo en la mandíbula, una frente alta, la coronilla calva, gafas con montura metálica y pantalones que le quedaban un poco cortos. Sus gestos eran bruscos, y tenía la desconcertante manía de quitarse de repente y violentamente las gafas, y limpiarlas muy rápidamente con un pañuelo que se sacaba de la manga, y luego volvérselas a poner con igual repente sobre la nariz. Parecía un abogado de mala muerte, y cualquiera podría deducir que sus talentos profesionales eran mediocres.

—Muy bien, caballeros —dijo—, ¿puedo saber qué les trae por aquí? —Observó la presencia bastante abrumadora de Gervase Fen con leves síntomas de inquietud.

Fen lo miró fijamente.

—Esta persona —dijo, señalando a Cadogan— es primo segundo de la señorita Snaith, para quien creo que usted trabajó mientras vivió.

El señor Rosseter estaba casi tan asombrado ante aquella espectacular revelación como Cadogan.

—Claro... —dijo, tamborileando los dedos muy rápidamente en el escritorio—. Claro. Encantado de conocerle, señor. Hágame el honor de sentarse.

Clavando la mirada en Fen con un gesto de reproche, Cadogan obedeció, aunque no estaba muy seguro respecto al honor que podría hacerle al señor Rosseter dejando reposar su espalda en una butaca de piel.

—Lo cierto es que había perdido casi todo contacto con mi prima —declaró—,

sobre todo durante los últimos años de su vida. En realidad, hablando con propiedad, no puede decirse que fuera prima segunda mía en absoluto. —En este punto Fen lo miró con irritación—. Mi madre, de los Cadogan de Shropshire, se casó con mi padre... bueno, no, no quería decir eso exactamente, o mejor dicho, en realidad... en fin, da igual. Mi padre fue el mayor de siete hermanos, y su tercera hermana, Marion, se divorció de un tal Childs, que luego se volvió a casar y tuvo tres hijos... Paul, Arthur y Letitia, uno de los cuales (ya no me acuerdo de cuál exactamente) se casó, siendo ya mayor, con un sobrino (o tal vez una sobrina) de una tal señorita Bosanquet. Es todo bastante complejo, me temo; pensará que soy un personaje de una novela de Galsworthy^[18].

El señor Rosseter frunció el ceño, se quitó las gafas, y las limpió muy rápido. Evidentemente a él aquello le parecía de todo menos divertido.

—Tal vez tendría usted la bondad de decirme qué desea, señor —ladró.

Para alarma de Cadogan, Fen estalló en ese momento en una andanada de ruidosas carcajadas.

—¡Ja, ja, ja...! —gritó, aparentemente superado por la alegría—. Debe usted perdonar a mi amigo, señor Rosseter. Es un tipo la mar de divertido, pero no tiene talento para los negocios, en absoluto. ¡Ja, ja, ja...! Así que una novela de Galsworthy, ¿eh? Eso es muy, pero que muy divertido, amigo. ¡Ja, ja, ja...! —Recobró el dominio de sí mismo con cierta aparente dificultad—. Pero no debemos hacerle perder al señor Rosseter su valioso tiempo de este modo... ¿no te parece? —concluyó bruscamente.

Reprimiendo al diablillo que le aconsejaba contestar, Cadogan asintió.

—Le pido disculpas, señor Rosseter. El caso es que a veces escribo cosas para la BBC y me gusta hacer la prueba con la gente de antemano... —El señor Rosseter no contestó; sus oscuros ojos se mostraban recelosos—. Sí —dijo Cadogan pesadamente—. Bueno, en fin, señor Rosseter: lo único que supe de mi prima es que había muerto. Su final fue apacible, supongo.

—En realidad —dijo el señor Rosseter— no. —Su pequeña figura, tras el anticuado escritorio de tapa rodadera, se recortaba contra una ventana que daba directamente a Cornmarket—. Desgraciadamente, fue atropellada por un autobús.

—Oh, como Savonarola Brown^[19] —apuntó Fen, muy interesado.

—¿Ah, sí? —dijo el señor Rosseter ásperamente, como si sospechara que le estuvieran tendiendo una trampa para una confesión perjudicial.

—Cuánto lamento oír eso —dijo Cadogan, intentando inyectar algo que se pareciera a la pena en su voz—. Aunque, dese cuenta —añadió, percatándose del fracaso de su intento—, yo solo coincidí con ella una o dos veces, así que no puede decirse que estuviera exactamente abatido por su muerte. «*No llores más por mí cuando esté muerto, / y oigas las lóbregas y tristes campanas*»^[20], usted ya me entiende.

—Desde luego, desde luego... —suspiró Fen innecesariamente.

—No, seré franco con usted, señor Rosseter —dijo Cadogan—. Mi prima era una mujer muy rica y tenía pocos... eeh... parientes. Respecto al testamento... —Y se detuvo intentando aparentar que era por educación.

—Entiendo. —El señor Rosseter parecía un tanto aliviado—. Bueno, me temo que en ese punto voy a darle un disgusto, señor... eeh... Cadogan. La señorita Snaith le dejó la totalidad de su muy considerable fortuna a su pariente más cercano: la señorita Emilia Tardy.

Cadogan levantó la mirada con frialdad.

—Conozco ese nombre, naturalmente.

—Una fortuna bastante considerable —explicó el señor Rosseter con delectación—. Estamos hablando como de un millón de libras. —Observó a sus visitantes, encantado con el efecto que esta revelación había causado en ellos—. Una buena cantidad, naturalmente, se fue en impuestos sucesorios y servicios funerarios, pero quedó bastante más de la mitad de la cantidad inicial. Desafortunadamente, la señorita Emilia Tardy ya no está en disposición de reclamarla.

Cadogan lo miró fijamente.

—¿Que no está en disposición de qué...?

—Los términos del testamento de la difunta señora Snaith son peculiares, por decirlo suavemente. —De nuevo, el señor Rosseter se pulió las gafas—. No tengo ningún inconveniente en compartirlos con ustedes, caballeros, puesto que el testamento ha sido homologado y ustedes mismos pueden comprobar los detalles en Somerset House^[21]. La señorita Snaith era una dama mayor y excéntrica... debería decir *muy* excéntrica. Tenía un fuerte sentido de... ah... de los lazos familiares, y, es más, había prometido dejarle su patrimonio a su pariente más cercano vivo, la señorita Tardy. Pero, al mismo tiempo, era una mujer... ah... de puntos de vista un tanto anticuados, y desaprobaba la clase de vida que llevaba su sobrina, viajando y viviendo casi siempre en el continente, pues así era, en efecto. En consecuencia, añadió una curiosa cláusula en su testamento: se me encargó poner anuncios destinados a la señorita Tardy en varios periódicos ingleses, con una cierta regularidad especificada, pero no en los periódicos del continente; y si en el plazo de seis meses a partir de la muerte de la señorita Snaith la señorita Tardy no había aparecido para reclamar su herencia, entonces automáticamente perdería todo el derecho a recibirla. Así se proponía la señorita Snaith vengarse del modo de vida de la señorita Tardy y del abandono en que había dejado a su tía, con la cual, según creo, no había mantenido comunicación de ningún tipo durante bastantes años; de ese modo, al mismo tiempo, no faltaría a la letra de su promesa.

»Pues bien, caballeros, he de anunciarles que el período de seis meses marcado por la difunta señora Snaith concluyó a las doce en punto de la pasada noche, y, hasta el día de hoy, no he recibido comunicación alguna de la señorita Tardy.

Se hizo un largo silencio. Entonces, Fen dijo:

—¿Y el patrimonio?

—Va directamente a la caridad.

—¡A la caridad! —exclamó Cadogan.

—Yo diría a *varias* instituciones de caridad. —El señor Rosseter, que había permanecido de pie todo este tiempo, se recostó en su silla giratoria, tras el escritorio—. Para ser exactos, estaba ocupado con los detalles de la administración cuando entraron ustedes; de hecho, la señorita Snaith me designó a mí como su albacea.

Cadogan estaba atónito. A menos que Rosseter estuviera mintiendo, había un detalle clave que sé les había escabullido delante mismo de las narices. Las organizaciones benéficas no suelen recurrir al asesinato de señoras de edad proveya con el propósito de conseguir fondos.

—Así pues, caballeros, esa es la situación —dijo el señor Rosseter bruscamente—. Y ahora, si me perdonan ustedes... —hizo un gesto—, tengo mucho trabajo...

—Una cosa más, si es usted tan amable —interrumpió Fen—. O, ahora que lo pienso, dos cosas: ¿ha visto usted alguna vez a la señorita Tardy?

A Cadogan le pareció que el abogado evitaba mirar a Fen a los ojos.

—Una sola vez. Una persona muy resuelta y decidida.

—Ya. ¿Y fue usted quién puso el anuncio en el *Oxford Mail* antes de ayer...?

El señor Rosseter se rio.

—Ah, eso... Eso no tenía absolutamente nada que ver con la señorita Snaith ni con la señorita Tardy, se lo aseguro. No soy tan impopular... —hizo una mueca con una picardía poco convincente— como para no tener más que *un* cliente, ya sabe.

—Un anuncio ciertamente curioso.

—Lo era, ¿a que sí? Pero me temo que estaría violando un acuerdo de confidencialidad si me extendiera sobre el asunto. Y ahora, caballeros, si en alguna otra ocasión puedo hacer algo por ustedes...

El ojeroso pasante dickensiano les mostró la salida. Mientras salían, Cadogan exclamó irónicamente:

—Oh, mi única prima segunda. ¡Era millonaria! Y no me ha dejado nada... Ni siquiera un triste libro de versos humorísticos —añadió, recordando el comentario de la señora Wheatley sobre las preferencias literarias de la señorita Snaith—. Bueno, así es el mundo de duro.

Fue una lástima que no se diera la vuelta mientras hablaba. Porque el señor Rosseter estaba observándolos a ambos con una extraña expresión en el rostro.

En el exterior, el cálido sol refulgía en la calle atestada de viandantes. Los estudiantes, en bicicleta, avanzaban entre el atasco de coches y autobuses, y las amas de casa oxonienses iban a la compra.

—Bueno —dijo Cadogan—, ¿crees que nos ha dicho la verdad?

—Podríamos haberlo averiguado —dijo Fen con aire ofendido, mientras avanzaban por las aceras repletas de gente— si no hubieras empezado a comportarte

como alguien que se acabara de escapar de un manicomio.

—Bueno, y tú no deberías endosarme esas imposturas sin avisarme. Y hay una cosa más: el centro de gravedad del caso parece haberse desplazado de la señorita Tardy a la señorita Snaith y sus millones.

—Por lo que a mí concierne, se ha trasladado al señor Rosseter.

—¿Qué quieres decir?

—Verás... —Fen se estampó contra una mujer que de repente se había detenido justo delante de él para mirar un escaparate—, verás, imagínate cualquier abogado normal. Estarás de acuerdo conmigo en que si dos hombres totalmente desconocidos irrumpieran en su despacho y le exigieran detalles sobre los asuntos privados de sus clientes, con toda seguridad ese abogado los mandaría a paseo. ¿Por qué habrá sido el señor Rosseter tan cándido, tan abierto y tan hablador con nosotros? Y es más, ¿porque nos habrá soltado esa sarta de mentiras una detrás de otra? Pero, tal y como señaló precisamente él mismo, siempre podemos comprobar en Somerset House que lo que nos dijo es cierto. Es igual, no confío en absoluto en el señor Rosseter.

—Bueno, creo que lo mejor es que vaya a la policía —dijo Cadogan—. Si hay algo que detesto en el mundo es esas novelas en las que los personajes no van a la policía cuando no tienen ninguna maldita razón para no hacerlo.

—Tú tienes una maldita razón para no hacerlo de momento.

—¿Cuál?

—Que los *pubs* ya han abierto —dijo Fen, como quien ve el amanecer tras las colinas después de una larga noche, de tinieblas—. Vamos a tomar un trago antes de que cometas una imprudencia.

4.

EL EPISODIO DEL JANE AUSTENIANO INDIGNADO

Lo cual, en realidad —dijo Cadogan—, nos deja exactamente en el mismo lugar que al principio. Estaban sentados los dos en el bar del Mace & Sceptre, Fen bebiendo *whisky* y Cadogan, cerveza. El Mace & Sceptre es un gran hotel, bastante horroroso, que está en el mismísimo centro de Oxford y que incorpora, sin aparente vergüenza, casi todos los estilos arquitectónicos desarrollados desde los tiempos en que el hombre vivía en las cavernas. Contra esta desventaja inicial, el hotel lucha noblemente por crear una atmósfera familiar y cómoda. El bar, por ejemplo, constituye un notable ejemplo del gótico florido.

Solo eran las once y cuarto de la mañana, así que había poca gente bebiendo todavía. Un hombre joven con una nariz aguileña y una boca enorme discutía con el camarero sobre caballos. Otro joven, con unas gafas de pasta y un cuello larguísimo, estaba absorto en la lectura de *Abadía Pesadilla*^[22]. Y un estudiante pálido, bastante mugriento, con un alborotado pelo rojo, le estaba hablando de política a una chica de aire muy serio vestida con un jersey verde oscuro.

—Así que ya ves —le estaba diciendo el muchacho—, por esos medios es como las clases adineradas, jugando en la Bolsa, arruinan a millones de pequeños inversores.

—Los pequeños inversores juegan en la Bolsa también.

—Oh, no, pero eso es totalmente diferente...

Hoskins, más larguirucho y más lúgubre y más sabuesil que nunca, estaba sentado en una mesa con una hermosa muchacha morena llamada Miriam. Estaba bebiendo de un pequeño vaso de jerez de color pajizo.

—Pero, cariño —decía Miriam—, si los censores me pillan aquí... va a ser sencillamente *horrible*. Sabes que si pillan a las chicas en un bar, las expulsan^[23].

—Los censores nunca vienen aquí por la mañana, chata —dijo Hoskins—. Y, en cualquier caso, tú no pareces en absoluto una estudiante. Hazme caso, simplemente no te preocupes. Mira, te he traído unas chokolatinas. —Sacó una caja de su bolsillo.

—Oh, *qué encanto*, cariño...

El último cliente del bar era un hombre delgado con cara de conejo, que estaba en un rincón, sentado solo y bebiendo bastante más de lo que le convenía. Tendría unos cincuenta años, e iba enfundado en abrigos y bufandas.

Fen y Cadogan habían estado repasando los hechos del caso hasta donde ellos sabían, y fue el resultado de esa investigación lo que había provocado la observación concluyente de Cadogan. Los hechos se reducían a unos pocos datos desalentadores:

1. Una tienda de ultramarinos en Iffley Road se había convertido en plena noche en

una juguetería, y luego había vuelto a ser una tienda de ultramarinos.

2. Una tal señorita Emilia Tardy había sido encontrada muerta allí, y su cuerpo, después, había desaparecido sin dejar rastro.
3. Una tía rica de la señorita Emilia Tardy, la señorita Snaith, había sido atropellada por un autobús seis meses antes, aunque previamente le había dejado su fortuna a la señorita Tardy bajo determinadas condiciones que habían sido suficientes para que la señorita Tardy nunca jamás llegara siquiera a saber de la herencia (eso si Rosseter decía la verdad).

—Y supongo —dijo Fen— que a Rosseter no le estaba permitido contactar con nadie que conociera la dirección de la señorita Tardy. A propósito, quería preguntarte una cosa: ¿llegaste a tocar el cadáver?

—Sí, lo toqué, en cierto modo.

—¿Y cómo estaba?

—¿Cómo?

—Sí, sí... —dijo Fen con impaciencia—. ¿Estaba frío? ¿Rígido?

Cadogan meditó unos segundos.

—Bueno, desde luego estaba frío, pero no creo que estuviera *muy* rígido que digamos. De hecho, estoy seguro de que no lo estaba, porque el brazo cayó muerto cuando lo retiré para mirarle la cabeza. —Sintió un ligero estremecimiento.

—Eso no nos sirve de mucho —dijo Fen pensativamente—, pero es razonable suponer, a la vista de lo que sabemos ya, que fue asesinada antes de la bruja y decisiva hora de las doce de la noche. Y eso a su vez sugiere que ella, en efecto, vio el anuncio y, presumiblemente, se puso en contacto con el señor Rosseter. *Por lo tanto*, y de nuevo presumiblemente, el señor Rosseter está mintiendo. Y eso lo convierte todo en un asunto verdaderamente extraño, porque en ese caso es bastante probable que no fuera el señor Rosseter quien la matara.

—¿Por qué?

—¿Estás de acuerdo conmigo en que la persona que te golpeó la cabeza fue seguramente el asesino?

—Sí, mi querido Sócrates.

Fen le lanzó una mirada maliciosa y bebió un poco de *whisky*.

—Y, en ese caso, pudo verte perfectamente.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Ahora bien, supón que el señor Rosseter es el asesino. El te reconoce cuando entras en su despacho, sabe que tú has visto el cuerpo, y se aterroriza al oír tus preguntas sobre la tía de la mujer asesinada y sobre la propia víctima. ¿Qué hace entonces? Ofrece un detallado resumen de las disposiciones del testamento, que nosotros podremos comprobar, y luego... luego, y esto es lo importante, dice que no ha tenido ninguna comunicación con la señorita Tardy, sabiendo que después de lo que tú has visto, simplemente no le creerás. *Ergo*, él no te reconoció. *Ergo*, él no te

golpeó en la cabeza. *Ergo*, él no fue el asesino.

—Eso que dices es bastante inteligente —musitó Cadogan mascullando las palabras.

—No es inteligente en absoluto —protestó Fen—. Falla por todas las juntas, como la máquina de tren Emmet^[24]. En primer lugar, no sabemos si la persona que te golpeó fue el asesino; y, en segundo término, toda esa historia sobre el testamento puede ser simplemente música celestial por lo que a nosotros respecta. Hay otros vacíos llamativos, además. Es posible que la señorita Tardy no fuera asesinada en la juguetería. Pero, en ese caso, ¿por qué llevaron el cuerpo allí... *y luego se lo volvieron a llevar*? Todo este asunto es un desbarajuste y nosotros, simplemente, no sabemos lo suficiente como para poder formarnos una opinión certera.

La admiración de Cadogan se difuminó por momentos. Observó con gesto sombrío a un grupo de recién llegados al bar mientras vaciaba su pinta.

—En cualquier caso, ¿qué podemos hacer ahora?

Las posibilidades de acción, una vez evaluadas, se reducían a cuatro:

1. Intentar seguirle el rastro al cadáver (*imposible*).
2. Entrevistarse con el señor Rosseter otra vez (*poco recomendable*).
3. Recabar alguna información adicional sobre la señorita Alice Winkworth, propietaria de Winkworth, Ultramarinos en General y Minorista de Abastos (*plausible*).
4. Llamar a un amigo de Fen que trabajaba en Somerset House y comprobar los detalles del testamento de la señorita Snaith (*no solo factible, sino necesario*).

—Pero por lo que a mí concierne —añadió Cadogan—, voy a ir a la policía. Estoy harto de andar corriendo de un lado, para otro como un reo en fuga. Además, la cabeza me sigue doliendo horrores.

—Bueno, podrías esperar un momento mientras me acabo el *whisky* —dijo Fen—. No voy a vomitarlo solo por dar gusto a tu mezquina y gruñona conciencia.

Habían estado hablando en voz baja, así que se sintió aliviado al poder elevar el tono. También él había consumido una considerable cantidad de *whisky*. Su rostro, alegre y colorado, se puso más colorado y más alegre aún si cabe; su pelo se mantenía de punta con inflexible vitalidad; no dejaba de mover su enorme y longilínea figura en la silla, arrastraba los pies, y sonreía ante los gestos tristes y abatidos, ahora particularmente desanimados, de Richard Cadogan.

—... y luego está la enseñanza pública —estaba diciendo con voz de pito el joven pelirrojo. El reconcentrado lector de *Abadía Pesadilla* levantó la mirada cuando se mencionó aquel tema tan manido; el hombre de la nariz aguileña, en la barra, continuaba hablando ininterrumpidamente sobre caballos—. La enseñanza pública produce una mentalidad brutal, privilegiada y burguesa.

—¿Pero tú no fuiste a un colegio público?

—Sí. Pero, verás, pude desprenderme de todo aquello.

—¿Los otros no, entonces?

—Oh, no, ellos cargan con ese fardo de por vida. Solo la gente excepcional puede desprenderse de él.

—Ya.

—La cuestión es que toda la vida económica de la nación tiene que reorganizarse...

—Hazme caso, no te preocupes por los censores —le estaba susurrando Hoskins a su compañera al oído—. No hay nada que temer. Anda, cómete otra chocolatina.

—También podríamos jugar un rato mientras esperamos —dijo Fen, que todavía tenía una buena cantidad de *whisky* en su vaso—. ¡Personajes de ficción detestables! Ambos jugadores deben estar de acuerdo en la solución, y cada jugador tiene cinco segundos para pensar un personaje. Si no lo consigue, pierde el turno. El primer jugador que pierda su turno tres veces, pierde el juego. Deben ser personajes que el autor haya intentado infructuosamente que resulten simpáticos.

Cadogan gruñó, y en ese momento un censor de la universidad entró en el bar. Los censores eran profesores encargados al efecto, por rotación, y solían ir acompañados de hombres pequeños y robustos, embutidos en trajes azules y bombines, que eran conocidos como «los bulldogs». A los miembros de la Universidad *in statu pupillari* no se les permitía la entrada en locales donde se expendía alcohol, así que su principal ocupación era andar sombríamente de bar en bar, preguntando a la gente si eran miembros de la Universidad, apuntando los nombres de los que pertenecían a la institución y, en consecuencia, multándolos. No había en este procedimiento ni ofensas ni entusiasmo.

—¡Ostras...! —dijo la morenita Miriam con una vocecilla ahogada.

El joven que se había erigido como reorganizador de las finanzas nacionales palideció notablemente.

Hoskins observó indiferente el panorama.

El joven de las gafas se sumergió aún más en las páginas de su *Abadía Pesadilla*.

El hombre de la nariz aguileña, tras recibir un codazo del camarero, dejó de hablar de caballos.

Solo Fen permaneció inmóvil.

—¿Es usted miembro de esta Universidad? —le gritó alegremente al censor—. ¡Eh, usted, el de los bigotes! ¿Es miembro de esta Universidad?

El censor se sobresaltó. Era (como muchos profesores) un hombre dotado de un gallardo aire juvenil, que se había dejado crecer un amplio mostacho de oficial de caballería durante la Gran Guerra, y que tras la contienda nunca se había decidido a afeitárselo. Sus ojos vidriosos escudriñaron toda la sala, evitando cuidadosamente la mirada de Fen. Entonces, avergonzado, se dio la vuelta y se marchó por donde vino.

—¡Uuuuf! —dijo Miriam, con un largo suspiro de alivio.

—No te reconoció, ¿verdad? —dijo Hoskins—. Vamos, coge otra chocolatina,

chata.

—¿Ves? —dijo el joven pelirrojo indignado—. Incluso las universidades capitalistas están regidas bajo un sistema de terror. —Con la mano temblorosa, levantó su media pinta de cerveza.

—Bueno, empecemos ya con el juego —dijo Fen—. Preparados, listos... ¡ya!

—¡Esos odiosos charlatanes, Beatrice y Benedick!

—Vale. *Lady Chatterley* y el tío ese guardabosques.

—Vale. Britomart, la de *La Reina de las Hadas*.

—Vale. Casi todos los personajes de Dostoievski.

—Vale. Eeeeh... eeeeh...

—¡Te gané! —dijo Fen triunfalmente—. Has perdido turno. Esas vulgares zorrillas cazamaridos de *Orgullo y prejuicio*^[25].

Ante esta exultante exclamación, el hombre del abrigo y la cara de conejo, que estaba en la mesa de al lado, frunció el ceño, se puso en pie al instante y se acercó a ellos.

—Señor —dijo, interrumpiendo la baza de Cadogan, que había pensado en decir Richard Feverel^[26]—, seguro que he escuchado mal. Pero dígame, por favor, que no estaba usted hablando irrespetuosamente de la inmortal Jane Austen.

—¡El recolector de sanguijuelas^[27]! —dijo Fen, intentando continuar sin mucho entusiasmo. Pero luego lo dejó y se dirigió al recién llegado—. Mire una cosa, mi querido amigo, ¿no le parece a usted que está un poco indispuerto?

—Estoy perfectamente sobrio, gracias. Muchísimas gracias. —El hombre conejil se acercó a coger su bebida, se trajo su silla y se colocó entre los dos. Levantó una mano y cerró los ojos como si le doliera mucho la cabeza—. Les ruego que no hablen irrespetuosamente de la señorita Austen. He leído todas sus novelas no solo una, sino muchas veces. Su gentileza, su aliento de una cultura hermosa y superior, su aguda visión psicológica... —Se detuvo, sin palabras, y luego vació su vaso de un trago.

Tenía un rostro feble y delgado, con dientes de roedor, ojos enrojecidos, piel pálida, cejas despeinadas, y una frente escasa. A pesar del calor que hacía aquella mañana, iba vestido del modo más estrafalario, con guantes de piel, dos bufandas superpuestas, y (al parecer) varios abrigos.

Notando que Cadogan estaba llevando a cabo un silencioso y asombrado inventario de su indumentaria, dijo:

—Soy muy sensible al frío, señor —explicó el hombre aconejado con cierto aire de dignidad—. Y este fresquillo otoñal... —Se detuvo, buscó a tientas un pañuelo y se sonó la nariz con un estruendo trompetero—. Espero... *espero* que no les importe, caballeros, que me una a ustedes en su discusión.

—Pues sí, nos importa —dijo Fen, irritado.

—No sea usted desagradable, se lo ruego —dijo el hombre conejil con tono suplicante—. Esta mañana soy muy, muy feliz. Permítanme invitarles a un trago. Tengo un montón de dinero... ¡Camarero! —El camarero se acercó a la mesa—. Dos

whiskies dobles y una pinta de amarga.

—Escúchame una cosa, Gervase, de verdad que tengo que irme... —dijo Cadogan con gesto incómodo.

—No se vaya, señor. Quédese y alégrese conmigo. —No cabía la menor duda de que el hombre conejil estaba efectivamente muy borracho. Adelantó el cuerpo con gesto conspiratorio y bajó la voz—. Esta mañana me he librado de esos pequeños gamberros.

—¿Ah, sí? —dijo Fen sin mostrar ningún interés—. ¿Y qué ha hecho usted con sus pequeños cadáveres?

El hombre aconejado se rio un poco, como un tonto.

—¡Ah...! Está usted intentando pillarme... Me refiero a mis clases. Soy... soy maestro. Un pobre maestro de escuela. El peso específico del mercurio es 13,6 —canturreó—. *Caesar Galliam in tres partes divisit*. El participio de pasado del *mourir* es *mort*.

Fen lo miró con disgusto. El camarero les trajo las bebidas y el hombre conejil pagó sacando una cartera bastante mugrienta. Dejó en el plato una enorme propina.

—A su salud, caballeros —dijo, levantando su vaso. Luego hizo una pausa—. Pero creo que no me he presentado. Sharman, me llamo George Sharman, para servirles.

Hizo una profunda reverencia, inclinándose desde la cintura, y casi consiguió que su vaso saliera volando por los aires; Cadogan lo evitó justo a tiempo.

—En este momento —dijo el señor Sharman con aire meditabundo—, debería estar enseñando a los estudiantes de cuarto de bachillerato los fundamentos de la Composición del Latín en Prosa. ¿Y quieren que les diga por qué no estoy haciéndolo? —De nuevo, se inclinó hacia delante—: Ayer por la noche, caballeros, *heredé una inmensa cantidad de dinero* —susurró.

Cadogan se sobresaltó y los ojos de Fen se petrificaron: las herencias parecían ser un asunto recurrente aquella mañana.

—Una cantidad de dinero muuuy grande —continuó el señor Sharman con la lengua de trapo—. Así que... ¿qué creen que hice? Pues me fui a ver al director y le dije: «Granoenelculo», le digo, «eres un viejo borracho fascista, y no voy a volver a trabajar para ti *jamás* de los jamases. Ahora soy un caballero con posibles, y libre», digo, «y me voy a casa, a quitarme este polvo de tiza de encima». —Y sonrió complaciente.

—Pues felicidades —dijo Fen con una peligrosa amabilidad—. Enhorabuena.

—Y essso no es todo. —La verborrea del señor Sharman estaba adquiriendo poco a poco un carácter más turbio—. No soy el ún... el único afortunado. ¡Ah, no! Hay más. —Gesticuló como señalando a muchas personas—. Muchos, muchísimos más, todos tan ricos como Cresos. Y uno de ellos es una chica muy guapa, con unos ojos azulísimos. *Mi amoor es como una rosa, como una rosa azuuul* —cantó con voz cascada—. Le pediré que se case conmigo mañana, aunque solo es una

dependienta. Solo es la hija guapa de una dependienta. —Se volvió hacia Cadogan con aire muy formal—. Tiene usted que conocerla.

—Me encantaría.

—¡Así me gusta! —dijo el señor Sharman con un gesto de aprobación. Volvió a trompetear en su pañuelo.

—Tómese otro trago conmigo, amigo mío —dijo Fen, adoptando una actitud de alcohólica camaradería y dándole unas palmaditas al señor Sharman en la espalda. Al señor Sharman le entró el hipo—. Pe... pero... las pago yo, eh —dijo—. ¡Camarero...!

Los tres recibieron sus respectivas bebidas.

—Ah... —dijo Fen, suspirando profundamente—. Es usted un hombre afortunado, señor Sharman. Ojalá tuviera yo un pariente que se muriera y me dejara un montón de dinero.

Pero el señor Sharman negó con el dedo.

—No intente sonsacarme. No voy a decirle nada, ¿entiende usted? Voy a mantener el pico cerrado. —Y cerró la boca, muy ilustrativamente, y luego volvió a abrirla para admitir en ella la entrada de más *whisky*—. Estoy sorprendido —añadió con voz emocionada—. Después de todo lo que he hecho por ustedes. Intentar sonsacarme...

—No, no crea...

Se produjo una mutación en el rostro del señor Sharman. Su voz se tornó más débil, y se agarró el estómago.

—Excúsenme, caballeros —dijo—. Vuelvo enseguida. —Se levantó y se quedó balanceándose como la hierba mecida por el viento, y luego avanzó trastabillándose de un modo bastante inseguro en dirección a los servicios.

—No vamos a poder sacarle mucho —dijo Fen con aire melancólico—. Cuando un hombre no quiere decir nada, la borrachera solo consigue que sea más obstinado y suspicaz que cuando está sereno. Pero no me diga que no es una curiosa coincidencia.

—«*El búho*» —citó Cadogan, vigilando que no apareciera la tambaleante y abrigada figura del señor Sharman—, «*a pesar de todas sus plumas, tenía frío*»^[28].

—Sí —dijo Fen—, como el viejo de... ¡*Oh, por mi pellejo y mis bigotes!*

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó Cadogan asustado.

Fen se apresuró a levantarse.

—Consigue que ese hombre se quede aquí un rato más —dijo enfáticamente—, hasta que yo regrese. Entretenlo con *whisky*. Háblale de Jane Austen. Apáñatelas como puedas. Pero por nada del mundo le dejes marcharse.

—Pero, escúchame, yo iba a ir a la policía...

—No seas aguafiestas, Richard. Esta es la clave. No tengo ni la menor idea de adonde nos conducirá esto, pero como hay Dios que esta es la clave de todo el asunto. No te vayas. No tardaré. —Y salió a grandes zancadas del bar.

El señor Sharman regresó a su sitio. Estaba más sobrio pero también más receloso

que antes.

—¿Se ha ido su amigo? —preguntó.

—Solo un momentito.

—Ah... —el señor Sharman se estiró sin ningún desdoro—. Gloriosa libertad. No tiene usted ni idea de lo que es ser maestro. He visto sucumbir a hombres muy bragados cuando se suben encima de una tarima. Es una guerra sin cuartel. Uno puede mantener a los muchachos a raya durante treinta años, pero al final esos bastardos siempre acaban apañándose para derrotarte.

—Suenan terrible.

—¡Es terrible! Uno se hace viejo, pero ellos siempre tienen la misma edad. Como el emperador y la multitud en el Foro.

Luego hablaron de Jane Austen, un asunto que le resultó algo complicado a Cadogan, habida cuenta del defectuoso conocimiento que tenía de la producción literaria de dicha autora. El señor Sharman, de todos modos, solventó esta deficiencia con sus vastos conocimientos y con su entusiasmo. Cadogan notó que su disgusto hacia aquel hombre aumentaba... Disgusto por sus pequeños ojillos llorosos, por sus prominentes dientes incisivos, por su asunción pedagógica de la cultura; incuestionablemente, el señor Sharman era un desgraciado ejemplo de los efectos de una feroz avaricia repentinamente satisfecha. No volvió a referirse a su herencia, ni a los «otros» que la habían compartido con él, pero se lanzó confiadamente a una larga perorata sobre *Mansfield Park*. Cadogan respondió con monosílabos, y pensó con cierta impaciencia en el extraño comportamiento de Fen. Al acercarse la hora de comer, el bar se llenó con los clientes del hotel, actores, estudiantes. El ruido de las conversaciones aumentó de volumen, y el sol que se filtraba a través de las ventanas góticas seccionó la bruma humeante de los cigarros en pálidos triángulos azules.

—La única solución, creo —dijo alguien de repente y con convicción—, es el jabón líquido.

¿Solución para qué?, se preguntó vagamente Cadogan.

—Y luego fíjese en el personaje del señor Collins... —estaba apuntando el señor Sharman. Cadogan centró su atención a regañadientes en aquel personaje de Jane Austen.

Faltaban cinco minutos para que dieran las doce, cuando se escuchó un espantoso rugido en el exterior, acompañado de un estrépito como de cazuelas en confrontación. Un instante después Fen empujó las puertas batientes del hotel, al mismo tiempo que se oía una tremenda detonación de fondo. Venía exultante, y traía consigo un libro de tapas brillantes que esgrimía con gran ostentación. Ignorando el bar, que quedaba a su izquierda, se adentró en el hotel propiamente dicho, bajando un pasillo enmoquetado en azul hacia el cubículo del portero. Ridley, el conserje, resplandeciente con su traje azul y sus galones, le saludó con cierta aprensión, pero Fen no hizo más que entrar en una de las cabinas telefónicas que había justo al lado de su cuchitril. Y desde allí llamó a Somerset House.

—Hola, Evans —dijo—. Soy Fen... Sí, muy bien, gracias, querido amigo, y tú, ¿cómo estás...? Óyeme, me preguntaba si me podrías mirar una cosa...

Se escuchó un chisporroteo indescifrable.

—No entiendo ni una palabra de lo que me estás diciendo... Lo que quiero son los detalles del testamento de una tal señorita Snaith, de Boar's Hill, Oxford. Murió hace unos seis meses. No puede haberse certificado más que hace muy poco... ¿Qué? Oh, bien, llámame tú, ¿de acuerdo? Sí... En el Mace & Sceptre. Sí. De acuerdo... Adiós.

—*Mi corazón está humillado en el polvo...*^[29] —entonó sin mucha humildad mientras colgaba el auricular, insertaba dos peniques suplementarios y marcaba un número local. Una vez más, el teléfono chilló con estridencia en el despacho del jefe de policía de Oxford, en Boar's Hill. —¿Sí? —dijo el supremo representante la autoridad—. Oh, Dios mío, ¿así que eres tú otra vez? Espero que no me vengas de nuevo con la historia de ese Cadogan...

—No —dijo Fen, fingiéndose herido—. Por supuestísimo que no. Aunque debo decir que creo que hoy te has levantado con muy poco espíritu de servicio.

—El tendero está armándonos un jaleo de mil demonios. Harías mejor en quitarte de en medio. Ya sabes lo que pasa cuando metes la nariz en donde no te llaman.

—Eso no importa ahora. ¿Te acuerdas de una tal señorita Snaith? Vivía cerca de ti.

—Snaith... Snaith... Ah, sí. Ya sé. Una vieja un poco excéntrica.

—¿Excéntrica? ¿A qué te refieres?

—Oh, tenía terror a que la asesinaran y le quitaran su dinero. Vivía en una especie de granja fortificada, con unos condenados perros mastines muy agresivos que tenía deambulando por el jardín todo el día. Murió hace un tiempo. ¿Por qué me hablas de ella?

—¿La llegaste a conocer bien?

—Me crucé con ella un par de veces. No la conocía en realidad. Pero qué...

—¿Por qué clase de asuntos solía interesarse?

—¿Interesarse? Bueno... por la educación, creo. Ah, y se pasaba el día escribiendo libros baratos de esos sobre espiritismo. No sé si se los llegarían a publicar. Espero que no. Lo cierto es que tenía un miedo horroroso a morir... sobre todo a que la pudieran asesinar. Supongo que le consolaba pensar que existía una vida más allá de la muerte. Aunque debo decir que si tengo que regresar de la tumba solo para acabar dictando estupideces a una ouija, preferiría no saberlo de antemano.

—¿Alguna cosa más?

—Bueno, por lo demás era una viejecita encantadora, y muy sensible a la amabilidad de la gente. Pero, como te digo, vivía aterrorizada. Creía que la gente quería asesinarla. La única persona en la que realmente confiaba era en ese abogado suyo...

—¿Rosseter?

—Sí, ahora que lo pienso, ese era el nombre. Pero dime una cosa, ¿por qué...?

—Supongo que no existe el menor indicio de que su muerte no fuera accidental.

—Dios mío, no. Se la llevó por delante un autobús. Se tiró literalmente bajo las ruedas... No había nadie cerca de ella cuando ocurrió. Puedes imaginarte que, dadas las circunstancias, llevamos a cabo una cuidadosa investigación.

—¿Viajaba mucho?

—No, nunca salía... esa sí que es una cosa rara. Metida en Oxford toda su vida. Una mujer rara. A propósito, Gervase, sobre *Medida por medida*...

Fen colgó. No estaba preparado para discutir sobre *Medida por medida* en ese momento. Mientras estaba pensando en lo que había averiguado, el teléfono sonó en la cabina, y él levantó el auricular.

—Dígame —contestó—. Sí, soy Fen. Ah, eres tú, Evans. Has sido rápido.

—Un rastro fácil —dijo el incorpóreo portavoz de Somerset House—. Elizabeth Ann Snaith, «Valhalla», Boar's Hill, Oxford. Fecha del testamento, 13 de agosto de 1937, con los testigos R. A. Starkey y Jane Lee. Patrimonio, 937 642 libras... una bonita cantidad. Bienes muebles, 740 760 libras. Unos cuantos legados mínimos (para los criados, supongo), pero el grueso es «para mi sobrina, Emilia Tardy». Y luego vienen un montón de cláusulas raras sobre no sé qué de poner anuncios solo en periódicos ingleses, y sobre no comunicárselo directamente a su sobrina, y sobre Dios sabe qué más galimatías. Ah, y se establece un plazo de seis meses tras la muerte de Snaith para reclamar la herencia. Parece como si hubiera hecho todo lo posible para impedir que esa desgraciada de Tardy le echara las zarpas a la pasta.

—¿Y qué pasaría si la señora Tardy no lo reclamase?

Al otro extremo hubo un silencio.

—Dame un segundito. Está en el envés de la hoja. Ah, sí. En ese caso, va todo al señor Aaron Rosseter, del 193A de Cornmarket, Oxford. ¡Un tipo con suerte! Eso es todo, creo.

—Ah... —Fen estaba pensativo—. Gracias, Evans. Muchas gracias.

—Cuando quieras —dijo el funcionario—. Saludos a la gente de Oxford. —Y colgó.

Ya fuera de la cabina, Fen permaneció inmóvil durante unos instantes, meditabundo. Los huéspedes del hotel pasaban junto a él, deteniéndose para pedir al portero horarios, taxis, periódicos. Ridley los atendía con competencia profesional. En el comedor las mesas estaban ya preparadas para el almuerzo, y el jefe de sala estaba comprobando las reservas en una lista escrita a mano en la parte de atrás de un menú.

Indiscutiblemente, el señor Rosseter tenía muy buenos motivos para asesinar a la señorita Emilia Tardy. Si era el único albacea del testamento, le habría bastado con evitar avisarla para escamotearle la herencia a esa mujer. Así que cuando, efectivamente, la señorita Tardy apareció... Fen negó con la cabeza. No. Eso no concuerda en absoluto. Para empezar, era apenas concebible que la señorita Snaith

hubiera depositado unos poderes tan excepcionales en manos del señor Rosseter, por mucho que confiara en él; y por otro lado, si el señor Rosseter había asesinado a la señorita Tardy y había golpeado a Cadogan en la cabeza, ¿por qué no lo había reconocido cuando lo vio? O, si lo había reconocido, ¿por qué había sido tan excesivamente prolijo en su información? Por supuesto, el asesino no tuvo que ser necesariamente el que golpeara a Cadogan en la cabeza; posiblemente un cómplice... Pero, y luego, ¿por qué montar una juguetería en plena noche para desmantelarla a continuación?

Fen suspiró profundamente y dio unos golpecitos en la tapa del libro que llevaba bajo el brazo. Estaba de un humor extremadamente voluble, y en aquel preciso momento se sintió una pizca deprimido. Le dijo adiós a Ridley con la mano y regresó al bar. Cadogan y el señor Sharman habían llegado a un *impasse* en la conversación; para entonces el señor Sharman había vomitado todas y cada una de sus opiniones respecto a Jane Austen, y a Cadogan no se le había ocurrido otro tema de conversación más interesante. En aquel momento, de todos modos, Fen estaba intentando evitar a toda costa su compañía; en vez de ir hacia ellos, se dirigió hacia donde se encontraba Hoskins, el estudiante melancólico y huesudo.

Hoskins no era de ningún modo un estudiante problemático: cumplía con su trabajo eficazmente, si bien sin demasiado entusiasmo. Se abstenía de borracheras y se comportaba de un modo correcto y educado. Su única característica remarcable era su inagotable verborrea, que al parecer endilgaba a las muchachas con fines eróticos. En aquel momento estaba sentado delante de su segundo vasito de jerez pálido, y apremiaba a la morenita Miriam para que prosiguiera con la degustación continuada de chocolatinas.

Excusándose ante la muchacha, que levantó la mirada hacia él con una especie de temor reverencial, Fen se llevó a Hoskins fuera.

—Señor Hoskins —dijo Fen con amable severidad—. Me abstendré de preguntarle por qué está malgastando las horas doradas de su juventud dedicándose a la consumición ilegal de jerez en esta especie de simulacro de la catedral de Chartres...

—Le estoy muy agradecido, señor —dijo Hoskins sin mostrar ninguna perturbación anímica particular.

—Solo quiero preguntarle —continuó Fen— si le importaría hacerme un favor.

Hoskins parpadeó y asintió en silencio.

—¿Le interesan a usted las novelas de Jane Austen, señor Hoskins?

—Siempre me ha parecido, señor —dijo Hoskins—, que en ellas la personalidad de las mujeres está esbozada de un modo muy pobre.

—Bueno, ya debería usted saberlo —dijo Fen con una sonrisa burlona—. No importa. Hay ahí un tipo sórdido, un pelmazo, que al parecer siente auténtica pasión por Jane Austen. ¿Podría usted retenerlo aquí durante una hora?

—Nada más fácil, señor —dijo Hoskins con una benévola confianza en sí mismo

—. Aunque creo que tal vez lo mejor sería ir y largar primero a mi invitada.

—Desde luego, desde luego, proceda... —dijo Fen apresuradamente.

Hoskins volvió a asentir de nuevo, regresó al bar, y al cabo de muy poco tiempo reapareció, conduciendo a Miriam con delicadas explicaciones hasta la puerta. Allí le cogió la mano calurosamente, le dijo adiós, y regresó junto a Fen.

—Dígame, señor Hoskins —dijo Fen, atrapado por una repentina curiosidad desinteresada—, ¿cómo explica usted la extraordinaria atracción que sienten por su persona las mujeres? No me conteste si cree que estoy siendo impertinente.

—En absoluto. —Hoskins dio a entender que encontraba aquella pregunta muy gratificante—. En realidad es muy sencillo: calmo sus temores y les doy cositas dulces para comer. ¡Al parecer eso nunca falla!

—Ah —dijo Fen, un poco desconcertado—. Ah. Bueno, muchas gracias, señor Hoskins. Y ahora, si quisiera usted volver al bar... —y comenzó a darle instrucciones.

Cadogan se sintió simplemente encantado de que Hoskins le liberara de aquella penitencia que le había sido impuesta. Cuando él y Fen abandonaron el bar, Hoskins y el señor Sharman estaban conversando ya del modo más amigable.

—Bueno, ¿qué ocurre? —preguntó Cadogan cuando salieron. Estaba un poco achispado después de cinco pintas de cerveza, pero al menos casi no le dolía ya la cabeza.

Fen lo llevó por el pasillo inferior y se sentaron junto al mostrador de recepción, en dos duras sillas de madera con un diseño vagamente asirio. Fen le contó lo de las llamadas telefónicas.

—¡No, no...! —dijo malhumorado, cortando en seco la espantada protesta de Cadogan cuando le contó lo del señor Rosseter—. En realidad no creo que haya sido capaz de hacerlo. —Expuso sus razones.

—¡Bah, palabrería! —replicó Cadogan—. Lo único que pasa es que tú aún conservas esas fantasías románticas sobre el anuncio...

—A eso voy... —dijo Fen con aire malévolo. Se detuvo para examinar a una rubia emperifollada que pasó a su lado, envuelta en pieles y con unos tacones de aguja muy altos—. Porque, en efecto, hay una conexión entre aquel anuncio y la señorita Snaith.

—¿Y cuál es?

—Esta —y, con una especie de gesto florido, Fen extrajo el libro que llevaba bajo el brazo: lo mostró con el aire de un fiscal que tiene ante sí una prueba definitiva y especialmente reveladora.

Cadogan lo examinó sin comprender muy bien qué significaba. Se titulaba *Los Poemas Absurdos*, de Edward Lear.

—Seguro que recordarás —continuó Fen, agitando su dedo índice en el aire con gesto didáctico— que la señorita Snaith estaba interesada en la poesía humorística. Y esto... —y dio unos golpecitos en el libro con gesto de autoridad—, esto, querido

amigo, es justamente eso: poesía humorística.

—Me asombras.

—Es más, es poesía humorística *del máximo nivel*. —De repente Fen abandonó sus gestos didácticos y se tornó ofendido—. Hay gente, de verdad, que cree que Lear era incapaz de rematar los últimos versos de sus quintillas^[30] de modo diferente a los primeros. En realidad, el hecho es...

—Sí, sí... —dijo Cadogan con impaciencia, sacando el recorte de periódico de su libreta—. Ya sé lo que quieres decir. «Ryde, Leeds, West, Mold, Berlín». Quintillas. Se trata de un método de lo más imaginativo para designar a la gente.

—Mmm... —Fen escudriñó las páginas del libro—. Y yo de algún modo barrunto que nuestro señor Sharman es uno de los implicados en este asunto tan turbio. Mira esto... «*Había un hombre de Mold, avejentado / y aquejado de un nocivo resfriado; / se agenció unas ricas magdalenas, / y un mullido edredón de plumas buenas / y dejó así de estar acatarrado*». En el dibujo que acompaña al poema el tipo parece una especie de oso esférico. ¿No te recuerda a alguien?

—Sí, pero...

—Es más, el señor Sharman, según nos ha dicho, recibió una sustancial herencia *la pasada noche*. Y lo mismo los otros, al parecer.

—Ryde, Leeds, West y Berlín.

—Exactamente. Acuérdate de este: «*Un viejito en West residía, / que un chaleco ciruela vestía...*».

—Y había otro, ¿no?, sobre uno que nunca podía descansar.

—Sí. Pero ese solo añade algo sobre la nariz y la barbilla, y no hay nada relevante en eso, excepto desde el punto de vista terapéutico.

—Ah. —Cadogan se calló y pensó que quizá había bebido demasiado—. ¿Y respecto a Ryde?

—«*En Ryde una mocita vivía*» —leyó Fen tras buscar un poco en el libro—, «*que los cordones sin atar lucía. / Unos zuecos se ha comprado / y un perrito moteado / y pasea por Ryde como una cría*».

—De lo de Berlín sí me acuerdo.

—Sí, y yo. «*Era un anciano de cuerpo asaz delgado...*». —Por vez primera, Fen dudó. —Todo esto suena un poco raro, ¿no te parece?

—Bueno, ¿cuál es tu idea?

—No tengo ninguna idea, en realidad —expuso Fen—. Solo es esta precaria sucesión de correspondencias. La señora Snaith... los versos humorísticos... Rosseter... el anuncio... la herencia de Sharman. Pero confieso que se me había pasado por la cabeza que Sharman y «los otros» de los que hablaba pudieran ser los herederos en caso de que la señorita Tardy no reclamara su herencia.

—Pero ellos no eran los herederos. El heredero es Rosseter.

—Por lo que parece, así es. —Fen cogió un cigarrillo de una pitillera dorada y se lo llevó lentamente a la boca—. Hay cosas como los testaferreros, ya sabes. Le dejas tu

dinero a una persona y le ordenas que se lo entregue a otra... con ciertas salvaguardias para asegurar que efectivamente la operación se lleva a cabo. De ese modo, la gente en general no llega a saber quién se queda finalmente el dinero.

—¿Pero por qué demonios iba la señorita Snaith a planear semejante galimatías?

—No lo sé. —Fen encendió su cigarrillo e intentó formar un aro con el humo—. Me atrevería a aventurar que Rosseter sería capaz de contárnoslo todo, pero no querrá. ¡Menudo malandrín! —añadió, dejándose llevar por su natural tendencia al uso de arcaísmos y palabras rimbombantes.

—Y me temo que Sharman tampoco nos lo dirá —dijo Cadogan con gesto sombrío. Pero su rostro se iluminó cuando vio a una célebre novelista trastabillando al intentar entrar en el ascensor del hotel—. Y eso que lo intenté.

—Oh, ¿no habrás metido la pata? Dime que no —dijo Fen con interés—. En cierto modo eres más peligroso que un cocodrilo suelto en un bazar. Bueno, estaba completamente seguro de que no soltaría nada, de todos modos.

—A propósito, ¿por qué se lo has endosado a ese estudiante?

—Principalmente para mantenerlo vigilado mientras hablaba contigo.

—Ya veo. Bueno, lo único que tenemos que hacer es encontrar a un hombre con un chaleco de color ciruela, a un hombre extrañamente delgado, a una chica con un perro moteado, y a un... por cierto, ¿qué pasa con Leeds?

—«*Una mujer en Leeds vivía, / que infestada la cabeza de lentejuelas tenía...*».

—Mi querido Gervase... —dijo Cadogan—, todo esto es una locura. Y, además, me parece completamente inútil.

Pero Fen sacudió la cabeza.

—No del todo —dijo—. Siempre podemos encontrar a una bonita dependienta de ojos azules y que sea dueña de un pequeño perro moteado... ¡Empecemos ahora!

—¿Empezar? ¿Ahora?

Empezaron.

EL EPISODIO DE LOS CONOCIMIENTOS IRRELEVANTES

Considerando el asunto algún tiempo después, mientras se lo desgranaba tediosamente a auditorios escépticos o francamente incrédulos, Cadogan llegó a la convicción absoluta de que aquel fue, con mucho, el episodio más extraordinario e improbable de toda la historia. Es verdad que su percepción exacta de las cosas estaba un tanto distorsionada por la cerveza; y no es menos cierto que lo improbable tiene una relevancia menor en la ciudad de Oxford que en cualquier otro lugar del planeta. Pero aun así, incluso en aquel momento, a Cadogan le pareció que un poeta y un profesor obcecados en peinar todas las tiendas de la ciudad en busca de una muchacha bonita y de ojos azules que fuera dueña de un pequeño perro moteado, con la esperanza de que su descubrimiento pudiera arrojar alguna luz sobre la desaparición de una juguetería fantasma en Iffley Road, difícilmente podrían considerarse miembros durante mucho tiempo de una sociedad regida por la cordura y la dignidad. En todo caso, era evidente que Gervase Fen no tenía semejantes escrúpulos; confiaba en que Hoskins pudiera mantener a buen recaudo al señor Sharman durante todo el tiempo que se le había encomendado; confiaba también en que el anuncio del señor Rosseter tuviera algo que ver con la muerte de la señorita Tardy, y que él lo hubiera interpretado correctamente; confiaba, en suma, en que no se les escapara la bonita dependienta, de ojos azules y con un pequeño perro moteado, sobre todo en una ciudad del tamaño de Oxford. (Cadogan, por el contrario, era de la opinión de que la muchacha podría eludirlos indefinidamente solo con proponérselo). Y, en cualquier caso, parecía como si Fen no tuviera otra cosa que hacer en el mundo más que buscarla.

Su plan era que cada uno de ellos bajara por una acera de George Street, entrando en todas las tiendas que se encontraran por el camino, y preguntaran por dependientas atractivas y de ojos azules; y donde se constatará que había una, debían realizar las preguntas pertinentes sobre sus mascotas de acuerdo con las circunstancias dadas; aquel procedimiento, por último, debería extenderse absolutamente a todo el centro comercial. Plantado en medio de la acera atestada de gente, y escuchando cómo los relojes daban los cuartos tras el mediodía, Cadogan se reafirmó aún más en su pertinaz melancolía; en cualquier caso, reflexionó, sin duda sería arrestado antes de que lograra plantar un pie en la calle comercial.

—La quintilla de Ryde es la única que hace referencia a una muchacha joven — recalcó Fen, mirando una pizca desanimado lo larga que era George Street—, así que debe de ser la chica de la que Sharman hablaba. Nos encontraremos al final de la calle y allí pondremos en común nuestros resultados.

Así que comenzaron. La primera tienda que le correspondió a Cadogan era un

despacho de tabacos, atendido por una mujer oronda y teñida, de edad incierta. A Cadogan le pareció que las dificultades de la empresa se veían enormemente aumentadas por diversas consideraciones, a saber: (a) no podían tener certeza alguna respecto a los cánones de belleza femenina manejados por Sharman, y (b) es imposible discernir el color de ojos de una persona sin acercarse a corta distancia a fin de escudriñarlos convenientemente. Simulando que era corto de vista, se aproximó a pocos centímetros de la cara de la mujer teñida. Esta se echó hacia atrás con cara de susto y le mostró una sonrisa forzada. Al final, Cadogan decidió que sus ojos igual podían ser azules que verdes.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor? —preguntó.

—¿No tendrá usted, por un casual, un perro pequeño, quizá uno de esos peludos con manchas?

Para su sorpresa, la mujer dejó escapar un pequeño grito y exclamó:

—¡Señor Riggs! ¡Señor Riggs!

Un joven mozalbete nervioso, embadurnado de brillantina y embutido en un traje matutino notablemente arrugado surgió desde la parte trasera de la tienda.

—¿Qué pasa, señorita Blunt? —dijo—. ¿Por qué grita?

La señorita Blunt señaló con un dedo tembloroso a Cadogan y dijo débilmente:

—Ese hombre de ahí me está importunando con preguntas incómodas... no sé qué de un perro peludo...

—Le advierto, señor...

—Bueno, ¿qué bicho le ha picado?

—Bueno, señor, ¿no cree usted que su pregunta es... quizá un poco...? Es decir, un poco... ¡oh...!

—¡A menos que el vocabulario obsceno haya experimentado unas cuantas variaciones sorprendentes desde mi juventud —dijo Cadogan—, no veo dónde está el problema!

Y salió furioso de la tienda.

En los establecimientos que visitó después no tuvo mucha más suerte. O no había en absoluto ni una sola chica guapa de ojos azules trabajando en las tiendas de Oxford, o, si la había, no tenía un perrito moteado. En los establecimientos lo recibían sucesivamente con enojo, risa, perplejidad y gélida deferencia. De vez en cuando divisaba a Fen en la acera opuesta de la calle, lanzándole un gesto negativo por encima de las oleadas de tráfico, para desaparecer de nuevo tras la puerta de la enésima tienda. Acabó por descorazonarse y comenzó a comprar cosas en cada uno de los sitios en los que entraba... un tubo de pasta de dientes, cordones para los zapatos, un collar de perro. Cuando finalmente se reunió con Fen en los semáforos de George Street con Cornmarket, iba tan cargado que parecía un árbol de Navidad.

—Por Dios bendito, ¿qué haces con todas esas cosas? —preguntó Fen, y luego, sin esperar una respuesta, añadió—: Esto nos va a llevar más trabajo del que yo pensaba. Por mi lado de la calle, nada. Una de las mujeres hasta se ha pensado que le

estaba proponiendo matrimonio.

Cadogan, entretanto, se cambiaba dolorosamente una cesta de mimbre de una mano a otra. Transportaba allí lo más sustancial de sus compras. Gruñó. En realidad, su mente estaba ocupada con la convicción, diríase que tangible, de que estaban siendo observados. Dos fornidos individuos, embutidos en sendos trajes negros, llevaban un buen rato siguiéndoles los pasos, y ahora se encontraban justo detrás de ellos, en la esquina de enfrente, empecinados mutuamente en un prolongado esfuerzo por encenderse sus cigarrillos sin llamar demasiado la atención. Obviamente, no se podía concebir que fueran policías; por tanto, sin duda debían de tener alguna relación con la muerte de Emilia Tardy. Pero cuando estaba a punto de revelarles su descubrimiento a Fen, este lo agarró repentinamente por el brazo.

—¡Mira ahí!

Cadogan miró. Una chica acababa de aparecer por una callejuela que discurría por las traseras de una tienda en Cornmarket. Tendría como unos veintitrés años, era alta, con un cuerpo agradablemente proporcionado y miembros ágiles. Tenía el pelo rubio natural, unos grandes ojos azules muy dulces, unas mejillas prominentes y una barbilla firmemente moldeada. Sus labios, de color escarlata, se transformaron en una sonrisa picara cuando alguien la llamó por detrás en la callejuela. Llevaba una camisa con corbata, un abrigo marrón oscuro y falda, y unos zapatos de piel, y caminaba con la ondulante gracia despreocupada de quien goza de una salud perfecta.

Y a su lado trotaba un dálmata.

—El perro no es muy pequeño que se diga —dijo Fen. La chica caminaba hacia ellos.

—Bueno, puede que el *perrito* haya crecido —dijo Cadogan. El alivio por no tener que entrar en más tiendas a hacer el payaso, le hizo elevar la voz involuntariamente—. Esa debe de ser la chica. No cabe duda de que es ella.

Ella los oyó, los vio y se paró en seco. La sensual sonrisa se borró de sus labios rojos. Con una especie de terror en la mirada, cambió de dirección y cruzó la calle, caminando tan deprisa por Broad Street que casi echó a correr, mientras miraba de reojo por encima del hombro.

Tras un momento de inicial estupefacción, Fen agarró por la manga a Cadogan y le apremió a cruzar la calle también. No prestó atención al semáforo que se abría y a los crujidos de las cajas de cambios de los coches que estaban esperando para avanzar. Llegaron a la acera de enfrente como cuando Orestes, acosado por las furias, se adentró tambaleante en la arboleda de Ifigenia en Táuride^[31]. Por el rabillo del ojo Cadogan vio que los dos hombres con los trajes negros se habían puesto también en marcha. Durante unos instantes perdieron de vista a la chica tras los escaparates de una tienda china, pero de inmediato la recuperaron, avanzando precipitadamente a través de las multitudes que deambulaban en plena hora punta. Se pusieron de acuerdo con un gesto, y comenzaron a correr tras ella.

Broad Street hace honor a su nombre y es bastante ancha; también es bastante

corta y recta. Hacia la mitad hay una parada de taxis, y al final se puede ver el Hertford College, la librería del señor Blackwell^[32], el Sheldonian Concert Hall (con su ristra de bustos pétreos de emperadores romanos, severos y admonitorios, como los tótems de alguna tribu primitiva, dando la bienvenida en la verja) y la Bodleian Library. El sol de mediodía, agradable y cálido, hacía saltar astillas de azul y oro de los cenicientos muros de piedra. Infatigables, las estudiantes pedaleaban en pos de las últimas tareas matutinas. Fen y Cadogan corrían tras la joven, este último llamándola a grandes voces.

La chica, cuando vio que alguien la seguía, también empezó a correr. El perro iba a medio galope tras ella. Pero tanto Fen como Cadogan eran hombres fuertes, activos, y la habrían cogido en medio minuto o menos si su camino no hubiera quedado bloqueado de repente por una figura gigantesca ataviada con el uniforme de la policía de Oxford.

—¡Eh! Ya es suficiente —dijo el agente del orden, conforme a la más rancia tradición policial—. ¿Qué es todo esto?

Cadogan solo alcanzó a gesticular nerviosamente, pero un segundo después se dio cuenta, bastante aliviado, de que el agente no lo había reconocido, y solamente creía estar interponiéndose en lo que parecía una persecución callejera de unos sátiros.

—¡Esa chica...! —gritó furioso Fen, señalándola—. ¡Esa chica...!

El policía se rascó la nariz.

—Bueno, vale ya —dijo—. Todos, en algún momento de nuestra vida, hemos ido en pos del amor impulsivo, pero esto es demasiado, ¿entienden? De uno en uno, y sin provocar estampidas. Lo mejor será que se vayan y coman algo —añadió amablemente. Evidentemente, el agente suponía que aquella afirmación constituiría una suerte de antiafrodisíaco.

—Oh, Dios mío... —exclamó con disgusto Fen—. Vamos, Richard. Es inútil intentar seguirla ahora. —Vigilado por el benevolente ojo de la ley, que todo lo ve, encaminó sus pasos hacia el Balliol College y cruzó su portal gótico con aire digno. Una vez dentro, en todo caso, ambos se apresuraron a atravesar los patios y entraron en el recinto del Trinity, que está justo al lado. Un rápido vistazo por las puertas de hierro forjado les confirmó que el agente se encaminaba ya hacia Cornmarket y les daba la espalda; la chica, por su parte, se alejaba a toda prisa en dirección al Sheldonian Theatre. También pudieron ver a los dos hombres de negro merodeando frente al escaparate de un sastre en la acera de enfrente. Cadogan se los señaló a Fen y le confirmó sus sospechas.

—Hum... —murmuró Fen pensativamente—. Estoy por pensar que sería recomendable despistar a esos dos en la medida de lo posible. Por otra parte, no podemos correr el riesgo de perder a la chica. Lo mejor será que vayamos tras ella lo más rápidamente posible, y que confiemos en nuestra suerte. Obviamente, quienquiera que fuera el que te golpeó en la cabeza ayer por la noche, querrá tenerte vigilado, pero no parece que pretendan otra cosa más que seguirte la pista,

simplemente. —Fen parecía absolutamente emocionado con todo lo que estaba aconteciendo—. De acuerdo, andando.

Tan pronto volvieron a salir a Broad Street, la chica se dio cuenta de que la volvían a seguir y, tras un momento de indecisión, se giró y entró en el Sheldonian, tras dejar al perro fuera, atado en la verja. El chucho se sentó pacientemente a esperar, con mirada sanguínea. Fen y Cadogan apretaron el paso. Los dos hombres con traje oscuro, cuyo conocimiento de la topografía de Oxford era manifiestamente limitado, no se conformaron con quedarse mirando y se lanzaron también en dirección al Sheldonian.

Este edificio, diseñado por *sir* Christopher Wren, consiste en una sala circular, muy alta, con galerías, un órgano, y un techo en vivos colores (aparte de algunos misteriosos y laberínticos pasadizos). Aquí se dan conciertos; aquí se otorgan los títulos universitarios y aquí tienen lugar las ceremonias académicas; aquí ensayan las grandes corales y las orquestas. Como la Händel Society, que justo en ese momento estaba ensayando bajo la apasionadísima batuta del prematuramente delgado y energético Dr. Artemus Rains. Cuando Fen y Cadogan subieron los escalones de piedra y cruzaron el enlosado hasta la puerta, sus tímpanos fueron fulminados por una ráfaga de fatalismo Hölderliniano, interpretado al estilo de Brahms y con traducción musical del reverendo J. Troutbeck^[33]: «¡Como ciegos», tronaba el coro, «como ciegos al final nos moriremoos!» La orquesta los acompañaba con veloces arpegios, y ácidos y feroces acordes de metal.

Fen y Cadogan se asomaron. La orquesta ocupaba el foso de la sala. En torno a ella, ordenados en gradas, había un coro de trescientos individuos, o puede que más, con las partituras delante justo de la cara, las miradas nerviosas yendo y viniendo desde los pentagramas a las frenéticas gesticulaciones del Dr. Rains, abriendo la boca y gritando como en una pantomima unánime. «*Mas el hombre no tarda en moriiiiir*», cantaban, «*porque en parte ninguna encuentra reposooooo*». Entre los bajos, que ululaban malhumoradamente como barcos perdidos en la niebla del Canal de la Mancha —que es como suenan los bajos en todas las orquestas del mundo—, Cadogan avistó a la chica. Le dio un codazo a Fen y se la señaló. Fen asintió y ambos entraron en la sala.

O, más bien, hicieron el intento. Desafortunadamente, en aquel momento crucial su camino se vio interrumpido por una implacable estudiante de aspecto estándar. Tenía gafas y lucía un ligero estrabismo.

—¡Sus carnés, por favor! —siseó con teatral susurro.

—Solo venimos a escuchar —dijo Fen con impaciencia.

—¡Shhhh! —La muchacha se puso el dedo en los labios. El alboroto a sus espaldas aumentó de volumen—. No se permite la entrada a nadie, profesor Fen. Solo a los miembros del coro y a la orquesta.

—Oh. ¿Ah, sí? No me diga... —dijo Fen. Señaló a Cadogan—. Pero es que ocurre que este es el famoso Dr. Paul Hindemith, el eminente compositor alemán.

—Encantada de conocerrrla... —susurró Cadogan intentando adoptar un velado acento teutónico—. *Sehr vergnugt. Wie geht's Ihnen?*

—Bueno, eso ahora da igual —cortó Fen—. Sé que el Dr. Rains estará encantado de vernos. —Y sin esperar ninguna contestación, ambos se abrieron paso hacia el interior.

La chica de los ojos azules y el pelo rubio estaba incrustada en la zona de los contraltos, y no había modo de acceder a ella, salvo a través de los bajos, que estaban situados justo detrás de la orquesta. Así pues, la pareja se abrió camino a golpes entre los instrumentistas, bajo la envenenada mirada del Dr. Artemus Rains. El segundo trombón, un hombre albino y enano, se fue de tono con indignación. Brahms tronó y trompeteó en sus oídos. «¡Como ciegoooooos!», rugió el coro, «¡como ciegos de una hora terrible a otraaaa!». Fen y Cadogan se llevaron por delante el quiosquillo del percusionista, que estaba sudando y contando acordes, así que, cuando llegó el momento de dar su golpe de platillos, se equivocó estrepitosamente y se puso a maldecir.

Cuando finalmente llegaron al refugio de los bajos, se les planteó una cantidad ingente de dificultades. El Sheldonian no es un lugar particularmente espacioso, y los miembros de una gran coral tienen que apiñarse en condiciones que frecuentemente no se distinguen mucho de las que tuvieron que sufrir los presos del Agujero Negro de Calcuta^[34]. Fen y Cadogan, sudorosos y montando un espantoso alboroto, consiguieron penetrar en la zona de los bajos hasta una cierta profundidad (hay que decir que Cadogan fue despojándose de la cesta de mimbre, de los cordones y del collar de perro a medida que avanzaba), hasta que literalmente ya no pudieron penetrar ni un centímetro más en la vorágine. Estaban atascados, e incluso la vía por la que habían accedido se encontraba ya cerrada e irrevocablemente sellada. Todo el mundo los miraba con gesto airado. Es más, un anciano que llevaba cincuenta años cantando en la Händel Society agarró una partitura de Brahms y les atizó con ella en la cabeza. Pero el momento más desgraciado llegó cuando Fen, viendo que no tendrían posibilidad de moverse durante algún tiempo, y satisfecho de haberse detenido justo en aquel lugar, al tiempo que le echaba un ojo a la chica rubia, decidió contribuir a aquel momento glorioso uniéndose a los cánticos; baste decir que la voz de Fen, aunque era poderosa, no estaba en tono ni tampoco entró a tiempo.

—«¡No nos quedamos quietooooos!» —gritó de repente—, «¡somos vagabundooooos!». —Algunos de los bajos que estaban delante se volvieron como si les hubieran arreado un sopapo en la coronilla—. «¡Nosotros, pecadores!», continuó Fen sin darse por aludido, «¡mortales pecadores!».

Aquello ya fue demasiado para el Dr. Artemus Rains. Golpeó con la batuta en el atril, y el coro y la orquesta se quedaron en silencio. Hubo un murmullo general, cargado de sombríos comentarios de preocupación. Todo el mundo permanecía atento.

—¡Profesor Fen! —dijo el Dr. Rains con dolorosa contención. Se hizo el silencio

—. Corrijame, pero creo que usted no es miembro de este coro. Siendo ese el caso, ¿sería usted tan amable de hacernos el favor de largarse de aquí de inmediato?

Hay que decir que Fen no era un hombre que se dejara amedrentar fácilmente, ni siquiera por la presencia hostil de cuatrocientos músicos levemente enfadados.

—Creo que esa es una consideración de lo más reaccionaria, Rains, —replicó Fen por encima de las gradas de coristas boquiabiertos—. De lo más reaccionaria y descortés, diría yo. ¡Es una afrenta! Solo porque ha dado la casualidad de que he cometido un pequeño error a la hora de ejecutar un pasaje extremadamente difícil...

El Dr. Rains inclinó su arácnida figura hacia delante, hasta casi tenderse sobre el atril.

—Profesor Fen... —dijo, con una voz aterciopelada.

Pero no pudo concluir. La chica de los ojos azules, aprovechando aquella repentina distracción, se había abierto camino entre los contraltos y ahora se dirigía rápidamente hacia la puerta. Desconcertado ante esta nueva interrupción, el Dr. Rains se giró en redondo para clavar la mirada en ella. Fen y Cadogan se pusieron en movimiento de nuevo con presteza de lince, abriéndose camino entre los bajos y la orquesta sin ninguna ceremonia ni contención. Pero este proceso los retrasó levemente, y la chica ya había salido de la sala al menos medio minuto antes de que ellos pudieran alcanzar la puerta. El Dr. Rains los vio marcharse con una dramática expresión de sardónico interés.

—Ahora que la Facultad de Lengua Inglesa se ha ausentado —le oyó decir Cadogan—, regresemos a la parte L.

El ensayo comenzó de nuevo.

Era cerca de la una, así que cuando volvieron a salir a la luz del día, bastante atropelladamente, Broad Street estaba relativamente vacía. Al principio, Cadogan no pudo atisbar a la chica; luego avistó al dalmata corriendo a toda velocidad por el mismo camino que habían empleado para llegar hasta allí, con la chica unos pocos pasos por delante. En la otra acera, los dos hombres con trajes oscuros estaban examinando los contenidos del escaparate del señor Blackwell, con aparente interés.

—Aún tenemos a Escila y Caribdis pisándonos los talones —observó Fen con cierto placer, al mismo tiempo que los señalaba—. Pero ahora no tenemos tiempo para ellos. Esa chica ha de guardar algo muy importante en la cabeza para huir así de dos completos desconocidos en una calle atestada de gente. ¡Claro, si no hubieras berreado: «ESA DEBE DE SER LA CHICA»...!

—Puede que me haya reconocido —dijo Cadogan—. Puede que fuera ella la que me golpeó en la cabeza.

—Es preciso echar más madera a la caldera.

—¿Eh?

—Oh, no importa.

Así que la persecución comenzó de nuevo, aunque de un modo más prudente y comedido esta vez. Fen y Cadogan siguieron a la chica, y Escila y Caribdis siguieron

a Fen y a Cadogan. El grupo giró a la derecha, hacia la arboleda St. Giles, atravesó el aparcamiento y la entrada a Beaumont Street, y pasó por delante de la puerta del St. Johns College.

Y entonces, para asombro de Cadogan, la chica se metió en St. Christopher.

* * *

Es una inveterada e incómoda tradición del St. Christopher's College que la comida se sirva a la una y media en punto, y que los maitines de diario se celebren un poco antes, a la una. De modo que el servicio religioso acababa de empezar cuando llegaron Fen y Cadogan. El portero, Parsons, además de proporcionarles la información de que la policía había vuelto a estar allí, una vez más, y de que se había marchado de nuevo con las manos vacías, estuvo en condiciones de decirles que la chica por la que ellos preguntaban había entrado en la capilla unos momentos antes, y señaló, como prueba de la veracidad de su información, al dálmata que aguardaba en el exterior. Así que fue allí hacia donde se encaminaron Fen y Cadogan.

Esa parte del *college* quedó restaurada del todo a finales del siglo pasado. La carcoma se había fumigado completamente, pero por fortuna el lugar no adquirió un aspecto groseramente nuevo. El acristalamiento era agradable, aunque apenas dejara pasar la luz, los tubos del órgano, pintados de purpurina dorada, estaban colocados de un modo atractivo, sencillo y geométrico, y los extremos de los bancos —como en la mayoría de las capillas de los colegios universitarios, los escaños de un lado enfrente de los otros como asientos en un compartimento de un tren— no eran ni desastrosamente floridos ni simples y vulgares. La única característica inusual era un espacio separado para las mujeres, conocido como la Cocina de las Brujas, que tenía su propia entrada particular.

Aquella mañana en concreto, el presidente del *college*, aislado como un germen en su escaño privado, estaba de muy mal humor. Por una parte, las erráticas maniobras de Fen a primera hora de la mañana con *Lily Christine III* lo habían conmocionado más de lo que a él le habría gustado admitir; en segundo término, el *Sunday Times* había rechazado publicar un poema que él les había mandado; en tercer lugar, hecho desde la infancia a comer a la una en punto, jamás desde su nombramiento había conseguido acostumbrarse a posponer tal evento hasta la una y media. Cuando el servicio de la una comenzaba, su estómago ya estaba rugiendo y exigiendo repostaje; para cuando llegaba la segunda lectura, su tortura gastronómica había alcanzado su clímax; así que, en definitiva, durante el tiempo que duraba el oficio solía resignarse a un doloroso y triste sufrimiento, extremadamente perjudicial para sus devociones religiosas. En consecuencia, su gesto era de lo más hosco cuando, en mitad del primer himno, una joven de pelo rubio y ojos azules entró en la Cocina de las Brujas con aire apresurado; y aún se tornó más ceñudo cuando, unos

instantes después, llegaron Fen y Cadogan, murmurando ruidosamente; pero su irritación alcanzó límites heroicos cuando, después de un breve paréntesis, entraron en escena dos hombres ataviados con trajes oscuros cuyo conocimiento de la liturgia anglicana era, sin temor a exagerar, sencilla y absolutamente superficial.

Con el fin de acercarse todo lo posible a la chica, Fen y Cadogan se abrieron paso hasta un banco público junto al coro. Escila y Caribdis se acomodaron justo al lado. La ceremonia seguía su curso con su habitual amenidad y, hasta que no concluyó, nadie osó respirar. Fen, que desaprobaba los cantos en la congregación, se entretuvo observando a cualquiera que abriera la boca. Cadogan, renunciando a pensar en la retahíla de retorcidos manejos en los que estaba implicado, se unió al presidente en un silencioso anhelo gastronómico (por una desafortunada coincidencia, la primera lectura versaba ampliamente sobre los alimentos cuyo consumo estaba permitido a los antiguos hebreos). La chica cumplió con sus devociones con toda modestia. Escila y Caribdis se levantaban y se sentaban alternativamente con evidente inquietud. Solo el padrenuestro pareció que les sonaba un poco, y entonces, desgraciadamente, se dieron cuenta de que una parte del mismo se había abreviado en los últimos años, y por eso dijeron «Y Tuyo es el Reino...» cuando todo el mundo estaba ya diciendo amén.

Pero los verdaderos problemas solo se les presentaron al final. Existen unas estrictas normas de precedencia que gobiernan la salida de la capilla de St. Christopher, y son los encargados de sala o ujieres, que se escogen entre los estudiantes por rotación, los que las hacen cumplir rigurosamente. Las mujeres, todavía segregadas como si en vez de una capilla anglicana estuvieran en un serrallo asiático, salen por su propia puerta. El coro y el capellán abandonan la capilla por la sacristía, en el extremo oriental, mientras todos los demás permanecen en sus asientos. Y el cuerpo general de la congregación sale por la puerta occidental, de acuerdo con su mayor o menor proximidad, comenzando por el presidente y los profesores. La cosa suele demorarse bastante merced a la anticuada costumbre de la genuflexión. Cualquiera que no conozca estas cosas, lo mejor que puede hacer es permanecer en el banco y simular que se ha quedado allí por el placer de seguir escuchando el órgano, y no mover un pelo hasta que todo el mundo se haya ido.

El problema, en este caso, era el siguiente: que mientras la chica de los ojos azules podía salir inmediatamente, y sin demora, ni Escila y Caribdis, que estaban bastante lejos de la puerta, ni Fen y Cadogan, que estaban incluso más lejos, podían pensar siquiera en salir en por lo menos tres minutos; y como Fen no estaba sentado con el resto de los profesores, no podía hacerse un hueco a empujones para salir de los primeros. Obviamente, la chica era consciente de todo esto. Si se hubiera ido durante el servicio, sus perseguidores podrían haber fingido que se encontraban mal y haber salido tras ella de inmediato. Pero una vez que el servicio terminaba, ni un ataque de apoplejía fulminante podría conseguir que los asistentes abandonaran el edificio salvo en el orden correcto.

La muchacha se levantó, de hecho, en cuanto se impartió la bendición final, exactamente cuando el organista empezaba a acometer la Toccata Dórica^[35], y exactamente cuando Fen y Cadogan comenzaban a ser plenamente conscientes del problema al que se enfrentaban. Tres minutos le concederían a la chica un amplio margen de tiempo para escabullirse por los laberínticos recintos del *college*, y mucho se temían que no volverían a verla en la vida. Los encargados de sala, muy serios y generosamente musculados, impedían cualquier conato de desorden. Solo había una cosa que se pudiera hacer y, tras ciertas instrucciones que Fen susurró al oído de Cadogan, ambos la pusieron en práctica. Se unieron a los últimos del coro y, con el capellán purpurado al final, procesionaron tras ellos y salieron. Por el rabillo del ojo, Cadogan vio a Escila y Caribdis, que querían abandonar sus asientos, sujetos por uno de los encargados de sala. El otro no se había percatado de aquel anormal modo de salida, y no hizo ningún movimiento hasta que era ya demasiado tarde. Con la mirada clavada en el escuálido cuello y el sobrepelliz del bajo de los *cantoris* que llevaba delante, Cadogan prosiguió su camino hasta la sacristía, arrastrando los pies de un modo consciente y solemne.

Una vez en la sacristía, tanto él como Fen se abrieron rápidamente paso a empujones a través de los jóvenes y risueños corifeos, y salieron por la puerta que conducía al claustro norte. El capellán los observó con el entrecejo iracundo.

—¡Silencio! —dijo a los muchachos, y pronunció una última oración. Al final, una idea le cruzó el pensamiento—. Y roguemos al Señor —añadió— para que insufla en los profesores de esta vetusta y noble universidad el debido sentido del decoro en su Casa y de su propia dignidad. Amén.

No había ni rastro de la chica en el claustro. Parsons tampoco la había visto, y lo mismo contestaron el par de estudiantes holgazanes a los que Fen preguntó. El St. Giles College estaba desierto.

—¿No hay una cosa —dijo Cadogan— que los abogados llaman «testimonio material»? Bueno, pues esta chica parece ser un...

Fen le interrumpió. Su rostro enjuto y rubicundo parecía perplejo, y su pelo estaba más tieso que nunca.

—Debe de estar en algún lugar del *college*, y sin embargo... no veo cómo podemos arreglárnoslas para registrar todas las habitaciones... Vamos al claustro sur.

No estaban de suerte. El claustro sur, con su fuente rococó en el medio y su galería de la época de Jacobo I, estaba desierto, salvo por un joven ocioso, propietario de todos los granos del mundo, que ganduleaba apoyado en una pared con una corbata barata roja y unos pantalones de pana verdes. De su embarazoso tartamudeo adolescente no pudieron extraer ninguna información útil.

—Bueno, parece que la hemos perdido —dijo Cadogan—. ¿Y si comemos? —Odiaba saltarse comidas.

—Desde luego, puede que este sea otro típico caso de lugar común... —contestó Fen, ignorando la llamada de las necesidades naturales—. Es decir... la capilla.

Volvamos allí.

—Sería estupendo poder comer algo...

Así que regresaron a la capilla. Allí no había ni un alma. Ni tampoco en la sacristía. Desde la sacristía salía un pasadizo muy oscuro que conducía a una especie de sala pavimentada donde tenían sus despachos uno o dos profesores. Hay un interruptor, pero nadie lo encontraba nunca a la primera, y a nadie le importaba no encenderlo. Fue bastante incauto por parte de Fen y Cadogan adentrarse en esta pequeña boca del lobo sin tomar precauciones. Cadogan se acordó demasiado tarde de Escila y Caribdis, cuando sintió que un brazo lo sujetaba por el cuello como un cepo de acero. Oyó de repente la voz ahogada de Fen. Aquellos irrelevantes testigos decorativos de su persecución se habían convertido, repentinamente, de unos ingenuos comentarios ocurrentes en una realidad peligrosa. Un pulgar y un índice presionaron con fuerza y experta precisión las dos vías de la arteria carótida de Cadogan, situada en un lugar estratégico que discurre justo por debajo de las orejas en su camino hacia el cerebro. Intentó gritar, pero no pudo. En los pocos segundos que transcurrieron antes de que perdiera el conocimiento, le llegaron los ecos de una pelea débil, ridículamente débil, que se estaba produciendo a su lado. Meneó la cabeza convulsivamente, en un vano intento por escapar de aquel violento abrazo, y entonces todo se oscureció de repente.

EL EPISODIO DEL ILUSTRE CAMIONERO

Fen resuelve el caso.» —musitó Fen—. «El regreso de Fen». «El catedrático que desafió a la muerte (Un nuevo caso para Gervase Fen)».

Cadogan gimió y abrió los ojos. Se sorprendió al descubrir que aquello no mejoraba mucho su visión, salvo por el hecho de que las chiribitas verdes y moradas desaparecían y eran reemplazadas por unas brillantes pelotas de golf de color naranja. El fondo seguía tan negro como cuando estaba inconsciente. Cerró los ojos, de modo que las pelotas de golf se desvanecieron, y volvieron a aparecer las chiribitas. Y entonces volvió a quejarse, aunque bastante más espabilado en esta ocasión. A su lado, la voz de Fen seguía zumbando. Fue en ese instante cuando poco a poco empezó a ser dolorosamente consciente de su cuerpo, pulgada a pulgada; intentó mover cada parte de su anatomía, pero no fue muy allá en sus contorsiones, ya que tenía las manos y los pies atados. Decidió sacudir la cabeza y de pronto se sintió mucho mejor. Es más, no se había quedado ciego, como había sospechado al principio; al girarse a la izquierda atisbo una delgada franja de luz blanca.

—«El crimen acecha en la Universidad.» —dijo Fen—. «Sangre en el birrete». «Fen contraataca».

—¿Se puede saber qué demonios estás diciendo? —preguntó Cadogan con una voz débil, y bastante gangosa.

—Mi querido amigo, ¿te encuentras bien? Estaba pensando títulos para las siguientes novelas de Crispin.

—¿Dónde estamos?

—Creo que estamos en el armario que hay al final del pasadizo en el que nos atacaron. Soy un idiota por no haber tomado más precauciones. ¿Estás atado?

—Sí.

—Yo también. Pero seguramente habrá sido un trabajo bastante apresurado, y quizá nos resulte fácil desatarnos.

—De acuerdo, Houdini. Eso estoy deseando verlo.

—Muy bien —dijo Fen, con aire ofendido—. A ver, di tú una manera de salir de aquí.

—Haciendo ruido. Gritando.

—Ya he hecho toda clase de ruidos. El problema es que hay bastante poca gente por aquí, especialmente a la hora de comer. Wilkes y Burrows tienen sus dependencias ahí fuera, pero Wilkes está como una tapia y Burrows siempre está de picos pardos por Londres. Lo único que podemos hacer es esperar a que pase alguien y nos rescate. Este ala del *college* está demasiado aislada para que puedan oírse nuestros gritos en cualquier otra parte.

—Me da igual, creo que deberíamos intentarlo.

—Qué pesado eres... Bueno, ¿qué hacemos?

—Deberíamos gritar «Socorro», ¿no? Y patear la puerta con todas nuestras fuerzas.

—Bueno, pero ten cuidado, no vayas a darme una patada.

Dieron golpes y gritaron durante algún tiempo, pero sin éxito.

—Deberíamos ahorrar fuerzas, supongo —dijo Cadogan al final—. ¿Qué hora crees que es?

—Serán solo las dos menos diez, o menos cinco. Creo que no he perdido el conocimiento del todo en ningún momento. He sido levemente consciente todo el tiempo de lo que estaba sucediendo. En cuanto nos dejaron aquí volví en mí casi completamente.

—Algo se me está clavando en el culo.

—Esto es de lo más interesante, ¿sabes? —En la oscuridad, la voz de Fen adquiriría unos tonos levemente pedagógicos—. Todo parece indicar que si hubiéramos logrado atrapar a esa chica, ella podría habernos dicho algo importante; y Escila y Caribdis, obviamente, estaban dispuestos a que no accediéramos a ella. Además, tengo la sensación de que en este momento están ocupados silenciándola... —Su voz se fue apagando.

Tras unos instantes, añadió:

—Rosseter, o el tipo que te golpeó en la cabeza, podría haberlos enviado contra nosotros. Apostaría todas mis posesiones a que no ha sido Rosseter.

—¿Sharman?

—No... No se movió del bar después de estar con nosotros. Si te hubiera reconocido (y lo hubiera tenido todo preparado de antemano) no habría hablado tan profusamente. Sharman no pinta nada en este asunto.

Siguió un largo y melancólico silencio. En su incómoda posición, ambos hombres estaban comenzando a sentir calambres. Cadogan tenía la boca seca y le dolía la cabeza. Notó que necesitaba un cigarrillo.

—Vamos a jugar a los Libros Infumables —sugirió.

—De acuerdo. El *Ulises*.

—Vale. Todo Rabelais.

—Vale. El *Tristram Shandy*.

—Vale. *La copa dorada*.

—Vale. *Rasselas*.

—No, a mí me gusta *Rasselas*.

—¡Santo Dios, bueno, pues entonces *Clarissa!*

—Vale. *Titus*...

—Calla un momento. Creo que he oído a alguien que se acerca.

Efectivamente, se oían pisadas aproximándose por el empedrado de fuera... unas pisadas erráticas y ligeras.

—Ahora, los dos juntos —dijo Fen con brío—. Una, dos... ¡y tres! —Montaron

un escándalo espantoso y ensordecedor—. «Como un viento» —citó Fen pensativamente— «*que ulula toda la noche en un erial donde no hay nadie...*»^[36].

Los pasos oscilaban, se acercaban, se detenían. La llave giró en la cerradura, la puerta del armario se abrió, y un torrente de luz diurna los cegó. Un catedrático pequeño, arrugado y muy viejo, ataviado con su toga, asomó la cabeza dentro.

—¡Ratas! —gritó dramáticamente—. ¡Hay ratas entre las cortinas! —Hizo gestos como si les quisiera clavar una espada, y aquello exasperó a Fen.

—¡Wilkes! —exclamó Fen—. Por el amor de Dios, sáquenlos de aquí.

—¿Qué demonios pretendíais hacer ahí, eh? —preguntó Wilkes.

—¡Desátenos, pedazo de idiota! —le gritó enfadado.

—Otra de tus infantiles bromas, sospecho —dijo Wilkes sin inmutarse—. Hum. Bueno, supongo que alguien tendrá que liberaros de las consecuencias de vuestras locuras. —Con dedos decididos aunque temblorosos, atacó el nudo del pañuelo que aprisionaba las muñecas de Fen—. Después de tanto rebuscar, esto es lo que hay. La gente que juega con fuego al final acaba quemándose, ¿no es así?

—Qué pesadez de refranero... —protestó Fen. Se desató la gruesa cuerda de los tobillos, y se enderezó al salir del armario—. ¿Qué hora es, Wilkes?

—La hora del beso y media —dijo Wilkes—. ¡Hora de besarnos otra vez^[37]! —Liberó las muñecas de Cadogan. El reloj del *college* rechinó y al final dio las dos. Cadogan se desenredó y se levantó. Se sentía terriblemente aturdido.

—Y ahora, escuche, Wilkes —dijo Fen con gran vehemencia—, porque lo que le voy a decir es muy importante...

—No te oigo nada.

—¡Digo que ESTO ES IMPORTANTE!

—¿Qué es importante?

—Todavía no se lo he dicho.

—Ya sé que todavía no me lo has dicho; por eso te lo preguntaba. ¿Eh? —Wilkes se frotó las manos con regocijo y dio unos saltitos en el enlosado de piedra. Fen lo observó con mirada torva—. Pero no pienses que no lo sé. Seguro que es por esa chica a la que estabais persiguiendo. Os vi.

—Sí, sí. ¿No la habrá visto usted?

—Casanova Fen...

—Oh, ¡por mi pellejo y mis bigotes!

—La vi —dijo Wilkes— cuando venía hacia aquí.

—¿Y? —Fen no podía contener su impaciencia.

—Se la han llevado los duendes.

—No, en serio, Wilkes. Es una situación urgente y desesperada.

—¿Eh? —dijo Wilkes—. Ah. Urgente, ¿eh? No me creo una palabra. De todos modos, la chica estaba en el claustro cuando yo pasé por allí, hablando con un par de matones. Parecía que estaban a punto de llevársela en volandas...

No pudo seguir, pues Fen y Cadogan ya se habían esfumado. Mientras corrían por

los pasadizos y cruzaban los arcos góticos haciendo retumbar los enlosados para llegar al claustro principal, bajo el busto de piedra podrida del fundador, Cadogan, resoplando y gruñendo por el esfuerzo, envidió la insospechada capacidad atlética de Fen. Los estudiantes que habían almorzado en el salón estaban regresando despreocupadamente a sus habitaciones, pero no se veía por allí a ningún extraño. Una rápida carrera codo con codo los condujo hasta la puerta de entrada, y allí pudieron ver, enfrente del St. Giles College, a la chica, al dalmata, y a los dos hombres en el preciso instante en que se subían a un sedán Humber negro que estaba aparcado junto a la acera. Corrieron, cruzando la calzada, gritando y agitando las manos, pero lo único que consiguieron fue precipitar los acontecimientos. Las puertas del vehículo se cerraron de inmediato, el motor arrancó, y el gran coche se largó bajando por la carretera de Banbury.

—¡*Lily Christine!* —dijo Fen, como quien invoca a un genio—. ¿Dónde está *Lily Christine*? —preguntó del modo más tiránico al no percibir ni rastro de su coche.

—Lo dejaste en Mace & Sceptre —le recordó Cadogan.

—Oh, ¡por mis patas de conejo! —exclamó Fen con disgusto. Escudriñó la calle, arriba y abajo. Si hubiera habido un coche aparcado, seguramente lo podría haber robado, pero no había ningún coche a la vista. Y el único vehículo que estaba enderezando la marcha en dirección a Banbury era un enorme camión de cuatro ejes que venía hacia ellos. Sin pararse en consideraciones, Fen se plantó en medio de la carretera, le hizo una señal, y el camión —bastante sorprendentemente— se detuvo.

—¿Qué hay? —le dijo el camionero a Cadogan—. ¡Ah! Pero usted es el pirado al que cogí anoche. *Los postes de telégrafos...*, ¿recuerda? —Y dejó escapar una risa tranquila y reminiscente.

—Hola —dijo Cadogan—. Queremos pillar a ese Humber negro... mire, todavía lo puede ver... allí.

El camionero entornó los ojos.

—Válgame Dios —dijo—. ¿Qué se cree que es esto? ¿Uno de esos deportivos rojos de las revistas? De todos modos... —añadió modestamente— siempre puedo ponerlo a buena marcha, si es que no les importa romperse unos cuantos huesos.

Cadogan miró desesperadamente a su alrededor, pero no había ningún otro vehículo a la vista. Se dio cuenta entonces de que Fen se encontraba enfrascado en una refriega con el viejo Wilkes, que acababa de llegar corriendo.

—¡No, no, Wilkes! —le estaba diciendo Fen—. Solo será un tremendo estorbo. Métase dentro y vuelva a sus asuntos. —Dio unas palmaditas delante de Wilkes, y le indicó que se largara zumbando de allí.

—Por el amor de Dios, vámonos ya —dijo Cadogan con impaciencia—. A este paso no les alcanzaremos.

Tras un buen cúmulo de discusiones, *los tres* se encaramaron con dificultad a la cabina y se acomodaron como pudieron. Después, el camión arrancó estrepitosamente.

A decir verdad, aquel cacharro temblaba lo suyo. El efecto era algo parecido a recibir un masaje electro-vibratorio entre dos ruedas de molino.

—Vamos de vacío —explicó el camionero cuando la aguja del velocímetro osciló en la raya de las cuarenta millas por hora. Pasaron por encima de una rodera y el conductor saltó por los aires entre juramentos—. ¡Maldición! Hemos perdido de vista a ese condenado coche. Nunca lo cogeremos.

Fen pareció dispuesto a admitir su derrota. Debido a las exigencias de espacio en la cabina del camión, Fen se había visto obligado a llevar a Wilkes sentado en sus rodillas, y no había dejado ninguna duda respecto a la opinión que le merecía semejante disposición. Su humor no mejoró mucho ante el evidente placer que a Wilkes le provocaba la situación. Cadogan había empezado a añorar su almuerzo, otra vez. El camionero parecía relativamente impasible, como si ese tipo de invasiones fueran habituales en su día a día. Juntos ofrecían una extraña estampa.

—No me explico por qué ha tenido que venir, Wilkes... —protestó amargamente Fen—. Lo único que sabe hacer usted es estorbar.

—Bah —dijo Wilkes con desdén—. ¿De qué va esta historia? ¿Eh? Solo me tenéis que decir de qué va. ¿Eh? —Se golpeó ruidosamente la cabeza con el techo—. Maldita sea —dijo—. Maldita sea, maldita sea, maldita sea. ¡Al diablo!

Las casas de la carretera de Banbury parecían volar a ambos lados del vehículo. Se estaban internando en campo abierto ya, y el camión estaba a punto de coger las cincuenta millas por hora, a pesar del límite de velocidad. Pero nada importaba en aquel momento: como Fen les recordó, en ocasiones es más honrosa la infracción que la observancia de la ley.

—¿Qué nos apostamos a que el coche coge una salida de esta carretera en cualquier momento? —añadió.

—Yo apostaré cien a uno, más o menos —contestó Cadogan—. Pero es un paseo agradable de todos modos.

—¿Qué? —dijo Wilkes.

—¡DIGO QUE ES UN PASEO AGRADABLE!

—Me alegra que pienses así —dijo Wilkes con un bufido—. Si tuvieras los huesos de las rodillas de este hombre clavados en tu culo no estarías tan contento.

Llegaron a un cruce donde había un tipo de la Asociación de Automovilistas. El camionero redujo la velocidad.

—¡Eh, amigo! —le gritó—. ¿Ha visto pasar por aquí un Humber negro?

—La poli les va a pillar —dijo el de la AA—. La poli les va a pillar si siguen yendo tan rápido. Y eso no es lo peor. Se van a cargar el camión.

—No se preocupe por eso, amigo —dijo el camionero—. ¿Qué me dice del Humber? ¿Lo ha visto o no?

—Un par de minutos hará —admitió de mala gana el hombre de la AA—. Aquel tipo iba conduciendo como un maldito lunático. Torció a la izquierda.

Satisfecho con la respuesta, el camionero giró el volante en redondo y salieron

disparados en la dirección indicada. No tardó en quedar atrás la zona poblada, salvo por la presencia ocasional de alguna casita de campo o alguna granja aislada. La planicie se extendía a ambos lados de la ruta, y en dirección al norte se adivinaba una pequeña hilera de colinas en el horizonte. En un par de ocasiones pasaron por puentes estrechos y jibosos que salvaban pequeños arroyos serpenteantes, bordeados de olmos y alisos. Las cunetas parecían mullidas y blancas por las clemátides, y negras por las zarzas de moras maduras. El sol de aquel encantador veranillo de San Martín refulgía y ardía en todo lo alto, y el cielo, de un azul de porcelana, no dejaba ver ni una sola nube.

—Oh, la civilización industrial —dijo el camionero inesperadamente—. El signo de nuestra era. —Cadogan lo observó atónito—. Hemos perdido la relación con la Naturaleza. Estamos moribundos. —Miró con severidad el gesto hosco de Fen—. Hemos perdido la relación... —y se detuvo amenazadoramente— con *nuestro cuerpo*.

—Eso será usted —dijo Fen con acritud, haciendo trotar a Wilkes en sus rodillas. De repente Cadogan se acordó.

—Todavía leyendo a Lawrence, ¿eh? —preguntó.

—Ajá —dijo el camionero, con una expresión que parecía una afirmación—. Así es. —Se tanteó el cuerpo y sacó una grasienta edición de *Hijos y amantes*, para que todos la vieran, y luego volvió a guardarla—. Hemos perdido la conexión con... —añadió—, *con el sexo*... la gran energía primordial, la oscura y misteriosa fuente de la vida. No es que... —añadió con aire confidencial—, no es que yo sienta eso exactamente cada vez (con perdón) que me encamo con la parienta. Pero eso es porque la moderna civilización industrial me tiene bien atrapado en sus garras.

—Yo no diría tanto.

El camionero levantó una mano como señal de advertencia.

—Pues así es. Una máquina sin alma, eso es todo lo que soy... nada más que una máquina sin alma... —se interrumpió—. Bueno, pues aquí estamos. ¿Qué hacemos ahora?

Se estaban aproximando a una bifurcación de la carretera, el primer cruce que habían visto desde que dejaran atrás al hombre de la AA. Había un *cottage*, un tanto apartado, a la izquierda, pero no se veía ni un alma a la que pudieran preguntar por el Humber negro. Aquella era una disyuntiva de lo más irresoluble.

—Vayamos por la izquierda —sugirió Cadogan—. Después de todo, este libro lo va a publicar Gollancz^[38]. Me pregunto si...

Pero nunca supieron qué era lo que se iba a preguntar. Pues en ese momento oyeron un disparo procedente del *cottage* que acababan de dejar atrás.

—¡Alto, amigo camionero! —gritó Cadogan con gran nerviosismo—. ¡Alto en el nombre de D. H. Lawrence!

El camionero frenó violentamente, haciendo que casi salieran despedidos de sus asientos. Wilkes se aferró con los brazos al cuello de Fen, que le miró airado.

—¡Atrapado! —se lamentó el profesor—. ¡Atrapado como las víctimas del Viejo del Mar...^[39]!

Pero no pudo continuar. Algo se abrió paso a través de la espesura del seto y saltó a la hierba de la cuneta. Era el dálmata, y llevaba una mancha roja en un costado. Dio unos temblorosos pasos hacia ellos, ladró una vez, y luego lanzó un quejido, se desplomó sobre un costado y murió.

* * *

En ese momento, Sally Carstairs descubrió que odiaba la vida... tanto más porque hasta entonces la vida siempre la había tratado bastante bien. No económicamente, desde luego; ella y su madre habían tenido muy poco con lo que manejarse desde que su padre murió. (Pero de algún modo se las habían apañado, y habían conseguido formar un hogar confortable, y salir adelante juntas, aparte de los pequeños conflictos y problemas habituales). Y tampoco, en realidad, podía decirse que la vida la hubiera tratado bien en el sentido de haberle proporcionado placeres desafortunados y días de felicidad sin límite; trabajar en la mercería Lennox apenas se podía considerar una ocupación ennoblecedora o creativa. Pero, aparte de todos aquellos inconvenientes, la vida casi se veía obligada a tratar bien a Sally Carstairs. Era una chica que se tomaba las cosas con calma, y no se desmoralizaba ni se dejaba abatir por las pequeñas dudas y ansiedades que afligen *hoi polloi*, a la mayoría de la gente; de hecho, carecía absolutamente de afectación y falsedad, y poseía un verdadero y sincero interés por las cosas del mundo y por otras personas, y una superabundancia de vitalidad natural, un asunto sobre el cual (aunque ella no lo supiera) un camionero estaba en aquel momento impartiendo una conferencia a dos catedráticos y a un célebre poeta inglés. «Eres una nena muy atrevida», le había dicho en cierta ocasión un hombre de mediana edad. «Caracoles, eso es un insulto», había contestado Sally, apartando rápidamente las manos de aquel hombre del delicado objetivo hacia el que se dirigían. Pero había algo de verdad en aquellas palabras. Sally tenía esa poderosa energía vital y esa magnífica educación física que resultan tan escasas en cualquier estrato de la sociedad, pero que con más frecuencia se encuentran en lo que eufemísticamente se denominan «las clases bajas»; y si tenía o no pretensiones de convertirse en una intelectual, eso es algo que no viene al caso en absoluto. La vida había sido generosa y amable con ella... hasta aquella pasada noche.

Recorrió con la mirada el pequeño saloncito del *cottage*. Era feo y estaba pobremente amueblado... Todo lo contrario que su pequeño saloncito de casa. Las sillas y la mesa y los armarios eran de madera barata, pintados de un marrón apagado y deprimente; los tapizados y las cortinas eran de un verde enfermizo, y estaban muy raídos; y los cuadros de las paredes evidenciaban una religiosidad sombría... San Sebastián atravesado por flechas, el desgraciado Jonás cayendo por la borda y (aún

más sorprendente) una voluptuosa Susana divirtiéndose ante la mirada aburrida de unos ancianos. Sally fingió unos escalofríos, y luego, al darse cuenta de que verdaderamente estaba temblando, se sentó con el bolso en las rodillas e intentó tranquilizarse mirando, a través de la ventana mugrienta de cristales emplomados, el jardín abandonado que se extendía junto a la puerta. En la habitación de al lado podía oír a los dos hombres hablando en voz baja. Si al menos no estuviera tan sola y tan desvalida... Pero no se había atrevido a decirle nada a su madre.

Su pensamiento repasó los frenéticos acontecimientos de aquel día. No tenía previsto acudir al ensayo de la Händel Society, aunque sabía que debía ir: había estado demasiado preocupada para que se le pasara siquiera por la cabeza cantar. Pero aquel hombre de mirada gélida le había gritado algo, y de repente se había sentido aterrorizada. Después de todo *podían* haber sido agentes de policía. Y luego, cuando averiguó que el más alto de los dos, a quien recordaba vagamente por haberse topado con él alguna vez en sus paseos por la ciudad, era el célebre profesor Fen, se había sentido más asustada aún si cabe, aunque lo cierto es que se había sorprendido un tanto de que ese hombre, cuyas hazañas detectivescas eran tan famosas en todo Oxford, pudiera lucir un aspecto tan amigable. No obstante, después añadió para sí: «¡Estúpida! ¿Qué esperabas?». La persecución había sido pesadillesca, incluso cuando se hizo evidente que aquellos dos no eran policías, ni mucho menos (desde luego, si lo hubieran sido, no cabe duda de que habrían sido capaces de detener el ensayo sin despeinarse). Pero luego había decidido ir a la capilla de St. Christopher y supo que si la seguían hasta allí, tendría una remota posibilidad de esquivarlos al final de los oficios religiosos. En cualquier caso, estaba tan asustada que ni siquiera pudo pensar en una solución alternativa. En aquel momento no se había preguntado cuáles serían las consecuencias de aquella huida enloquecida: había sido instintiva, y ahora se veía inclinada a pensar que también había sido bastante absurda. Sin embargo...

Más tarde aparecieron los otros dos hombres, los hombres que la acompañaban en aquel momento. La habían cogido justo después de que saliera de la capilla, cuando ella pensaba que ya se había librado de que la pillaran. Pero, a pesar de su apariencia —parecían los dos salidos de una película barata de gánsteres—, la joven había intuido que podía depositar alguna confianza en ellos. Para empezar, hablaban con educación, y Sally confiaba instintivamente en la gente cortés. El mayor de los dos — el que tenía la nariz aplastada, y que era obviamente el jefe— había dicho:

—Discúlpeme, señorita, pero me temo que está usted siendo incomodada por esos dos hombres. No permitiremos que la molesten: no son de la policía, ¿sabe? Y, además, no tienen ninguna información ni saben lo que ocurrió la pasada noche.

Ella se volvió bruscamente hacia el hombre.

—¿Y usted, sabe...?

—Un poco, señorita, un poco. Berlín nos lo contó todo... Se acuerda usted de Berlín, ¿verdad? —Ella asintió—. En realidad, señorita, fue él quien nos envió para que la buscáramos. Al parecer ha descubierto algo de la noche pasada que la dejaría a

usted libre de toda sospecha. Quiere que la llevemos junto a él para poder mantener una charla con usted. Ahora.

Ella dudó, debatiéndose entre un repentino e irresistible alivio y una ansiedad irracional.

—Yo... ¿Adónde? ¿Está lejos?

—No, señorita, es por la carretera de Banbury. Tenemos el coche ahí fuera, y no tardaremos ni diez minutos en llegar. —Y luego, percibiendo ciertas dudas en la joven, la apremiaron—: Vamos, venga, señorita, no hay ninguna razón para temer que podamos hacerle daño, ¿a que no? Por lo que tengo entendido, está usted metida en un lío tan gordo que la cosa ya no puede ir a peor. Mírelo de este modo: aunque Berlín fuera el asesino (lo cual no es cierto), lo último que desearía sería eliminar a la única persona que no tiene una coartada irrefutable. ¿No es cierto?

Ella se encogió con una mueca de dolor, pero aquel razonamiento parecía sensato, así que finalmente se mostró de acuerdo en acompañarles.

—¿Y qué pasa con esos dos que me estaban siguiendo?

El hombre más joven esbozó una sonrisa burlona.

—No se preocupe, señorita. Los despistaremos. En un periquete los habremos dejado atrás.

Así que se había marchado con ellos. Alguien les había gritado cuando se metían en el coche, pero los dos tipos habían arrancado tan deprisa que le había sido imposible averiguar de quién se trataba. Y ahora... bueno, ahora ya habían llegado, y resultaba un poco extraño que no hubiera nadie esperándoles. Los hombres habían dicho que *él* debía de haberse retrasado, y le habían sugerido que esperara; después se excusaron y salieron fuera para hablar. Pero ahora Sally descubrió que se había cansado de esperar, y estaba nerviosa, y odiaba la espantosa habitación en la que estaba encerrada.

—¡*Danny!* —llamó.

El dálmata, que había estado husmeando por toda la habitación, se acercó a ella y le puso la cabeza en el regazo. Ella lo acarició y le dio unas palmaditas, y luego se convenció de que debía abandonar aquel lugar a toda costa. Poco antes había abierto las ventanas y descubrió que estaban cubiertas de rejas; de modo que el único camino de salida era a través del diminuto vestíbulo en el que aquellos dos hombres estaban hablando. La desconfianza había hecho mella en su ánimo hasta tal punto que solo se atrevió a abrir la puerta muy despacito y con mucho temor. Cuando los vio, solo acertó a captar algunas palabras, como: «Siempre es posible que averigüen de quién es este sitio...». Entonces los dos tipos se volvieron a mirarla.

Vio que no eran los mismos hombres, salvo por fuera, en su apariencia. Su actitud había cambiado completamente. El más joven de ellos, tal y como pudo intuir, estaba evaluando ávidamente su cuerpo, y había algo turbio en la mirada del otro que era aún peor.

—Creo... creo que tengo que irme ya... —dijo débilmente, y supo, mientras

hablaba, que todo lo que dijera sería irrelevante—. ¿Me pueden llevar de nuevo a Oxford?

—No, señorita. No creo que pueda irse todavía. En realidad, no podrá irse durante bastante tiempo —dijo el hombre de más edad—. Me da que va a quedarse usted aquí un buen rato.

Ella hizo amago de dirigirse a la puerta, pero el hombre más joven fue más rápido. La rodeó con el brazo y le puso una mano en la boca. Ella mordió y pataleó y luchó furiosamente, pues Sally no era la clase de chica que se desmaya frente a los peligros físicos. El perro gruñó y ladró, mordiendo los tobillos del hombre.

—¡Por el amor de Dios! —le gritó el joven a su compañero—. ¡Acaba con este animal de una maldita vez!

Se produjo una repentina y violenta explosión, y el perro dejó escapar un chillido de dolor. Por un instante Sally consiguió liberar su boca.

—Malditos... ¡Malditos bastardos...! —gritó medio ahogada—. ¡Danny... vete! ¡Vete, amigo...! —Y entonces, de nuevo, aquella mano caliente y sudorosa sofocó sus palabras. El perro pareció dudar, y se escabulló por la parte trasera del *cottage*.

—¡Detén a ese animal! —berreó el más joven—. No... Mejor ven y ayúdame con esta bruja.

Trabados, los tres se tambalearon por el pequeño vestíbulo. Las fuerzas de Sally menguaban cada vez más, y los hombres habían conseguido doblarle el brazo izquierdo, dolorosamente en la espalda. Ella hizo un último intento desesperado por desembarazarse, y entonces sintió que una mano le atenazaba el cuello. Unos instantes después todo se tornó negro a su alrededor.

* * *

Sally recobró la conciencia y advirtió que estaba menos maltrecha de lo que sensatamente podría haber esperado. Es cierto que le dolía la cabeza y que se sentía como si su cuerpo no le perteneciera, pero estas dos molestias parecían estar remitiendo rápidamente. Lo primero que hizo fue asegurarse de que llevaba la falda decorosamente por debajo de las rodillas; y lo segundo fue decir: «¡Caracoles...!», casi en un débil susurro.

Se encontraba de nuevo en el salón, tumbada en un diván que olía a naftalina. En torno a ella, en distintas posturas, todas más o menos inactivas, había cuatro hombres, dos de los cuales ya había visto antes. Gervase Fen, con el pelo tan de punta en la coronilla como las púas de un erizo en celo, estaba examinando atentamente la pintura de Susana y los ancianos; Richard Cadogan la observaba con preocupación, con el vendaje torcido, de modo que parecía un emperador romano después de una fiesta especialmente depravada, prolongada y furiosa; Wilkes permanecía en segundo plano, sirviéndose un *whisky* tras otro; y luego estaba el camionero, resoplando

pesadamente, y probablemente empeñado en algún tipo de fanfarronada.

—... los muy bastardos —estaba diciendo—. Debería haberme imaginado que había un camino trasero. Inútil tratar de detenerlos, claro está. Y además, uno de ellos tenía una pistola. —E hizo el ademán de escupir con cara de asco, pero, viendo que Sally tenía los ojos abiertos, desistió—. Bueno, señorita —dijo—, ¿cómo va la cosa ahora?

—Demonios... —dijo Sally, y se incorporó. Y como ese movimiento no trajo consecuencias dolorosas, recobró alguna confianza en sí misma—. ¿Me han rescatado ustedes?

—Yo no diría tanto —dijo Cadogan—. Aquí nuestros dos camaradas se evaporaron en su coche en cuanto nos vieron llegar. La encontramos a usted tirada en el vestíbulo. ¿Se encuentra bien?

—Yo... sí, creo que estoy bien, gracias.

Fen concluyó su inspección de Susana y se volvió.

—Creo que hicieron lo mismo con nosotros... —se interrumpió—. ¡Ya está bien, Wilkes, deje ese *whisky*!

—No hay mucho que se diga... —dijo Wilkes con aire de disculpa.

—Bueno, ¿y no es esa razón suficiente para que no se lo beba todo, viejo alcohólico?

—Estoy bien, de verdad... —dijo Sally—. Y aborrezco el *whisky*, de todos modos.

—Deme un poco a mí, entonces —dijo Fen.

—Oh, *Danny*... —La mirada de Sally mostraba preocupación—. ¿Qué le ha ocurrido? A mi perro, me refiero.

—Me temo que ha muerto —dijo Cadogan—. Un tiro.

Ella asintió, y durante unos instantes hubo una sospecha de lágrimas en sus ojos.

—Entiendo...

—Si no hubiera sido por él, no habríamos sabido que usted estaba aquí... —Lo cual no era cierto, pensó Cadogan: el disparo los habría conducido hasta allí de todos modos. Pero no tenía ningún sentido darle más vueltas al asunto; el perro había hecho su trabajo y lo había hecho a la perfección.

—Y ahora —dijo Fen amablemente—, ¿nos va a contar de qué va todo esto?

Pero aquí, inesperadamente, se dieron contra un muro. Sally era una chica muy asustadiza. Ya había confiado en un grupo de personas aquel día, y no tenía ninguna intención de volver a cometer el mismo error, por mucho que estos parecieran más amables. Y, además, respecto a lo que podría decirles... había jurado mantenerlo en secreto para siempre, por su propio bien. Ni Fen, ni Cadogan, ni Wilkes (quien, efectivamente, no resultaba muy útil en aquellos menesteres), ni el camionero, ni ninguno de ellos en parejas o tríos pudo sacarle a la joven ni una sola palabra. Advertencias, consuelos, muestras de confianza, zalamerías: todo resultó completamente inútil. Sally estaba agradecida, eso dijo, muy agradecida, pero no les

podía decir nada; y eso era todo. Al final, Fen, murmurando para sí, se escabulló hacia el vestíbulo y telefoneó al Mace & Sceptre.

—¿Señor Hoskins? —dijo cuando logró conectar—. Le habla Fen. Tengo otro trabajo para usted, si está disponible.

—¿Sí, señor? —dijo la melancólica voz de Hoskins.

—Tenemos aquí a una joven muy atractiva a la que no podemos persuadir para que confíe en nosotros. ¿Puede hacer usted algo al respecto?

—Es posible.

—Muy bien. Venga inmediatamente. Venga en *Lily Christine III*... Está en la puerta del hotel. Coja la carretera de Banbury hasta que llegue a un cruce en el que verá a un tipo de la AA, plantado allí como si fuera un abeto navideño. Gire a la izquierda y siga todo recto. Cruzará tres puentes, hasta que llegue a una bifurcación. Si tuerce usted a la izquierda, justo después de pasar el cruce, se topará con un *cottage*; pues bien, nosotros estamos ahí. No puede usted equivocarse.

—Muy bien, señor. Y respecto al señor Sharman...

—Ah, sí. ¿Qué le ocurre...?

—Van a echar el cierre en el *pub*, señor, y me temo que tenemos que largarnos. De todos modos, parece que ha disfrutado enormemente de mi compañía... —Hoskins apenas podía creer que hubiera sido posible—. Dice que me va a dar su dirección, para que así pueda visitarlo.

—Espléndido. Abandone al señor Sharman a su suerte, entonces. ¿Va muy borracho?

—Muy borracho.

—Vale, adiós.

—Adiós.

Fen acababa de colgar el teléfono cuando se le ocurrió una idea, así que regresó para marcar el número de la casa del jefe de policía.

—¿Sí?

—Hola. Soy yo otra vez.

—¡Oh, Señor! ¿Es que no hay justicia en este mundo? ¿Qué demonios te pasa ahora? Escúchame bien, Gervase. Espero que no estés protegiendo todavía a ese individuo, Cadogan. Dime que no lo estás haciendo.

—¿Cómo se te puede ocurrir semejante tontería...? Bien. Necesito tu ayuda. Quiero saber quién es el propietario de un *cottage*.

—¿Para qué?

—A ti qué te importa.

—Bueno, ¿y cómo se llama?

—¡Cómo se llama! —gritó Fen en dirección al salón.

—¿Cómo se llama el qué? —respondió Cadogan.

—Este *cottage*.

—Ah... «The Elms». Lo vi en el camino de entrada.

—¡The Elms! —gritó Fen al teléfono.

—¡Por Dios, casi me dejas sordo! Me has dado un susto de muerte, ¿lo sabías? ¿En qué carretera está?

—En la B-507, justo donde se une a la B-309. A medio camino entre Tackley y Wootton.

—De acuerdo. Ahora te llamo.

—Pensaba que tenías línea directa con la comisaría de policía. ¿No puedes usarla?

—Oh, claro que la tengo, lo había olvidado. Espera un minuto. —Se produjo una larga pausa—: Aquí lo tengo. El *cottage* pertenece a Winkworth, señorita Alice Winkworth. ¿Estás ya contento?

—Sí —dijo Fen pensativamente—. Creo que ahora ya estoy bastante contento. Gracias.

—Gervase, habitualmente se cree que *Medida por medida* trata sobre la castidad...

—Exacto, muy habitualmente —dijo Fen—. ¡Es del todo deplorable! Hala, adiós. —Y colgó.

De regreso al salón, explicó discretamente a los demás que el medio de locomoción estaba a punto de llegar; a lo cual, el camionero, que había estado dando señales de impaciencia durante los últimos minutos, dijo que se tenía que marchar.

—Si sigo perdiendo el tiempo aquí —explicó—, me despedirán. Eso es lo que pasará. —Todos le dieron las gracias más efusivas—. Ha sido un placer —dijo con despreocupación—. Salvo por el hecho de que estarán todos ustedes magullados. En fin, les deseo toda la suerte del mundo con este asunto... sea el que sea. —Le guiñó un ojo a Cadogan—. Conque perros, ¿eh? —dijo, y salió riéndose calladamente para sí mismo.

Como no había nada que decir o hacer, todo el mundo se quedó de pie, prácticamente en silencio hasta que un espantoso ruido, seguido de una violenta y única explosión, anunció la llegada de Hoskins.

Su entrada fue soberbia. Le ofreció un bombón a Sally, y acomodó su longilínea figura en una silla con un aire que inspiró confianza incluso a Cadogan. Todos se retiraron discretamente y abandonaron la sala (no hubo necesidad de explicarle las cosas a Wilkes, porque coincidió con que se había acabado el *whisky* y había salido de la estancia en busca de más). Así que menos de diez minutos después, Hoskins salió a buscarlos, y todos regresaron para encontrarse con los ojos azules de Sally haciendo chiribitas y la boca del estudiante curvada en una amplia sonrisa.

—Caracoles... he sido una tonta —dijo la joven—. No quería contárselo a ustedes... honestamente... pero es todo tan espantoso y he estado tan preocupada... Quiero que sepan que anoche una señora fue asesinada. —Tembló levemente y luego prosiguió, de modo atropellado—. ¡Pero yo no la maté!

—Muy bien —dijo Fen—. ¿Y quién lo hizo entonces?

Sally levantó la mirada hacia él.

—Eso es lo más terrible —replicó la muchacha—. No tengo ni la más remota idea de quién fue.

EL EPISODIO DE LA SEÑORITA JOVEN Y GUAPA

Fen permaneció alegremente imperturbable, a pesar de aquella declaración tan frustrante.

—Por lo que deduzco, estuvo usted allí cuando la señorita Tardy fue asesinada...

—¿Sabe usted quién era? —le interrumpió Sally—. ¿Se ha encontrado ya el cadáver?

—Se ha encontrado —dijo Fen ampulosamente—, aunque se ha vuelto a perder. Sí, nosotros sabemos algo al respecto, aunque no mucho. En fin, escuchemos su historia... desde el principio. —Se volvió hacia Cadogan—. Supongo que no hay posibilidad alguna de que hubiera sido un accidente, o un suicidio. Considerando todas las circunstancias adyacentes, resulta bastante improbable, pero así también podemos despejar el terreno todo lo posible desde este momento.

Cadogan, retrotrayendo su pensamiento hacia la oscura y agobiante salita de Iffley Road, sacudió la cabeza.

—Desde luego, no fue un accidente —dijo lentamente—. Aquel cordel alrededor de su cuello había sido cuidadosamente anudado. Respecto a un suicidio... ¿es que acaso es *posible* suicidarse de esa manera? En fin, oigamos lo que la señorita... la señorita...

—Sally Carstairs —dijo la muchacha—. Pero llámenme Sally. Todo el mundo me llama Sally. Así que quieren oír lo que ocurrió. Caracoles, es extraño, pero de verdad tengo que decirles que... ¿tienen un cigarrillo?

Fen sacó su cajetilla, y le tendió un encendedor. Sally permaneció en silencio durante unos instantes, frunciendo el ceño un poco y expulsando el humo lentamente. El sol de la tarde resplandecía en su pelo rubio, perfilando claramente su enérgica y pequeña barbilla. Parecía un tanto confusa, pero ya no parecía temer nada. Wilkes regresó de su infructuosa búsqueda de alcohol y, tras ser conminado por Fen a guardar silencio, se sentó y se quedó callado con sorprendente docilidad. Hoskins parpadeó con sus ojos grises, soñolientos y melancólicos. Cadogan estaba intentando colocarse bien el vendaje. Y Fen apoyó su delgada y larguirucha figura contra el alféizar de la ventana, con las manos metidas en los bolsillos, un cigarrillo en los labios, y su pálida mirada azul escrutando el rostro de la chica.

—Verán, en verdad todo comenzó hace más de un año —dijo Sally—. Fue en julio, creo, y hacía mucho calor. Faltaban solo dos días para que empezara mi quincena de vacaciones. Sé que era un martes, también, porque siempre estoy sola en la tienda los martes por la mañana. Recuerdo que quedarían solo cinco minutos antes de que llegara la hora de comer...

En el gran escaparate zumbaba con insistencia un moscardón, como la alarma de un reloj que se niega a callarse. El volumen del tráfico en Cornmarket ya había menguado. El sol resplandecía en la ropa interior rosa y azul del escaparate, consiguiendo que su color palidciera gradualmente, pero el interior de la tienda era oscuro y cavernoso y triste. Sally, que estaba doblando unas cuantas bragas negras de seda en una enorme caja de cartón roja, se detuvo para echarse hacia atrás un mechón de pelo que se le había derramado por la frente, y luego continuó con su trabajo. ¿Cómo era posible que alguien pudiera ponerse aquellas cosas tan espantosas? Era algo que no le cabía en la cabeza. En fin, menos mal que ya era casi la hora de comer. Aquella era su tarde libre; en un par de minutos podría cerrar la tienda, dejarle la llave a Janet Gibbs en el número 27 y marcharse a casa a hacerse la comida. Luego, por la tarde, iría en coche hasta Wheatley con Philip Page, que era un tipo bastante seguro de sí mismo, aunque también algo patético, y por la noche iría con Janet a ver una película. Desde luego su plan no era precisamente lo que uno podría considerar una juerga desenfrenada, pensó, pero al menos no tendría que estar en la tienda y, en cualquier caso, pronto cogería las vacaciones y se podría marchar lejos de Oxford durante un tiempo. Esperaba que a nadie se le pasara por la mollera la idea de entrar a comprar nada en aquel momento. Eso significaría cerrar más tarde y, por tanto, tener que engullir la comida a toda prisa e ir corriendo al Lamb & Flag para encontrarse con Philip y que así le diera tiempo a tomar algo antes de marcharse de allí, lo que supondría que no tendría apenas tiempo para...

Un coche enorme se detuvo junto a la entrada. Sally no pudo reprimir un suspiro cuando oyó el chasquido del picaporte en la puerta. Aun así, esbozó su mejor sonrisa y se adelantó para ayudar a la anciana que se recortaba en la entrada de la tienda colgada del brazo de un tipo con uniforme de chófer. Desde luego, aquella era una anciana absolutamente espantosa; estaba gordísima, para empezar, y tenía una enorme nariz en medio del rostro, de tonos marronáceos y surcado por mil arrugas profundas; parecía una bruja, y, es más, tenía los modales de una bruja, pues, no bien lograron acomodarla entre los dos, ella empezó a comentar con sosa petulancia la torpeza de Sally y del chófer.

—Bueno, nena —ordenó—. A ver, enséñame pañuelos.

Estuvo viendo algunos pañuelos que Sally le mostró. Estuvo viendo pañuelos y más pañuelos hasta que a Sally le entraron ganas de empezar a gritar. Ninguno le gustaba. Todos tenían algún defecto. El tejido de este era de una calidad pésima; el tamaño de este otro más bien lo asemejaba con una sábana; las puntillas en estos otros eran ridículas y excesivamente elaboradas o toscas; aquellos otros eran tan simples que solo le servirían para tapar los botes de mermelada; el dobladillo de estos de más allá estaba fatalmente cosido y se deshilaría al momento; y aquellos serían perfectos, si no tuvieran esas iniciales en la esquina. El reloj siguió avanzando

lentamente, hasta la una y cuarto, hasta la una y veinte... El chófer, que estaba evidentemente acostumbrado a ese tipo de manejos, miraba el techo. Y Sally, dominando su impaciencia con extrema dificultad, procuraba sonreír, y se mostraba educada y acudía rauda de las estanterías al mostrador, cada vez con más cajas de pañuelos. Pero estaba ya a punto de perder el control cuando de repente la anciana señora dijo:

—Bueno, no creo que aquí tengan lo que yo quiero. Todo esto me ha cansado muchísimo. Tengo que cuidarme, por la cosa del corazón, ¿sabe usted? —Aquella tímida exhibición de debilidad repugnó a Sally—. ¡Jarvis! —El chófer avanzó unos pasos—. Ven y ayúdame a salir de este cuchitril.

Pero cuando se estaba marchando se volvió otra vez hacia Sally, que ya calculaba el retraso adicional que le supondría volver a colocar todos los pañuelos en su lugar, y exclamó de repente:

—Supongo que la he entretenido espantosamente, querida. Estará deseando irse a comer.

—No se preocupe, señora —dijo Sally, sonriendo (con algún esfuerzo, debe admitirse)—. Siento mucho que no haya nada en la tienda que le agrade.

La anciana la miró atentamente durante unos instantes.

—Eres una niña muy amable —dijo—. Muy amable y muy considerada. Me gusta la gente amable y considerada. No se encuentra mucha gente así en estos tiempos. Me pregunto si...

Unos arañazos al otro lado de una puerta privada de la tienda, tras el mostrador, la interrumpieron; y Sally se asustó al ver que la anciana se sobresaltaba y temblaba violentamente.

—¿Qué es eso? —musitó.

Sally retrocedió unos pasos hasta la puerta.

—Oh, solo es mi perro —dijo, también ella sobresaltada por la violenta reacción de la anciana—. Es *Danny*. Supongo que querrá su comida...

—Oh... —La anciana se calmó al fin, si bien con alguna dificultad—. Déjalo entrar, querida.

Sally abrió la puerta, y *Danny*, que entonces era una adorable mascota de seis meses, corrió alegremente hacia ellos.

—Vaya, vaya... —dijo la anciana—. ¿Qué tenemos aquí? *Un perrito pequeño y moteado*. Jarvis, cógelo para que pueda acariciarlo un poco. —El chófer obedeció, y *Danny*, cuyo aprecio por los seres humanos era en aquel momento prácticamente universal, le lamió efusivamente la nariz a la anciana dama.

—Aquí está mi pequeñuelo... —La vieja comenzó a reírse entre dientes de repente—. Y tú... tú eres *la joven señorita de Ryde*, ¿no es así? —le dijo a Sally.

Sally, sin saber qué hacer, volvió a sonreír, esta vez de un modo ostensiblemente falso.

—¿Estarás aquí mañana, niña, si yo vuelvo? Te aseguro que esta vez no vendré

buscando pañuelos.

—Sí, claro. Aquí estaré.

—Te veré mañana, entonces. Ahora, no quiero entretenerme más... Jarvis, cógeme del brazo. —Y, lentamente, la anciana salió de la tienda, cojeando.

Y, por el momento, eso fue todo. Pero al día siguiente la anciana regresó, tal como había prometido, anotó el nombre y la dirección de Sally, y le entregó un sobre.

—Guarda esto, hija mía —le dijo—. Y no lo pierdas. ¿Lees el *Oxford Mail*?

—Sí.

—Continúa leyéndolo, entonces. Mira en los anuncios por palabras todos los días sin falta. Cuando veas el nombre de Ryde (no tu nombre verdadero, sino el de Ryde) en un anuncio, coge este sobre y llévalo a la sucursal del Lloyds Bank y dáselo al director; él te dará otro a cambio. Lleva ese sobre a la dirección que ponga en el anuncio. ¿Me has entendido?

—Sí, lo he entendido, pero...

—Es una pequeña minucia que quiero dejarte cuando yo me muera. —Los gestos de la anciana eran curiosamente enfáticos—. No vale más que unos pocos chelines, pero quiero dejártelo a ti en mi testamento. Lo que te dejo tiene un gran valor sentimental para mí. Y ahora, ¿me prometes que harás todo lo que te he dicho?

—Sí, lo prometo. Es muy amable por su parte...

—¿Lo prometes bajo tu palabra de honor?

—Lo prometo bajo mi palabra de honor.

Y esa fue la última vez que Sally vio a la extraña anciana.

Dejó el sobre en un cajón, sin abrir, y solo se acordaba de él por las mañanas, cuando leía la columna de los anuncios por palabras en el *Oxford Mail*. Aquello se convirtió en una especie de ritual absurdo, pero continuó haciéndolo de todos modos, porque no representaba para ella ninguna molestia, y, además, no le llevaba apenas tiempo; hasta que, un día, se sorprendió al descubrir que se le había olvidado leerlo y, pensando que habían tirado el periódico a la chimenea, se puso realmente muy nerviosa. Lo cual, desde luego, era de todo punto absurdo, porque aquel asunto recordaba más bien a un cuento de hadas madrinas, y no a algo que mereciera la pena siquiera tener en cuenta. Por lo que a ella concernía, y en lo más profundo de su corazón, había decidido ya que aquella anciana no debía de estar en sus cabales.

Y entonces, un día, casi un año después de aquella extraña visita, vio el anuncio del que la mujer le había hablado: «Ryde, Leeds, West, Mold, Berlín», rezaba el aviso del periódico. «Aaron Rosseter, abogado. 193^a, Cornmarket». Sally se quedó tan estupefacta que durante unos instantes no pudo hacer nada sino mirar aquel anuncio con los ojos abiertos como platos; luego consiguió recobrarse y miró su reloj. La tienda no tardaría en cerrar para la comida, así que tendría que acudir directamente al banco, sin pasar antes por su casa. Por supuesto, si aquello acababa siendo una simple broma, puede que se sintiera un poco estúpida; pero de algún modo supo que tenía que correr el riesgo. En cualquier caso, Sally era demasiado curiosa como para no

averiguar, a fin de cuentas, de qué iba todo aquello.

Las cosas sucedieron tal y como la anciana había dicho, paso a paso, como si todo formara parte de un plan cuidadosamente orquestado: a cambio de su sobre, en el banco le dieron otro más grande y abultado, este de color marrón. Así que cuando volvió a salir al bullicio de Carfax estaba un tanto aturdida, presa de un onírico sentimiento de irrealidad. Se dirigió inmediatamente a la dirección que ponía en el anuncio, pero la oficina estaba cerrada porque era la hora de la comida, así que tuvo que regresar más tarde aquel mismo día.

El señor Rosseter le disgustó vagamente desde el mismo momento en que lo vio. Sin embargo, aun con profundo disgusto, finalmente decidió dejarle el sobre y hacer lo que la anciana dama le había encargado. El señor Rosseter se mostró muy educado, muy obsequioso; le hizo mil preguntas sobre su empleo, sobre su familia, sobre su sueldo. Y finalmente añadió:

—Bueno, he de decirle que tengo muy buenas noticias para usted, señorita Carstairs: sepa que se le ha legado una importantísima suma de dinero. Según el testamento de la señorita Snaith...

Sally lo miró sorprendida.

—Se refiere usted a la anciana que...

El señor Rosseter afirmó con la cabeza.

—Me temo que no estoy al corriente de las exactas circunstancias en las que usted conoció a la señorita Snaith. En cualquier caso, estos son los hechos. Tendrán que transcurrir otros seis meses antes de que se verifique la herencia, pero puede estar segura de que me pondré en contacto con usted tan pronto como me sea posible.

—Pero debe de haber algún error...

—No hay ningún error en absoluto, señorita Carstairs. Estos documentos demuestran y prueban sus legítimos derechos. Por supuesto, habrá alguna demora hasta que usted pueda recibir efectivamente el dinero, pero no me cabe la menor duda de que el banco le anticipará cualquier cantidad que pueda usted necesitar.

—Mire... —dijo Sally desesperada—. Solo he visto a esa señorita... señorita Snaith dos veces en mi vida. Vino a la tienda como una clienta más. Caracoles, ¿me está diciendo usted ahora...? ¿Qué me ha dejado dinero solo porque estuvo viendo unos pañuelos en mi tienda y no compró ninguno?

El señor Rosseter se quitó las gafas con un movimiento brusco, las limpió concienzudamente con un pañuelo que extrajo de la manga, y se las volvió a colocar sobre la nariz.

—Mi difunta clienta era una dama extremadamente excéntrica, señorita Carstairs... ciertamente, *muy* excéntrica. Sus actos rara vez coincidían con lo que la mayoría de la gente consideraría razonable.

—Me está dejando anonadada —dijo Sally—. Pero, de todos modos, ¿por qué todo este lío de los sobres y del anuncio? ¿Por qué no me lo pudo dejar simplemente, como hace todo el mundo?

—Ah, aquí hemos topado con otra de las facetas de su excentricidad. Verá, la señorita Snaith vivía obsesionada por el constante temor a ser asesinada. Era una extraña manía suya. Tomó las precauciones más complejas, y, de hecho, se veía atormentada por una especie de síndrome persecutorio, incluso en lo que se refería a sus propios criados y familiares. Por tanto, ¿qué más natural que dejarle el dinero a extraños que no supieran nada del asunto de antemano? Así, aunque tuvieran quizá una predisposición al asesinato, no tendrían ninguna tentación, digamos... de *precipitar* las cosas.

—Eso es cierto —dijo Sally, intentando hacer memoria—. Ahora recuerdo que la señora me dijo que planeaba dejarme una minucia. ¡Qué persona tan extraña...! Lo siento mucho por ella, desde luego. —Se detuvo—. Mire, señor Rosseter: no quiero parecer curiosa, pero *todavía* no comprendo qué...

—¿Qué tiene que ver aquí todo el asunto de los sobres? Muy sencillo. La señorita Snaith decidió dejar su dinero en forma de fideicomiso secreto... es decir, en el testamento yo fui designado nominalmente como su heredero. Los herederos reales, como usted, tendrían que solicitarme a mí, posteriormente, su herencia. Los documentos que usted tiene ya en su poder, y de los que cumplidamente guardamos duplicados en el banco, se redactaron y se cumplimentaron para asegurarnos de que yo no iba a intentar engañarla a usted con su herencia.

El señor Rosseter se permitió una discreta risilla.

—Ah... Ah, ya comprendo... —dijo Sally. En realidad no comprendía nada.

Recogió su bolso y ya se disponía a marcharse cuando algo se le pasó por la cabeza.

—¿Y cuánto dice que voy a heredar?

—En torno a las cien mil libras, señorita Carstairs.

—Yo... creo... creo que no he oído bien...

El señor Rosseter le repitió la cifra. Sally, simplemente, se quedó muda: jamás en su vida se le había ocurrido siquiera soñar con una cantidad semejante. ¡Cien mil libras! Era una cifra astronómica, increíble para ella. Sally no era egoísta, ni proclive a los caprichos, pero ¿qué chica, en un momento como ese, no habría tenido una celestial visión poblada de vestidos, coches, viajes, comodidad y lujo? En todo caso, Sally la tuvo. En sus imaginaciones más calenturientas, quizá se le habría pasado por la cabeza heredar cien libras. Y eso como mucho.

Se volvió a sentar de nuevo, esta vez bastante precipitadamente, pensando que aquello era *un sueño*.

—Convendrá conmigo en que se trata de una fortuna bastante considerable —añadió amistosamente el señor Rosseter—. La felicito, señorita Carstairs. Por supuesto, necesitará usted a alguien que se ocupe de manejar sus finanzas. ¿Le puedo ofrecer humildemente mis servicios?

—Yo... sí, supongo que sí. Claro. Esto supone una tremenda conmoción para mí, ¿sabe?

Desde luego, y vaya conmoción. Tanta, que cuando Sally abandonó el despacho del señor Rosseter tuvo que repetirse una y otra vez que, después de todo, la conversación había sido real. Era como intentar persuadir a una persona de algo que simplemente suena a imaginario; y, al mismo tiempo, no acabar de creérselo del todo ni uno mismo. Fue por un curioso e irracional sentimiento supersticioso por lo que decidió no contar nada de todo aquello a nadie, ni siquiera a su madre. Sally había tenido ya cumplida experiencia a lo largo de su vida en materia de venta de pieles de osos que no habían sido aún cazados, y conocía de primera mano el desencanto que con tanta frecuencia se producía después. De modo que, por el momento, decidió continuar con su vida habitual.

Entonces, a la mañana siguiente, llegó una carta para ella. La dirección del membrete era 193A Cornmarket, y aparte de la firma, toda ella estaba mecanografiada. Decía así:

Apreciada señorita Carstairs:

Espero que perdone usted mi atrevimiento al dirigirme a usted de este modo, pero me preguntaba si podría hacerme usted un favor. Otra de las beneficiarias del testamento de la señorita Snaith, una tal señorita Emilia Tardy, tiene planeado llegar a Oxford esta misma tarde en tren, y es vital que yo mantenga un encuentro con ella cuanto antes. La señorita Tardy no conoce Oxford y, es más, se trata de una anciana bastante desvalida. ¿Lo considerará un atrevimiento si le pido que vaya a buscarla usted y la conduzca a mi piso, sito en el número 474 de Iffley Road? Por supuesto, yo mismo me encargaría de hacerlo, pero me temo que ineludibles deberes me mantendrán encerrado hasta muy tarde en la oficina, y mi pasante, a quien habría enviado si me hubiera sido posible, disfruta de su semana de vacaciones.

El tren llega a las 10.12. A fin de identificarla, la señorita Tardy es una señora de mediana edad, bastante rellena, y luce unos característicos quevedos. ¿Sería usted tan amable de hacerme este favor? No se moleste en contestar esta carta; si por alguna razón no puede usted encargarse, llámeme por favor a mi despacho: Oxford 07022.

Le ruego humildemente que me disculpe por las molestias que haya podido causarle,

Sinceramente,

AARON ROSSETER

Sally, que en aquel momento vivía en una nube, naturalmente estaba en disposición de hacerle aquel favor al señor Rosseter, así que acudió a la estación aquella noche, tal y como él le había pedido.

En el saloncito del *cottage*, Sally levantó la mirada y observó los rostros expectantes de todos los presentes.

—No sé si lo estoy embrollando todo espantosamente... —añadió en tono de disculpa.

—Por supuesto que no, por supuesto que no —dijo Fen con voz grave—. De hecho, algunos importantes extremos que desconocíamos lucen ahora claros como el agua cristalina.

—*¡Serán sinvergüenzas!* —exclamó Wilkes en lo que pareció una sorprendente declaración de fervor ético. Cadogan le había esbozado la situación mientras Hoskins

ponía en práctica sus ardides.

—¿Y qué hizo usted con esa carta? —preguntó Fen.

—La tiré, me temo —dijo Sally con gesto de impotencia—. No pensé que fuera muy importante...

—Oh... —murmuró Fen—. Bueno, ya no tiene remedio. Ya sabe, solo quería estar seguro respecto a ciertos datos. Hoy es cinco de octubre... Esperen, solo será un minuto. —Desapareció por el vestíbulo, donde se le pudo escuchar hablando por teléfono, y unos instantes después regresó—. Justo lo que pensaba —dijo—. He estado hablando con el *Oxford Mail* a fin de que revisasen sus archivos. Ocurre que la señorita Snaith abandonó este mundo miserable hace exactamente seis meses y un día; esto es, el cuatro de abril de este mismo año.

—Así que los derechos de la señora Tardy prescribieron ayer a medianoche... —apuntó Cadogan.

—En efecto... ayer a medianoche. Pero lo más interesante del asunto es que el anuncio de Rosseter, que debería haberse publicado *hoy*, se publicó de hecho antes de ayer... ¿no estoy en lo cierto? —Sally asintió—. Esto es, justo dos días antes, de que el plazo venciera. Pero continúe Sally. Aún no hemos llegado a lo más interesante, ¿verdad? Tome otro cigarrillo.

—Ahora no quiero, gracias. —Sally frunció el ceño—. No, lo peor está por venir. Anoche, tal como Rosseter me pidió, yo acudí a la estación. Encontré a la señorita Tardy sin dificultad, y le expliqué que iba de parte del señor Rosseter. Me dio la impresión de que a ella mi aparición le pareció muy natural. Cogimos un taxi y bajamos hasta Iffley Road... El tren llegó con diez minutos de retraso, por cierto, y, por supuesto, para entonces ya era bastante de noche. Me caía bien la señorita Tardy: había viajado muchísimo, al parecer, y contaba cosas muy interesantes de sus viajes, y hablaba mucho, también, de los hospicios de niños, en cuyo sostenimiento estaba muy interesada. Yo no le dije nada del testamento.

»Bueno, resultó que el piso del señor Rosseter estaba justo encima de una juguetería pequeñísima, algo que me extrañó bastante. Nos dirigimos a la puerta de la juguetería, que estaba en penumbra, y subimos las escaleras que había al fondo, como él me había indicado. Una vez arriba, nos quedamos en un pequeño saloncito que daba a la calle. Parecía un lugar bastante polvoriento e inhóspito, aunque no hubiera nadie allí para recibirnos. Pero yo pensé que a lo mejor nos habíamos metido en la habitación equivocada, así que le dije a la señorita Tardy que se quedara allí sentada un minuto... No estaba muy bien de salud, la pobrecita, al parecer, y aquellas escaleras la habían dejado exhausta. Así que fui a la puerta que había al lado y llamé con los nudillos. Entonces me llevé un susto espantoso, porque, no bien se abrió la puerta, se me echó encima un hombre con la cara toda recubierta de vendajes: les juro que yo no sabía quién era. Pero, al ver que yo me asustaba tanto, me explicó que había tenido un accidente y que había sufrido horribles quemaduras en la cara. También me dijo que el señor Rosseter aún no había regresado. Luego se disculpó por

el estado en el que se encontraba el piso... Dijo que un depósito se había reventado en casa del señor Rosseter y que había tenido que trasladarse temporalmente a aquel lugar tan alejado del centro. Luego me contó que el señor Rosseter le había pedido que se ocupara de la señorita Tardy hasta que él llegara. Recuerdo que dijo llamarse señor Scadmore, o algo parecido; así que yo lo llevé junto a la señorita Tardy, los presenté a ambos, y poco después me marché. O mejor dicho... intenté hacerlo. En realidad todo aquello me estaba empezando a parecer de lo más raro... Tenía una especie de intuición, digo yo. De pronto se me pasó por la cabeza que la señorita Tardy quizá estaría más segura fuera de aquella casa. Así que cerré con un sonoro portazo la puerta de la juguetería (no se imaginan cómo chirriaba la maldita), y decidí quedarme en el interior de la tienda, medio oculta, y esperar a ver qué pasaba. El suelo crujía como mil demonios y yo no sabía lo que estaba haciendo allí realmente. Por alguna razón, estaba preocupada.

»La primera cosa de la que me di cuenta fue que había más gente en la casa, además de la señorita Tardy y del hombre que se hacía llamar Scadmore. Oí un montón de charlas y paseos de un lado para otro, y luego un largo silencio. Tras unos veinte minutos, se produjo un ajetreo de mil demonios. Yo quise ver qué estaba ocurriendo, así que subí cuidadosamente las escaleras intentando hacer el menor ruido posible. Y entonces, antes de que pudiera esconderme de nuevo, el señor Rosseter bajó las escaleras y, con él, un hombre y una mujer. Ambos con máscaras en la cara.

»Se quedó muerto cuando me vio. Se dirigió a mí con voz temblorosa: «Ah, todavía está usted aquí, ¿eh?». Se sobrepuso. «Ha sido usted una estúpida quedándose. Pero ahora será mejor que suba usted y vea lo que ha ocurrido». Yo estaba aterrorizada, pero pensé que sería mejor hacerle caso y ver qué le había pasado a la señorita Tardy. Cuando llegué al saloncito, ella... ella estaba tendida en el suelo. Tenía la cara azul, toda hinchada, y alguien la había anudado un trozo de cuerda alrededor del cuello. El hombre con la cara vendada estaba inclinado sobre ella. El... el señor Rosseter dijo: «Ha sido asesinada, ya lo ve. Pero usted va a ser buena y no va a decir nada... No hablará jamás a nadie de esto. Se va a quedar calladita, va a coger su dinero y si se olvida de todo nadie la importunará. Ya lo ve: solo conseguiría su dinero si ella no lo reclamaba antes de la medianoche. Y por suerte ha sido asesinada antes de que pudiera hacer una reclamación legal en tiempo y forma». Hablaba muy deprisa, atropelladamente, con una voz turbia y monótona. Me di cuenta de que sudaba horrorosamente. Todos los demás habían apartado su mirada de mí. Ninguno se movía. Yo estaba encogida y me sentía polvorienta. Me había tirado un buen rato escondida en la tienda de abajo. Me sentía completamente entumecida, como si miles de insectos recorrieran mi piel, arriba y abajo.

Sally se estremeció.

—Rosseter me dijo: «A lo mejor es usted quien ha matado a la señorita Tardy. No lo sé. Creo que le viene a usted de perlas que la señorita Tardy muera. La policía

querrá saberlo todo al respecto; sobre todo querrán saber por qué estaba usted aquí». Yo le dije: «Pero si usted mismo me dijo que viniera...». Él me contestó: «Yo lo negaré. ¿A quién creerá la gente? En cuanto a la carta, yo siempre puedo decir que alguien falsificó mi firma, y usted no podrá probar lo contrario. Todas estas personas que ve aquí jurarán que usted sabía perfectamente lo que hacía: que trajo a la señorita Tardy hasta este piso abandonado para acabar con ella. Recuerde que yo no saco ningún beneficio de su muerte. Usted sí. Me creerán a mí, no a usted. Así que hágame caso; lo mejor que puede hacer es estarse calladita. Nosotros nos ocuparemos de todo. Váyase a casa y olvídese de esta señora. Olvídese de que existió. Olvídese de nosotros». Entonces yo... yo...

—Entonces se fue usted a casa —apuntó Fen con voz tranquila—. Y se comportó como una buena chica, ¿no es así?

—He sido una cobarde, una miserable —dijo Sally entre sollozos.

—Bobadas. De estar en su pellejo, yo habría huido directamente del país. ¿Ocurrió algo más?

—No, eso fue todo, de verdad. Lo he contado muy mal. Oh, creo que el hombre de los vendajes en la cara era un médico: uno de los otros lo llamó «Berlín». Es uno de los nombres que venían en el anuncio, ya sabe. Esos hombres que ustedes ahuyentaron me dijeron que él había encontrado algo que me exculparía. Tenía que venir con ellos. Recuerdo que era muy delgado.

Fen asintió.

—¿Y qué me dice de los otros dos?

—Yo estaba demasiado aterrada, la verdad, como para fijarme bien en ellos. La mujer era gorda, y más bien vieja, y el hombre era un ser bastante esmirriado, casi un enano. Por supuesto, no pude ver sus rostros.

—¿Sharman? —sugirió Cadogan.

—Probablemente —dijo Fen—. Con eso tenemos a Berlín, y a Mold, y a Leeds (que era presumiblemente la mujer), y a Ryde, que es usted, Sally; y eso nos deja solamente a West fuera de la nómina. ¿Puede decirnos algo sobre las horas en que ocurrió todo...?

Sally sacudió la cabeza.

—Lo siento. Todo debió de ocurrir entre las once y las doce... Oí cómo daban las campanadas de la medianoche mientras caminaba de vuelta a casa.

Se produjo un largo silencio. Entonces Cadogan le dijo a Fen:

—¿Qué crees tú que ocurrió?

Fen se encogió de hombros.

—Clara y sencillamente se trató de un complot orquestado por algunos de los otros legatarios, a incitación de Rosseter, para matar a la señorita Tardy y evitar así que reclamara su herencia. Una vez fuese asesinada, se desharían del cuerpo. Presumiblemente así ha sido. Todo obedecería a un plan ideado al milímetro. Usted, Sally, cumplió el inocente papel de llevar a la señorita Tardy a la juguetería para

evitar que cualquiera de los verdaderos conspiradores pudiera resultar siquiera remotamente implicado en la trama. Nadie debía albergar la menor sospecha respecto a ellos. Y después... —aquí sonrió sombríamente—, bueno, usted ni siquiera se atrevería a pensar en ello, ¿no? Si lo hacía, Rosseter negaría haber escrito esa carta, lo negaría todo. En esas circunstancias, sin ningún *corpus delicti* y con una juguetería que se desvanece en el éter sin dejar rastro, ¿qué tipo de caso podría formalizarse contra nadie... y lo que es más importante, por qué crimen? Desafortunadamente, todo salió mal: (a) Usted se quedó en la juguetería en vez de largarse; (b) Cadogan metió el hocico donde no debía y encontró el cadáver; y (c) Cadogan fue visto después persiguiéndola a usted con la obvia pretensión de obtener información. Siendo esta la situación, no podían permitir que usted anduviera por ahí así como así; usted tenía que desaparecer también. Querida mía, ha estado muy cerca de convertirse en la siguiente víctima de este complot. Lo único que me resulta incomprensible es por qué Rosseter estaría tan nervioso al verla, y por qué sospecharía de usted como responsable de la muerte de la señorita Tardy. Eso más bien sugiere... No, no sé lo que sugiere. En fin, me vuelvo a Oxford. Creo que conviene tener otra conversación con Rosseter... Y de camino pararé en el *college* y cogeré mi pistola.

EL EPISODIO DE LA EXCÉNTRICA MILLONARIA

De todos modos, antes de que le fuera posible llevar a cabo ese plan, se produjo un paréntesis. Los cinco se embutieron en el *Lily Christine III* con grandes contorsiones y dificultades. Sally se sentó en las rodillas de Cadogan, lo cual le agradó bastante —a Cadogan, se entiende—, y así partieron, con Fen conduciendo, en un viaje alocado y para nervios de acero por la estrecha carretera, rebotando en los puentes como en una montaña rusa, y sorteando por milímetros reses despistadas, bestias salvajes y peatones ocasionales. Cadogan no sabría explicar cómo fue posible que no causaran horribles mutilaciones al hombre de la AA que seguía plantado en el cruce de la carretera de Banbury. Lo dejaron atrás, con los ojos abiertos como platos, y demasiado asustado incluso para gritar. Cadogan, en frases telegramáticas y truncadas, puso a Sally y a Hoskins al tanto de lo que Fen y él sabían hasta el momento.

—Caracoles —dijo Sally cuando Cadogan hubo concluido; y añadió un tanto tímidamente—: Usted cree lo que le he dicho, ¿no? Ya sé que parece una fantasía mía, pero...

—Mi querida Sally, este es un asunto tan extraordinario que la creería aunque me dijera que es la Dama de Shallott.

—Está usted hablando en broma, ¿no?

Pero el bufido del viento y el estrépito del motor ahogaron sus palabras.

—¿Qué? —dijo Cadogan.

Wilkes se volvió, pues estaba sentado en el asiento del copiloto. Podía oír mejor cuando había mucho ruido alrededor.

—Dice que estás hablando en broma.

—¿Yo? —En ningún momento se le había pasado por la cabeza a Cadogan hablar en broma: aquella idea le incomodó.

—No pretendía ofender —dijo Sally—. ¿Qué hace? ¿A qué se dedica usted, quiero decir?

—Soy poeta.

—Caracoles. —Sally estaba impresionada—. Nunca había conocido a ningún poeta. No parece usted un poeta.

—No me siento poeta.

—Yo solía leer poesía en la escuela —continuó Sally con aire melancólico—. Había un poema pequeño que me gustaba. Decía: «*Reduciendo todo lo existente / a un verde pensamiento bajo una sombra verde*»^[40]. No tengo ni la más remota idea de lo que significa, pero suena bonito, de todos modos. Estaba en un libro titulado *Poesía para estudios medios...* No le molesta que esté sentada encima de usted, ¿verdad?

—No. Es más, me gusta.

—Debe de ser terriblemente divertido ser poeta —dijo Sally con gesto pensativo—. Nadie que te mandonee, nadie que te haga trabajar cuando no quieres...

—Estaría bien si uno ganara dinero por ello —replicó Cadogan.

—Dígame, ¿cuánto dinero gana?

—¿Por ser poeta? Pues como unas dos libras a la semana.

—Caracoles, eso no es mucho. A lo mejor todavía no es usted muy importante.

—Creo que probablemente será eso.

La explicación de Cadogan pareció dejar satisfecha a Sally, pues tan pronto como tuvo oportunidad comenzó a cantar alegremente para sí misma hasta que Fen, al tomar una curva particularmente cerrada, saltó por encima de una acera con las cuatro ruedas a la vez, hecho que motivó que a los pasajeros se les quitaran las ganas de pensar en otra cosa que no fuera proteger sus vidas de una muerte atroz.

Muy poco después fue cuando se produjo el referido paréntesis. A medida que se iban acercando a Oxford, comenzaron a aparecer las primeras tiendas, el tráfico fue aumentando, y los indicios de que entraban en una población estudiantil se fueron haciendo más evidentes. Y fue entonces, justo antes de que llegaran al cruce que conduce al Lady Margaret Hall, cuando Cadogan, que llevaba un buen rato dedicado a contemplar despreocupadamente el paisaje, de repente le gritó a Fen que se detuviera. Fen pisó el freno tan violentamente que a punto estuvieron de ser embestidos por el coche que tenían detrás, el cual, afortunadamente, pudo rodearlos, aunque no sin ciertas dificultades. Fen se giró en redondo en su asiento y exclamó:

—¡Por el amor de Dios! ¿Se puede saber qué te pasa?

Cadogan señaló en dirección a la calle, y las miradas de todos siguieron su índice. Y allí, aproximadamente a cien yardas del lugar donde se había detenido el coche, justo en el lugar donde Cadogan señalaba con tanta insistencia, había una juguetería con el escaparate todo iluminado.

—*Me jugaría el cuello* a que es la misma —dijo Cadogan, bajándose atropelladamente del automóvil—. En realidad, creo que pondría la mano en el fuego... —Los demás lo siguieron, y juntos se apelotonaron alrededor del escaparate.

—Sí —dijo Cadogan—. Recuerdo haber pensado lo espantosa que me parecía esa muñeca con la cara rota.

—Yo también la recuerdo —dijo Sally.

—Y ahí está la caja de pelotas con la que me tropecé... O si no, *es clavada*. — Cadogan buscó el letrero de la tienda. «Hellston», rezaba con blancas letras de recargadas volutas.

Cadogan y Fen entraron. Un joven de aspecto polvoriento, con una mata de pelo rojo, atendía la tienda.

—Buenas tardes, señores —dijo—. ¿Qué puedo hacer por ustedes? ¿Les apetecería comprar una casita de muñecas, quizá, para una niña? —El mozo sin duda había estado leyendo un manual de venta comercial.

—¿Qué niña? No veo ninguna niña... —dijo Fen con gesto de incompreensión.

—O una caja de cubos o puede que unos soldaditos... —Cadogan compró un globo y salió para regalárselo a Sally.

—¿Está el dueño de la tienda? Tengo entendido que es la señorita Alice Winkworth, ¿no es así? —preguntó Fen.

—Sí, señor, la señorita Winkworth. No, señor, me temo que no está aquí ahora. Si puedo ayudarle yo...

—No, desearía verla personalmente. Supongo que no tendrá usted su dirección...

—No, señor, me temo que no. Verá, yo llevo aquí muy poco tiempo. Aunque la señorita Winkworth no vive en este edificio, eso sí que se lo puedo asegurar.

Así que no había más que decir. Pero justo cuando se estaba marchando, Fen preguntó:

—¿Notó algo raro en la tienda cuando abrió esta mañana?

—Bueno, señor, es curioso que lo mencione... porque me dio la impresión de que muchas cosas no estaban en su lugar. Me temí que hubiéramos sufrido un robo, pero luego vi que no había indicios de que hubieran forzado la puerta, y no eché nada en falta...

Cuando volvieron al coche, y enfilaron hacia St. Christopher, Fen dijo:

—Obviamente, este es el emplazamiento habitual de la juguetería. Resulta interesante, aunque insólito, haber descubierto que la propietaria es también esa señora Winkworth. Parece haber sido la que ha proporcionado el escenario para toda la farsa. Supongo que ella será Leeds...

—Deberíamos haber enterrado a *Danny*... —dijo Sally de repente—. No deberíamos haberlo dejado allí, a merced de las alimañas. —Avanzaron en silencio hasta la puerta principal de St. Christopher.

Parson, el ujier, les saludó cuando pasaron por delante de la portería.

—La policía ha estado aquí por tercera vez. De nuevo, buscaban al señor Cadogan —dijo sombríamente—. Parecía que estaban empezando a cabrearse en serio. Fueron y echaron un vistazo en sus dependencias, profesor Fen. Yo estuve allí y le aseguro que no tocaron nada.

—¿Qué les dijo?

—Les dije que yo no sabía nada de nada. ¡Perjuro! —Parson se alejó, gruñendo, y se enfrascó de nuevo en su *Daily Mirror*.

El grupo atravesó los dos claustros hasta las dependencias de Fen.

—¿Por qué busca la policía a Cadogan? —le susurró Sally a Fen.

—*Libros pornográficos* —dijo Fen con gesto amenazante.

—No. Hablo en serio.

—Por lo que parece, ha robado comida en una tienda de ultramarinos... Ya sabe, cuando fuimos a echar un vistazo esta mañana.

—Caracoles, vaya tontería.

Resultó que en las dependencias de Fen ya había alguien. El señor Erwin Spode

en persona —de Spode, Nutling & Orlick, editores de literatura de alta categoría— se puso de pie con un sobresalto nervioso cuando entraron. Parecía tener un muelle en el trasero.

—¡Hola, Erwin...! —dijo Cadogan sorprendido—. ¿Qué estás haciendo aquí?

El señor Spode tosió nerviosamente.

—En realidad, llevo todo el día buscándote. Estaba en Oxford, así que pensé que podía hacerte una visita. Para hablar de esa gira de conferencias por América...

Cadogan gruñó.

—Permíteme que te presente —dijo—. El señor Spode, mi editor... El profesor Fen, la señorita Carstairs, el señor Hoskins, y el doctor Wilkes.

—Pensé que, como este fue tu antiguo *college*, tal vez podría encontrarte aquí. — El señor Spode se dirigió a Fen—. Espero que me perdone usted esta intromisión. — Su perfil semicircular mostraba claros indicios de ansiedad. El escaso pelo que tenía lo llevaba todo despeinado. Se restregó el rostro sudoroso con un pañuelo—. Vaya calor —se quejó.

Ciertamente hacía calor. El sol estaba declinando ya en la bóveda celeste, pero todavía refulgía con implacable fuerza. Los colores verdes y vainillas de la estancia resultaban hasta refrescantes, y todas las ventanas estaban completamente abiertas; pero aun así hacía calor. Cadogan pensó que no le vendría mal darse un baño.

—¿Cuándo has llegado? —le preguntó al señor Spode, no porque quisiera saberlo, sino porque no se le ocurrió otra cosa que decir.

—Ayer por la noche —dijo el señor Spode con algo muy parecido a una sincera consternación.

—¿Qué...? —El interés de Cadogan aumentó repentinamente—. Pero si cuando nos separamos me dijiste que te ibas a volver a Caxton's Folly...

El señor Spode se mostró más abatido aún que antes; tosió repetidamente.

—Es que llamé a la oficina cuando volvía, y me encontré con un mensaje que me pedía que viniera aquí inmediatamente. Vine en coche. Te habría acercado, pero cuando te llamé ya habías salido. Me he pasado la tarde en el Mace & Sceptre... — concluyó, a la defensiva, como si haberse encerrado en el bar por unas horas fuera al mismo tiempo una explicación y una excusa.

Fen, que había estado preparando té para todos ellos junto con un triste individuo de cierta edad —que al final resultó ser su asistente—, regresó a la sala, abrió un cajón de su desordenado escritorio y extrajo de allí una pequeña pistola automática. Durante un instante la conversación se detuvo en seco: en cierta medida, los presagios de aquel acto, en principio intrascendente, se abatieron sobre todos los presentes.

—Siento abandonarles aquí —dijo—, pero tengo una conversación pendiente que no puede esperar. Siéntanse como en casa. Sally, no se mueva de aquí hasta que yo regrese... Recuerde que aún es usted muy peligrosa para esa gente. Señor Hoskins, no le quite los ojos de encima a Sally ni un momento.

—Me temo que resulta prácticamente imposible hacerlo, señor —dijo Hoskins con galantería. Sally lo agasajó con una sonrisa abiertamente picara.

La curiosidad y el deseo de tomar el té estaban entablando una suerte de batalla mortal en el cerebro de Cadogan; la curiosidad salió triunfante.

—Yo también voy —anunció.

—No quiero que vengas —dijo Fen—. Recuerda lo que ocurrió la última vez.

—Pero si me quedo aquí —argumentó Cadogan— la policía me encontrará.

—Ya va siendo hora de que lo haga... —murmuró Fen.

—Además, tengo curiosidad...

—Oh, ¡por mis patas de conejo! —fue el comentario de Fen—. Supongo que no sirve de nada intentar impedírtelo.

—Creo que podría ir primero a la estación, de todos modos, y coger mi bolsa de viaje: yo también tengo una pistola dentro.

—No —dijo bruscamente Fen—. No queremos que andes disparando a diestro y siniestro por las calles de Oxford como si fueras un vaquero del salvaje oeste. Además, piensa en lo que sucedería si te arrestaran con una pistola encima... Bueno, basta de charlas y andando.

Era tal la fuerza de la personalidad de Fen que Cadogan se dejó de charlas y salió zumbando tras él.

* * *

—Menos mal que he conseguido librarme de Spode —le dijo a Fen mientras caminaban en dirección al despacho del señor Rosseter.

—¿Por qué?

—Pretende que me marche a América a dar conferencias sobre poesía moderna inglesa.

—A mí nadie me ha pedido que dé conferencias de nada en América —dijo Fen sombríamente—. Deberías estar contento. Y deberías ir. —Su temperamento era proclive a la volubilidad—. ¿Qué piensas de la chica, de Sally?

—Es realmente preciosa.

—No, maldito viejo libinidoso —dijo Fen lo más amigablemente que pudo—. Me refiero a si crees que está diciendo la verdad.

—Estoy prácticamente seguro de ello. ¿Tú no?

—Diría que sí, pero al mismo tiempo Dios me ha adornado con un carácter bastante desconfiado. Después de todo, este es un asunto muy extravagante, ¿no crees?

—Tan extravagante que nadie en su sano juicio podría habérselo inventado.

—Sí, puede que ahí tengas razón. ¿Sabes qué se me ha ocurrido (un tanto tardíamente, por cierto)? Que el asunto del límite temporal no tiene mucha relevancia

después de todo. Tenían que librarse de la señorita Tardy antes de que ella pudiera empezar a montar un escándalo por sus derechos, eso es todo. Y, por supuesto, era preferible que desapareciera antes de que nadie supiera que estaba en Inglaterra. Me pregunto cuándo llegaría exactamente... Y si se pasó la noche en alguna parte o visitó a alguien antes de venir a Oxford. Yo diría que no... o de lo contrario habría dejado abundantes rastros; en esas circunstancias, librarse de ella habría sido muy arriesgado.

—¿Qué crees que hicieron con el cadáver?

Fen se encogió de hombros.

—Lo quemarían, tal vez... o lo enterrarían en el jardín trasero de alguien. Nos es imposible seguir el rastro del cadáver en estos momentos.

Pasaron junto a la iglesia de St. Michael, que se encuentra casi enfrente de la tienda donde Sally trabajaba, cruzaron el Cornmarket, y se abrieron paso junto al hotel Clarendon hacia el despacho del señor Rosseter. La fiereza del tráfico estaba menguando. Cadogan se sentía extraordinariamente hambriento, y comenzaba a dolerle otra vez la cabeza; también era consciente de que había bebido demasiada cerveza en el Mace & Sceptre.

—Me siento como Gerontius —dijo con aire melancólico, rompiendo un largo silencio.

—¿Gerontius?

—«*Este vaciamiento de todos los elementos constitutivos...*». Mareado, quiero decir^[41].

—No te preocupes. Tomaremos un té en Fullers en cuanto hayamos visto a Rosseter... Ya hemos llegado.

Subieron por aquella escalera polvorienta de madera, forrada con mediocres grabados deportivos y con caricaturas, obra de Du Maurier^[42], que representaban luminarias legales apagadas muchísimo tiempo atrás. El despacho exterior, donde debería estar el pasante dickensiano, se encontraba vacío, así que ambos avanzaron sin tardanza hacia la puerta de cristal esmerilado que conducía al despacho del propio señor Rosseter. Cadogan se percató de que Fen llevaba la mano en el bolsillo que escondía la pistola, y que abrió de un empujón la puerta sin pasar a la estancia inmediatamente. La amplia sala, con su techo bajo, estaba igualmente desocupada, y el gran escritorio que permanecía delante de los ventanales, mirando hacia Cornmarket, se encontraba vacío. Algunos de los pesados volúmenes de jurisprudencia habían sido extraídos de las estanterías, y dejaban al descubierto una pared falsa, con una puerta abierta en ella. Los rayos de sol, que entraban oblicuos por los ventanales, iluminaron una sala completamente vacía y abandonada.

—Debe de haberse escaqueado —dijo Cadogan sin sorpresa.

—Eso mismo pienso yo —dijo Fen. Entró en la sala.

—Arriba las manos, los dos —dijo una voz tras ellos—. De inmediato, por favor, o dispararé.

Cadogan se giró en redondo, y en aquella fracción de segundo vio el martillo de un revólver retrocediendo mientras alguien apretaba el gatillo, y se resignó —sin mucho entusiasmo— a la vida eterna. Pero no se produjo disparo alguno.

—Hacer eso ha sido estúpido, señor Cadogan —dijo Rosseter, con la voz aún temblorosa—. Debería recordar que no puedo correr el más mínimo riesgo.

El arma que sostenía tenía algo raro en el cañón... una especie de tubo perforado con agujeros, como si fuera un colador. La mano que lo sostenía relucía por el sudor, pero estaba perfectamente firme. El señor Rosseter ya no vestía la indumentaria de colores sombríos que constituyen el uniforme de su profesión; bien al contrario, iba vestido con un traje gris claro de raya diplomática. Sus ojos verdes tras las gafas se habían entrecerrado hasta formar apenas dos grietas, como cuando un meticoloso tirador apunta a su objetivo intentando atinar al máximo. Su calva coronilla, ligeramente apepinada en lo más alto, brillaba a causa de la reflexión de la luz, y Cadogan se percató por vez primera de que sus manos abotargadas, y cuidadosamente pulidas en la manicura, estaban cubiertas con un maquillaje rojizo apagado.

—Sabía que acabarían viniendo, tarde o temprano, caballeros —añadió—. Así que les esperé en el piso de arriba. Les alegrará saber que le he dado vacaciones a mi pasante: podemos, pues, hablar sin que nadie nos moleste. Vuelvan a entrar en mi oficina, por favor, y no se planteen siquiera bajar las manos. Estaré lo suficientemente lejos de ustedes como para que valga la pena que intenten nada. —Entró tras ellos, y Cadogan oyó cómo giraba la llave en la cerradura—. Debe permitirme que le alivie del peso de esa pistola, profesor. Déjela en el suelo, hágame el favor... Gracias. Señor Cadogan, me veo obligado a comprobar si usted... —Y recorrió con las manos el traje de Cadogan—. Acepten mis disculpas: —dijo el señor Rosseter sarcásticamente, una vez hubo concluido—. Ahora ya pueden bajar las manos, pero no hagan ningún movimiento brusco, por favor. Como ustedes podrán apreciar, estoy realmente nervioso. Manténganse en ese extremo de la sala, junto a la puerta. —Le dio una patada al arma de Fen, que resbaló bajo la mesa hasta acabar tras ella, y luego se sentó cautelosamente en su silla giratoria. Entonces descansó el cañón del revólver en el borde del escritorio, pero sin relajar la mano; eran dos contra uno, y, por lo que ellos sabían, aquel no era un hombre proclive a confiar en la Providencia—. Como inveterado aficionado al cine que soy —continuó—, soy consciente del peligro de tenerlos demasiado cerca. Desde donde estoy puedo dispararle a uno de ustedes sin que el otro disponga de tiempo siquiera para abalanzarse sobre mí antes de que yo pueda dispararle también. Y puedo asegurarles que tengo buena puntería... El año pasado, por ejemplo, gané el Campeonato Internacional Sueco, en Estocolmo.

—Esos detalles biográficos son increíblemente interesantes —dijo Fen en voz muy baja—, pero no es eso lo que nos ha traído aquí.

—Por supuesto que no —ronroneó el señor Rosseter—. Qué desconsiderado por mi parte. El hecho, caballeros, es que desde que me he enterado del estúpido fracaso —y aquí elevó la voz—, del estúpido fracaso de esos dos hombres, no he tenido un

momento de sosiego. La noticia no me ha sentado bien, caballeros. Nada bien.

—Una lástima —dijo Fen.

—Pero yo sabía que vendrían a verme, así que, por supuesto, tenía que esperar. Se han convertido ustedes en un verdadero engorro. Tendría que haber solucionado este tema con ustedes directamente... Es decir, tendría que haberlos matado, aunque eso no fuera esencial para mi propia seguridad.

—Sinceramente, no veo cómo espera salir de esta.

—Bueno, en fin... En primer lugar, como ve, este revólver dispone de silenciador; en segundo término, tengo la posibilidad de ocultar sus cuerpos hasta que esté en disposición de ponerme fuera del alcance de la ley...

—Tenemos amigos, debería saberlo, que saben dónde estamos. Querrán saber qué ha sido de nosotros si no regresamos.

—Por supuesto que tienen amigos —dijo el señor Rosseter con aire benévolo. Parecía plenamente dispuesto a felicitarlos por ello—. No he pasado eso por alto, en absoluto. Recibirán un mensaje que diga que me han perseguido hasta... ¿Edimburgo, por ejemplo? Cualquier lugar lo suficientemente alejado de aquí como para que ellos no sospechen.

—¿Y usted?

—Dispondré del tiempo necesario para coger el avión nocturno en Croydon. En París cambiaré de identidad, y mañana a mediodía estaré en un barco cuya bandera pertenezca a un país con el que Gran Bretaña no tenga tratado de extradición... Ya ven, todo esto es demasiado pesado, y en absoluto se parece a lo que había planeado originalmente. Ahora no tendré tiempo para liquidar las propiedades de la señorita Snaith.

—¿Mató usted a la señorita Tardy? —preguntó Cadogan.

—Ahí está la injusticia de todo esto. —El señor Rosseter gesticuló ampliamente con la mano izquierda, como evocando los fantasmas de una intolerable persecución—. Yo no lo hice. Desde luego lo tenía completamente decidido, pero alguien se me adelantó.

Fen lo miró fijamente.

—¿Sabe usted quién fue?

El señor Rosseter comenzó a reírse entre dientes... Era la suya una risa sincera de verdadero placer, sin rastro de carcajadas siniestras.

—Pues da la casualidad de que sí... ¡Y se sorprenderán enormemente cuando se lo diga! Todo parecía tan complicado... tan inverosímil. Era casi un misterio, como esos que llaman de «sala cerrada». Exactamente: un «asesinato imposible». Pero yo lo resolví. —Volvió a dejar escapar aquella risilla ahogada—. Y el asesino... que, por supuesto, es uno de los legatarios... me va a pagar mucho por ello. El chantaje... un arte encantador. Mi huida, como comprenderán, será de todo punto irrelevante respecto a la disposición del dinero de la señorita Snaith. Se procederá a la ejecución del testamento de todos modos, y a su debido tiempo los legatarios secundarios

recibirán sus herencias. Uno de ellos, en todo caso, no disfrutará mucho de ella, porque la mayoría de su dinero irá a parar a mis manos en otro país. Y si no es así, un amigo mío, amablemente, llevará un montón de interesantísima información a la policía. —Asintió en dirección a un archivador que estaba apoyado en un lateral del escritorio—. Esa información le será enviada en cuanto yo salga de Oxford.

—¿No se le ha ocurrido pensar —sugirió Fen— que los legatarios secundarios llamarán la atención de la policía cuando usted se vaya?

—Eso ocurrirá, desde luego. —El gesto del señor Rosseter fue condescendiente—. Pero ¿de qué los van a acusar? ¿De haberles matado a ustedes? Yo seré el culpable más evidente. ¿Del asesinato de la señorita Tardy? Pero ¿en qué puede fundamentarse? ¿Únicamente en las pruebas de esa cría, Carstairs? Mi querido señor, la policía no será tan idiota como para emitir siquiera una orden de detención. Yo diría que tuve mucho cuidado al asegurarme de que no existiera ninguna prueba de que la señorita Tardy hubiera regresado a este país. Ella cogió el barco en la costa francesa, en Dieppe, llegó a mediodía de ayer, y vino directamente a Oxford sin parar en ninguna parte y sin ver a nadie. Y, respecto a los revisores, funcionarios de aduanas y gente de esa ralea, aun cuando pudieran acordarse bien de ella (lo cual es sumamente improbable), un abogado inteligente podría liarlos y confundirlos de la manera más sencilla. Y, finalmente, el cadáver a estas horas está en un lugar del que será imposible recuperarlo. No, no... Los legatarios secundarios puede que tengan que sobrellevar algunas incomodidades, pero no tienen nada en absoluto que temer.

Por vez primera, Cadogan se percató claramente de que el señor Rosseter tenía verdaderas intenciones de liquidarlos: ahora que lo había contado todo, ya no había nada que hacer. Cadogan sintió repentinamente que el estómago se le descomponía; cada palabra que decía el señor Rosseter, cada nuevo dato que les ofrecía, era un clavo más que sellaba sus ataúdes. Sin embargo, miró por la ventana a la calle que tan bien conocía, y le pareció que apenas estaba preparado para asimilar su propia e inminente desaparición. Dos lógicas luchaban en su interior: la lógica del «desde luego estoy despierto, y, siendo así, es seguro que va a ocurrir lo que va a ocurrir» y la lógica del «estas cosas, simplemente, *no* pasan». Miró fijamente a Fen. Ya no había en sus gélidos ojos azules ni rastro de aquella habitual y fantástica ingenuidad; pero resultaba imposible decir en qué estaba pensando su compañero.

—Y ahora... —dijo el señor Rosseter—, querrán ustedes saberlo todo... Todo, desde el principio. Aún dispongo de media hora antes de tener que marcharme definitivamente, y ustedes merecen conocer todos los detalles, hasta el último. No necesito volver otra vez sobre las primeras circunstancias. Ya conocen ustedes los sentimientos que albergaba la señorita Snaith respecto a su sobrina, la señorita Tardy. Ya conocen ustedes lo excéntrica que era; y también habrán descubierto ustedes, sin duda, que yo fui nombrado en el testamento su legatario universal. En todo caso, a estas alturas ya se habrán dado cuenta de que, en este sentido, yo actuaba meramente como testafarro. Ahora sabrán la razón de esta disposición: se debe simplemente al

prosaico hecho de que la señorita Snaith cambiaba a sus legatarios universales en su testamento con tanta frecuencia que la obligación de preparar nuevos testamentos constantemente se convirtió en un engorro para todo el mundo. Con la figura de un testaferro ella podía realizar todos esos cambios con mucha más comodidad. Naturalmente, en calidad de su consejero legal, yo deploraba un plan tan poco convencional, pero no hubo nada que hacer al respecto. Y la disposición final fue que yo redactaría un documento que le proporcionara la seguridad de que podía donar lo que quisiera a cualquiera que ella designara como heredero suyo. Se negó a darme sus nombres, pues, como ustedes sabrán, estaba absolutamente aterrorizada ante la posibilidad de una muerte violenta, y sin duda suponía que, si lo hubiera hecho, yo podría buscar a las personas que se hubieran convertido en objeto de sus benéficas intenciones e incitarlos a asesinarla. Semejantes infantilismos apenas son concebibles, claro está, pero esos son los hechos, en todo caso. Tras la muerte de la señora, yo recibí un documento con los nombres de los legatarios, y cuando transcurrieron los seis meses que la señorita Tardy marcó como plazo, me dispuse a publicar el anuncio en el *Oxford Mail*. Entonces los agraciados recogerían sus garantías en el banco, y así conseguirían los documentos que por una parte demostrarían sus derechos mientras que por otra les asegurarían la herencia frente a posibles trucos por mi parte. Debería añadir que la señorita Snaith, que era una entusiasta de la obra de Edward Lear, decidió identificar a sus legatarios universales con nombres tomados de sus pequeños poemas humorísticos. Todos aparecían en el anuncio que ustedes vieron: Ryde, Leeds, West, Mold y Berlín.

Cadogan pensó en *El enterramiento prematuro*: ¿no era el héroe de aquella historia el que oía cómo martilleaban los clavos de su propio ataúd^[43]?

—Yo publiqué el anuncio para la señorita Tardy en la forma exacta que precisaba el testamento —continuó el señor Rosseter. La pistola aún se mantenía firme sobre el borde del escritorio—. Entenderán ustedes que en aquellos momentos no albergaba intenciones criminales; solo pensaba que era una verdadera lástima que aquellas ingentes cantidades de dinero se desperdiciaran en don nadie con quienes la señorita Snaith se imaginaba que estaba en deuda por alguna trivial amabilidad. Y confieso que me molestaba profundamente que la señora hubiera considerado adecuado no dejarme nada *a mí*. Me temo que hay algo en mi pasado profesional, caballeros, que no resistiría una investigación medianamente minuciosa. No lo mencionaría si no fuera por el hecho de que lo que he dicho tiene una importante relación con lo que sigue.

Otro clavo.

—Tres días antes de que se cumpliera el plazo de los seis meses, recibí una carta de la señorita Tardy reclamando formalmente su herencia, y anunciando que había emprendido camino a Inglaterra. La carta estaba sellada en Dinkelsbühl, Alemania. Y alrededor de una hora después de recibir dicha carta, aconteció el hecho que puede considerarse el origen mismo de todo este asunto.

»Vino a verme un hombre... refirámonos de momento a él como Berlín. Había descubierto que yo era el abogado de la señorita Snaith, y había sido el destinatario de una de aquellas garantías que he mencionado; y, sumando dos y dos, había venido a preguntarme si también era yo uno de los beneficiarios del testamento. Por supuesto, yo le dije que no podía revelarle nada. Y entonces fue cuando aquel tipo sacó a relucir ese sucio asunto sobre mi pasado profesional.

»Resultó que aquel tipo había estado en América por las mismas fechas en las que yo vivía allí. Y se había enterado de algunos hechos que tenían que ver conmigo... suficientes, en cualquier caso, para hacer que mi vida profesional se resintiese gravemente si tales hechos llegaban al conocimiento del público. Me vi obligado, caballeros, a decirle todo lo que quería saber sobre el testamento y la señorita Tardy. La idea de que aquella extraordinaria cantidad de dinero se le pudiera escapar de las manos, obviamente, le debió de resultar intolerable. Al principio me exigió que ocultara la cláusula referente a la señorita Tardy, pero yo le dije, naturalmente, que eso que me pedía no solamente era absurdo, sino imposible. Luego sugirió que podríamos convencer a la señorita Tardy para que firmara un documento renunciando al dinero. Al final, las probabilidades de que semejante plan tuviera éxito se revelaron extraordinariamente remotas; cualquier documento de ese tipo que la señorita Tardy pudiera firmar tendrían que presentarlo los legatarios secundarios en los juzgados, y, naturalmente, allí investigarían las circunstancias en que se había producido dicha firma. Pero mientras él hablaba, yo estaba pergeñando mi propio plan, así que preferí no compartir con él esas dificultades. De hecho, simulé estar de acuerdo con todo lo que me proponía.

»Concertamos una cita para continuar hablando del tema más adelante, y él se marchó. Entonces me dispuse a poner en práctica mi propia idea. Telegrafíe a la señorita Tardy, deslizándole en mi mensaje algunos especiosos términos legales a fin de inducirla a venir directamente a mi despacho en cuanto llegara a Inglaterra; y, dos días antes, mediante la publicación de los anuncios, localicé al resto de los legatarios. A su debido tiempo, todos fueron pasándose por mi despacho; todos excepto uno. No necesito entrar en más detalles, salvo para decir que dos de aquellos individuos eran personas de dudosa reputación, y que la avaricia les indujo a convertirse en cómplices de este complot intimidatorio. Ambos me ofrecieron una sustanciosa porción de sus herencias como pago por mis servicios. Uno de ellos se ofreció incluso a proporcionar el escenario de la acción, una tienda de Iffley Road que sería temporalmente *disfrazada* de juguetería, de suerte que la señorita Tardy nunca fuera capaz de localizarla de nuevo cuando saliera de ella. Por lo que a mí concernía, todo aquel asunto no constituía más que una vulgar farsa. Los conspiradores irían enmascarados para evitar que posteriormente se reconocieran unos a otros. Yo me adherí a aquella pantomima sin dejarme de sorprender por la enorme estulticia que lo regía. Durante todo ese tiempo, si había algo que yo tenía claro era que lo único efectivo que podía hacerse con la señorita Tardy era liquidarla.

Cadogan oía el amortiguado rumor del tráfico, en el exterior, y contemplaba los rayos de sol lanzando destellos en las ventanas de un piso abandonado al otro lado de la calle. Un gorrión se posó en el alféizar, se esponjó las plumas, y luego se fue volando otra vez por donde vino.

—Es una lástima que las cosas hayan salido tan rematadamente mal —continuó el señor Rosseter con aire pensativo. En ningún momento había apartado el dedo del gatillo—. Una verdadera lástima. En primer lugar, fue una fatalidad que alguien matara a la mujer antes de que me fuera posible siquiera poner en marcha mi propio plan; en segundo término, que esa nena, Carstairs, regresara a la tienda y nos sorprendiera; y, en tercer lugar, fue mala pata que usted, Cadogan, anduviera husmeando por allí justo esa noche y viera el cadáver. Todas esas circunstancias fueron accidentes imprevisibles. En sí mismo el plan estaba cuidadosamente planeado, créanme. La señorita Tardy había telegrafiado comunicándonos la hora a la que llegaría, y la chica, Carstairs, actuaría, sin sospechar nada, como señuelo. No estaba previsto que me viera cuando llegara a la tienda de juguetes; solo se encontraría con nuestro amigo Berlín, que le daría un nombre falso. De ese modo, si algo salía mal, no me podrían relacionar en absoluto con el asunto. En cuanto a la carta, siempre podría jurar no haberla escrito. No es preciso que les moleste a ustedes con mis explicaciones sobre el tema, excepto para asegurarles que si algo iba mal y la desaparición de la señorita Tardy salía a la luz, entonces las mayores sospechas recaerían sobre los legatarios secundarios, y pocas o incluso ninguna sobre mí. Por supuesto, yo esperaba que todo fuera sobre ruedas y que la señorita Tardy simplemente desapareciera del mapa. Yo la mataría (naturalmente sin permitir que pareciera que yo lo había hecho), y luego les recordaría a todos el lío en el que estaban metidos. No soy un experto en muertes violentas, o en eso que los americanos llaman «montajes». Ellos simplemente estarían encantados (desde el punto de vista económico) de haber tapado el asunto, y todo resultaría perfecto.

»Pero como ustedes saben, el plan acabó yéndose al traste. —El señor Rosseter se levantó y avanzó hasta un lateral del escritorio—. Aunque permítanme que les cuente antes lo que ocurrió en realidad. Y también que les revele los nombres de todas las personas implicadas... Es ridículo continuar con este absurdo infantilismo de los pseudónimos. —Su silueta se recortó como una sombra negra contra la ventana—. En primer lugar tenemos a...

Algo como una especie de estallido se oyó en la calle. El señor Rosseter se detuvo en mitad de la frase. Sus ojos se enturbiaron, como farolas empañadas repentinamente por la lluvia. Entonces su boca se abrió, y de una de las comisuras cayó un hilillo de sangre. Se desplomó hacia delante sobre el escritorio, y desde allí resbaló hasta el suelo. Cadogan se descubrió mirando atónito el redondo agujero que se recortaba limpiamente en el cristal de la ventana.

EL EPISODIO DE LA MÉDIUM MALICIOSA

Está *completamente* muerto —dijo Fen inclinándose sobre Rosseter—. Una bala en la nuca... Debe de haber sido con algún tipo de rifle de precisión, diría yo. Los chantajistas a veces acaban así, qué se le va a hacer. Aunque mejor él que nosotros, en cualquier caso.

Cadogan ni siquiera alcanzaba a sentir alivio ante aquella milagrosa salvación. Interpretó aquello, con razón, como la lógica consecuencia del hecho de que nunca hubiera creído realmente que lo fueran a matar. Pero Fen no le dejó mucho tiempo para que meditase sobre esas cuestiones del destino.

—El disparo entró horizontalmente —dijo—, lo cual significa que debe de haber venido de las ventanas superiores de esa casa de enfrente. En fin, nuestro amigo tendrá que quedarse aquí solito. Vamos para allá. —Recuperó su pistola y sacó la llave del despacho del bolsillo del señor Rosseter.

—¿No deberíamos llamar a la policía?

—Luego, luego, todo a su debido tiempo, no te impacientes —dijo Fen, sacando a empellones a Cadogan de la habitación—. No servirá de nada llamar a la policía si el asesino se nos escapa.

—Pero se nos escapará, por supuesto. —Cadogan tropezó en una de las varillas que sujetaban la alfombra de la escalera y estuvo a punto de darse una buena costalada—. No pensarás que se va a quedar allí esperándonos, ¿no? —Pero la pregunta no obtuvo respuesta.

En Carfax los semáforos mantenían a raya los coches, así que pudieron cruzar Cornmarket sin dilación. Emplearon varios minutos, de todos modos, en buscar la entrada correcta del edificio, y cuando la encontraron, situada en un callejón que discurría por la parte trasera de las tiendas, resultó que la puerta estaba cerrada.

—Como esto pertenezca también a la señorita Winkworth —dijo Fen—, te juro que me mondo de la risa. —Realmente parecía como si fuera a hacerlo.

Un policía que se encontraba en la acera de enfrente estaba observando sus payasadas con cierta curiosidad, pero Fen estaba tan ajeno a este hecho trascendental que había abierto una ventana y ya se disponía a saltar dentro sin que Cadogan pudiera impedirselo. El agente se apresuró a cruzar la calle y se dirigió con indignación a Fen, que ya desaparecía en el interior.

—¡Eh, eh, usted...! —gritó—. ¿Qué se cree que está haciendo?

Tras haber conseguido introducirse en el inmueble, Fen se volvió y asomó la cabeza por la ventana. Habló como un clérigo dirigiéndose a sus fieles desde el púlpito.

—Sepa que un hombre acaba de ser asesinado de un tiro en uno de los pisos de enfrente —contestó—. Le dispararon desde aquí. ¿Es esa una razón suficiente para

usted?

El policía miró atónito a Fen, casi con el mismo asombro con el que Balaam debió de mirar a su burro^[44].

—¿Qué dice usted? ¿Está bromeando? —dijo.

—Por supuesto que no estoy bromeando —dijo Fen implacable—. Vaya y compruébelo usted mismo, si no me cree.

—¡Por Dios Bendito! —exclamó el policía, y se apresuró a regresar cruzando Cornmarket.

—Vaya idiota redomado —comentó Cadogan—. Si por él fuera, nada te impediría desvalijar este edificio...

—Está vacío, tonto —replicó Fen; y desapareció en su interior. Muy poco después se asomaba de nuevo a la ventana.

—Por aquí no hay nadie —dijo—. Pero he visto una puerta de emergencia que conduce a una pequeña plaza ajardinada que hay en la esquina, y la ventana tiene toda la pinta de haber sido forzada. Dios sabe dónde estará el rifle... Da igual. De todos modos no tengo tiempo para buscarlo ahora.

—¿Por qué no?

Fen volvió a encaramarse a la ventana y saltó a la acera. Cayó junto a Cadogan.

—Porque, querido gusano cervecero mío, no quiero perder el tiempo buscando pruebas para ese policía. Tendríamos que ir a la comisaría, ¿no crees? Y eso significaría perder una hora como mínimo.

—Pero, escúchame, ¿no es hora ya de que la policía se ocupe de este asunto?

—Sí —dijo Fen francamente—. Lo es. Y si yo fuera un ciudadano ejemplar eso sería lo que haría. Pero ocurre que no soy un ciudadano ejemplar, y, en cualquier caso, considero que este asunto es cosa nuestra, y no de ellos. En primer lugar, la policía no nos creería cuando les planteáramos el caso; *nosotros* hemos llevado a cabo toda la investigación y *nosotros* hemos corrido todos los riesgos. Considero que tenemos perfecto derecho a continuar y concluir el caso a nuestra manera. De hecho, estoy que me hierve la sangre a cuenta de este asunto. Poseo un espíritu romántico —añadió pensativamente—. Soy un aventurero frustrado: me da que he nacido en la época equivocada.

—¡Qué bobada!

—Bueno, tú mantente al margen si quieres. Vamos, ve. Corre a la comisaría y cuéntaselo todo a la policía. Te meterán en la cárcel de todos modos; no olvides que te buscan por ladrón de latas.

—Parece que obvias que me encuentro fatal por todo este asunto.

—De acuerdo —dijo Fen con fingido desinterés—. Haz lo que quieras. No me importa. Puedo arreglármelas sin ti.

—Es ridículo que adoptes esa actitud...

—Mi querido compañero, te entiendo perfectamente. No digas más. Eres un poeta, después de todo. Era de esperar.

—¿Qué era de esperar? —dijo Cadogan furiosamente.

—Nada. No quería decir nada. Bueno, vámonos antes de que ese policía regrese.

—Por supuesto, si insistes en seguir comportándote como un crío de dos años, me veré obligado a ir contigo.

—¡Ah! ¿Sí? Me atrevería a decir que solo serías un estorbo.

—No lo creo.

—Hasta ahora solo has sido un estorbo.

—¡Oh, eso es absolutamente injusto...! Cuidado, ahí viene ese policía otra vez.

El callejón rodeaba el edificio y su extremo más alejado desembocaba en Market Street, que se unía a Cornmarket más o menos enfrente de la oficina del señor Rosseter. Fue por allí por donde aparecieron Fen y Cadogan, en actitud cautelosa; al policía, de momento, no se le veía por ninguna parte.

—Market Street —dijo Fen lacónicamente. Y, apresurándose a recorrer la calle, torcieron por la primera esquina a la derecha.

El mercado de Oxford es de buen tamaño, y se alza en el ángulo derecho que forman High Street y Cornmarket. Los dos prófugos confiaban en eludir la persecución policial en aquel punto, suponiendo, claro está, que el agente hubiera decidido darlos caza. Aunque, tal y como Fen remarcó, era bastante poco probable que dejara sin vigilancia la escena del crimen... a menos, claro está, que llegara otro agente para montar guardia en el despacho del señor Rosseter. El mercado se dividía en dos pasillos principales, flanqueados ambos por puestos de carne, fruta, flores y verduras. Recorrieron a zancadas uno de ellos, zarandeados de forma inmisericorde por hordas de amas de casa que, como febriles cucarachas, luchaban por agenciarse alguna ganga. El aire olía deliciosamente a productos crudos y, ajeno al sol del exterior, el enorme edificio —similar a un granero— era todo frescura y penumbra.

—Lo único que yo digo —prosiguió Fen— es que esta es nuestra presa. Nuestra y de nadie más. Puede que el objetivo último de esta época de justicia y legalidad sea que uno, literalmente, no tenga ya la necesidad de luchar por su propia vida, pero eso convertiría la existencia de uno en algo demasiado aburrido. En realidad, estamos perfectamente en nuestro derecho a seguir investigando. Hemos sido nosotros quienes hemos descubierto el crimen y quienes estamos persiguiendo al criminal, así que si la policía decide meterse por medio, ese es su problema. —De repente se cansó de aquellas sofisterías—. La verdad es que me importa un pimiento si tengo derecho a hacer esto o no. Vaya, aquí hay un café. Entremos y tomemos el té.

El café era diminuto y muy primitivo, pero al menos estaba limpio. Cadogan se tomó el té con avidez y recuperó el interés por las cosas de este mundo. Entretanto, Fen se había acercado a la barra en busca de un teléfono y estaba hablando con Hoskins, que se encontraba en las dependencias del profesor, en el *college*.

—El señor Spode se marchó ya —le estaba diciendo Hoskins—; fue poco después de que se fueran Cadogan y usted... No sé dónde pensaba ir, pero parecía un tanto incómodo; en un sentido social, me refiero. Sally y el doctor Wilkes aún siguen

aquí.

—Bien. Le alegrará saber que se han cargado a Rosseter delante mismo de nuestras narices. Pero antes de morir nos dijo que él no había matado a la señorita Tardy.

—¡Santo Dios! —Hoskins se mostró manifiestamente conmovido ante aquella información—. ¿Cree usted que decía la verdad?

—Yo diría que sí. Tenía la intención de matarnos a nosotros cuando terminara de contárnoslo todo, así que no tenía muchas razones para mentir. Alguien le disparó con un rifle de precisión desde el edificio de enfrente... Alguien que estaba esper... ¡Oh, por mi pellejo y mis bigotes!

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó Hoskins.

—Físicamente sí, pero la cabeza la tengo hecha un lío. Me acabo de dar cuenta de algo, pero me temo que ya es demasiado tarde para hacer nada. No importa, se lo contaré todo más tarde. Mientras tanto, me preguntaba si le sería a usted posible descubrir la identidad de un sospechoso por mí. Berlín. Es médico, un tipo extraordinariamente delgado. Puede parecer fácil, pero en realidad le resultará complicado.

—Veré lo que puedo hacer. Pero tendré que dejar que Sally se vaya. Dice que debería haber regresado a la tienda hace horas.

—Escúcheme bien: *es vital que Sally se quede en mi despacho y que no salga de allí*. Wilkes la vigilará. Es una lástima que esté tan gordo y que sea tan susceptible en su chochez, pero es un riesgo que tenemos que correr.

—¿Va a venir ya para acá? ¿Dónde puedo localizarle si encuentro a ese hombre?

—Estaré en el Mace & Sceptre a partir de las seis y cuarto. Llámeme allí. —Fen bajó la voz y comenzó a desgranar sus instrucciones.

Cuando regresó a la mesa, Cadogan se había terminado los bollos de mantequilla y se estaba comiendo un pedazo de bizcocho.

—«El episodio del bardo zampón» —dijo Fen mientras se encendía un cigarrillo—. Puedes apalearme si quieres... —prosiguió enojado—. No me fastidies, solo es una manera de hablar. Supongo que la senectud está nublando mi mente.

—¿Qué pasa? —dijo Cadogan con la boca llena.

—No creo que sea necesario que te metas esa cantidad de bizcocho en la boca, todo a la vez... La cuestión es dónde fue nuestro amigo homicida después de que abandonara ese edificio.

—Bueno, ¿y dónde fue?

—Obviamente, a la oficina de Rosseter. ¿No recuerdas que la información que lo comprometía se encontraba en el archivador de Rosseter? No había ninguna necesidad de matarlo, a menos que para el asesino resultara imprescindible recuperar el material comprometedor. Y yo estaba tan infantilmente emocionado con el tiroteo que lo dejé allí...

—Dios... —dijo Cadogan, impresionado—. Podríamos haber aclarado el asunto

entero en ese preciso momento...

—Sí. De todos modos ya es demasiado tarde. El asesino, o la policía, ya tendrán la información en su poder. Otro detalle complementario que me interesa conocer es cómo el asesino pudo ocultar el rifle. Supongo que sería uno pequeño... puede que un 22 milímetros; aunque para transportarlo tendría que haber usado algo de aspecto inocente, como una bolsa de golf o algo así. —Fen suspiró profundamente.

—¿Qué hacemos ahora?

—Creo que toca localizar a la señorita Alice Winkworth.

Una mujer que estaba sentada en la mesa de al lado se levantó y se acercó a ellos.

—Disculpen, pero me ha parecido escuchar que mencionaban ustedes mi nombre —dijo.

Cadogan pegó un salto en la silla, e incluso Fen perdió momentáneamente su ecuanimidad. Aquella intromisión iba más allá de toda lógica; y, sin embargo, bien consideradas las circunstancias, no había ninguna razón de peso por la que la señorita Alice Winkworth no pudiera estar tomándose el té justamente en el mismo momento y en el mismo lugar que ellos. A Fen y a Cadogan, aun así, la coincidencia les resultó extraña; a ella, sin duda, también se lo debió de parecer; pero un observador ajeno no se habría sentido especialmente conmovido por la casualidad.

La señora los miró de arriba abajo con manifiesta desaprobación. Tenía la cara gorda, y la piel amarillenta y picada de viruelas. El labio superior lo tenía adornado con un incipiente bigote negro, y lucía una nariz gordinflona, y unos ojos pequeños y porcinos... Era la cara de una mujer acostumbrada a ejercer una autoridad egoísta. Un rostro enmarcado por un pelo ceniciento, recogido en dos moños por encima de las orejas, y coronado por un sombrero negro al que iban cosidas una constelación de diminutas lentejuelas, rojas y púrpuras. En el dedo anular de su mano derecha llevaba un ostentoso anillo de diamantes, y el conjunto se completaba con un abrigo negro, caro aunque de aspecto ridículo, y una falda oscura.

—¿Estaban ustedes hablando de mí? —repitió.

—Siéntese, por favor —dijo Fen amistosamente—. Hablemos.

—No tengo ninguna intención de sentarme con ustedes —replicó la señorita Winkworth—. Supongo que ustedes serán el señor Cadogan y el señor Fen. He sabido por mis empleados que los han estado incordiando con preguntas sobre mí. Y usted, señor Cadogan, tengo entendido que se tomó la libertad incluso de robar algunas de mis mercancías. Pues bien. Ahora que les he encontrado, iré directamente a la policía y les informaré de que están ustedes aquí.

Fen se incorporó.

—Siéntese —dijo de nuevo, pero su tono ya no era tan amigable.

—¿Cómo se atreve usted a...?

—Como bien sabe, una mujer ha sido asesinada la noche pasada en su local.

Necesitamos alguna información, y puede que usted esté en disposición de dárnosla.

—Qué tontería. Me niego a...

—Fue asesinada en su propiedad, y es más, con su connivencia —añadió Fen de forma implacable—. De hecho, nos consta que se benefició usted de su muerte.

—No puede probar nada...

—Más bien al contrario: puedo probarlo todo. Rosseter ha hablado. Él también está... como usted tal vez sepa... *fiambre*. Se encuentra usted en una situación verdaderamente delicada. Sería mejor que nos contara todo lo que sabe.

—Sepa que hablaré con mi abogado. ¿Cómo se atreve a insultarme de ese modo? ¡Acabarán ustedes dos dando con sus huesos en la cárcel!

—Déjese de bobadas —dijo Fen de repente—. Vaya a la policía, si quiere. Será usted inmediatamente detenida por conspiración para asesinar a una persona.

La duda y el temor se reflejaron en los diminutos y avarientos ojos de la señora.

—En cambio... —añadió Fen—, si nos cuenta todo lo que sabe, es posible que su declaración pueda exonerarla. Digo solamente que es posible. Desconozco cómo se conducirá la ley en este caso. Y ahora, ¡elija usted!

Repentina, pesadamente, la señorita Winkworth se derrumbó en una silla y sacó de su bolso un pañuelo con puntillas, perfumado con lavanda, con el que comenzó a enjugarse el sudor de las manos.

—Yo no la maté... —dijo en voz baja—. Yo no la maté. Nunca pretendimos matarla. —Miró a su alrededor de repente—. Aquí no podemos hablar.

—No veo por qué no —dijo Fen. Efectivamente, el café estaba casi vacío. Una única camarera estaba apoyada contra una columna, junto a la puerta, con el rostro pálido e inexpresivo, y un trapo de cocina en la mano. El propietario manipulaba con torpeza una lustrosa tetera.

—Muy bien —dijo Fen cortante—. Y ahora responda a mis preguntas.

Tuvieron grandes dificultades a la hora de intentar obtener una historia coherente de la señorita Winkworth, pero al final quedaron esbozadas las líneas generales del asunto con la suficiente claridad. Lo primero que hizo fue confirmar el relato del señor Rosseter respecto al plan de intimidación a los legatarios, añadiendo algunos detalles intrascendentes; pero cuando le preguntaron si conocía las identidades de los otros dos individuos implicados, negó rotundamente con la cabeza.

—Iban enmascarados, ¿sabe? —dijo—. Y yo también. Utilizábamos los nombres que nos dio la vieja.

—¿Cuándo se encontró usted por primera vez con la señorita Snaith?

La señorita Winkworth miró a su alrededor, con cierta prevención.

—Verán. Soy médium. Psíquica. Tengo... *poderes*. La anciana me visitó porque quería entrar en contacto con el Más Allá. Tenía un miedo atroz a morir. —Se esbozó un asomo de malicia en sus ojos y en la comisura de sus labios—. Por supuesto, uno no siempre puede entrar en contacto con el Más Allá cuando le apetece, así que en ocasiones tenía que organizar la cosa para que la dama no se sintiera demasiado

defraudada. Conseguimos mensajes muy consoladores... básicamente el tipo de cosas que quería oír.

—Así que la pobre mujer, engatusada por usted, le dejó su dinero por hacerse pasar por un ectoplasma. Continúe. Es usted la propietaria de la tienda de Iffley Road y también de la de Banbury Road, ¿no es así?

—Sí.

—¿Fue usted entonces la responsable de cambiar la apariencia de la tienda?

—Sí. Yo misma cogí los juguetes de Banbury Road y los llevé a Iffley Road en mi coche. No fue muy difícil. Pusimos todas las mercancías en la trastienda del ultramarinos y colocamos los juguetes en su lugar. Las persianas estaban echadas en ambas tiendas, para que ningún curioso se apercibiera del cambio.

—Ya ves tú —le dijo Fen a Cadogan—. No me niegues que no hay algo tremendamente cómico en la idea que tuvieron estos lunáticos criminales de andar acarreando muñecos y verduras de un lado para otro de Oxford en plena madrugada. Estoy de acuerdo con Rosseter: es imposible imaginarse un plan más infantil.

—Pero funcionó, ¿no es cierto? —dijo la mujer con malvada soberbia—. Ni la policía se creyó el cuento de su amigo cuando les fue con la historia de la juguetería.

—Pero no funcionó durante mucho tiempo más. Una juguetería que se está quieta en el mismo sitio es un elemento muy poco sospechoso, ¡pero una tienda de juguetes que se mueve...! ¡Santo Cielo! ¡Eso pide a gritos una investigación! A propósito, ¿cómo se enteró usted de que Cadogan había ido a la policía?

—El señor Rosseter lo descubrió. Me llamó y me lo dijo.

—Entiendo. ¿Quién se ocupó después de llevar todos los juguetes de nuevo a la otra tienda?

—El mismo que se deshizo del cadáver.

—¿Qué fue...?

—Créame. No lo sé —dijo la mujer sorprendentemente—. Lo echamos a suertes.

—¿Qué?

—Lo que le he dicho: lo echamos a suertes. Era un trabajo peligroso, y nadie se ofreció voluntario. Así que lo echamos a suertes.

—Esto está pasando de comedia a farsa —dijo Fen secamente—. Y no hay ni un gramo de sentido común en todo ello. ¿Y quién terminó sacando el palito más corto?

—No lo dijeron. Yo no lo sé. Quienquiera que fuese se ocupó de devolver los juguetes a su sitio también. Dejé mi coche a disposición del responsable, y también las llaves de ambas tiendas. Aparqué el coche en un lugar previamente concertado... justo donde lo he encontrado esta mañana. En cuanto a las llaves, me las devolvieron por correo, con acuse de recibo. Luego me largué. No sé quién estuvo detrás de todo.

—¿Y cuándo sucedió eso?

—Creo que me iría de allí alrededor de las doce y media de la noche.

—Ah —murmuró Fen, que se volvió hacia Cadogan—. Eso significa que tú fuiste

a fisgonear *in media res*, poco después de la una. Debiste de darle un susto de muerte al transportista de cadáveres.

—Más bien fue él quien me lo dio a mí —protestó Cadogan.

Entonces dejaron de hablar porque la camarera se acercó para retirar las tazas y entregarles la cuenta. Cuando se hubo marchado de nuevo, Fen preguntó:

—¿Y quiénes estaban implicados concretamente en este asunto?

—El señor Rosseter y yo, y los dos hombres, claro está: Mold y Berlín.

—¿Qué aspecto tenían?

—Uno de ellos era... bueno, enano; el otro era muy delgado. Este... a este lo llamábamos Berlín... era médico.

—Muy bien. —Fen sacudió la ceniza de su cigarrillo en ün platillo que había habilitado como cenicero—. Ahora cuéntenos exactamente lo que pasó.

La señorita Winkworth se mostró huraña.

—No voy a decirles nada más. No pueden obligarme.

—¿Ah, no? En ese caso, iremos a la policía. Ellos la obligarán.

—Tengo mis derechos...

—¡Un criminal no tiene derechos en una sociedad honrada! —Cadogan nunca había visto a Fen tan iracundo; era un aspecto nuevo y desconocido de su carácter. ¿O se trataba simplemente de una pose circunstancial?—. ¿Se cree usted acaso que después de esa mugrienta conspiración que han urdido para matar a una mujer débil e indefensa, alguien se va a preocupar por sus derechos? Lo mejor que puede hacer es quitarse de en medio... y no nos ponga a prueba.

La señorita Winkworth se llevó el pañuelo a su sebosa nariz y se sonó ruidosamente.

—No teníamos intención de matarla... —dijo.

—Pues uno de ustedes lo hizo.

—¡Yo no fui, se lo juro! —La mujer levantó la voz más de la cuenta, así que el propietario del café les lanzó una mirada.

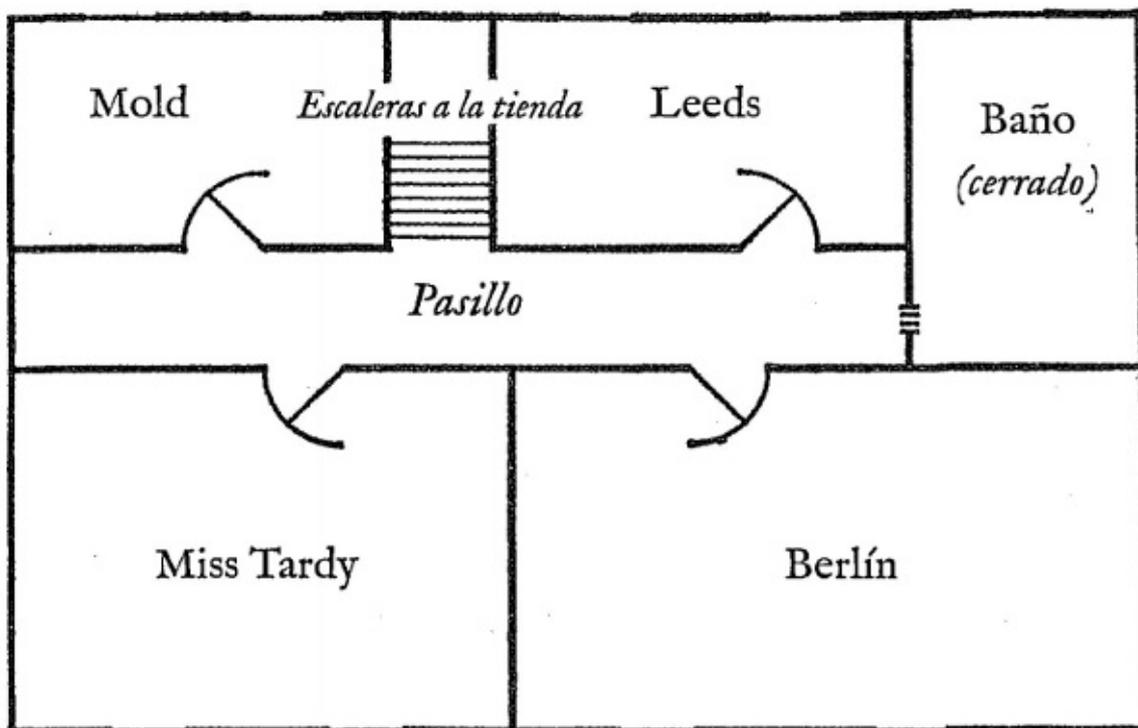
—Eso ya lo decidiré yo —dijo Fen—. Hable más bajito si no quiere que todo el mundo se entere.

—Yo... yo... Ustedes no querrán crearme problemas, ¿verdad? Yo no pretendía hacerle daño a nadie. No íbamos a hacerle daño. —Su voz era un pequeño y envenenado gemido—. Yo... yo... Calculo que serían como las diez y cuarto cuando terminamos de preparar la tienda. Luego todos subimos al piso de arriba. El señor Rosseter, Mold y yo entramos en una de las salas de la parte trasera y nos quedamos allí. Mientras tanto, el hombre llamado Berlín permaneció fuera para encontrarse con la mujer. Llevaba vendajes alrededor de la cara, para que no lo reconocieran si lo veían después. El señor Rosseter era quien lo dirigía todo... Dijo que nos diría qué hacer y cómo hacerlo. Le estábamos pagando para que nos ayudara.

Los recuerdos de Cadogan volvieron de nuevo a aquel lugar pequeño, oscuro y desagradable; el pasillo con el suelo de sintasol, la mesa desvencijada donde dejó su

linterna, los dos dormitorios de la parte trasera, las dos salitas que daban a la fachada; las estrechas escaleras, empinadas y sin alfombrar; el olor a polvo y la arenosa sensación de suciedad en las yemas de los dedos; las ventanas cubiertas con cortinas, el aparador barato y los butacones de piel; el calor pegajoso y el ligero olor a sangre; y luego el rostro hinchado y azul del cadáver en el suelo...

—Entonces la chica trajo a la mujer y se fue... o al menos eso pensamos nosotros. Oímos al hombre llamado Berlín hablando con la mujer durante un momento, y luego volvió junto a nosotros. Entonces el señor Rosseter dijo que necesitaría hablar con la mujer, y que nosotros debíamos esperar. Yo pensé que era extraño, porque él no llevaba máscara, pero no dije nada en aquel momento. Antes de salir nos dijo que sería mejor que nos separáramos y que esperáramos en habitaciones distintas. El hombre llamado Mold preguntó por qué... había bebido y estaba agresivo... Pero el otro le dijo que se callara y que hiciera lo que se le decía; añadió que ya lo había hablado todo con el señor Rosseter y que era esencial para el plan. Yo pensé que el señor Rosseter parecía un poco sorprendido por aquello, pero él asintió. Berlín se fue a la otra habitación de la parte delantera, yo me quedé donde estaba, y Mold se metió en el segundo dormitorio. Luego, tras unos instantes, Berlín vino a donde yo estaba, y un poco después, el señor Rosseter...



—Un momento, un momento... —interrumpió Fen—. ¿Dónde estuvo Rosseter todo ese tiempo?

—Estuvo con la mujer. Yo lo vi entrar en el salón.

—¿Estaba viva la mujer cuando Rosseter salió?

—Sí. Oí su voz, diciéndole algo mientras él cerraba la puerta.

—¿Entró alguien más en el salón mientras él estuvo allí?

—No. Yo tenía la puerta abierta y pude verlo.

—Y cuando él salió, ¿fue directamente a la habitación en la que estaba usted?

—Exactamente. Nos dijo a Berlín y a mí que iba a resultar bastante difícil amedrentarla. Él y Berlín discutieron un poco sobre no sé qué, y yo les dije que si no cerraban la puerta, la mujer les oiría. Así que la cerraron.

—Entonces debió de ser Sharman quien la mató... —interrumpió Cadogan.

—Aguarda un momento... —dijo Fen—. ¿Sobre qué estaban discutiendo?

—Era sobre algún asunto legal, sobre los testigos, sobre algo así. No lo entendí bien. Entonces, como unos cinco minutos después, el otro hombre (Mold) entró y dijo que pensaba que había alguien merodeando por la tienda, y que sería mejor que nos quedáramos callados durante un rato, y eso hicimos. Yo pregunté si la mujer no se acabaría marchando mientras tanto, pero el señor Rosseter susurró que todo iba bien, porque la mujer no tenía ningún miedo y que él le había dicho que necesitaba preparar unos documentos y que eso le llevaría algún tiempo. En fin, que nos quedamos allí callados durante bastante rato, y recuerdo que al final oí que daban las doce menos cuarto en algún reloj lejano. Al final, el señor Rosseter y Berlín comenzaron a discutir otra vez, y dijeron que todo era una falsa alarma, y el señor Rosseter le entregó al hombre llamado Mold una pistola y un documento legal y le dijo que fuera y que lo hiciera de una vez.

—Solo un segundo... ¿Todos ustedes estuvieron juntos en aquella sala hasta que Mold entró y les dijo que había alguien merodeando por allí?

—Sí.

—¿Y nadie salió en ese rato, ni una sola vez?

—No.

—¿Cuánto tiempo diría usted que estuvieron esperando allí?

—Alrededor de unos veinte minutos.

—Muy bien. Continúe.

—Ese hombre, Mold, parecía ser el único decidido a hacer el trabajo. Dijo que nos llamaría cuando nos necesitara, y luego se marchó. Pero un minuto después o así regresó, y dijo que no había luz en la habitación donde estaba la mujer. Alguien se había llevado la bombilla. Él creía que la mujer se había ido, y estuvo tanteando en busca de una vela que había visto por allí... Y entonces fue cuando se tropezó con ella; estaba tirada en el suelo. Regresó luego a la sala con una linterna y vio que la mujer estaba muerta, con la cara toda hinchada y una cuerda alrededor del cuello. El hombre llamado Berlín dijo que él era médico, y se inclinó a echarle un vistazo. El señor Rosseter parecía aterrorizado, estaba palidísimo. Dijo que alguien de fuera debía de haberlo hecho, y que sería mejor mirar qué pasaba abajo, en la tienda. Y justo cuando estábamos bajando para asegurarnos, vimos que subía una chica. El señor Rosseter le enseñó el cadáver, y le dijo algo que la aterrorizó, y luego la echó

con cajas destempladas de allí. A nosotros no nos gustó aquello, más que nada por si nos delataba, pero Rosseter dijo que íbamos enmascarados, así que la chica no nos podría reconocer ni aunque quisiera, y que por su propio bien se mantendría calladita. Berlín dejó el cadáver y nos miró de un modo extraño; luego nos dijo de repente: «Ninguno de nosotros lo hizo». El señor Rosseter dijo: «No sea idiota. ¿Quién más podría haberlo hecho? Todos ustedes serán sospechosos si se descubre el pastel». Entonces Mold dijo: «Tenemos que mantenerlo en secreto», y yo me mostré de acuerdo. Fue entonces cuando decidieron echar a suertes quién se encargaría de hacer desaparecer el cadáver.

De repente la mujer se calló. El recital, desde el punto de vista físico, había supuesto para ella todo un esfuerzo, pero Cadogan no vio en la mujer ningún signo que delatase una postura moral sobre todo aquello que nos había relatado. Hablaba del asesinato como podría haber estado hablando del tiempo... Demasiado ajena, endurecida y obtusa como para apreciar las consecuencias tanto de aquel acto decisivo e irrevocable en sus efectos, como de su propia situación.

—Bien. Ya estamos llegando al meollo de la cuestión —dijo Fen con gesto esperanzado—. He aquí los personajes: Mold (esto es, nuestro señor Sharman), Berlín (el médico no identificado), Leeds (esta señora que tenemos delante), Ryde (Sally) y West... me pregunto de dónde salió este West. ¿Llegaría a reclamar su herencia? Rosseter no dijo nada de él. La impresión que uno tiene es que hubo una buena dosis de torpeza y muchos errores en todo el asunto... excepto por un detalle, por supuesto. Dios sabe qué tontería les dijo Rosseter a Sharman y al médico, o en qué consistía su maravilloso plan; de todos modos eso no tiene ninguna importancia ahora. Supongo que no importa realmente, tampoco, de qué modo se propuso Rosseter ocultar su asesinato y cómo planeó el montaje; también eso fue un desastre. La clave no es quién *quería* matar a la mujer, sino quién *lo hizo* en realidad. Confieso que me interesaría descubrir qué quería decir el doctor cuando afirmó que nadie de los presentes podía haberlo hecho... Eso parece tener alguna conexión con las palabras de Rosseter cuando afirmó que aquel era un crimen imposible. —Se giró de nuevo hacia la mujer, que estaba aspirando por la nariz de un pequeño frasquito amarillo de sales volátiles; Cadogan se percató de que sus uñas tenían un cerco de suciedad—. ¿Podría haber sido factible que alguien se ocultara en el piso o en la tienda antes de que usted llegara?

—No. Estaba cerrada y, en cualquier caso, lo revisamos todo a conciencia.

—¿Pudo ocurrir que alguien entrara por la ventana de la sala donde se encontraba la señorita Tardy?

—No, estaba clavada. Todas las ventanas lo están. Hace un año que no utilizo esa vivienda.

—Eso descarta a West, entonces —dijo Fen—. Si alguien hubiera accedido por la tienda, Sally nos lo habría dicho, y no hay otro camino para llegar al piso más que la escalera de la tienda, ¿no es así?

—Así es.

—¿No hay una escalera de incendios, por ejemplo?

—No. Lo que yo creo... —dijo la mujer inopinadamente— es que fue la chica quien lo hizo.

—Por lo que tenemos hasta ahora, es una posibilidad... —admitió Fen—. Salvo que... —añadió dirigiéndose a Cadogan— salvo que no creo que hubiera estado tan dispuesta a contarnos todas las cosas que nos contó si hubiera sido ella la responsable. Un farol semejante habría precisado unos nervios de acero, y de todos modos no tenía ninguna necesidad de contarnos nada en absoluto. Ya veremos. —Consultó su reloj—. Las cinco y veinte: tenemos que irnos. Quiero asegurarme de que Sally esté bien, y luego iremos al Mace & Sceptre para esperar un mensaje del señor Hoskins. Tendremos que regresar por caminos no habituales; si ese agente hace bien su trabajo, a estas horas tendremos a medio cuerpo de la policía de Oxford pisándonos los talones.

Se incorporó.

—Escuchen —dijo la mujer apresuradamente—. Mantendrán mi nombre alejado de todo esto, ¿no? ¿No?

—¡Cielo santo, no lo haremos! —dijo Fen, que parecía haber recuperado su habitual jovialidad—. Sus pruebas son demasiado trascendentales. Aunque no creo que usted llegara a pensar en serio que yo pudiera encubrirla, ¿verdad?

—Desgraciado... —dijo—. Maldito desgraciado.

—Esa lengua —dijo Fen con aire benevolente—. Esa lengua. Y no intente irse de Oxford, por cierto; lo único que conseguiría sería que la cogieran. Buenas tardes.

—Escúchenme...

—He dicho que buenas tardes.

EL EPISODIO DEL SEMINARIO INTERRUMPIDO

Los rayos del sol ya no iluminaban directamente la sala, situada en el New College; el calor hacía ya un rato que había remitido y por fin se estaba bien. El martirio de Uccello que colgaba sobre la chimenea se hallaba casi en penumbra. Las primeras ediciones estaban colocadas en estricto orden pero sin ostentación sobre las estanterías, las butacas eran mullidas y cómodas, cada una con su inmenso cenicero de latón al lado, y sobre el aparador de caoba centelleaban varios decantadores y vasos. El propietario de la sala, Adrian Barnaby, se reclinó en su butaca cómodamente. En su mano sujetaba un vaso de madeira, y en esos momentos estaba dando buena cuenta de una porción de pastel helado mientras escuchaba con disgusto la conversación de los otros estudiantes que habían tomado por asalto su salón. Estas fiestas a base de té y madeira, estilo Restauración, pensó, estarían muy bien si no acudiera gente que venía mal lavada y mal vestida después de tirarse la tarde haciendo deporte en el río; y, además, ahora que lo pensaba bien, había un buen número de individuos a los que, estaba seguro, no había invitado. Es más, para ser precisos, era la primera vez que veía a alguno de ellos en su vida. Una leve punzada de indignación le sacudió las entrañas. Sus ojos se clavaron en un joven melencólico que estaba cerca, zampano bollos de mantequilla. El señor Barnaby se giró hacia él con el aire de quien está a punto de compartir una confidencia, y le dijo:

—¿Se puede saber quién eres?

—Oh, ¿qué? Ah, ya... —dijo el joven—. He venido con Conejo, ya sabes. Dijo que no te importaría.

—¿Conejo? —Barnaby no tenía ni idea de quién era Conejo.

—Sí. Mira. El tipo que está allí, el del pelo desgreñado.

—Ah... —dijo Barnaby, que fue incapaz de recordar a Conejo de nada.

—En fin, supongo que todo va bien, ¿no es así? —dijo el joven melencólico—. Ya sabes, somos los del equipo de remo.

—Claro, claro... —contestó el señor Barnaby—. Bienvenidos, desde luego.

—Es delicioso el jerez este. —El joven señaló su vaso de madeira. Barnaby le sonrió beatíficamente, mientras el hirsuto remero se alejaba.

Otro joven, casi tan elegante como el propio Barnaby, se aproximó a su anfitrión.

—Adrian —le dijo—. ¿Quiénes son todas estas *gentes espantosas*? ¡No hacen más que hablar de remar!

—Mi querido Charles, soy consciente: son bultos. Como *frenólogo*... Tendré que cerrar la puerta con llave, o pronto tendremos a toda esa tribu de remeros viviendo aquí. ¡Mira! —Barnaby dejó escapar un chillido, levantándose súbitamente—. Aquí viene otro.

Pero un instante después volvió a deshacerse en sonrisas, puesto que el recién

llegado era, en efecto, Hoskins, del que jamás se había sabido que se hubiera permitido el lujo de practicar deporte alguno, salvo el más antiguo de todos. Venía abriéndose camino a codazos con su envarada figura, entre disculpas, por entre los grupos de jóvenes que charlaban. Se plantó delante de Barnaby, con una sonrisa de circunstancias adornando su melancólico rostro.

—Mi querido Anthony, ¡qué estupendo volver a verte...! —dijo Barnaby con placer—. Siento tener aquí a todos estos deportistas, pero simplemente... se han invitado ellos mismos. ¿Qué quieres tomar?

—¿Qué es eso que está bebiendo Charles?

—Oh, éter con leche, o algún espantoso invento químico comparable. Pero ya conoces a Charles. El pobrecito no se ha dado cuenta de que la decadencia romántica ya hace años que concluyó. Todavía escribe versos sobre las *affreuses juives* y todo eso^[45]. ¿Le harías ascos a un madeira?

Cuando llegó su bebida, Hoskins dijo:

—Adrian, ¿tú sabes algo de los médicos de por aquí?

—Cielo santo, no... No estarás enfermo, ¿no, Anthony?

—No, estoy perfectamente bien. Solo estoy intentando identificar a un individuo. Para Fen.

—¿Para Fen...? Ya. Me da que alguien ha cometido otro *crimen imposible*. —Barnaby pronunció aquellas palabras con lenta delectación—. Yo, cuando me encuentro mal, voy al médico que tengo en Londres. Ahora bien, me pregunto si... ¡Claro, iremos a Gower!

—¿Gower?

—Sí, un galés mortalmente hipocondríaco, mi querido Anthony. Del Jesus Christ. Pero no vive allí, sino en Holywell, a un paso de aquí. Ha visitado a todos los doctores de los alrededores. Podríamos ir a verlo ahora si quieres. Te aseguro que estaría en deuda eterna contigo si pudiera huir de esta maldita fiesta.

—Sería muy amable por tu parte.

—Bobadas. Estoy comportándome de un modo *interesado* y egoísta. Vámonos, ya. Acábate el madeira primero.

Consiguieron abrirse paso hasta la salida, con Barnaby presentando innecesarias disculpas y excusas mientras avanzaban. La puerta trasera del *college* los condujo directamente a Holywell, y, tras una cortísima caminata, durante la cual Barnaby parloteó y parloteó sin cesar, llegaron a las dependencias de Gower. El dormitorio en el que Gower se encontraba postrado ofrecía todos los signos de hipocondría posibles en un grado difícilmente concebible desde los mismísimos días del enfermo imaginario de Moliere. La estancia estaba atestada de frascos, tarros de muestras, botes de píldoras y grageas, y pulverizadores para la garganta; las ventanas, herméticamente cerradas, hacían que la atmósfera del lugar resultara irrespirable. Las cortinas estaban corridas a fin de que solo pasara el mínimo imprescindible de luz. De todos modos, pudieron observar que Gower tenía una apariencia casi anormalmente

saludable.

—Ya veis, aquí estoy, mortalmente enfermo —apuntó Gower en cuanto entraron en la habitación—. Lo que menos necesito ahora son visitas. Estoy intentando curarme de unas fiebres.

—Mi querido amigo, ciertamente parece que estás en las últimas... —dijo Barnaby. Una tétrica expresión de placer se reflejó en el rostro de Gower—. Estoy seguro de que te puedes pasar al *Más Allá* en cualquier momento. Este es Hoskins, lo he traído para que te vea.

—Dada la situación en la que te encuentras, supongo que no deberíamos molestarte —dijo Hoskins con gesto fúnebre. Gower alzó una mano lánguida que apoyaba sobre la colcha, y la alargó para saludarlo.

—Mi querido Teithryn, te traía un poco de fruta... —dijo Barnaby, cuya capacidad para la improvisación era muy notable—, pero en un momento de distracción... *me la comí*.

—Tengo prohibida la fruta, ya lo sabes —dijo Gower—. Pero te agradezco la intención. ¿En qué os puede ayudar este pobre enfermo postrado en su lecho de dolor, eh?

—¿Conoces por un casual a un médico de Oxford que es exageradamente delgado? —preguntó Hoskins.

—Ah, médicos, ¿eh? No son más que unos charlatanes; todos, mira lo que te digo. Los conozco muy bien. Sus facturas son más abultadas que sus éxitos, eso te lo aseguro. No me hago ilusiones con los médicos. El hombre del que hablas, por cierto, es uno de los peores... Todo lo soluciona con purgas. No te lo recomiendo en absoluto.

—¿Cómo se llama?

—Su nombre es Havering... Doctor Havering, cardiólogo. Pero no vayas a verlo, te lo ruego. No es bueno. Me estoy sometiendo a un terrible esfuerzo al hablar, ya ves.

—Claro, claro... —dijo Hoskins amablemente—. Te dejaremos tranquilo. ¿Havering, dices?

—Pobre, pobrecito... —dijo Barnaby—. Deberías intentar dormir. Le diré a tu casera que *nadie* te moleste.

—Por favor, vuelve a poner las cuñas en la puerta cuando os vayáis —dijo Gower—. Cuando traquetea con el viento, el ruido me perfora la cabeza. —Y se dio media vuelta en la cama para indicar que la conversación había concluido. Hoskins y Barnaby se marcharon.

—Pobre Gower —dijo el último cuando volvieron a la calle—. Parece más sano y fuerte que cualquiera de nosotros, con todas esas espantosas pociones y filtros. Pero tú ya tienes lo que querías, ¿no es así, Anthony?

—Sí —dijo Hoskins, un tanto dubitativo—. Creo que lo mejor sería que fuera a ver a ese Havering. Pero quiero que venga alguien conmigo. Puede ponerse fea la

cosa.

—Ay, Dios mío, qué horror... —contestó Barnaby tal y como se esperaba, aunque sin dar excesivas muestras de espanto—. Eres un valiente, Anthony. Déjame ir contigo.

—De acuerdo. Y podríamos llevarnos a algunos de esa banda que guardas en tu habitación.

—Oh, ¿es necesario? —Barnaby pareció disgustado—. En fin, supongo que la *fuerza bruta* es lo que se precisa en estos asuntos. Buscaremos la dirección de ese hombre en un listín telefónico, y luego iremos a procurarnos unos cuantos salvajes. Solo tenemos que convencerlos de que asistiremos a alguna clase de juerga estudiantil. Dios mío, qué divertido. Conozco a algunos tipos absolutamente *formidables*.

Por una vez resultó que Barnaby no exageraba: conocía a algunos ejemplares formidables. Consiguieron reunirlos mediante un método peculiar en Oxford: vagas promesas de acción violenta acompañadas de promesas algo más concretas de bebida en barra libre. Barnaby resultó ser también un excelente promotor de fiestas —«como un oficial de reclutamiento, mi querido Anthony, demasiado Farquhar^[46]—», capaz de proporcionar todos los detalles sórdidos e inverosímiles inherentes al asunto, inventándoselos a toda velocidad. Cuando consiguió reunir alrededor de una docena o así de jóvenes interesados y totalmente borrachos, Hoskins se dirigió a ellos en términos generales con confusas alusiones a un asesinato y a una joven en peligro, y entonces todos ellos lanzaron hurras al viento. Averiguaron que el doctor Havering vivía cerca del Radcliffe Infirmary, en la carretera de Woodstock, y, bastante animados por el madeira del señor Barnaby, allá que se fueron en desbandada. Mientras tanto, ajeno a la crisis que se le estaba aproximando, el doctor Havering permanecía a solas en su consulta, mirando por la ventana.

Fen y Cadogan regresaron a St. Christopher sin demoras ni obstáculos. Parecía bastante probable que la persecución a Cadogan se hubiera abandonado temporalmente, y también era posible que el agente a quien habían avisado del asesinato del señor Rosseter no hubiera conseguido identificarlos todavía. En cualquier caso, el portero, cuando llegaron al *college*, no hizo ningún ademán de darles ulteriores noticias policiales.

—A estas alturas, Wilkes y Sally probablemente estén jugando ya al *strip rummy* —dijo Fen cuando subían las escaleras hacia su habitación; y luego, más en serio—: Espero que estén bien.

Lo estaban, aunque Sally mostró una marcada tendencia a fruncir el ceño debido a su absentismo laboral de aquella tarde. Wilkes, entre tanto, había encontrado el *whisky* de Fen, y estaba medio dormido en un rincón; se despertó, en cualquier caso, a causa del violento timbrazo del teléfono. Fen contestó. Se escuchó la voz del jefe de

policía, tronando de indignación.

—Así que estás ahí... —dijo—. ¿Qué demonios te crees que estás haciendo? Por lo que he podido averiguar, tú y ese tarado de Cadogan habéis sido testigos de un asesinato y luego os habéis largado.

—Ja, ja... —dijo Fen sin ninguna gracia—. Deberías haberme prestado atención al principio.

—¿Sabes quién lo hizo?

—No. Estaría averiguándolo ahora si no estuvieras haciéndome perder el tiempo con estas estúpidas llamadas tuyas de teléfono. ¿Había una carpeta junto al cadáver?

—¿Para qué lo quieres saber? No, no había nada.

—Me imaginaba que no habría nada —dijo Fen tranquilamente—. ¿Habéis difundido ya la noticia del asesinato de Rosseter?

—No.

—¿Seguro?

—Por supuesto que estoy seguro. No lo dirán hasta mañana. Nadie, salvo tú, ese maníaco de Cadogan y la policía, sabe ni una palabra de todo esto. Y ahora, préstame atención. Voy a ir a la ciudad, y quiero verte. Quédate donde estás, ¿me has oído? Debería encerrarte... y a tu amigo también. Ya estoy harto. No me extrañaría que hubieras sido tú quien asesinó a ese abogado.

—He estado pensando en eso que decías sobre *Medida por medida*...

—¡Bah! —dijo el jefe de policía, y colgó.

—«*Fuego en las poleas...*» —cantó Fen alegremente mientras volvía a colocar el auricular en su sitio—. «*Fuego ahí abajo. Así que traed un cubo de agua, muchachos, hay juego...*». A propósito, Sally, supongo que no entró nadie en la tienda de juguetes mientras tú estabas escondida, ¿no?

—Caracoles, no.

—¿Estás absolutamente segura?

—Absolutamente. Me habría muerto del susto si hubiera entrado alguien.

—Bueno, dinos qué está pasando —dijo Wilkes malhumorado—. No irás a guardártelo para ti solo, ¿eh, *detective*?

—El señor Rosseter —dijo Fen, observando a Wilkes con una mirada igualmente malhumorada— ha recibido una merecida recompensa por sus actos. Sabemos alguna cosa más de lo que ocurrió en la juguetería, pero aún no lo suficiente como para saber quién mató a la señorita Tardy. Rosseter tenía intención de decírnoslo, pero desgraciadamente no le dio tiempo. Los otros habían pergeñado un plan para intimidarla y para que firmara una renuncia al dinero. También hemos encontrado a la propietaria de la juguetería... el ser más desagradable que uno pueda imaginarse.

—Hoskins se ha ido a buscar al médico —dijo Sally.

—Bien. ¿Y por qué se fue Spode?

—No lo sé. Creo que tenía una cita o algo así. Simplemente engulló una taza de té y se esfumó.

—¿No ha pasado nada más? ¿Ninguna visita, ninguna llamada de teléfono?

—Un estudiante dejó un trabajo para usted. He estado leyéndolo. Se titula... — Sally frunció su atractiva frente— «La influencia de *Sir Gawain* en el *Empedocles en el Etna* de Arnold».

—¡Por todos los santos del cielo! —gruñó Fen—. Sin duda ese debe de ser Larkin: es el buscador de correspondencias absurdas más infatigable que el mundo haya conocido. En fin, no podemos permitirnos el lujo de preocuparnos de eso ahora. Tengo un seminario sobre *Hamlet* a las seis menos cuarto, y ya casi es la hora. Tendré que cancelarlo, si es que la policía no da antes conmigo. Esperad un minuto... — chasqueó los dedos—. Tengo una idea.

—Dios se apiade de nosotros —dijo Wilkes con un gesto de contrito sentimiento.

—*Lily Christine* aún está ahí fuera, ¿no es así? —le preguntó Fen a Cadogan, que asintió desconcertado—. Bueno —dijo—. Ahora creo que nos iremos todos a ese seminario. Todos menos usted, Wilkes, claro está —añadió apresuradamente.

—Yo voy también —dijo Wilkes con determinación.

—¿Por qué es usted tan pesado? —dijo Fen con gesto irritado—. Es imposible librarse de usted.

—Déjele venir, profesor Fen —le rogó Sally—. ¡Ha sido tan encantador!

—Encantador... —dijo Fen con toda intención, pero, comprendiendo que no tenía otra opción, aceptó con un gesto de resignación. Cogió su sombrero y una gabardina de un armario, y todos ellos salieron en tropel, con Cadogan preguntándose qué demonios pretendería hacer Fen. Pronto lo supo.

El salón de conferencias en el que se iba a celebrar el seminario de Fen era minúsculo. Que habitualmente lo utilizaban los de la facultad de Clásicas se advertía por una reproducción fotográfica en sepia de un Hermes de Praxiteles en un lado y, en el otro, un cuadro similar de una Afrodita Kallipygos. En los momentos de más tedio, los estudiantes masculinos solían detenerse a admirarla melancólicamente. Una edición increíblemente ruinosa del Liddell y Scott^[47] yacía sobre la mesa situada en una tarima ligeramente elevada, que ocupaba la cabecera de la sala. En los bancos de madera se encontraban sentados unos veinte estudiantes; las chicas, togadas, parloteaban febrilmente, y los chicos, sin toga, se miraban distraídamente los unos a los otros. Los manuales y los cuadernos estaban desperdigados por los pupitres.

Cuando entró Fen, seguido de los otros, hubo un murmullo expectante. Fen se subió al estrado y observó a la concurrencia durante unos instantes antes de hablar. Luego dijo:

—Es mi enojoso deber esta tarde conversar con vosotros sobre el *Hamlet*, del famoso dramaturgo inglés William Shakespeare. Quizá mejor tendría que decir que ese *debería ser* mi enojoso deber, puesto que, tal y como están las cosas, no tengo ninguna intención de dar ninguna charla. Sin duda recordarán ustedes que el principal personaje de esta obra hace una observación en un momento dado sobre el hecho de que los matices primeros de una decisión con mucha frecuencia palidecen, cuando se

meditan bien, a la clara luz del pensamiento, y, es más, las grandes empresas trascendentales se tuercen del mismo modo y pierden su trascendencia y no se llevan a cabo^[48]. Más brevemente, aunque con menos precisión (y recuerden, por favor, que la poesía no es nada si no es precisa), eso significa: «Corta el rollo y vayamos al grano». Y eso, precisamente, es lo que me propongo hacer ahora, con la ayuda de estos dos caballeros aquí presentes.

«La poesía no es nada si no es precisa», escribieron las estudiantes en sus cuadernos.

—Damas y caballeros —continuó Fen con aire solemne—. En estos momentos me persigue la policía. —Todo el mundo pareció despertar de su letargo de repente—. No por ningún crimen que haya cometido, pierdan cuidado, sino simplemente porque, en su inocencia, no saben que ando tras las huellas del individuo que ha perpetrado un asesinato brutal y a sangre fría.

En este punto hubo una tentativa de aplauso desde los últimos bancos. Fen esbozó una leve reverencia.

—Gracias —prosiguió—. Así que quizá lo primero que debería hacer sería presentarles a estas personas de aquí. —Miró en derredor con disgusto—. Esta cosa mustia de aquí es el señor Richard Cadogan, eminente poeta.

Fuerte ovación, embarazosa.

—Este es el doctor Wilkes, quien fue hallado en estado incorrupto cuando se estaban excavando los cimientos de la Nueva Bodleian.

Más aplausos, incluso más fuertes.

(«La Nueva Bodleian», murmuró Wilkes con benevolencia, «un edificio espantoso»).

—Y esta atractiva joven de aquí se llama Sally.

Aplausos fervorosos por parte de los estudiantes varones, y algunos gritos exigiendo su número de teléfono. Sally sonrió, aunque tímidamente.

—Son mis compañeros —continuó Fen sentenciosamente—. Casi podría decir... *mis aliados*.

—Acaba con esto de una vez —soltó Wilkes de repente—. No podemos tirarnos aquí toda la noche perdiendo el tiempo mientras lanzas tus peroratas. ¿Qué vas a hacer?

—¡Cállese, Wilkes! —dijo Fen con irritación—. Ya acabo... ¡Señor Scott! —llamó a un joven alto y larguirucho que estaba sentado al fondo de la sala.

—¿Sí, señor? —dijo Scott, levantándose.

—Señor Scott, ¿está usted dispuesto a correr el riesgo de quedarse sin cenar con tal de impresionarme?

—Desde luego, señor.

—Se le exigirá una gran capacidad de inventiva, señor Scott.

—Hoy tengo la inventiva desatada, señor.

—Muy bien... admirable. Si confía en mí, tendrá que parecerse a mí intentando

disfrazarse de mí. —Fen sacó un par de gafas de sol de su bolsillo—. Tendrá usted que ponerse esto... y también mi sombrero y mi chaqueta...

Scott lo hizo. Llevó a cabo varios ensayos, caminó arriba y abajo por toda la sala de conferencias, y todo el mundo pareció contento con el resultado. A cierta distancia, el parecido resultaba hasta engañoso. Fen asintió dando su aprobación.

—Ahora necesitamos a alguien que encarne al señor Cadogan —anunció—. Señor Beavis, usted tiene aproximadamente la misma altura que él. Pero debería agenciarse un sombrero y una chaqueta y unas gafas oscuras también. —Lo pensó un instante—. Sally, querida, ¿te importaría subir a mi habitación? Encontrarás un sombrero y una chaqueta en mi armario... cualquiera servirá... y hay unas gafas de sol en el cajón de arriba de mi escritorio, a mano derecha. Me pregunto si una barba falsa... No, tal vez no.

Sally se fue corriendo.

—Y ahora, caballeros, lo que quiero que hagan es lo siguiente: en pocos minutos la policía entrará aquí. Nos buscarán a mí y al señor Cadogan. ¿Conocen ustedes mi coche?

—Quién no, señor.

—Entiendo perfectamente lo que quieren decir. Está aparcado junto a la puerta principal... No está cerrado con llave ni nada. Cuando la policía llegue, quiero que ustedes se monten en el coche y salgan pitando tan deprisa como puedan. Es vital que lo hagan en el momento justo para inducir a las fuerzas del orden a que les sigan y, al mismo tiempo, que consigan sacarles suficiente ventaja como para que nunca los atrapen.

—¿Quiere que actuemos de señuelo, señor? —preguntó Scott.

—Eso es. Y que los tengan danzando por todo el condado de Oxfordshire durante el máximo tiempo posible. Dejaré eso a su libre albedrío. El depósito está lleno, y *Lily Christine* corre muy rápido. Obviamente, no deben atraparles a ustedes. Si no, se darán cuenta de que no son nosotros y se descubrirá todo el pastel.

—No creo que esto vaya a funcionar... —apuntó Beavis con alguna aprensión.

—Funcionará, créame —respondió Fen con confianza—. Nadie *espera* este tipo de trucos por nuestra parte. Esas cosas solo pasan en los libros. Debería añadir que yo pagaré las multas por saltarse los límites de velocidad y les sacaré de cualquier otro embrollo en que se puedan meter. Antes de que acabe la noche espero haberlo resuelto todo, pero entre tanto necesito tener a la policía apartada de mi camino. Bien, ¿qué me dicen?

Scott y Beavis se miraron el uno al otro. Luego, ambos asintieron. Sally regresó con un sombrero, una chaqueta y las gafas, y ayudó al señor Beavis a ponérselo todo.

—No se parece a mí —dijo Cadogan.

—Es igualito que tú, ya lo creo —dijo Fen—. Ese mismo modo de arrastrar los pies, el mismo modo de andar... Gracias a todos por su atención, damas y caballeros. El seminario ya ha concluido. El próximo día —añadió, recordando repentinamente

sus obligaciones— volveremos al *Hamlet* y lo estudiaremos en relación con las fuentes, particularmente respecto a la primera versión perdida. Puedo asegurarles que encontrarán en esa teoría un espléndido campo para las más insólitas conjeturas... Bueno. Si ya está todo preparado...

Los estudiantes, ahora que el discurso había concluido, comenzaron a marcharse, charlando apasionadamente. Scott y Beavis, conversando en voz baja, abandonaron la clase dispuestos a ocupar sus posiciones.

—Pues no me parece que valga mucho... —dijo Sally, que estaba examinando la Afrodita.

—Subamos a la torre —dijo Fen—. Hay una ventana allí, y podremos ver lo que ocurre.

No tuvieron que esperar mucho. Un coche negro de la policía se acercó y de él salieron el jefe de policía, con su pelo gris acerado y su bigote, un sargento, y un agente. Parecían muy decididos y enojados. Scott y Beavis esperaron hasta que los policías estuvieron a punto de entrar por la puerta principal, y entonces salieron disparados por una puerta cercana y se metieron volando en el *Lily Christine III*. Se produjo un momento de insoportable tensión cuando Cadogan pensó que el coche no iba a arrancar, pero entonces, con un rugido feroz, la impostora pareja partió a toda pastilla por Woodstock Road, donde, aunque no lo sabían, el doctor Reginald Havering estaba en ese momento a punto de enfrentarse a su destino. El estruendo atrajo la atención del jefe de policía justo cuando estaba entrando en el *college*.

—¡Ahí van! —gritó, en un paroxismo de furia—. ¡Corred detrás de ellos, idiotas! —Los tres hombres se precipitaron de nuevo al interior del coche de policía, y un instante después arrancaron con gran estrépito.

Fen suspiró con alivio.

—Mi pobre amigo... —comentó—. Tal vez ahora tengamos un poco de tranquilidad, al menos durante un rato.

Vamos, vamos todos. Siguiendo parada, el Mace & Sceptre. Esperaré allí el mensaje del señor Hoskins.

En aquellos felices días, cuando corrían ríos de buena cerveza y el depósito de licores era inagotable, el bar del Mace & Sceptre abría a las cinco y media de la tarde. Eran justo las seis cuando Fen, Sally, Cadogan y Wilkes hicieron su entrada por la puerta. El joven con gafas y cuello largo estaba sentado en su rincón, terminando su *Abadía Pesadilla*, pero, aparte de este muchacho, el único cliente de aquellos góticos esplendores era el señor Sharman, ya conocido por todos ellos bajo el nombre de Mold, tan abrigado como siempre y con sus dientes de conejo habituales. Parecía que si no se hubiera movido de allí desde que lo dejaran en el bar aquella misma mañana para ir a buscar dependientas rubias por todo Oxford. Les saludó con la mano cuando entraron, pero entonces, en cuanto vio a Sally, se hundió en su sillón, su rostro

repentinamente palideció, y se encogió sobre sí mismo, con cara de susto.

—¡Bien! Precisamente el hombre al que yo que quería ver... —dijo Fen con gesto amigable, caminando a grandes zancadas hacia Sharman—. Richard, haz el favor de ponernos a todos algo de beber, ¿quieres? —Fen pareció engrandecerse junto al enclenque señor Sharman—. Bueno, señor Sharman, espero que se acuerde usted bien de la señorita Carstairs, su coheredera, aquí presente, a quien saludó usted la pasada noche en Iffley Road.

El señor Sharman se humedeció los labios resecos.

—No sé de qué me está hablando...

—Vamos, vamos... —Fen arrastró una silla para Sally, y luego él mismo se sentó en otra. Wilkes estaba en la barra, ayudando a Cadogan con las bebidas—. Hemos averiguado muchas cosas desde que le vimos esta mañana. No le servirá de mucho intentar fingir que no sabe nada. Rosseter ha hablado. Y la señora Winkworth también. —Fen adoptó un gesto siniestro—. Y ahora va a hablar usted.

—Le repito que no sé a qué se refiere... No he visto a esta joven en mi vida. Y ahora déjenme en paz.

—En realidad, la señorita Winkworth... a quien usted conoce bajo el nombre de Leeds, nos dijo que vio cómo usted mataba a la señorita Tardy.

El señor Sharman pareció aterrorizado.

—¡Eso es mentira! —gritó.

—Es decir, usted sabe que la mataron, ¿no? —advirtió Fen suavemente—. Lo cual significa que usted tuvo que haber estado allí.

—Yo...

—Oigamos su versión de lo que ocurrió exactamente. Sería mejor que fuera una versión creíble, porque tenemos medios para comprobarla.

—No conseguirán sacarme ni una sola palabra.

—Oh, sí, claro que sí... —dijo Fen tranquilamente—. Y no una palabra, sino muchas, en realidad. —Se detuvo cuando Wilkes y Cadogan aparecieron con la cerveza, el *whisky* y una limonada para Sally—. Continúe, señor Sharman.

Pero el señor Sharman estaba recobrando la presencia de ánimo. Sus conejiles dientes se mostraron todos a un tiempo, en un gesto que era casi una sonrisa.

—Ustedes no son policías —dijo—. No tienen ningún derecho a hacerme preguntas.

—En ese caso le llevaremos a la comisaría de policía, y ellos se las harán todas juntas.

—¡Ustedes no tienen derecho a llevarme a ningún sitio!

—Para ser exactos, sí que lo tenemos. Cualquier ciudadano tiene el derecho, y el deber, de arrestar a un criminal al que ha descubierto cometiendo una felonía. Conspirar para asesinar constituye una felonía, lo sabe, ¿no? —Fen sonrió satisfecho de un modo encantador.

—Demuéstrelo —dijo el señor Sharman secamente.

Fen lo miró pensativamente.

—Cuando se trata de un asesinato, uno se ve obligado a apartar los sentimientos humanitarios a un lado, ¿no? De ahí que en América utilicen *el tercer grado*. En un caso como este uno siente que, de algún modo, ese tercer grado está justificado.

El temor se reflejaba en los ojos del señor Sharman. Los tenía inyectados en sangre.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que podríamos llevarlo por ahí, a algún sitio apartado, y hacerle bastante daño.

El señor Sharman hizo ademán de levantarse de su asiento. Cadogan, que había estado siguiendo la conversación con mucho interés, le propinó una patada en la espinilla. El hombre lanzó un pequeño aullido y se volvió a sentar de nuevo.

—¡Qué le jo...! —murmuró el señor Sharman con mal genio.

—¿Nos va a contar de una vez lo que sabe? —preguntó Fen.

El señor Sharman parecía estar pensándoselo.

—Una confesión hecha bajo amenazas no tiene ningún valor delante de un tribunal —dijo—. Y nadie puede testificar que yo estuve implicado en ninguna conspiración. Bien, yo se lo contaré; puede usted hacer lo que quiera con ello.

—Eso es más razonable.

Un grupo de jóvenes entró en el bar, y el señor Sharman bajó la voz.

—Bien. Fui a la tienda y ayudé a colocar todos aquellos malditos juguetes por allí... Puesto que es usted tan listo, ya sabrá por qué. Luego esperamos a que apareciera la mujer. Cuando lo hizo, Rosseter nos fue distribuyendo en distintas habitaciones y estuvo hablando con ella durante un buen rato. Luego los otros tres, Rosseter, Berlín y la mujer, se reunieron para hablar... Después de un rato oí que alguien andaba merodeando por la tienda, así que fui a avisarlos. Nos quedamos quietos durante lo que me pareció una eternidad. Entonces entré en el salón donde habíamos dejado a la mujer y descubrí que no había luz. La mujer estaba muerta. Eso es todo. Ahí lo tiene: haga lo que quiera con eso. Si alguien me pregunta, lo negaré todo.

—*Parturiunt montes* —dijo Fen—, *nascetur ridiculus mus*^[49]. Vaya, vaya, esto es de lo más ilustrativo, créame. ¿Se ocupó usted del cadáver? Y, por cierto, ¿fue allí donde golpeó usted a Cadogan?

—No. ¡Yo no fui! Debió de hacerlo Rosseter, o Berlín. Y ahora lárguense y déjenme en paz. —El señor Sharman se pasó una mano sucia por las cejas despeinadas.

Un botones entró en el bar.

—¡Llamada de teléfono para el señor T. S. Eliot! —cantó con voz aguda—. ¿Señor T. S. Eliot?

Para sorpresa general, Fen se levantó y dijo: «Ese soy yo». Y así salió, perseguido por la atónita mirada de todos los demás clientes que estaban en el bar. En la cabina

telefónica mantuvo una interesante conversación con Hoskins, que hablaba penosamente y sin aliento, con su habitual serenidad gravemente trastornada.

—El zorro ha escapado de la trampa, señor —jadeó al teléfono—. Está en campo abierto y buscando cobijo.

—¡Zooooorro a la vista! —cantó Fen—. ¿En qué dirección huyó?

—Si puede usted ir por detrás de St. Christopher, quizá se tope con él. Va en bicicleta. Algunos de mis amigos le pisan los talones. Le estoy hablando desde su casa. Tendrá que darse prisa.

Hoskins colgó.

Fen reapareció apocalípticamente en la puerta del bar, y comenzó a hacerles furiosas señas a los otros.

—¡Vamos, vamos! —gritó—. ¡Rápido!

Cadogan, que tenía un trago de cerveza en la boca, tosió y se atragantó espantosamente. Todos corrieron para unirse a Fen, y dejaron al señor Sharman abandonado a sus sórdidas reflexiones.

—¡Tienen al médico! —les explicó Fen con gran emoción—. Parece ser que ha salido pitando. No tenemos más remedio que correr. ¡Qué lástima no tener aquí a *Lily Christine*!

Cruzaron a toda velocidad las puertas giratorias del hotel. Wilkes, cuyos días atléticos ya habían quedado atrás hacía mucho tiempo, cogió la única bicicleta que había a la vista (innecesario será decir que no era suya) y avanzó calle abajo con tambaleante inseguridad, mientras Fen, Cadogan y Sally corrían... como auténticos salvajes: bajaron por George Street, giraron en la esquina de la tienda de música Taphouse para entrar por Beaumont Street (allí se toparon con un autobús), dejaron atrás el Taylorian, el Bird & Baby... y luego se detuvieron, jadeando sin resuello, para contemplar el increíble espectáculo que tenían ante sí.

Bajando por Woodstock Road, directamente hacia donde estaban ellos, venía pedaleando un hombre de cierta edad, anormalmente delgado, con su escaso pelo blanco al viento y con un rictus de desesperación en la mirada. Inmediatamente tras él, corriendo como si en ello les fuera la vida, venían Escila y Caribdis; tras ellos, una turba trituradora de estudiantes furibundos, con Adrian Barnaby (en bicicleta) a la vanguardia; tras ellos, un ayudante de celador, el alguacil universitario, y dos «bulldogs», embutidos todos en un diminuto Austin y con aspecto formal, grave e inútil; y el último del pelotón, agotado por la persecución, era Hoskins, que venía arrastrando exhausto su desgarbada figura.

Fue una visión que Cadogan jamás lograría olvidar en lo que le quedara de vida.

EL EPISODIO DEL MÉDICO NEURÓTICO

En ese momento, sin embargo, los acontecimientos se estaban desarrollando de tal modo que Cadogan no tuvo siquiera oportunidad de examinar la escena en detalle. Bajando hacia St. Giles venía el doctor Havering, y, desde St. Giles, avanzando en dirección contraria, venía Wilkes. En el último momento, el médico se percató del peligro. Giró violentamente a la derecha para evitar a Wilkes, y se encontró cara a cara con Fen y Cadogan, que venían corriendo hacia él. Las hordas estudiantiles se aproximaban por la retaguardia. El médico titubeó, y luego, con repentina decisión, giró a la izquierda, intentando emprender la huida. Wilkes frenó violentamente y a punto estuvo de estamparse contra el suelo. El doctor, mientras tanto, pedaleaba furiosamente por la callejuela que discurre entre el Lamb & Flag y el St. Johns College. Sin perder un instante, todos fueron tras él... es decir, todos menos la autoridad universitaria, que se detuvo, desconcertada, porque el callejón era demasiado estrecho como para que cupiera un coche. Tras algunos titubeos, decidieron rodear por Parks Road, que era donde desembocaba el callejón, y fue simplemente pura mala suerte que en ese breve trayecto un clavo perforara una rueda, y sufrieran un retraso tan considerable que perdieron definitivamente el rastro de la cacería.

Algún individuo especialmente ingenioso había colocado, en mitad del callejón, una especie de barrera de postes y cadenas que solo podía negociarse a pie, y fue allí donde el grupo estuvo a punto de cazar al doctor Havering. Pero el médico pudo eludirlos en el último momento, y solo consiguieron ver cómo se alejaba pedaleando furiosamente por la pequeña calle residencial que conduce a Parks Road, junto a los laboratorios científicos. Los perseguidores, desde luego, no estaban a la altura de las circunstancias atléticas que se requerían para la ocasión, y ni Barnaby ni Wilkes, los dos únicos que iban en bicicleta, parecían capaces de competir en igualdad de condiciones con el doctor, ni siquiera uniendo fuerzas. El corazón de Cadogan latía desbocado. Pero el ejército de Barnaby contaba con una multitud de decididos *blues*^[50] entre sus filas; Fen trotaba a grandes zancadas; y Sally, perfectamente entrenada y con zapatos planos y una falda ancha, parecía no tener dificultad en proseguir la persecución. Escila y Caribdis, derrotados, cesaron en la carrera, pero en aquel momento nadie les prestó atención, y prosiguieron su camino a trote desgarbado.

Desde Parks Road, el doctor Havering giró a la izquierda, metiéndose por South Parks Road, una calle arbolada y agradable, con la muchedumbre aún persiguiéndolo infatigablemente. Dos catedráticos de Clásicas, ocupados en una disputa sobre Virgilio, fueron engullidos por la multitud y luego quedaron atrás, con gesto sorprendido pero con la cabeza erguida.

—Mi querido colega —dijo uno de ellos—, ¿será esto lo que llaman la difícil carrera universitaria? —Pero, como no hubo ninguna respuesta reveladora, el tema fue abandonado rápidamente—. En fin, como le iba diciendo, las *Églogas*...

Fue al final de South Parks Road cuando el doctor Haverling cometió su gran error: un error que solo puede atribuirse a su estado de pánico ciego. Sin duda se precipitó al pensar que podría librarse tan fácilmente de sus perseguidores, y ahora se veía atrapado en la peor de sus pesadillas. En cualquier caso, precisamente cuando Fen estaba ya casi agotado e intentaba darse ánimos cantando (bastante inapropiadamente), «*Y con pausado avance, e imperturbable paso, velocidad moderada, majestuoso ademán...*»^[51], el doctor bajó corriendo la calle que conduce a Parson's Pleasure, abandonó la bicicleta, le lanzó a toda prisa seis peniques al bedel de la puerta y desapareció en su interior. Los sabuesos lanzaron al viento un aullido de victoria.

Aquí se precisa alguna explicación. Dado que Oxford es una de las pocas ciudades civilizadas que hay en el mundo, proporciona establecimientos a sus ciudadanos para bañarse del único modo en que esta actividad puede desarrollarse apropiadamente: lo cual es tanto como decir «desnudo». Aunque, como incluso las personas más civilizadas son proclives a los primitivos pecados de la carne, es preciso considerar algún tipo de segregación. Parson's Pleasure está reservado para los hombres. Consiste en una amplia extensión de césped, vallada y con unas cabañas para el baño parecidas a establos, las cuales se alinean en un recodo del río donde este forma un meandro con una isla. Las jóvenes que van en barca o piragua deben dar un rodeo por el otro brazo del río o, de lo contrario, coloradas y avergonzadas, tendrán que soportar una andanada de improperios subidos de tono. Hay otra parte del río, llamada Dame's Delight, que está reservada para ellas, aunque no se tiene constancia de que la utilicen asiduamente. Y, en todo caso, eso es algo que a nosotros no nos concierne. El asunto principal que debe tenerse en cuenta aquí es que no hay modo de salir de Parson's Pleasure excepto por la puerta o por el mismo río, lo cual basta y sobra para explicar la alegría de los perseguidores del doctor Haverling.

Barnaby fue el primero en llegar. Desmontando de su bicicleta, metió un billete de una libra en la mano del portero, con aire confidencial, y añadió la siguiente advertencia:

—Estos de aquí son *todos* amigos míos. Déjelos pasar... insisto, *a todos*, por favor.

Esta petición, sin embargo, se demostró demasiado optimista. Ni todo el oro del mundo habría inducido al portero a dejar pasar a Sally, así que la joven se vio obligada a permanecer en el exterior, con aire triste y abatido. Cadogan, arrastrado por el tumulto, prometió que regresaría y la pondría al tanto de todo en cuanto pudiera.

La noche era cálida, y había poca gente dándose un chapuzón o descansando en la orilla cuando la partida de caza del doctor Haverling irrumpió para quebrar la sagrada

tranquilidad del lugar. Un anciano, de hecho, se asustó tanto por el creciente rugido de la multitud que regresó a toda velocidad a su cabaña de baño. El doctor, tras permanecer indeciso durante unos instantes, miró desesperadamente a su alrededor, bajó en dirección a la zona de césped, e intentó coger una barca que estaba amarrada justo al lado del embarcadero. Una breve pelea con el individuo que la tenía alquilada, y ya estaba a bordo e intentando alejarse de la orilla. Pero para entonces la vanguardia de las hordas colegiales ya lo habían alcanzado, y los hechos se precipitaron. Gritando de modo incoherente y pataleando como un condenado a los fuegos del infierno, Havering fue arrastrado de nuevo a la orilla ante las atónitas miradas de los bañistas.

Y en ese momento fue cuando escucharon a Sally pidiendo socorro en la calle. Escila y Caribdis, desorientados y perdidos en la retaguardia, la habían apresado. Cadogan dejó al doctor Havering a buen recaudo, y lideró un destacamento de rescate. La lucha que tuvo lugar a continuación fue breve, violenta y decisiva, y las únicas bajas fueron Escila y Caribdis, además del propio Cadogan, que recibió un gancho en la mandíbula que casi lo dejó fuera de combate, por parte de uno de su propio bando. Al final, los dos secuestradores fueron arrastrados medio en volandas al interior de Parson's Pleasure (el portero recibió otra libra suplementaria, acompañada de una sanguinaria mirada de Barnaby), y allí, triunfalmente, fueron arrojados al río, en donde aterrizaron maldiciendo espantosamente. Una vez el baño surtió efecto, su actitud se tornó bastante más conciliatoria, debido sobre todo al hecho de que ninguno de los dos sabía nadar. Un profesor de ciencias, que estaba dándose palmaditas en la barriga junto a la orilla, los miró amablemente.

—Ahora o nunca. ¡Es el momento de que aprendan...! —dijo—. Coloquen el cuerpo en posición horizontal y relajen los músculos. La presión superficial soportará su peso...

Pero ellos solo acertaban a pedir socorro con más vehemencia si cabe, mientras sus sombreros flotaban en el agua tras ellos, en una escena desoladora. Al final, el río los arrastró corriente abajo hasta un lugar poco profundo, donde pudieron arreglárselas para alcanzar tierra firme. Es probable que tras aquel fiasco abandonaran Oxford definitivamente, pues nunca se les volvió a ver el pelo en la ciudad.

En el ínterin se estaban tramando asuntos más importantes. En primer lugar, Fen estaba pidiendo prestada una barca, mediante sutiles zalamerías, a su reticente dueño; y, en segundo término, se estaban realizando grandes esfuerzos para meter al doctor Havering en ella. En caso de que se pudiera pensar que el doctor admitió de buen grado todos estos procedimientos, hay que señalar que no: que imploró piadosamente al pequeño grupo de asombrados bañistas desnudos que lo rescataran. Pero incluso aunque los bañistas no hubieran estado en aquella condición de desvalida desnudez, habrían sabido que era mejor no intentar detener una broma estudiantil cuando la misma estaba mediada; y más si esta parecía estar apoyada —no, dirigida— por un

celebrado poeta y un profesor de Lengua y Literatura Inglesas de Oxford. Algunos de ellos, aunque tímidamente, incluso se mostraron dispuestos a apoyar aquella acción, lo cual es otra prueba del bien conocido poder de la opinión mayoritaria. Así que el doctor Havering se montó en la barca con Fen, Cadogan, Wilkes y Hoskins. Sally prometió regresar a las dependencias de Fen y esperar allí. Y Barnaby se quedó con su ejército en la orilla para decirles adiós con la mano mientras se alejaban.

—Un poco demasiado Watteau, me parece a mí, mi querido Charles —apuntó—. *Embarquement pour Cythère*^[52]? ¿O crees que se parece más al alma del rey Arturo navegando hacia Avalon?

Charles opinaba que era más como el Holandés Errante, así que, mientras la barca se adentraba en el río hasta la mitad de la corriente, ellos regresaron a las dependencias de Barnaby para tomar un refrigerio. Y ya era hora porque, cuando salieron de Parson's Pleasure, pudieron escuchar claramente al portero telefoneando a la oficina del vigilante, sita en el Clarendon Building. Su lamentable historia, flotando a través de la ventanilla abierta, los persiguió durante unos instantes, como un fantasma, y luego quedó varada más allá del alcance de sus sentidos.

Durante unos momentos los cinco tripulantes de la barca se mantuvieron en silencio. La furia de Havering se había transformado en temor, y Cadogan lo estudiaba con curiosidad mientras, con la ayuda de Hoskins, remaba en dirección a un lugar que Fen había señalado vagamente. No había duda sobre su extrema delgadez. Los huesos del cráneo parecían clavársele en la piel tirante y cerúlea de la cara, y tenía el cuerpo tan pelado como un esqueleto. Unas finas telarañas de pelo blanco le caían como guedejas desde la coronilla. Tenía la nariz afilada y ligeramente aguileña al final. Sus ojos eran grandes y verdes, con largas pestañas, bajo unas cejas convexas, y mostraba un aspecto indefiniblemente vítreo. Parecía tener grabada una red de venas en la frente, sus movimientos eran curiosamente bruscos, y le temblaban las manos sin cesar, como ocurre en los primeros estadios de algunas enfermedades neurológicas. A Cadogan le recordó a un perro callejero que había visto en una ocasión, hambriento y peligroso, medio salvaje, que encontró husmeando en las cloacas del East End londinense. Como Rosseter, Havering tenía el aspecto sórdido que suelen exhibir los que fracasan en su profesión.

—¿Dónde me llevan? —La voz de Havering, mitigada y carente de inflexiones, rompió el silencio—. Pagarán por esto... todos ustedes...

—A un agradable remanso que conozco... —dijo Fen con aire melancólico—. Queda bastante cerca de aquí. Cuando lleguemos, nos contará usted todo lo que ocurrió anoche.

—Está absolutamente equivocado, señor. No voy a hacer nada de eso.

Fen no contestó. El azul claro de sus ojos brillaba mientras buscaban algo en la lejanía, en las orillas, allá donde los sauces posaban sus ramas sobre las aguas, donde

los tallos secos de los juncuales se enredaban en ellas, y las dudosas luces del atardecer se derramaban por el río. Nubes de lluvia se aproximaban peligrosamente por el oeste y comenzaban a ocultar el sol poniente... Estaba empezando a refrescar. Un martín pescador, con su brillante plumaje verde azulado, salió volando desde una rama del dosel verde del río cuando ellos pasaron por debajo. Wilkes, al timón, amenazaba con quedarse dormido de un momento a otro. Hoskins, alto y melancólico, remaba con firme convicción, y Cadogan, aún medio noqueado por el golpe que le habían propinado en la mandíbula, lo hacía con menos firmeza. A decir verdad, estaba empezando a sentirse un poco cansado de la vida aventurera. En el discurso que le había soltado al señor Spode la tarde del día anterior no había contemplado en absoluto que pudiera ocurrir nada parecido a lo que estaba aconteciendo realmente; y si lo había contemplado, lo había revestido con ropajes novelescos, apropiadamente matizados, expurgados y corregidos. Solo esperaba que aquello acabara de una vez; que Havering fuera el asesino; y, sobre todo, que no volvieran a golpearlo de nuevo. Comenzó a pensar qué sería de los estudiantes Scott y Beavis, y luego, considerando que detenerse en aquello resultaba hasta cierto punto inútil, le dijo a Hoskins:

—¿Cómo dio con este hombre?

Hoskins narró su historia lenta y fríamente, observado en feroz silencio por Havering.

—Un galés del Jesus College —dijo— fue el primero en ponernos en la pista. Tras preguntarle, él creía que podía describir al doctor en cuestión sin error posible, y en efecto... —Una leve expresión de satisfacción iluminó el rostro de Hoskins—. Conseguí entrar en su consulta —prosiguió distraídamente— pretextando una urgencia relacionada con los peligros del parto y la necesidad de ayuda ginecológica rápida. Tuvimos la pericia de apostar a algunos individuos en distintas posiciones alrededor de la casa para intentar evitar que el doctor pudiera escabullirse. En cuanto lo vi, fui directamente al grano y le pregunté cómo había conseguido librarse del cadáver. Se asustó muchísimo, aunque supongo que ahora lo negará.

—¡Maldito canalla! —terció el médico—. Por supuesto que lo niego.

—Yo continué cositiéndolo a preguntas —prosiguió Hoskins, imperturbable—, con cuestiones relacionadas con sus movimientos durante la noche pasada, su herencia, el señor Rosseter y algunos otros asuntos variados. A cada momento que pasaba podía ver cómo aumentaba su terror, aunque intentaba ocultarlo. Al final le dije que, en vista de la insatisfactoria naturaleza de sus respuestas, no tenía más remedio que llevármelo a la comisaría de policía. Dijo que eso era absurdo, que me había confundido de persona, que no tenía ni la menor idea de lo que estaba hablando, y otras muchas cosas. Añadió, sin embargo, que estaba dispuesto a acompañarme a la comisaría de policía con el fin de demostrar su inocencia y hacerme pagar por lo que misteriosamente denominó «una intromisión en su honor». Salió un momento para coger su sombrero y una chaqueta y, tal y como yo me imaginaba, no regresó. Pocos minutos después, efectivamente, cogió su bicicleta, con una pequeña caja atada en el

transportín, y subrepticamente huyó por la puerta trasera. —En ese punto, Hoskins se detuvo y frunció el ceño—. Solo puedo disculparme por el fracaso de nuestra emboscada improvisada aduciendo que Adrian Barnaby era quien estaba al mando de esta parte concreta de la operación, y todos sabemos que Barnaby no es capaz de mantener la concentración en un mismo asunto durante mucho rato. Lo que ocurrió, en cualquier caso, fue que el doctor cogió su bicicleta y huyó antes de que pudiera declararse la alarma general. Yo permanecí en la consulta durante algo más de tiempo para telefonarles a ustedes al Mace & Sceptre, e informarles. Y el resto ya lo conocen.

—Ah —dijo Fen—. ¿Por qué no huyó en su coche, Havering?

Havering gruñó:

—Yo hago las cosas como me da la gana...

—Oh, ¡por mis patas de conejo! —interrumpió Fen con disgusto—. Supongo que pensó que, si cogía su coche, el señor Hoskins oiría el ruido. ¿O dio la casualidad simplemente de que no lo tenía cerca? —miró a su alrededor—. Ya estamos. Todo a babor, Richard... No, a estribor, a estribor... bueno, a la izquierda...

La barca se deslizó entre un grupo de juncos que crecían en el remanso que Fen había señalado. Era un lugar insalubre, de aguas estancadas. El verdín se extendía sobre las aguas poco profundas, y había demasiados mosquitos como para que la situación pudiera ser calificada de cómoda. Cadogan no podía ni imaginar por qué Fen los había llevado allí, pero de momento no tenía ninguna intención de cuestionar nada de lo que ocurría; estaba tan calmado como un buey.

—¡Aquí mismo! —dijo Fen, poniéndose en pie.

La barca se balanceó violentamente y Wilkes se despertó. Cadogan y Hoskins retiraron los remos y miraron expectantes a Fen. El temor se intensificó en los grandes ojos verdes de Havering, pero aún tenían algo de aquel aspecto vítreo y sin vida; era como el rostro de un hombre aterrorizado, solo que entrevisto a través del cristal mugriento de una ventana.

—Ha habido demasiadas idas y venidas en este caso —dijo Fen con firme decisión—, y ya no me apetece perder más el tiempo, querido Havering. Mientras tanto, usted nos viene con un montón de evasivas infantiles y con estallidos de falsa indignación. Sabemos perfectamente que usted será acusado de conspiración para asesinar a la señorita Tardy, pero aún no sabemos quién la mató. Eso es lo único que nos importa de usted.

—Si cree que esas amenazas...

Fen alzó una mano con gesto admonitorio.

—No, no. Actos, mi buen doctor: ¡actos! No tengo tiempo para amenazas. Y ahora conteste a mis preguntas.

—No lo haré. ¿Cómo se atreve usted a retenerme aquí? ¿Cómo se...?

—Le aconsejo que no siga parlotando de ese modo —dijo Fen brutalmente—. Señor Hoskins, sea usted tan amable de ayudarme a meterle la cabeza al caballero en

estas aguas pútridas. Creo que conviene mantenerlo ahí un buen rato.

Las barcas como las bateas de Oxford son la clase de navío más seguro si lo que se quiere es mantener una buena pelea: es casi imposible hacerlas volcar. Havering nada pudo hacer ante los embates de sus guardianes. Hasta en seis ocasiones seguidas su cabeza se hundió en el musgoso verdín del agua estancada, mientras Wilkes mantenía una especie de conversación consigo mismo repleta de téticos ánimos y admoniciones.

—¡Ahógalo! —chillaba con medieval ferocidad—. ¡Ahoga a ese condenado bastardo!

Cadogan se contentó con mirar y aconsejar a Havering que llenara bien los pulmones de aire antes de cada inmersión.

Cuando lo metieron en el agua por sexta vez, Fen dijo:

—*Es suficiente. ¡Sacad a la soberbia ahogada agarrándola por los pelos!*^[53]

Havering se derrumbó hacia atrás en la barca, tosiendo y boqueando. Ofrecía ciertamente un espectáculo lamentable. Su pelo lacio, empapado y desmadejado, parecía una garra que aferrara su flaca calavera. El verdín musgoso se le había adherido en flecos y grumos a la coronilla. Desprendía un desagradable olor, y era obvio que no podría resistir muchas inmersiones más sin cantar.

—Malditos... —susurró—. Malditos... ¡Basta ya! Les contaré... les contaré lo que quieran. —De pronto Cadogan sintió una pequeña punzada de lástima. Sacó un pañuelo para que Havering pudiera secarse la cara y la cabeza, y el viejo lo aceptó agradecido.

—Y ahora —dijo Fen enérgicamente—, en primer lugar, ¿qué sabía usted de Rosseter que le indujo a colaborar en ese plan para conseguir el dinero?

—Era... él era abogado en Filadelfia cuando yo estuve allí de joven haciendo prácticas. Se vio envuelto en algunos negocios turbios... manipulación en la bolsa y, al final, malversación de un fondo fiduciario. El... ¿me dan un cigarrillo, por favor? —Havering cogió uno de la cajetilla de Fen, lo encendió y aspiró nerviosamente, y luego lo sostuvo entre sus temblorosos dedos—. No hay ninguna necesidad de entrar en detalles, pero todo el asunto acabó con Rosseter (aunque ese no era su nombre por aquel entonces) teniendo que huir precipitadamente del país y estableciéndose aquí. Yo nunca lo conocí personalmente cuando estaba en América, a ver si me entienden... solo conocía su fama. Unos pocos meses más tarde mi carrera se truncó en América cuando me vi implicado en un caso de aborto. La gente no era tan tolerante entonces como lo es ahora. Había ahorrado algún dinero, así que vine a Inglaterra y empecé a ejercer. Hace diez años que me instalé aquí... en Oxford. Reconocí a Rosseter, aunque él no me conocía, por supuesto. Pero no quise levantar la liebre otra vez, así que no dije ni hice nada. —Miró ávidamente a su alrededor, para ver cómo se lo estaba tomando su auditorio—. Yo había guardado recortes de periódico sobre Rosseter, ¿saben?, con fotografías... Rosseter no podía permitirse el lujo de que se hicieran públicas.

Una rana empezó a croar entre los arbustos, y los mosquitos eran cada vez más pertinaces y molestos. Cadogan encendió un cigarrillo y exhaló amplias nubes de humo en un vano intento por mantenerlos alejados. Se estaba haciendo de noche y, de tanto en tanto, alguna pálida estrella se dejaba entrever entre los deshilachados jirones de las nubes. Cada vez hacía más frío. Cadogan tiritó un poco y se abrigó con la chaqueta.

—Me labré una reputación como médico... —continuó Havering—. Particularmente como cardiólogo. Desde el punto de vista económico, no fue nada espectacular, pero al menos me procuraba lo suficiente para vivir. Entonces, un día, me llamaron para que fuera a atender a una anciana.

—¿Se refiere a la señorita Snaith?

—Sí. —Havering succionó lánguidamente su cigarrillo—. Estaba convencida de que tenía el corazón débil. Nada menos cierto: tenía, ni más ni menos, el corazón que correspondía a su edad. Pero pagaba bien, y si quería imaginarse que estaba a punto de morir, no iba a ser yo quien la desengañara. Le daba agua coloreada para beber y le hacía reconocimientos con regularidad. Entonces, un día, aproximadamente un mes antes de que aquel autobús la atropellara, me dijo: «Havering, es usted un psicópata peligroso, pero ha hecho lo que ha podido para mantenerme con vida. Tome esto». Y me dio un sobre, diciéndome al mismo tiempo que mirara en la columna de anuncios por palabras del *Oxford Mail*...

—Sí, sí... —dijo Fen con impaciencia—. Ya sabemos todo eso. ¿E imaginaba usted que le iba a dejar algo en su testamento?

—Me llamó Berlín —dijo Havering—, por no sé qué de unos versos... Sí. —Titubeó, y por un momento pareció perdido respecto a cómo continuar—. Descubrí que Rosseter era su abogado y, un tiempo después de que muriera, fui a verlo. Lo dejé tranquilo de momento, porque no quería reabrir las heridas del pasado. Pero tenía dinero, la vieja, digo. Podía haberme dejado un montón, y quería saber la cantidad exacta. —Miró a los que le rodeaban, y Cadogan pudo ver en sus ojos el anochecer que se reflejaba en el río—. Casi es gracioso cuando lo piensa uno... que yo deseara tanto ese dinero. No andaba tan mal de fondos, ni tenía deudas, y nadie me estaba chantajeando. Yo solo quería dinero... cuanto más mejor. Conocí a hombres con muchísimo dinero en América... no la cantidad de dinero que se puede ganar solo trabajando. —Comenzó a reírse nerviosamente—. Uno pensaría que cuando se llega a mi edad ya no hay que preocuparse por procurarse mujeres y lujos, ¿no? Pero eso era justamente lo que yo quería.

Los miró fijamente de nuevo. Era una especie de débil tentativa en busca de comprensión y simpatía, pero aquello le heló la sangre a Cadogan. En la orilla, una colonia de grillos había comenzado a entonar su incesante canto metálico.

—No es nuevo. Eso es lo que han deseado muchísimos hombres —comentó Fen secamente—. Los cementerios de las prisiones están llenos de ellos.

Havering casi gritó:

—¡Yo no la maté! ¡No pueden colgarme! —Y luego, tranquilizándose un poco—: La horca es una cosa inmundada. Cuando fui médico de la policía, en Pentonville, asistí a una ejecución. Una mujer. La infeliz chillaba y se retorció, y a los verdugos les costó cinco minutos solo ponerle la soga alrededor del cuello. Había perdido el juicio, claro. Me pregunté cómo sería eso de estar allí esperando a que la trampilla se abra bajo tus pies... —Hundió la cara entre las manos.

—Continúe con lo que nos estaba contando —dijo Fen inmediatamente. No había ni rastro de emoción en su voz.

Haverling se recobró.

—Fui a... fui a ver a Rosseter, y le dije que sabía quién era. No lo admitió al principio, pero no pudo sostener su farsa durante mucho tiempo. Me detalló las disposiciones del testamento... ¿Saben de qué les estoy hablando?

—Sí. Lo sabemos. Continúe.

—Nuestro plan era intentar que esa señora Tardy renunciara al dinero. Rosseter dijo que sería sencillo amedrentarla.

—No es exactamente lo que él nos contó... —interrumpió Cadogan.

—No —dijo Fen—. Pero, dadas las circunstancias, era de esperar.

—Ojalá no tuviera nada que ver con todo esto —dijo Haverling amargamente—. ¿De qué me servirá ahora la herencia? ¡Y todo por culpa de esa maldita vieja y sus absurdas disposiciones! —Se detuvo—. Rosseter me presentó a dos de los otros legatarios. Yo no quería conocerlos, pero él me dijo que arreglaríamos las cosas para que, si algo salía mal, ellos cargaran con la culpa. No era una idea tan descabellada. Entonces llegó la noche de marras. Teníamos todo preparado en ese sitio, en Iffley Road. Rosseter no quería que la mujer lo viera, porque, aunque ella no nos conocía, sí que lo conocía a él, y había la posibilidad de que lo reconociera. Así que acordamos que me pondría unos vendajes en la cabeza; eso me haría irreconocible, pero sin que fuera demasiado obvio. Siempre podría decir que había sufrido un accidente. Entonces, después de que yo hubiera despedido a la chica, el otro hombre (lo llamábamos Mold) empezaría con el verdadero asunto. —Haverling se detuvo de nuevo, mirando a su alrededor en busca de comprensión—. Yo estaba nervioso. Debía de estarlo, porque de otro modo me habría dado cuenta de inmediato de a qué se refería Rosseter cuando nos anunció que iba *a ver* a la mujer. Nos había separado en distintas habitaciones. Yo pensé que aquello formaba parte del plan para incriminar a los otros, así que lo respaldé. Y entonces, cuando me quedé solo, de repente me di cuenta de que Rosseter debía de estar intentando matar a la mujer, ya que iba a permitir que esta lo viera, y que aquello de separarnos unos de otros le serviría para poder incriminar a uno de nosotros. —Volvió a encender el cigarro, que se le había apagado—. Suena casi como algo irreal, ¿no? Y lo era. Creo que todos nosotros intuimos que había algo raro y peligroso en todo aquello, pero el problema era que habíamos dejado el asunto entero en manos de Rosseter. Fue entonces cuando supe que nos estaba traicionando. Fui a ver a la mujer que estaba en la otra

habitación... para proporcionarme una coartada. Entonces, después de un instante, Rosseter apareció. Yo suponía que la habría matado ya, pero no lo había hecho, porque oí cómo la mujer le decía algo a Rosseter cuando él salía de la estancia, algo sobre ciertas formalidades legales.

—Espere un momento. ¿A qué hora ocurrió eso? ¿Lo sabe?

—Sí. Da la casualidad de que miré el reloj. Eran las once y veinticinco.

—Así que, a esa hora, la señora Tardy todavía estaba viva. ¿Tiene usted alguna idea de qué hablaron Rosseter y la mujer, y por qué?

—No lo sé. Creo que tal vez estaba planificando la supuesta operación, de algún modo. Quizá podría preguntarle a él.

Cadogan repartió miradas entre sus compañeros. En todas sus caras se leía el mismo pensamiento. ¿Eran aquellas palabras un ingenioso embuste, obvio por otra parte, con el cual Havering pretendía dar a entender que ignoraba la muerte de Rosseter, o por el contrario se trataba de una declaración fidedigna? Cadogan no tenía la menor idea, y podía jurarlo por su vida. La observación se había producido antes de que fuera posible siquiera escudriñar la expresión facial o la inflexión en la voz de Havering. Wilkes estaba sentado tranquilamente en la proa: una figura pequeña y anciana encendiendo una pipa vieja.

—Rosseter dijo que la mujer no iba a ser tan fácil de amedrentar como había creído en un principio, y que tal vez deberíamos abandonar todo el plan porque empezaba a resultar demasiado peligroso. Yo discutí con él ese asunto durante unos instantes, pero era más por formalidad que por otra cosa; yo tenía claro que la iba a matar, pero no quería que supiera que yo lo intuía. Entonces el otro hombre... Mold, entró procedente de su habitación y dijo que había alguien rondando por la tienda. Apagamos la luz y nos quedamos quietos y callados durante un rato... un rato bastante largo. Al final decidimos que debía de tratarse de una falsa alarma, y Rosseter le entregó al otro hombre una pistola y le dijo que fuera y que hiciera el trabajo.

—¿Qué hora era en ese momento?

—Como las doce menos cuarto, o como mucho menos diez. Después de unos breves instantes el hombre regresó y dijo que la mujer estaba muerta.

Se produjo un silencio mínimo. «Eutanasia», pensó Cadogan: todos ellos lo consideraron como tal, y no como una carnicería deliberada; no como la violenta amputación de un cúmulo irremplazable de pasiones, ilusiones, afectos y deseos; no como un empujón hacia una oscuridad inimaginable e infinita. Intentó verle la cara a Havering, pero a aquellas alturas era ya solo una enjuta silueta recortada sobre la apagada luz del atardecer. Algo enraizó en él: tal vez en el plazo de una semana, un mes, o un año quizá, se convertiría en un poema. De repente se sintió emocionado y extrañamente contento. Las palabras de sus predecesores en el Gran Arte acudieron a su mente. «*Todos han entrado en el universo de la luz*». «*Yo, que en el infierno estaba y en la alegría*». «*El barro cubre la mirada de Helena*»^[54]... El inmenso y terrorífico

significado de la muerte lo rodeó durante un instante como los pétalos de una negra flor.

—Fui y la examiné —Havering proseguía su relato—. Había un cordel fino alrededor de su cuello, anudado con la violencia habitual en estos casos. Deduje, por supuesto, que la muerte se había producido por asfixia. Y, mientras estaba llevando a cabo esa inspección, volvió a aparecer la chica. Había estado todo el rato en la tienda, abajo. Rosseter le dijo que se largara, y luego se dirigió a nosotros y nos dijo que no nos preocupáramos, que se había asegurado de que la chica no dijera ni una palabra sobre lo que había visto. Rosseter estaba desconcertado, y eso me sorprendió, porque yo estaba convencido de que era él quien había matado a la mujer. En realidad, todos nosotros nos sentíamos un tanto desconcertados. Estábamos deseando largarnos de allí; pero alguien tenía que deshacerse del cadáver. Y también quedaba el asunto de los juguetes. Alguien tendría que recogerlos y devolverlos a la otra tienda. Acordamos que los tres hombres lo echaríamos a suertes. Y salí yo. Así que me quedé allí durante un rato, pensando. Estaba aterrado, y temía que me cogieran con el cadáver a cuestas.

»Entonces escuché un ruido abajo. Alguien había entrado en la tienda. —Miró a Cadogan—. Era usted. Lo que ocurrió después ya lo sabe. Le golpeé, cayó sin sentido y lo arrastré hasta un cuartucho que había en la parte de abajo. Cerré la puerta para que no pudiera salir y me descubriera; pero me preocupé de dejar la ventana abierta para que pudiera huir cuando recuperara la consciencia. Yo sabía que usted acudiría a la policía, pero pensé que cuando regresaran y descubrieran que no había cadáver, le tomarían por loco. Yo no... no quería hacerle daño, ¿me entiende...?

—De nada sirven las disculpas ahora —dijo Fen—. ¿Qué hizo con el cuerpo?

—Lo metí en el coche de la dueña. Estaba aparcado fuera. Pesaba mucho, y yo no soy muy fuerte, así que me llevó un buen rato completar la operación. Ya estaba empezando a ponerse rígido, y tuve que retorcerle la cabeza y los brazos para que cupiera por la puerta del coche. Eso fue lo peor. Lo llevé al río, le metí unas cuantas piedras en la ropa y lo arrojé al agua. Yo pensaba que en aquel lugar el río era profundo, pero no. El cuerpo se quedó sumergido a medias, meciéndose simplemente en la superficie, tirado entre el barro y las piedras. Tenía que sacarlo de allí y llevármelo a algún otro lugar. Era noche cerrada, estaba muy oscuro, y, mientras lo cargaba, sus brazos empapados me rodearon el cuello. Entonces tuve que sacarle las piedras del bolsillo, porque pesaba demasiado...

Por segunda vez, Havering ocultó la cara entre las manos.

—¿Y al final dónde lo llevó? —preguntó Fen.

—Corriente arriba. Hay un lugar donde crecen tres sauces junto a la orilla...

Pasó un murciélago volando a la luz del crepúsculo. Parecía que el canto punzante y estridente de los grillos no iba a cesar nunca. A lo lejos, en la ciudad, los relojes estaban dando las siete y media. El agua del río ya se veía negra. En aquel momento, los pequeños peces se estarían comiendo los ojos de la señorita Tardy. En

la barca, los hombres no eran más que siluetas, y solo las brillantes ascuas de sus cigarrillos moteaban de rojo la oscuridad.

Fen dijo:

—¿Y su bolso? ¿Qué pasó con él?

—Rosseter se lo llevó. No sé lo que hizo con él.

—Continúe.

—Yo estaba empapado, y agotado, pero tenía que regresar y recoger todos aquellos juguetes y reemplazar los ultramarinos y cambiar el aspecto del piso. Para cuando hube terminado ya casi había amanecido. Oí cómo se iba usted... —le dijo a Cadogan—, y metí alguna mercancía en el trastero y también me largué. No creo que nadie me viera. —La monotonía de su voz degeneró en un susurro—. Nadie podrá demostrar nada...

—¿A qué se refiere cuando dice lo de cambiar el aspecto del piso? —inquirió Cadogan.

—Lo limpié, cambié los muebles de sitio y engrasé la puerta. Yo sabía que usted solo había visto una de las habitaciones. Pensé que, si regresaba, imaginaría que se había equivocado de casa.

—Acertó de pleno —admitió Cadogan—. Por un momento pensé que me había vuelto loco. Pero... ¿por qué dejaron la puerta de la tienda abierta?

El rostro de Havering se nubló.

—Fueron esos idiotas... cuando se fueron. Yo no sabía que estaba abierta. Si hubiera estado cerrada, nada de esto habría ocurrido.

Fen estiró sus largas piernas y se pasó la mano por el pelo.

—Antes de que abordemos cómo se fue a su casa, ¿es posible que alguien supiera que usted pasó fuera esa noche?

—Nadie —contestó Havering malhumorado—. Mi criado no duerme en casa. Se va a las nueve de la noche y no vuelve hasta las siete y media de la mañana.

—Para esa hora, sin duda, usted estaría ya en la cama y durmiendo. ¿Qué estuvo haciendo entre las cuatro y media y las cinco esta tarde?

—¿Qué? —se sobresaltó Havering—. ¿Qué quiere decir?

—Eso a usted no le importa. Conteste la pregunta.

—Estuve... Volví a casa de mi ronda vespertina de visitas.

—¿A qué hora llegó a casa?

—Un poco después de las cinco. No lo sé exactamente.

—¿Le vio entrar alguien?

—La criada. ¿Pero por qué...?

—¿Y a qué hora dejó usted a su último paciente?

—¡Maldita sea, no me acuerdo! —exclamó Havering—. ¿Qué importancia tiene eso ahora, de todos modos? Eso no tiene nada que ver con lo que pasó anoche. Escuche: yo no maté a esa mujer, y usted no podrá demostrar que lo hice. No permitiré que me cuelguen. Estoy enfermo, y no podré soportar mucho tiempo la

prisión...

—Cállese —dijo Fen—. ¿Fue usted el que puso a esos dos hombres a seguirnos a Cadogan y a mí?

—Sí.

—¿De dónde son?

—Le dije a un hombre que conocí en Londres que me los enviara. Estaban preparados para cumplir con cualquier cosa que se les pidiera, y no hacer preguntas: bastaba con que se les pagara lo suficiente.

—¿Qué ocurrió exactamente?

Haverling se dirigió a Cadogan.

—Rosseter me llamó y me dijo que habían ido a verlo. Les describió, y me preguntó si yo sabía cómo habían llegado ustedes a entrometerse en el asunto. Yo lo reconocí a usted: era el hombre de la tienda. Y me asusté. Me asusté de veras. Envié a esos dos individuos, Weaver y Faulkes, para que le siguieran y evitaran que hablara con cualquiera que pudiera darle pistas para descubrir el pastel... sobre todo, la chica.

—Así que cuando estábamos a punto de cogerla, nos la quitaron de las manos y se la llevaron para callarle la boca de una vez y para siempre.

—No les dije que la mataran...

—No diga bobadas, por favor. El *cottage* al que la llevaron pertenece a la señorita Winkworth. ¿Cómo fue que la llevaron allí?

—Yo conocía a la señorita Winkworth. La reconocí la noche anterior a pesar de la máscara que llevaba, y ella me reconoció a mí. La llamé para decirle que la chica era peligrosa y que habría que cerrarle el pico durante unas horas. Ella me sugirió que utilizáramos un *cottage* que posee cerca de Wootton.

—No tengo ninguna duda de lo que significaba el eufemismo «cerrarle el pico durante unas horas».

—¡Eso es mentira!

—La chica no habría tardado en averiguar quién era el propietario, ¿no cree?

—Habíamos acordado que Weaver y Faulkes forzaran la entrada, de modo que no pudiera recaer sobre la dueña ninguna responsabilidad.

—Dejémoslo. Esa es una evasiva tan buena como cualquier otra. Y ahora... — Fen se inclinó hacia delante— llegamos al punto más importante del negocio. Exactamente, ¿qué fue lo que usted vio cuando examinó el cadáver para verse forzado a decir que ninguno de los presentes había podido asesinar a la señorita Tardy?

Haverling dejó escapar un profundo suspiro.

—Ah, se ha dado cuenta usted de eso, ¿no? Bueno, es verdad. He sido médico de la policía, como les dije. Uno nunca puede asegurar con certeza cuánto tiempo lleva muerta una persona, pero cuanto más rápidamente se tenga acceso al cadáver, más preciso puede ser el diagnóstico. Yo examiné el cuerpo cuando faltaban aproximadamente nueve minutos para la medianoche. Y estoy en condiciones de jurar

que aquella mujer murió no antes de las 11.35, y no después de las 11.45. ¿Entiende usted lo que eso significa?

—Desde luego —contestó plácidamente Fen—. Dada la importancia que tenía ese detalle, ¿informó usted a los otros del mismo?

—Se lo dije a Rosseter...

—Ah, sí... —Fen sonrió en la oscuridad—. Entre las 11.35 y las 11.45 todos ustedes se encontraban en diferentes estancias. Y nadie pudo entrar desde el exterior tampoco. —Haverling estaba temblando—. Así que, a menos que fuera la chica quien la matara —prosiguió—, nadie pudo hacerlo. Básicamente, porque habría resultado imposible.

EL EPISODIO DE LA CONEXIÓN PERDIDA

—**M**aldita sea! —dijo Sally—. Está empezando a llover.

Desafortunadamente, así era. Las oscuras nubes cargadas de lluvia hicieron que la noche se oscureciera más si cabe. Ya no se veían las estrellas. Las gotas susurraban y salpicaban las hojas de los árboles.

—Creo recordar que había un cenador cubierto al final del jardín —contestó Cadogan—. Vamos. Dese prisa.

El cenador aún seguía allí, y un minuto después ya estaban subiendo ambos sin resuello los peldaños hacia su refugio. Cadogan encendió una cerilla y la luz mostró un interior polvoriento y poco confortable, con unas tumbonas apiladas junto a la pared, herramientas de jardín, y una gran caja cuadrada que contenía un juego de bolos de madera. Había un banco de roble delante de la puerta, y allí fue donde se sentaron. Cadogan intentó escrutar la oscuridad con sus ojos miopes.

—Esto me da escalofríos —comentó, añadiendo sin darle mucha importancia—: Cuando era estudiante hice el amor aquí con una chica.

—¿Fue bonito?

—No, no particularmente. Tenía las piernas bastante gordas y se llamaba... se llamaba... maldita sea, lo he olvidado por completo. *Tout lasse, tout casse, tout passed*^[55]. Recuerdo que no me sentía muy bien y no debí de poner mucho empeño en el asunto. No creo que ella lo disfrutara especialmente, pobre.

Había pasado una hora desde que Havering hiciera su confesión en el río, y ahora se encontraba, indiferente y como drogado, temporalmente emparedado en una estancia aneja al despacho de Fen. El propio Fen había expulsado de sus dependencias a todos porque, como dijo, necesitaba pensar. Desde el lugar por donde habían estado paseando, por el césped, habían podido ver sus dependencias iluminadas, y todas las luces de la fachada de St. Christopher. Hoskins se había ido con Wilkes a las habitaciones de este último ya que llegaron a la conclusión, bastante acertada, de que las reservas de *whisky* de Fen se habían agotado. Así que, por el momento —aparte de ciertos compases de *jazz* que salían de la habitación de un estudiante—, todo estaba en paz.

—Uno a veces hace cosas extraordinarias... —dijo Cadogan pensativamente—. Pero, en términos generales, las de uno no parecen tan extraordinarias como las cosas que hace otra gente. Mire a la señorita Snaith. Mire a Rosseter. Mire a... —y aquí su voz se tornó bastante sombría—... a Fen.

—¿Se dedica usted habitualmente a perseguir asesinos con él?

—¿Yo? —Cadogan dejó escapar una risa ahogada—. No... Dios me ampare. Pero resulta cómico.

—¿Qué resulta tan cómico?

—Anoche... anoche mismo... suplicaba, suspiraba por vivir aventuras... Experimentar cualquier emoción que me alejara de la Edad Media. Goethe decía que uno debería tener mucho cuidado con lo que desea, porque probablemente lo consiga. ¡Qué razón tenía! Yo quería librarme de mi vida gris, y los dioses me tomaron la palabra.

—Jamás habría dicho que su vida fuera gris.

—Y, sin embargo, así es. Viendo siempre a la misma gente, haciendo las mismas cosas... Intentando hacer lo que me gusta y lo que la gente me paga por posponer un poco más.

—Pero es usted famoso —protestó Sally—. Al menos el profesor Fen dice que lo fue. Oh, acabo de recordar dónde he visto su cara antes. En la *Radio Times*^[56].

—Ah, sí... —dijo Cadogan sin mucho entusiasmo—. Ojalá no hubieran publicado aquella fotografía sin pedirme permiso. Parecía un místico empeñado en comunicar con el infinito al mismo tiempo que intenta curarse de una grave indigestión.

—¿Qué estaba haciendo?

—¿Hacer? Ah, ya entiendo lo que quiere decir. Leía poesía.

—¿Qué poesía?

—Poemas míos.

Sally sonrió en la penumbra.

—Aún no puedo imaginármelo escribiendo poesía. Para empezar, es usted demasiado natural como para que le pegue ser poeta.

Cadogan se levantó.

—¿Sabe? Eso me halaga. Me daba miedo estar degenerando en medio de una simple centrifugadora de palabras, como un Wormius subido de tono.

—Ahora lo está estropeando.

—Lo siento. Solo era una cita de Pope^[57].

—Me trae sin cuidado de quién sea la cita. Es realmente bastante maleducado citar cuando usted sabe que no lo entenderé. Es como hablar a alguien en una lengua que desconoce.

—Oh, vaya por Dios... —Cadogan se mostró arrepentido—. En serio, es por la costumbre. Y, de todos modos, sería bastante más maleducado si me dedicara a hablarle como si fuera usted una chiquilla.

Sally todavía estaba considerando la improbabilidad de que Cadogan tuviera pretensiones poéticas. Se sentía desconcertada por su apariencia saturnina aunque vulgar.

—También debería tener un aspecto distinto.

—¿Por qué? —dijo Cadogan. Encendió un cigarrillo y le dio otro a ella—. No hay ninguna razón por la que los poetas deban tener ningún aspecto en particular. Wordsworth tenía pinta de caballo terco; Chesterton era completamente *falstaffiano*; Whitman era tan grande y peludo como un buscador de oro. El hecho cierto es que no

existe nada parecido a un prototipo de poeta. Chaucer era oficial del gobierno; Sidney, soldado; Villon, ladrón; Marvell, miembro del Parlamento; Burns, campesino; Housman, profesor. Uno puede ser cualquier tipo de persona imaginable, y además ser poeta. Uno puede ser tan engreído como Wordsworth o tan modesto como Hardy; tan rico como Byron o tan pobre como Francis Thompson; tan religioso como Cowper o tan pagano como Carew. Y tampoco importa lo que creas; Shelley se creía todas las tonterías que oía. Keats no estaba seguro de nada salvo de la sacralidad de los afectos del corazón. Y yo estoy dispuesto a apostar, mi querida Sally, a que podría usted cruzarse con un Shakespeare cada día al ir al trabajo, durante veinte años, y no se fijaría en él ni una sola vez... Santo Dios, esto se está convirtiendo peligrosamente en una conferencia...

—Sin embargo, los poetas deben *parecerse* en algún sentido.

—Desde luego que sí. Todos escriben poesía.

—Bueno, entonces yo tengo razón. Eso los haría similares, al menos en parte.

—¿Ah, sí? —Cadogan exhaló una nube de humo y observó cómo se difuminaba, espectral y gaseosa, en la rectangular claridad de la puerta—. Si todos los poetas se reunieran en una especie de antesala del paraíso, estoy convencido de que se produciría una situación bastante incómoda desde el punto de vista social. Marlowe no se hablaría con Dowson, y Emily Brontë huiría al ver aproximarse a Chaucer... —Sonrió, pero luego continuó más en serio—: Creo que lo único que los poetas tienen en común es una especie de sincera generosidad imaginativa hacia sus semejantes... e, incluso así, uno no puede estar demasiado seguro con gente como Baudelaire o Pope, o con desagradables neuróticos como Swinburne. No, por supuesto que no hay nada semejante a un prototipo de poeta. Y por una muy buena razón.

—¿Por qué?

Cadogan refunfuñó ligeramente.

—Es muy amable por su parte ser tan educada, pero sé cuándo me estoy poniendo pesado.

Sally le pellizcó.

—Idiota —dijo—. Me interesa. Dígame por qué un poeta no tiene que ser un hombre que necesite hacerse un buen corte de pelo de vez en cuando.

—Porque... —empezó Cadogan, intentando calcular incómodamente la longitud de su pelo con su mano izquierda—, porque la poesía no es el resultado o la consecuencia de una personalidad. Me refiero a que existe independientemente de tu pensamiento, de tus costumbres, de tus sentimientos, y de todo lo que configura tu persona. La emoción poética es impersonal: los griegos estaban bastante en lo cierto cuando lo llamaron inspiración. Así pues, a lo que uno se parezca no importa ni dos malditos peniques. Lo único que importa es si tienes un buen aparato receptor para las ondas poéticas. La poesía es una anunciación. Viene y se va cuando le place.

—Bueno, y cuando ocurre, ¿cómo es?

—En realidad, no puedo explicarlo exactamente porque yo no lo entiendo

tampoco del todo, y espero no entenderlo jamás. Pero desde luego no es una cuestión de *oh-qué-rosas-tan-bonitas* o *ay-qué-triste-me-siento-hoy*. Si así fuera, habría cuarenta millones de poetas en Inglaterra en este momento. Es más bien una curiosa sensación pasiva. Alguna gente dice que es como si notaras algo por primera vez, pero yo creo que es más bien como si ese algo en cuestión hubiera penetrado *en ti* por primera vez. Uno siente como si la rosa, o lo que sea, estuviera brillando para ti y solo para ti. Invariablemente, después del primer instante la frase brota en tu mente para describirlo; y cuando eso ocurre, se te ilumina la cara: toda tu personalidad sale como un torrente, y entonces escribes los *Cuentos de Canterbury*, o el *Paraíso perdido*, o el *Rey Lear*, de acuerdo con la clase de persona que seas. Eso ya depende de cada cual.

—¿Y eso pasa a menudo?

En la oscuridad, Cadogan se encogió de hombros.

—Todos los días. Todos los años. Pero hay que recordar que, si alguna vez ocurre, puede que sea la última... Mientras tanto, naturalmente, uno continúa siendo gris y medieval.

La lluvia tamborileaba pertinaz en el techo del cenador.

—Creo que debería casarse usted —dijo Sally tras una pausa—. No está casado, ¿verdad?

—No. Pero... ¡qué diagnóstico tan extraño! ¿Por qué debería casarme?

—Necesita a alguien que cuide de usted, y le anime cuando se sienta decaído.

—Puede que tenga razón —dijo Cadogan—, aunque dudo mucho de su pronóstico. Solo he estado enamorado seriamente una vez en mi vida, y eso fue hace siglos.

—¿Quién era? No, no... —dijo Sally rápidamente—. No debería ser tan curiosa. No espero que hable usted de ello...

—En realidad, no me importa lo más mínimo hablar de ello —dijo Cadogan con un aire más alegre—. Todo está acabado, finiquitado y enterrado. Se llamaba Phyllis Hume, y era actriz... Morena, de ojos grandes, figura espléndida... Pero habríamos vivido un infierno si nos hubiéramos casado. Ambos éramos unos egoístas implacables, y solo podíamos soportarnos en pequeñas dosis. Si estábamos juntos durante más de una semana, nos peleábamos como Jacob y el ángel^[58].

—El problema es... —dijo Sally— que usted no conoce bien a las mujeres.

—No, es cierto —asintió Cadogan—. Pero, dado que no tengo intención de casarme, eso no me preocupa mucho. Usted, sin embargo...

—Oh...

—Supongo que a partir de ahora un montón de gente va a querer casarse con usted.

—Gracias por el cumplido, pero ¿por qué...?

—Porque, Sally Carstairs, querida, es usted inmensamente rica.

Sally se levantó.

—¿Me está diciendo usted que aún tendré ese dinero?

—No veo por qué no.

—Pero yo pensaba que no... en fin, la señorita Tardy lo reclamó. Será suyo.

—No lo sé —reflexionó Cadogan—. En ausencia de familiares que lo impugnen... Y la señora Wheatley dice que no había ninguno... Yo diría que el dinero es suyo. Pero lo que yo sé de leyes cabe en un sello de dos peniques...

—Oh —dijo Sally, completamente abrumada—. *Más me vale tener cuidado.*

—No sea demasiado prudente.

—¿A qué se refiere?

Cadogan dejó caer el cigarrillo al suelo y lo pisó.

—Hay una historia alemana sobre una joven muy rica y muy guapa que estaba rodeada de pretendientes. Pero cada vez que se animaba a casarse con uno de ellos, de repente le asaltaba el temor de que solo la quisiera por su dinero, y el temor era tan fuerte que la conducía a romper el compromiso. Entonces, un día, cuando estaba en Italia, encontró a un joven mercader, y se enamoraron perdidamente. Sin embargo, ni siquiera un amor real fue lo suficientemente fuerte como para descartar la antigua obsesión, y la chica decidió someterlo a una prueba. Le dijo que tenía un novio en Alemania, que había perdido todo su dinero, y que su prometido necesitaba diez mil florines para poder montar un negocio. (Ella sabía, claro, que diez mil florines era toda una fortuna para el joven mercader). Bueno, pues él le dio el dinero por puro amor, y ella le hizo prometer que iría a Alemania cierto día para casarse con ella. Luego regresó feliz a su ciudad natal porque, sin saberlo, el joven había salido triunfal de la prueba, y ordenó que la casa fuera decorada espléndidamente para su llegada. Pero él nunca llegó porque ella había llevado las cosas demasiado lejos. Al revés: el mercader se fue a la guerra y lo mataron.

—¿Y ella?

—Se murió solterona.

—Menuda estúpida —dijo Sally—. Pero entiendo su punto de vista. En fin, creo que nunca me acostumbraré a pensar que tengo todo ese dinero. ¿Qué haría usted si fuera suyo?

—Irme a Italia y escapar del invierno inglés —respondió Cadogan sin perder un instante—. Y montar una bodega. Y usted, ¿qué hará?

—Me compraré un *cottage*, y contrataré una criada para mamá. Y me compraré un montón de ropa. Y un coche. Y luego iré a Londres y a París y a todos esos sitios... —Luego se quedó sin ideas, y añadió entre risas—: Pero tendré que seguir en Lennox's, quizá hasta que todo se confirme.

Cadogan suspiró.

—Bueno, al menos este día de indignas correrías le ha deparado a usted una fortuna. Pero ¿qué me ha deparado a mí?

—Aventuras —apuntó Sally con un toque de malicia—. Emociones. ¿No era eso lo que quería?

Cadogan, que ya empezaba a sentirse un tanto incómodo, se levantó y comenzó a pasear arriba y abajo por el cenador.

—Sí —dijo—. Sí, eso era lo que quería. Aventuras. Pero ya no quiero más. Y para emociones, ya me daré yo un paseo cualquier día de estos por el campo. Me inclino a pensar que uno puede encontrar una enorme dosis de aventura al descorrer las cortinas de la habitación cada mañana. Me atrevo a decir que eso suena cobarde y medieval, pero, después de todo, yo soy medieval, y no puedo evitarlo. En realidad, después de hoy, casi lo agradezco. Ser medieval significa que uno sabe lo que le concierne. Todo este asunto, en sí mismo, carecía de importancia absolutamente para mí, así que de ahora en adelante reservaré mis energías, sean muchas o pocas, para cosas que tengan sentido. Si alguna vez me veo tentado por carteles que me sugieren un crucero, susurraré: «Sharman». Y siempre que vea titulares sobre el crimen internacional, murmuraré: «Rosseter». Renuncio a Poictesme y Logres desde este momento y para siempre. De hecho, en un par de días regresaré a Londres y empezaré a trabajar de nuevo... aunque tengo el espantoso presentimiento de que este asunto aún no ha concluido del todo.

—Oh, caracoles... Casi se me había olvidado. —Cuando aspiró, la punta del cigarrillo de Sally se tornó incandescente en la oscuridad—. Pero no me ha contado lo que le han sacado a ese médico.

—Dijo que usted era la única persona que pudo haber matado a la señorita Tardy.

Se produjo un repentino y paralizante silencio, y Cadogan se maldijo una y otra vez por haber interrumpido la magia. Pero ya era demasiado tarde para sopesar las palabras.

—¿Qué quería decir...? —dijo Sally con una vocecilla—. Debe de tener alguna razón para decir eso.

Cadogan le explicó el problema de la hora de la muerte.

—Pero también podría habernos mentido —concluyó.

—¿Cree que fue él?

Cadogan dudó.

—Francamente, no —dijo al final—. Pero eso no significa que usted tenga nada de qué preocuparse. Debe de haber algún error, basta con averiguarlo. O puede que se haya equivocado.

(Pero no lo creía).

Se produjo otro silencio.

—Verá, eso concuerda con lo que dijeron Rosseter y esa mujer, Winkworth —continuó al final—. Me refiero al hecho de que aquel fuera un asesinato imposible, y a lo que dijo Haverling: que nadie pudo haberlo cometido.

—Sin embargo, Haverling podría haber estado mintiéndoles *a ellos*.

—¿Por qué?

—Porque... bueno, quizá porque fue él quien lo hizo, y sabe que la hora real de la muerte lo pondría en evidencia.

—Pero, en ese caso, ¿por qué está empeñado en repetir que es imposible que nadie lo hiciera? Después de todo, él no sabía en aquel momento que usted estaba en la parte de abajo.

—Puede que esté protegiendo a alguien.

Cadogan dejó escapar un profundo suspiro.

—Supongo que eso no es del todo descartable... Pero, por todos los santos, ¿a quién querría proteger? ¿A Rosseter? ¿A Sharman?

—¿Qué me dice de la mujer? Usted dijo que se conocían.

—Sí, pero si usted la hubiera visto... Y, de todos modos, el único momento en que ella se quedó sola fue mientras Rosseter se encontraba con la señorita Tardy. ¿Cómo se las arreglaría para hacerlo?

—Puede que no uno, sino todos hayan estado mintiendo.

—Pero, de nuevo, ¿por qué? La clave es que si uno va a encubrir un asesinato, sea propio o de otra persona, no se empeña en que el asunto tenga visos de imposible...

—¿Pero no ve que... pudieron haber acordado esa historia después de que supieran que yo estaba allí?

—Oh... —Cadogan quedó momentáneamente convencido. Desde luego parecía una posibilidad. Pero entonces se le ocurrió una nueva objeción—. Aunque, en ese caso, no habrían intentado librarse de usted.

—Sí, porque era más seguro que usted nunca supiera nada que tener que recurrir a esa historia de que lo había hecho yo.

—Ya entiendo. Sin embargo, aún creo que Haverling nos ha dicho la verdad...

Se había dejado llevar de tal modo por la dialéctica que no se había dado cuenta de que estaba destrozando metódica y sistemáticamente la defensa de Sally. Entonces una voz llorosa desde la oscuridad le dio a entender con toda claridad lo que había estado haciendo.

—Caracoles... —dijo Sally—, estoy en *un buen lío*...

—Tonterías... —dijo Cadogan, plenamente dispuesto a rectificar—. No está usted en ningún lío en absoluto. Usted y yo sabemos que no lo hizo, y solo es cuestión de tiempo que descubramos al culpable. —Puso su mano en la pierna de Sally para tranquilizarla, y luego, dándose cuenta, la retiró rápidamente.

—No importa, tonto —sollozó Sally, medio riendo y medio llorando—. Es usted lo suficientemente mayor como para ser mi padre.

—¡Pues claro que no! —Ambos se echaron a reír—. Eso está mejor —dijo Cadogan.

—Oh, vaya, me estoy comportando como una cría. No me lo tenga en cuenta. Odio a las mujeres que lloran, ya ve.

—Bueno, no va usted a mejorar las cosas empolvándose la nariz en la oscuridad.

—No puedo evitarlo. Si estoy como si hubiera pasado por un molino de harina cuando salga de aquí, me lo dirá, ¿verdad?

Cadogan prometió hacerlo.

—Debería irme a casa, ¿sabe? —dijo—. Mamá se estará preguntando qué demonios me habrá pasado.

—No, no se vaya todavía. Llámela y quédese esta noche con nosotros. De todos modos, para cuando entremos, Gervase ya habrá descubierto al asesino.

—Caramba, ojalá pudiera creer lo mismo. Es un tipo muy raro, ¿no?

—Supongo que sí, si uno está acostumbrado a los profesores normales. Pero debajo de... Bueno, baste decir que no me gustaría tenerlo como enemigo. Hay algo en él que solo puede calificarse de formidable... aunque no en la superficie, desde luego. Ahí es contagiosamente frívolo. Pero si alguien puede llegar al fondo de este asunto, ese es él.

—Pero él no sabe más del caso que usted.

—Él es mejor completando rompecabezas. Hay problemas que no están hechos para mi pobre intelecto.

—De todos modos, ¿quién piensa *usted* que lo hizo?

Cadogan lo meditó, recordando rostros más que hechos. Rosseter, amarillo y asiático, con su prominente mandíbula y su serenidad profesional; Sharman, conejil, embutido en bufandas, borracho y despreciable; la señorita Winkworth, con su bigote y sus ojos porcinos; Havering, neurótico, delgado, envarado, aterrado. Un abogado, un maestro de escuela, una falsa médium y un médico. Aquella anciana estúpida había puesto sus asuntos en manos de esta gente, y, con ellos, la vida de su sobrina. Pero, desde luego, había otro personaje... el enigmático West. ¿Había reclamado aquel West su herencia? ¿Era West, tal vez, la mente poderosa que controlaba y estaba detrás de todo el asunto? Cadogan meneó la cabeza.

—Una cosa está clara —dijo alzando la voz—. Tenemos tres pistas: el plan para intimidar a la señorita Tardy; el plan de Rosseter para matarla; y el plan de alguien más para hacer eso mismo. Los dos primeros planes acabaron en nada, y no hay sitio por donde se pueda agarrar el tercero. Sinceramente, no tengo ni la más remota idea. Parece estar entre Havering, Sharman y la mujer, puesto que no hay ninguna posibilidad de que nadie más entrara en la tienda. Pero más allá de eso, simplemente, no lo sé. Y, como usted dice, siempre es posible que nos hayan estado mintiendo todos, en cuyo caso el asunto parece irresoluble y podemos darlo por imposible.

En el silencio que se abrió a continuación, ambos se dieron cuenta de que la lluvia había cesado.

—Bueno —dijo Sally—, regresemos y veamos si ha ocurrido algo.

En completo silencio, caminaron por el césped empapado hasta el *college*. La ventana de Fen seguía iluminada.

Sin embargo, el destino no iba a permitir que llegaran al *college* sin más. En el pasadizo que lleva desde los jardines al claustro trasero, y que está iluminado por una única y simple bombilla que cuelga del techo cóncavo, se toparon con la pequeña y

oronda figura del señor Spode, avanzando en la misma dirección que ellos. Su rostro se iluminó cuando vio a Cadogan.

—Ah, estás aquí, mi querido amigo —les saludó—. Suerte que tengo.

—Bueno, escúchame bien, Erwin —le dijo Cadogan con severidad—. No sé qué demonios andas haciendo en Oxford, pero me parece a mí que es muy difícil tolerar que cuando por fin decido marcharme de vacaciones, te tenga pegado a mí como un espectro, importunándome para que vaya a dar conferencias a los americanos sobre un asunto en el que, obviamente, no estarán en absoluto interesados.

El espectro parpadeó y tosió.

—Sería una gira muy buena... —murmuró—. Yale, Harvard, Bryn Mawr... ¿Sabías que América está repleta de bonitas mujeres?

—¡Por todos los demonios! ¿Y a mí qué narices me importa? No voy a ir a dar conferencias a América... Y, por el amor de Dios, sube esas escaleras o apártate y déjanos pasar.

—¿Vais a ver al profesor Fen?

—¿Dónde crees que vamos si no? ¿Al zoo de Regents Park?

—Traigo aquí las galeradas de tu nuevo libro...

—Ya era hora. Estará lleno de erratas, no tengo la menor duda. Sube, Erwin. Ven y tómate un trago con nosotros. Estamos a punto de resolver un importante caso criminal.

El señor Spode, protestando débilmente por las implicaciones sociales de una intromisión semejante, fue empujado escaleras arriba. Encontraron a Fen hablando por teléfono (les hizo gestos pidiendo silencio cuando entraron), y a Wilkes y a Hoskins dormitando en dos sillones; el de edad más avanzada, sin duda gracias al *whisky*. Una lámpara de pie, encendida junto a la chimenea, constituía la única iluminación de la estancia. La pistola de Fen estaba en el escritorio, y la luz caía como una veta de mercurio a lo largo del cañón corto. La atmósfera era sutilmente diferente a la de ocasiones anteriores. Flotaba en el ambiente una especie de combinación de tensión y saturación. Cadogan se percató, con un gesto de asombro, de que todo el mundo se había girado a mirar con curiosidad al señor Spode cuando este entró.

—Sí —estaba diciendo Fen al teléfono—. Sí, señor Barnaby, todos los que pueda. Ah, ¿están borrachos? Bueno, siempre que sean capaces de mantenerse en pie, nos servirán. ¿Tiene usted la dirección? Sí. Es correcta. ¡Y, por el amor de Dios, no les permita que monten follón! Esto no es ningún juego. Sí, ya vamos, y le prometo que será la última vez. Muy bien. Adiós.

Se volvió para saludar a los recién llegados.

—Bueno, bueno... —dijo amigablemente—. Es muy agradable volver a verles a ustedes de nuevo. Llegan justo a tiempo para el último acto.

—Quiero cenar —dijo Cadogan.

—*Aquel que no tenga estómago para este combate debe apartarse*^[59] —recitó

Fen—. Eso te afecta también a ti.

—Supongo —dijo Cadogan sin prestarle atención— que ya sabes quién es el asesino.

—Es muy sencillo —dijo Fen—. *Sancta simplicitas*. Es el señor Spode, aquí presente...

Aquello fue demasiado para Cadogan.

—¿Erwin?! —exclamó—. ¿Erwin... el asesino? ¡No digas bobadas! —Se volvió hacia el señor Spode y vio que tenía los ojos desorbitados.

—Si me permites acabar... —dijo Fen con mordacidad—, a lo mejor aprendes algo. Iba a decir que tu señor Spode es, evidentemente, el quinto legatario. Acuérdate: «*Un viejito en West residía, / que un chaleco ciruela vestía...*». —Señaló el chaleco de color petunia del señor Spode.

—¡La conexión perdida! —gritó Cadogan emocionado—. Erwin es la conexión perdida.

El señor Spode tosió.

—Esto no es muy divertido, ¿no te parece, Cadogan? —dijo intentando aparentar alguna dignidad—. No tengo ni la menor idea de lo que están haciendo tus amigos, pero cuando se llega ya a los insultos personales...

—Querido señor Spode —le interrumpió Fen—. Está usted inmerso en la más profunda oscuridad intelectual. Su empresa estuvo radicada en Oxford, ¿no? Al menos hasta hace un año.

—Sí —contestó el señor Spode sin comprender—. Así es.

—¿Tuvo usted en algún momento tratos con una tal señorita Snaith, de «Valhalla», Boar's Hill?

—Oh... —El señor Spode se quedó pálido—. Sí... sí, los tuve.

—¿Tratos profesionales?

—Sí. La señora quería publicar un libro que había escrito. Sobre espiritismo. Era un libro *muy malo*.

—Aunque usted lo *publicó*...

—Sí —dijo el señor Spode con un gesto de impotencia—. Lo publicamos. No teníamos intención de hacerlo, pero... En realidad, el manuscrito se me perdió en cuanto llegó.

—Estas oficinas de los editores —murmuró Cadogan con intención explicativa a los demás—. Siempre lo pierden todo. Un desastre permanente.

—No podíamos encontrar el manuscrito por ninguna parte —continuó el señor Spode—. Verán, ni siquiera lo habíamos *leído* en ese momento, y nadie se atrevía a escribirle a la señora y decirle lo que había ocurrido. Ella siempre llamaba para preguntarnos si nos había gustado, y nosotros teníamos que darle esquinazo con todo tipo de excusas. Entonces, por casualidad, alguien encontró el manuscrito entre un montón de correspondencia americana que no se había revisado nunca, y nos pareció que simplemente *teníamos* que publicárselo... Después de tenerlo allí durante un año

entero...

—Un ejemplo de la valentía moral de los editores —observó Cadogan con aire condescendiente.

—Y ella se sintió muy agradecida —dijo Fen—. Y le envió un sobre y le pidió que mirara en la columna de clasificados del *Oxford Mail*...

El señor Spode lo miró boquiabierto de un modo ridículo.

—¿Cómo lo sabe?

—Fen tiene una bola de cristal, Erwin —dijo Cadogan—. O bien se lo comunicaron los espíritus. Es igual: ¿hiciste lo que te dijo la anciana?

—No —dijo el señor Spode distraído—. No lo hice. Dejé el sobre por ahí, con la intención de echarle un vistazo más tarde, y luego se me olvidó durante un tiempo, y cuando me acordé de él... ya se había perdido —concluyó mansamente.

—Bueno, pues sería mejor que lo recuperaras... —dijo Cadogan—, porque te reportaría alrededor de cien mil libras.

—¿C... cien mil libras? —El señor Spode empalideció como si estuviera a punto de desmayarse. Le explicaron la situación lo más brevemente que pudieron; Para disgusto de los presentes, el señor Spode no paraba de mascullar incongruencias; pero al final se las arreglaron para convencerlo. Para Cadogan, el relato no aportó nada cuando se refirió de nuevo, aunque no podía ni imaginar cómo habría sido capaz Fen de deducir el nombre del asesino a partir de aquella sucesión de historias aparentemente inconexas. Desde luego, Sharman se había comportado muy sospechosamente.

—Una curiosidad —preguntó Fen para terminar—: ¿qué le indujo a venir a Oxford ayer por la noche?

—Negocios —dijo el señor Spode—. Nutling vive en la ciudad, y me pidió que le ayudara a echar un vistazo a la última novela de Staveling. Es algo *calumniosa* —se quejó el señor Spode.

—¿Y a qué hora llegó usted aquí?

—Alrededor de la una de la madrugada. Creo. Tuve una avería cerca de Thame y me llevó un par de horas arreglarla. Puede comprobarlo usted si quiere... —añadió el señor Spode con voz temblorosa.

—¿Y por qué abandonó el té tan repentinamente esta tarde? Cuando fue asesinado Rosseter, confieso que de quien primero sospeché fue de usted.

—Oh... oh... bueno, la cosa es que... soy muy tímido... —dijo el señor Spode con patetismo. Todos lo observaron, y él se puso colorado—. Muy tímido —repitió agresivamente—. No conocía a nadie aquí y sentí que no era bienvenido.

—¡Por supuesto que era bienvenido! —dijo Sally, picada.

—Así que, después de todo, Erwin no es el asesino... —Había un deje de frustración en la voz de Cadogan.

—No —dijo Fen; y añadió sentenciosamente—: Aunque si existiera justicia en este mundo, él sería el culpable. —Miró al señor Spode con aire enjuiciador, como un

caníbal que estuviera sopesando las cualidades gastronómicas de un misionero cristiano entrado en carnes.

—Solo es una pista falsa —dijo Cadogan ofensivamente—. Una pista falsa y un legatario perdido, y un maldito explotador tacaño del *genio-divino-que-yo-represento*. Y ahora tiene más dinero del que sabría gastarse jamás, solo porque perdió un manuscrito y no tuvo el valor de admitirlo. ¡No me vendría mal un poco de ese dinero!

—Y a mí tampoco —dijo Fen con aire ofendido, momentáneamente distraído de su elevado propósito por la injusticia del reparto económico y su enormidad—. A mí ni siquiera me prestan dinero. —Y entonces, consultando precipitadamente su reloj, añadió—: Cielo santo, tenemos que irnos.

—No nos has dicho todavía quién es el asesino.

—¡Ah!, ¿no? —dijo Fen—. Bueno, ¿quién creen ustedes que es? Utilicen el escaso ingenio con que les ha dotado el Cielo.

—Bueno... —Cadogan dudó—. Yo diría... Sharman.

—¿Por qué?

—Bueno... para empezar, ¿recuerdas que esa mujer, Winkworth, dijo que cuando ella y Havering y Rosseter estaban juntos, cerraron la puerta de la habitación? Sharman pudo haber salido de la suya, haber entrado en la de la señorita Tardy y haberla matado.

Fen lo miró con una sonrisa brillante.

—Pero parece olvidar que Rosseter se unió a Havering y a la mujer a las 11.25. A las 11.30, de acuerdo con la mujer, Sharman se unió a ellos, y sabemos que la señorita Tardy no murió antes de las 11.35.

—Seguro que Havering se inventó toda esa historia sobre la hora de la muerte.

—¿Para qué? ¿Para proteger a Sharman? Estaba aterrorizado por la suerte que pudiera correr su propio pescuezo.

—Entonces se equivocaría...

—Prácticamente imposible, yo diría, porque tuvo acceso al cadáver muy poco después del fatal suceso. Los indicios de las primeras etapas de la muerte son muy claros y definidos.

—¿No pudo haberlo hecho Sharman cuando entró en la habitación de la señorita Tardy con la pistola? Recuerda que nos contó aquellas tonterías sobre la bombilla que estaba apagada, para excusarse por la tardanza.

—Mi querido Richard: Havering lo habría sabido si la mujer hubiera muerto en ese momento. Eso apuntaría directamente a Sharman; y, de nuevo, no hay ninguna maldita razón por la que Havering deseara protegerlo una vez que todo ha salido a la luz. De hecho, tendría más razones para hacer lo contrario. Y la correspondencia entre las narraciones es tan exacta, y todas son tan consistentes y comprobables, que podemos dar casi por seguro que son ciertas. Tu teoría se enfrenta a esta dificultad, verás: que aunque Sharman pudo haber estrangulado a la mujer entre las 11.25 y las

11.30, o a partir de las 11.50, lo cierto es que ella murió entre las 11.35 y las 11.45.

—Ah, muy bien... —dijo Cadogan disgustado—. Sharman no la mató. ¿Entonces quién lo hizo?

—Sharman, por supuesto —dijo Fen, caminando hacia la puerta de la habitación en la que Havering estaba encarcelado.

—Pero... ¿qué...? —Cadogan tartamudeó, atónito.

Fen había girado la llave de la puerta.

—¿Sabes? Havering se ha dormido —dijo, echando un vistazo al interior—. Con una toalla alrededor de la cabeza y el peso de sus crímenes sobre él. —Volvió a cerrar la puerta con llave.

—Escucha, Gervase, esto es ridículo. Acabas de demostrarme que no pudo...

—Ojalá no te quejaras tanto —dijo Fen con gesto desesperado—. Sharman mató a Emilia Tardy. ¡Sharman mató a Emilia Tardy!

—De acuerdo. De acuerdo. Pero repito: acabas de demostrar lo contrario. No te preocupes.

—Oh, ¡por mis patas de conejo! —dijo Fen—. Naturalmente; eres demasiado torpe para comprender cómo lo hizo. De todos modos, tenemos que irnos ahora y reunirnos con Barnaby y su ejército de irregulares en casa de Sharman. Sally, sería mejor que no vinieras. Recuerda, ese hombre ha matado a dos personas ya.

—¡Yo voy! —contestó Sally de inmediato.

Fen le sonrió.

—*Saquen las espadas* —dijo—. «*El que sobreviva al día de hoy, y llegue a salvo al hogar, se pondrá orgulloso de pie cuando se conmemore este día, y elevará su espíritu al oír el nombre de Crispin...*»^[60]. Bueno, quizá la cita no sea exactamente esa... Así que andando.

EL EPISODIO DEL PROFESOR GIRATORIO

George Sharman vivía en Great King Street, que es una calle residencial barata cerca de la estación de trenes de Oxford. La casa en la que vivía (junto con una fulana que iba todos los días a hacerle la comida y a hacer como que limpiaba) estaba un poco apartada de la hilera de viviendas, y ostentaba algo parecido a un jardín... como si se pudiera otorgar la dignidad de tal nombre a ese pedazo de terreno en que crecían dos arbustos secos de rododendro, una ingente cantidad de hierbajos, varias berzas dispersas y dos exuberantes aunque estériles manzanos. La casa era pequeña, construida en piedra gris, con un revestimiento blanco en la fachada; en el porche de madera, pintura verde desconchada y abombada. Se llamaba «The Haven». La fulana, después de haber estado todo el día ocupada esencialmente en beber sin descanso y en leer una novelucha barata tirada en el sofá del salón, regresó a su propia casa a las ocho en punto. Así que cuando Fen, Wilkes, Sally y Hoskins se encontraron con Barnaby al final de la calle, el señor Sharman era presumiblemente el único inquilino de la vivienda.

Barnaby estaba dispuesto a poner en práctica un montón de imaginativas estrategias que se le habían ocurrido. Sujetaba entre las manos un enorme callejero y lo estudiaba cuidadosamente bajo una farola, aunque era evidente que no lograba descifrarlo del todo.

—Tengo a la tropa *al completo*, mi querido Anthony —le dijo a Hoskins—. Todos bastante violentos y agresivos, y hasta las trancas de alcohol. Puedes estar seguro: *todas* las vías de escape están vigiladas por algún *blue* enloquecido en mayor o menor medida.

—Desde luego, siempre existe la posibilidad de que ya se haya marchado —dijo Fen—. Pero no puedo correr riesgos. Wilkes, ¿me hará usted el favor de quedarse en la retaguardia con Sally? —Wilkes, blandiendo su paraguas, asintió, y a Fen le cogió tan de sorpresa aquella inmediata aquiescencia que se olvidó por un momento de lo que iba a decir. Entonces, recobrándose de nuevo, añadió—: Señor Barnaby, ¿tiene usted a alguien apostado en la puerta de atrás?

—*Oh, por supuesto...*

—Bien. Señor Hoskins, quédese aquí y ayude al señor Barnaby. Richard, la puerta principal es cosa tuya. Yo entraré y hablaré con el caballero, si es que sigue ahí.

—Esto va a ser como el Somme^[61] —murmuró Barnaby—. O como *La antesala de la batalla*, de Burne-Jones^[62].

Todos ellos corrieron, sintiéndose un poco estúpidos, a ocupar sus puestos. Había empezado a llover de nuevo, y los haces de luz de las farolas callejeras cobraban intensidad y precisión sobre la calzada negra, totalmente empapada. No había ni un

alma por los alrededores. El alboroto apagado de una disputa en algún lugar impreciso y alejado sugería que los estudiantes reclutados por Barnaby no estaban muy satisfechos con algunos detalles concretos del plan de campaña. Cadogan permaneció junto al poste de telégrafos, y pegó la oreja a él, escuchando el cántico intermitente de los telegramas. Analizando sus sentimientos, descubrió que sentía no tanto emoción como curiosidad. Después de todo, tenían la razón de su parte.

Fen avanzó briosamente por el corto sendero asfaltado que conducía a la puerta de la casa. Al ver un cartel que le exigía llamar con los nudillos y luego al timbre, hizo ambas cosas: llamar con los nudillos y pulsar el timbre. Esperó; volvió a llamar con los nudillos; volvió a presionar el timbre. Al final, como no recibió respuesta, siguió avanzando: rodeó un lateral de la casa, donde sospechaba que podría encontrar una ventana por la que introducirse subrepticamente como un ladrón, y se perdió de vista. La lluvia empezó a caer con más fuerza, y Cadogan se subió el cuello de la chaqueta. Se podía oír a Barnaby endilgándole un discurso a Hoskins sobre un asunto que no guardaba ninguna relación con el negocio que les había llevado allí. Transcurrieron dos o tres minutos sin que nada aconteciera. Y entonces, de repente, se oyó el eco de un disparo en la casa... una violenta detonación acompañada de un fognazo en una de las habitaciones que estaban a oscuras. Inmediatamente se escuchó la voz de Fen, gritando, pero no se distinguieron sus palabras, y Cadogan, con los músculos tensos y el corazón latiendo desbocado, no supo hacia dónde ir o qué hacer. Al final se apresuró dando tumbos por el césped embarrado en dirección al lugar por donde Fen había desaparecido; aquello dejó la puerta principal desguarnecida, aunque pensó que, por lo menos, había vigilantes a ambos lados de la calle. Al rodear la esquina de la casa, Cadogan se percató de que una oscura figura se escapaba entre los arbustos del otro lado, y dio el grito de alarma. Casi inmediatamente Fen saltó por una ventana cercana, maldiciendo en distintas lenguas, y le indicó con la mano que volviera a su puesto.

—¡Ha escapado! —anunció, aunque resultaba bastante obvio—. Y lleva una pistola. ¡Por el otro lado!

Corrieron para rodear la casa, resbalando y tropezando en la oscuridad. Alguien abrió una ventana en la casa de al lado y dijo:

—¿Se puede saber qué demonios hacen ustedes?

Pero no le hicieron caso. Y para cuando el hombre quiso ponerse un sombrero y una chaqueta y salir a la calle, todo el mundo se había ido ya.

En los años que siguieron, Cadogan sería incapaz de explicar coherentemente los detalles exactos del fiasco que tuvo lugar a continuación. Habrá que recordar que el ejército de Barnaby no estaba del todo sobrio y que en la oscuridad no suele ser fácil distinguir a un amigo de un enemigo: el resultado fue que una horda de estudiantes borrachos se abalanzaron sobre el pobre Barnaby hasta que los distintivos lamentos de este último revelaron el error. Todo el mundo, bajo la errónea impresión de que su presa estaba a la vista, abandonó su puesto en el momento crucial y se unió a una

batida infructuosa y caótica. No tardó en descubrirse que Sharman se había escabullido a través de un hueco practicado en la verja de la parte trasera del jardín, y se había encaminado hacia el callejón que estaba al otro lado; Fen, furioso en grado extremo, envió a dos estudiantes a la casa, por si se habían vuelto a equivocar; despachó a Barnaby (ahora quejicoso y cubierto de moratones) y al resto en dirección a la estación de ferrocarril, mientras que él mismo, con Cadogan, Hoskins, Sally y Wilkes, partía en dirección a la única ruta de escape posible: la carretera que conduce al barrio de Botley.

—Quería que nos dispersáramos... —dijo Fen—, y por Dios que lo ha conseguido. No deposites tu confianza en príncipes, etcétera^[63]. Abrid bien los ojos, todos, y por el amor de Dios, recordad que va armado... —Y se sumió en una especie de turbio lamento; resultaba muy triste escucharlo.

—A menos que esté completamente loco, no habrá ido en dirección a la estación —aventuró Cadogan.

—Estoy de acuerdo —dijo Fen, un poco apaciguado—. Por eso he mandado a todos los demás allí. Están tan cocidos que no podrían acorrallar ni a una tortuga en una madriguera... Sally, de verdad, creo que debería volver a casa.

—¿Yo? No se preocupe. De todos modos, el doctor Wilkes cuida de mí.

—¿Ves? —dijo Wilkes complacido.

—La vanidad de la senectud —dijo Fen—. Supongo que se da cuenta, Wilkes, de que debería terminar sus días en una sensata contemplación, y no andar por ahí de picos pardos protegiendo a jóvenes señoritas.

—Sabueso descortés... —dijo Wilkes, y aquello humilló tanto a Fen que durante un rato estuvo completamente callado.

Aquella calle, al contrario que Great King Street, era muy bulliciosa, y en distintos puntos tuvieron dificultades para abrirse camino entre tumultos y paraguas empapados. Los autobuses, muy iluminados, con los radiadores humeando bajo la lluvia, pasaban atiborrados de gente. Las alcantarillas borboteaban y acogían las riadas de agua. Un policía, embutido en su capa y con aire dictatorial, permanecía en el cruce, ordenando el tráfico. Pero del señor Sharman, ni rastro.

—Oh, maldita sea... —dijo Fen—. No vamos a encontrarlo nunca, ¿os dais cuenta? Puede haberse ido por cualquier parte. ¡Dios le pudra los sesos a ese Barnaby y a sus secuaces por haberlo estropeado todo!

Pero Sally decidió tomar las riendas del asunto. Se adentró en la calzada, esquivando por poco a un taxi en el camino, y se aproximó a un policía que ordenaba el tráfico.

—¡Hola, Bob! —dijo.

—Vaya, ¡hola, Sally! —contestó—. Dios bendito, vaya noche. No deberías hablar conmigo mientras estoy de servicio, ¿sabes?

—Estoy buscando a un hombre, Bob.

—¿Desde cuándo salís? —dijo Bob, guiñándole un ojo. Le hizo señas a un

camión para que pasara.

—¡Oh, qué gracioso eres! —dijo Sally—. No, de verdad, Bob, esto va en serio. El tipo debe de haber pasado por aquí. Un tipo enclenque, enano, poca cosa, con dientes de conejo; muy abrigado.

—Ah, pues sí. Lo he visto pasar hace no más de un minuto. Estuvo a punto de quedar hecho puré, porque cruzó la calle con los semáforos en verde.

—¿Hacia dónde fue?

—Se metió en aquel cine —dijo Bob, meneando la cabeza en la dirección adecuada—. Aunque yo habría jurado que ese no es tu tipo...

Pero para entonces Sally ya estaba corriendo hacia sus compañeros, con las mejillas coloradas y victoriosa.

—¡Se ha metido en el Colossal! —les dijo.

—¡Bien hecho! —dijo Fen—. Es agradable saber que hay alguien en este grupo, aparte de mí, que tiene un poco de *sesera*. —Y miró con gesto malévolo a Wilkes—. Bien, andando.

El Colossal (que se encontraba a menos de cien yardas de donde estaban ellos) era uno de los cines más pequeños y con peor reputación que uno pudiera echarse a la cara. Desde el punto de vista mecánico, tenía un aire primitivo, y podría haber pasado por la primera e insegura tentativa del inventor del cinematógrafo. Las acomodadoras eran del tipo apático, y el portero un perro viejo y atontado cuya máxima especialidad consistía en organizar innecesarias colas de clientes incluso cuando había abundantes asientos libres. Se proyectaban películas muy viejas, propensas a todos los males clásicos del celuloide, desde incesantes chisporroteos a violentos desplazamientos de la cinta, pasando por ataques graves de *paralysis agitans*. Para remate, el operador, aparte de desempeñar su trabajo habitualmente bajo los efectos del alcohol, parecía escasamente dotado para el manejo de la procelosa maquinaria del proyector. El Colossal era uno de los lugares predilectos de ciertas parejas que disfrutaban ya de un estado avanzado de conocimiento carnal, y era frecuentado también por la facción más escandalosa del estudiantazgo, que lo visitaba por el puro disfrute de ver lo desastroso que era todo.

A las puertas del cine, Fen organizó a sus huéspedes.

—No hay ninguna necesidad de que entremos todos a la vez —dijo—. Alguien debe vigilar esta salida y la otra que hay a la vuelta de la esquina. Espero que Sharman no haya entrado y haya vuelto a salir ya, pero tenemos que correr el riesgo. Richard y Hoskins harán guardia fuera. ¿Algún problema?

Fen entró, acompañado por Sally y Wilkes, para comprar las entradas. El portero intentó que se pusieran haciendo cola, pero ellos lo empujaron a un lado. Afortunadamente, el Colossal no tenía gallinero, así que no había posibilidad de que buscaran en el lugar equivocado.

Una mujer rasgó sus entradas en dos y, habiendo llevado a cabo aquella sencilla pero destructiva acción, regresó a su habitual estado de apatía mientras Fen y sus

acompañantes se abrían paso a través de las puertas batientes y se adentraban en la cálida y vibrante oscuridad. En aquel momento toda la pantalla estaba ocupada por la imagen de una puerta, que se abría lentamente para dejar entrever el cañón de un revólver. A esto le siguió inmediatamente el espectáculo de un hombre de pelo cano que escribía apoyado en una mesa. Violines invisibles tocaban un monótono acorde en tono mayor, *tremolo*, en un elevadísimo registro, mientras trombones con sordina gruñían por debajo de un modo enfermizo pero amenazante. Aquella música se fue elevando hasta un violento *fortissimo* y concluyó abruptamente con una explosión, que coincidió con el hombre del pelo cano derrumbándose hacia delante en el escritorio, y con la pluma cayendo de su mano inerte. («Muerto», dijo Fen con aire sepulcral). En aquel momento crítico, de todos modos, no pudieron seguir prestando atención a lo que iba a ocurrir a continuación, porque una acomodadora se aprestó a conducirles a sus asientos.

El cine no estaba muy lleno. Justo delante de ellos se había sentado un abigarrado grupo de estudiantes, pero el resto de la clientela había ocupado lo que quedaba del cine de un modo disperso. Cerca de ellos, una joven que estaba mostrando la sorprendente longitud de su muslo permanecía aferrada a los brazos de un joven, aparentemente insensible a los acontecimientos que estaban teniendo lugar en la pantalla para su solaz. En la siguiente fila alguien dormía a pierna suelta. Aunque no contaban más que con la iluminación de la pantalla y las pequeñas luces amarillas de los laterales, no fue muy difícil localizar al señor Sharman.

«Papá es un buen hombre», decían en aquel momento en la película. «¿Quién iba a querer matarlo?».

Fen se levantó y zigzagueó por el pasillo abajo. Una acomodadora, deseosa de prestar sus servicios, se aproximó y le indicó la dirección del servicio de caballeros. Él la ignoró y continuó espionando a Sharman.

«De acuerdo, chicos», decía la película. «Llévenlo a la morgue. Y ahora, señora Hargben, ¿conoce usted a alguien que tuviera motivos para odiar a su marido?».

Fen avanzaba lentamente por uno de los laterales del cine. Un hombre se levantó y dijo:

—¡Eh, siéntate, pasmarote!

—¡Que se siente! —dijo otro detrás del primero.

Fen ignoró a ambos y regresó con Sally y Wilkes.

—Tendré que intentarlo por el otro lado.

«Bien. Ahora iremos a ver a la señora Clancy», decían en la película. «Es un asunto sucio, jefe. No me gusta». Dos detectives desaparecieron de la pantalla y entonces la escena cambió y aparecieron el héroe y la heroína, besándose pegajosamente. Lo siguiente, sin pausa apenas, fue una escena bastante más movida. Un buen número de vaqueros cabalgaban a toda velocidad por una pradera, disparando como locos a una o varias personas que los precedían.

—¡Rollo equivocadoooo! —canturreó un estudiante con delectación—. ¡Osbert se

ha vuelto a emborrachar otra vez!

En ese momento (quizá por empatía), la pantalla sufrió un ataque grave de *delirium tremens*, y al final se quedó completamente en negro, dejando el cine en una oscuridad casi total.

—Maldita sea... —dijo Fen.

Los estudiantes se estaban levantando todos a la vez, expresando su firme intención de meterle a Osbert la cabeza en un cubo de agua a ver si así se espabilaba. Algunos de ellos salieron corriendo en dirección a la parte de atrás, dispuestos a poner en práctica su amenaza. El encargado, un hombre bajito y gordinflón, embutido en un traje de noche, apareció en el escenario, delante de la pantalla, bañado por la luz de un cañón rojo, fatalmente escogido, que lo hacía parecer un vampiro recién engordado por la ingesta de una cantidad enorme de sangre, y rogó a la platea que tuviera paciencia, aunque sin mucha convicción.

—Es una incidencia técnica sin importancia... —dijo sin resuello—. Quedará solventada inmediatamente. Manténganse en sus asientos, damas y caballeros. Manténganse en sus asientos, por favor. —Pero nadie le prestaba la menor atención. Desde la cabina del operador llegó el rumor de una refriega, y gritos—. Manténganse en sus asientos... —repitió el encargado con vana desesperación.

Fen, Wilkes y Sally estaban los tres de pie.

—A este paso vamos a perderlo de vista con todo este lío... —dijo Fen—. Andando. Será mejor que salgamos fuera. Si nos vio entrar, seguro que intentará aprovechar la oportunidad para huir.

Se abrieron paso a empujones hacia la puerta. Mientras avanzaban, la película se sobrepresionó repentinamente por encima del encargado, dándole una apariencia curiosamente espectral.

«Escucha, cariño», decían en la pantalla, «si te preguntan dónde estuviste la pasada noche, no digas nada. Es un montaje, ¿lo entiendes?».

Pero en el exterior, tras las puertas principales, no había nadie, salvo la chica de la taquilla, la larguirucha y melancólica figura de Hoskins y el portero, toqueteando sus galones a falta de mejor ocupación.

—¿Qué pasa? —preguntó Hoskins—. He oído un barullo espantoso... —Se sacudió la lluvia del pelo, pues ahora estaba diluviando.

—¿No ha salido por aquí?

—No.

En ese momento oyeron un ruido de carreras, y Cadogan, chorreando y desesperado, dobló corriendo a toda velocidad la esquina.

—¡Ha salido! —gritó—. ¡Se ha ido!

Fen rugió.

—¡Oh, por mis patas de conejo! —dijo—. ¿Y por qué no lo has detenido?

—Tenía una pistola —contestó Cadogan—. Y si te piensas que voy a enfrentarme a un tipo armado como si esto fuera una película de gánsteres, estás muy equivocado.

Fen gruñó de nuevo.

—¿Qué camino cogió?

—Bajó por este lado de la calle. Robó una bicicleta.

Sin perder un instante, Fen corrió hacia un Hillman azul que estaba aparcado junto al bordillo, se coló por la ventanilla, y accionó el contacto.

—¡Vamos! —les gritó, haciéndoles aspavientos—. *La propriété, c'est le vol*^[64]. ¡Y maldita sea mi estampa si le pierdo otra vez la pista por elegir el vehículo equivocado!

De un modo u otro todos se embutieron dentro y el coche arrancó. El propietario, que en aquellos momentos estaba tomando una cerveza en un bar cercano, se mantuvo completamente ignorante durante un buen rato del hecho de que su coche había sido robado con fines persecutorios.

Se internaron en la estrecha calle que bordeaba el cine. Las ruedas de la derecha, deslizándose sobre una alcantarilla atascada, lanzaron una ola de agua contra un muro de ladrillos rojos empapelado con carteles. Los focos delanteros del vehículo iluminaban las gotas de lluvia que brillaban como agujas plateadas. Muy poco después, la calle se ensanchó y alcanzaron a ver a Sharman, pedaleando como un loco, y a cada poco girándose por encima del hombro para ver si lo seguían. Cuando el coche se acercó más, las luces captaron durante un instante el blanco de sus ojos y su hocico de roedor. Cuando llegaron a su altura, Fen gritó:

—¡Sharman, escuche...! ¡Si no se para, no tendré más remedio que tirarlo al suelo!

Mientras se lo decía, Sharman giró de repente y desapareció. Aquello parecía un truco de magia. Por un momento no se dieron cuenta de que lo que había hecho fue girar en un camino estrecho y embarrado que se abría a la izquierda. Fen frenó en seco y dio marcha atrás. Su manera de conducir era la de siempre, frenética a la par que desconcertante («*Cinco millas zigzagueando con un laberíntico movimiento*»^[65] citó Cadogan ajustadamente), pero la entrada del camino era demasiado estrecha como para que pudieran adentrarse por ella. Así que se apearon, abandonaron el coche en la cuneta y corrieron, saltando sobre los charcos y empapándose hasta los huesos, hacia un débil resplandor de luz, un olor a petróleo, y un chirriante alboroto musical. Solo Sally se dio cuenta de que Sharman estaba en un callejón sin salida. Al final del callejón estaba la Feria de Botley.

Al pasar junto a un generador que humeaba bajo la lluvia torrencial descubrieron la bicicleta de Sharman, tirada en el suelo, junto a la entrada de la primera y enorme carpa de la feria. Fen dejó a Cadogan y a Hoskins vigilando en el exterior, y con Wilkes y Sally empujó la puerta de entrada. En un primer momento el resplandor de las luces y la música los deslumbró hasta el aturdimiento. Había poca gente. El mal tiempo no era bueno para el negocio. A la derecha vieron una caseta de tiro, en la que un joven con el pelo atiborrado de brillantina mostraba sus habilidades ante una chica; enfrente había uno de esos cubículos octogonales en los que unos cilindros

lentos de peniques hacen que estos vayan cayendo de una plataforma a otra, pero allí tampoco había nadie; a mano izquierda, cabinas para dardos, bolos, una quiromántica... En el extremo más alejado, un enorme tiiovivo empezaba a coger velocidad, con solo dos personas a bordo. Los coches de choque circulaban sin rumbo fijo, con los contactos crepitando en lo alto de las banderolas y lanzando destellos en la malla de alambre; tenían los altavoces a toda potencia, hiperamplificados, rugiendo con música de baile.

«¡Nenaaa!», gritaba una voz colosal. «¡Nunca digas qué penaaaa, qué penaaaa!».

La maquinaria del tiiovivo se puso en marcha y fue ganando velocidad, con la pesada y explosiva fuerza de un tren cruzando un túnel. Había un cartel: «No hay límite de velocidad para esta máquina». En algunos sitios de la carpa había goteras, y el barro seco y pisoteado empezaba a encharcarse. Un grupo de chicas muy jóvenes, con las piernas desnudas, blancas y escuálidas, con sus bonetes y sus abrigos baratos de lana, y sus labios escarlata, permanecían apáticas mirando los coches, o los premios — muñecos, jarras de cerveza con forma de caras, canarios, peces de colores, paquetes de cigarrillos—, apilados en una montaña, como esplendores celestiales de pacotilla en un paraíso proletario. La atmósfera era pegajosamente cálida, y olía a vapor y a petróleo y a lona. La bulla era incesante.

Como en una escena de una novela de Graham Green, mientras miraba a su alrededor, Cadogan pensó: «En algún sitio debe de haber alguien rezando un Ave María».

Pero ninguno de los otros tuvo tiempo para asimilar todos estos detalles, o de permitirse el lujo siquiera de recordar pasajes literarios. De pronto vieron cómo, desde detrás de una de las cabinas de dardos, Sharman se escabullía y salía huyendo: corrió hacia donde estaba clavada la lona, en un extremo, buscando con desesperación una salida. No había. Se giró con una especie de gruñido animal cuando Fen, apartando de un empujón a Sally fuera de la línea de tiro, se lanzó hacia él. Entonces, atenazado por el puro pánico, corrió hacia el tiiovivo que giraba a toda velocidad en medio de la carpa y, sin atender a los gritos del vigilante, que estaba apoyado en uno de los postes, sobre la plataforma fija de madera que lo rodeaba, se agarró a uno de los vagones que pasaban volando a toda velocidad y, con una sacudida que debió de estar a punto de sacarle los brazos de las coyunturas, se subió en volandas al carrusel. Fen apenas dejó entrever un momento de duda, y lo siguió. En algún sitio se oyó el grito de una mujer, y el vigilante, ahora verdaderamente alarmado, intentó sujetarlo, pero fracasó. También Fen cayó, tropezó, luchó por abrirse camino en aquel furibundo carrusel, y se aferró con manos doloridas a una motocicleta de madera, con su asiento de felpa incorporado, mientras intentaba recobrar el equilibrio en su lucha contra la fuerza centrífuga y la velocidad. Sharman, a poca distancia de él, estaba firmemente agarrado y ya buscaba a tientas su pistola.

—¡Malditos locos! —le gritó el vigilante a Cadogan, que acababa de llegar con Hoskins para unirse a Sally y a Wilkes—. ¿Es que quieren matarse?

Las luces del carrusel se atenuaron repentinamente cuando la maquinaria alcanzó su velocidad máxima. Aislado en su soledad, el operario que manipulaba el mecanismo en el centro del carrusel lo observó con indiferencia, esperando que transcurrieran las escasas vueltas que quedaban para terminar la ronda. Al parecer, preferiría morir despedazado antes que claudicar y tener que ralentizar la marcha.

—¡Pare usted este trasto! —gritó ferozmente Cadogan—. El hombre que va ahí delante es un asesino. Va armado y es muy peligroso. ¡Deténgalo, por el amor de Dios!

El vigilante lo miró atónito.

—¿Pero qué dem...?

—¡Es la verdad y nada más que la verdad! —dijo Wilkes con repentina autoridad—. Sally, vaya usted y llame a la policía, y luego póngase en contacto con los que están en la estación de tren y dígales que vengan aquí.

Sally, muy pálida y sin poder articular palabra, asintió y salió corriendo. La gente ya estaba acercándose al carrusel, preguntándose cuál sería el problema.

—¡Rediós! —dijo el vigilante, convencido de repente. Y le gritó al hombre del centro—: ¡Eh, Bert, páralo! ¡Páralo! ¡Rápido!

La violenta ráfaga de aire y el metálico traqueteo del tiovivo se llevaron las palabras consigo. El hombre del centro sacudió la cabeza interrogativamente, y elevó los hombros. Sharman ya había sacado la pistola de su bolsillo. Apuntó y disparó. El hombre de los controles abrió estúpidamente la boca durante un fugaz instante, se derrumbó y no se le volvió a ver.

—¡Maldito cabrón! —dijo el ayudante con repentina violencia—. ¡Ese cabrón le ha disparado!

Los vigilantes de otras casetas estaban ya aproximándose. El carrusel, mientras tanto, iba ganando cada vez más velocidad: hacía retemblar toda la plataforma exterior con su tremenda y sorda reverberación. De un modo incongruente y absurdo, la música vociferaba: «¡Cariño, cariño, palomita mía, le estoy contando mis penas a la lunaaaaa!»». Los rostros adquirieron repentinamente un aspecto demacrado, aterrorizado. Otro de los pasajeros del tiovivo (había dos más) profirió un grito punzante de verdadero terror.

—¡Agáchese! —berreó el vigilante—. ¡Agáchese junto a la barra! Dios mío... —añadió en voz más baja—. Si alguno sale despedido mientras está zumbando a esta velocidad... no vivirá para contarlo.

La velocidad seguía aumentando. En aquella caverna en penumbra, figuras y rostros solo podían entreverse, arrebatados como si los zarandeara la mano de un gigante. En la carpa todo lo demás se había detenido, todos los puestos estaban vacíos. Las primeras filas de curiosos podían sentir en sus caras el viento furioso que el carrusel levantaba en su giro alocado.

—No podemos pararlo... —murmuró el vigilante—. Ahora no podemos pararlo. Hasta que no se acabe el combustible.

—¿Qué demonios quiere decir eso? —preguntó Cadogan, repentinamente horrorizado.

—El motor y todo está ahí, en el medio. No hay manera de llegar hasta allí. Si lo intenta usted, la velocidad le romperá el cuello.

—¿Cuánto tiempo va a estar así?

El vigilante se encogió de hombros.

—Media hora, puede que más —respondió con gesto abatido—. Eso si no acaba hundiendo toda la carpa antes.

—Oh, Dios... —dijo Cadogan, y sintió que se mareaba—. ¿No podemos coger uno de esos rifles y dispararle?

—Créame, con esos rifles intenta usted darle a algo y le da a cualquier cosa menos a lo que estaba apuntando.

El carrusel giraba cada vez más deprisa.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Cadogan de repente—. Si serramos el zócalo, ¿no podemos llegar al centro *por debajo*?

El hombre lo miró atónito.

—Puede... —respondió—. Pero ahí hay un montón de máquinas, y dé por seguro que no podrá levantar la cabeza, ni siquiera aunque entre arrastrándose.

—Tenemos que intentarlo —dijo Cadogan—, aunque solo sea por esas otras dos personas. Están aterrorizadas y hay muchísimas posibilidades de que se suelten en cualquier momento.

El vigilante dudó solo un instante.

—Bien. Iré con usted... —dijo—. ¡Phil, alcánzame las herramientas!

¿Alguna vez, indiferente lector, ha intentado usted mantenerse en pie en un tiovivo que se mueve a velocidad de vértigo? Si sus pies están firmemente asentados, puede inclinarse hacia adelante en un ángulo de sesenta grados y, aun así, no perderá el equilibrio. Solo en ese momento, de hecho, es cuando se encontrará en perfecto equilibrio. Colóquese derecho y precisará de todas sus fuerzas para evitar que la inercia lo expulse hacia afuera, como una chincheta en un tocadiscos. Desde luego, un carrusel no es en ningún caso el lugar más adecuado para enfrentarse a un hombre desesperado, aunque es cierto que las desventajas afectan en igual medida a ambos contendientes.

Y hay aún otra cosa, y es que al cabo del tiempo los sentidos comienzan a verse afectados. Tras un rato dando vueltas, solo el feroz empuje hacia fuera que sufre el cuerpo nos indica que estamos dando vueltas. Todo lo demás, visión incluida, proporciona la ilusión de que uno está subiendo... subiendo una cuesta oscura y empinada, que parece más inclinada a medida que la velocidad aumenta. Al final uno cree que no existe ninguna fuerza centrífuga gravitacional y se descubre luchando contra ella. Es una curiosa sensación, esta precipitación hacia un túnel negro de

viento con los rostros de los espectadores convertidos en un contorno borroso, permanentemente inclinados... Es muy divertido al principio, luego resulta agotador, y al final, cuando uno ya tiene los nervios destrozados, es absolutamente insoportable, una pesadilla de lucha y sufrimiento.

A Fen le dolían las manos desde el primer tirón, pero al principio la sensación no fue muy punzante. Se le ocurrió —tardíamente— que aquella melodramática persecución final no tenía demasiado interés para él: algún impulso irracional le había obligado a subirse allí, igual que el deseo de escapar un poco más había conducido a Sharman a aquel refugio temporal y ridículo. Ya que estaba allí, debía hacer todo lo que pudiera. Recordó con una punzada de enojo que su pistola aún seguía sobre su escritorio, en sus dependencias, donde la había dejado. Y a continuación se consoló pensando que, aunque Sharman le disparara, era prácticamente imposible que acertara. Cuanto más cerca estuviera del centro, más libertad de movimientos tendría, pero acercarse al centro también constituía un objetivo difícilísimo. Teniendo en cuenta todas las opciones, decidió quedarse donde estaba; es más, decidió no hacer nada respecto a Sharman hasta que el carrusel se detuviera, a su debido tiempo.

Sin embargo, todas aquellas resoluciones se quedaron en nada cuando Sharman efectuó su primer disparo. Aquel acto inútil excitó en Fen algo que no era ni heroísmo ni sentimentalismo ni justa indignación, ni siquiera una instintiva repulsión. Una vez definido el caso por conocimiento negativo, hay que admitir que resulta difícil describir con palabras qué tipo de sentimiento era en realidad el que albergaba, pues no se trataba de una emoción habitual entre los hombres, dado que subyacía en lo más profundo de la personalidad de Fen. Supongo que lo más acertado sería decir que fue una especie de desapasionado sentimiento de justicia y belleza, una repugnancia profundamente arraigada frente a la basura. En cualquier caso, aquello excitó en él un repentino deseo de actuar; y, cantando calladamente y sin melodía, para sí mismo, el final de las *Variaciones Enigma*^[66], se puso en cuclillas junto a una de las motocicletas de madera, con la fuerza centrífuga aplastándolo contra ella, y comenzó a avanzar casi a rastras por el suelo.

Sharman, pistola en mano, se giró, lo vio, y esperó, aguantando el disparo hasta que estuviera seguro de dar en el blanco. Sus ojos inyectados en sangre brillaban como los de un lunático, y gritaba cosas que se perdían en el vendaval del momento. Los dos hombres, levantándose y cayendo entre los distintos artefactos que se abatían y ondulaban alternativamente, estaban a todos los efectos solos en su empinado remolino negro. Con el aumento de la velocidad, los objetos del exterior se tornaban incluso más imperceptibles e irrelevantes.

Fen avanzó trabajosamente. Era un avance lento y angustioso, sobre todo cuando lo hacía por los huecos que se abrían entre las hileras de motocicletas. Una mano o un pie resbalaban, y las uñas se quebraban con un dolor atroz en el esfuerzo por recuperar un asidero. Estaba empapado de sudor, y el estrépito del cilindro central le machacaba los oídos. No tenía ni idea de lo que iba a hacer a continuación; si

intentaba lanzarle algo a Sharman, probablemente lo que lanzara apenas se despegaría de su mano... y, de todos modos, no tenía nada que arrojarle. En cualquier caso, siguió aproximándose a él, hasta encontrarse apenas a unos seis pies de distancia. Lo que ninguno de ellos dos sabía era que, en ese preciso momento, Cadogan y el vigilante de la atracción se estaban abriendo camino bajo el carrusel hacia los controles que lo gobernaban. Fue entonces, si es que queremos precisar las cosas desde el punto de vista histórico, cuando la empresa de Fen fracasó. No se le ocurrió nada que hacer: abalanzarse contra Sharman no solo era imposible físicamente, sino que muy probablemente desembocaría en una muerte inmediata. Así que, recuperando una costumbre pasada de moda, comenzó a invocar a los dioses.

Y los dioses le respondieron. Puede que recordaran que había sido un fervoroso defensor (en contra de todo el mundo) del *deus ex machina* en las obras de teatro, o puede que simplemente consideraran que los acontecimientos de la velada ya habían ido demasiado lejos. Lo que ocurrió en efecto fue que Sharman perdió la estabilidad momentáneamente y, en su lucha feroz por recuperarla, se le cayó la pistola. Hubo un instante en que ambos quedaron paralizados al darse cuenta de lo que ocurría, y entonces Fen se le echó encima.

Dada la naturaleza de los contendientes, la lucha no podía alargarse mucho. Y fue cuestión de segundos antes de que ambos hombres, trabados el uno con el otro, se tambalearan hacia un hueco abierto entre las hileras de motocicletas, caballitos y artefactos. Fen abría la marcha. Sabía lo que tenía que hacer, y lo hizo. Cuando alcanzaron el hueco, consiguió zafarse de los brazos de Sharman. Con su mano izquierda intentó agarrarse a una barra, soportando durante un instante eterno el peso de su oponente; y luego, blandiendo el brazo derecho como un hacha, golpeó a Sharman de soslayo y hacia atrás. El aire se llevó al hombre como a una hoja seca. La multitud palideció al verlo salir despedido y golpearse contra una viga con espantosa violencia. Lo vieron rodar por los escalones de la plataforma hasta quedar tendido y quieto en el suelo, a los pies de la multitud. Casi en el mismo instante Cadogan y el vigilante, tras un trayecto que cabría calificar de suicida, alcanzaron los controles sanos y salvos. El tiovivo perdió velocidad gradualmente. Cuando se detuvo, algunas manos compasivas ayudaron a Fen y a las otras dos personas, que estaban aterrorizadas, pero ilesas, a poner pie en *terra firma* de nuevo. Estaban sudorosos, mareados y sucios. El hombre de los controles yacía inconsciente y herido, pero no de gravedad; la bala le había perforado el brazo, pero no había causado más daños de importancia.

Wilkes se acercó al cuerpo destrozado y ensangrentado de Sharman.

—No está muerto —dijo—. Tiene un montón de huesos rotos, pero vivirá.

—Espero que dure lo suficiente para que lo cuelguen bien alto —dijo Fen con voz temblorosa—. Lo cual... —añadió con aire socarrón— significará que habrá un janeausteniano menos en el mundo, lo cual no es poco.

Este será el último comentario registrado del día. Casi al mismo tiempo que Fen hablaba, Scott y Beavis llegaban a la feria a bordo del *Lily Christine III*; tras ellos venían el jefe de policía y sus secuaces; tras ellos, el propietario del Hillman azul; tras él, los agentes del orden a los que Sally había avisado; tras ellos, el propietario de la bicicleta que Sharman había robado; tras él, Barnaby y su ejército de irregulares, extraordinariamente animados por el consumo de casi todas las reservas líquidas del bar de la estación; y, cerrando la marcha, el censor junior, el *marshall* de la Universidad, y dos vigilantes, que habían sido apercibidos por las autoridades ferroviarias de que estaba a punto de montarse una bronca, y que parecían tan serios, autoritarios e ineficaces como siempre.

Aquello era una manifestación en toda regla.

EL EPISODIO DEL SATÍRICO PROFÉTICO

—Explicaciones... —dijo Fen sombríamente—. Explicaciones, explicaciones y más explicaciones. Explicárselo a la policía, explicárselo a los celadores universitarios, explicárselo a los periódicos... La mía ha sido una vida miserable durante las últimas cuarenta y ocho horas. Mi reputación se ha echado a perder. Ya nadie me respeta. Mis estudiantes se ríen abiertamente de mí. La gente señala a *Lily Christine* con el dedo cuando paso. Y aún no comprendo qué he hecho para merecerlo.

Apuró su *whisky* con aire de fatalidad. Nadie parecía especialmente compasivo con él; aunque habían transcurrido ya dos días desde que se resolviera el caso, era imposible estar de otro modo, salvo eufórico.

Cadogan, Wilkes, Sally y Hoskins estaban cómodamente sentados con él en el bar gótico del Mace & Sceptre. Eran las ocho en punto de la noche, así que el local estaba razonablemente poblado a aquellas horas. El joven con gafas y cuello largo había terminado ya su *Abadía Pesadilla* y ahora estaba leyendo *El castillo amañado*^[67]; el estudiante de la boca grande aún estaba discutiendo de caballos con el camarero, y el socialista pelirrojo seguía dándole la murga a su compañera sobre las iniquidades económicas del mundo.

—La investigación judicial de Rosseter —prosiguió Fen—. Las pesquisas policiales. ¿Por qué robé un coche? ¿Por qué el doctor Wilkes robó una bicicleta? ¿Por qué el señor Cadogan robó unas latas de comida? *Espíritus mezquinos*. Me amargan la vida. No hay justicia.

—Deduzco que la confesión de Sharman confirmó tus deducciones —dijo Cadogan—, aunque yo aún no he conseguido comprender cuáles eran esas deducciones.

—Todas han quedado confirmadas —la tristeza de Fen era atroz—. Se halló el cuerpo de la señorita Tardy donde Haverling dijo que estaba. El archivador de Rosseter y el rifle con el que le dispararon se encontraron en casa de Sharman... Era un rifle pequeño, por cierto, y supongo que, para llevarlo de un lugar a otro, pudo escondérselo debajo de la ropa. La policía pescó a la Winkworth esta misma tarde, intentando abandonar el país... ¿Sabíais eso? También tienen a Haverling, claro. Supongo que celebrarán un careo. —Pidió una segunda ronda—. Sharman tiene por lo menos para seis meses antes de restablecerse, según los médicos. No le resultará tan difícil como a mí, si vamos al caso. He de disculparme con el capellán por la historia aquella de la sacristía. Humillante. No le agradecen nada a uno.

—Pensaba que las historias que contaban todos ellos, respecto a lo que había ocurrido en la juguetería estaban destinadas básicamente a incriminar a Sally.

—Bien podría haber sido así. Yo no había descartado ninguna posibilidad, desde

luego. Sin embargo, había un problema, y era que si, hipotéticamente, todos decían la verdad, el asesino solo pudo haberlo hecho de una forma, obviamente, y solo pudo haberlo hecho una persona: Sharman, evidentemente.

—Aún no lo entiendo. ¿La señora murió *de verdad* alrededor de las 11.40, como dijo Havering? Porque si fue así, todos los demás estaban en diferentes habitaciones al mismo tiempo.

Las bebidas llegaron y Fen las pagó.

—Ah, sí... La mujer murió a las 11.40, para ser exactos —dijo—. Y no por causas naturales, desde luego. Ya ves, no existen dos maneras de morir: ella fue asfixiada.

—¿Asfixiada?

—Así debió de ser. Los síntomas de la estrangulación y de la asfixia son exactamente los mismos... Obviamente, porque ambos son medios de impedir que el aire llegue a los pulmones, el uno obstruyendo la boca, y el otro obstruyendo la garganta. Así que, si fue imposible que fuera estrangulada, lo único que nos queda es que fuera asfixiada. La estrangulación es un método rápido, casi inmediato, ¿entiendes?, mientras que la asfixia requiere un tiempo.

Cadogan le dio un trago a su cerveza.

—¿Y qué me dices del detalle las marcas... de las magulladuras... en la garganta?

—Pudieron producirse después de la muerte. —Fen buscó a tientas algo en su bolsillo y sacó un mugriento trozo de papel—. Escribí esto para ti. Es de una autoridad clásica: «Una larguísima serie de especialistas en jurisprudencia médica» —leyó— «ha establecido que las marcas de la estrangulación infligidas a una persona viva son de todo punto imposibles de distinguir de aquellas producidas en un cadáver, especialmente si la muerte es muy reciente»^[68]. Y la muerte efectivamente *era* muy reciente.

—La clave sobre la aparente imposibilidad del crimen era simplemente esta: que si tú estrangulas a una persona, tienes que estar en el lugar donde esa persona muere, pero si la asfixias, no tienes por qué estar allí necesariamente.

»Naturalmente, la teoría de la asfixia apuntaba directamente a Sharman. ¿Recuerdas la situación? Rosseter habló con la mujer, y según los otros dos testigos además de él, la mujer estaba viva y *hablando* cuando Rosseter la abandonó... Y si estaba hablando, difícilmente podría haber asistido a las primeras fases de la asfixia. Luego Rosseter se reunió con Havering y con la señora Winkworth, y la única persona que estuvo sin coartada desde entonces hasta el momento de la muerte de la mujer... fue Sharman. Así de simple.

»Lo que ocurrió fue que *él* se había dado cuenta de que aquel asunto de la intimidación no saldría bien. Así que entró en la habitación, golpeó a la mujer y la dejó inconsciente, le tapó la nariz y le metió un pañuelo en la garganta. Entonces dejó que se muriera lentamente. Luego, cuando Rosseter le dio la pistola y le dijo que fuera a matarla, retiró las pruebas de la asfixia y ató el cordel alrededor del cuello del

cadáver... utilizando el cuento aquel de la luz como excusa.

—Pero, por el amor de Dios —terció Cadogan—, ¿por qué organizó una trama semejante? ¿Por qué intentó que pareciera un crimen imposible? Además, dadas las circunstancias, podría haber sucedido que la mujer ni siquiera hubiera muerto cuando tuviera que volver a entrar en la habitación, y eso podría haberle arruinado todo el plan.

—Obviamente, él no pretendía que pareciera un crimen imposible —contestó Fen con impaciencia—. Lo que ocurrió fue que cuando hubo preparado toda la parafernalia de la asfixia, regresó y se encontró a los otros reunidos en un mismo lugar, cuando esperaba que estuvieran en habitaciones diferentes; y eso, por razones que ya hemos discutido, haría recaer toda la culpabilidad sobre él. Así que falseó la historia para que pareciera otra, y la estrangulación, habida cuenta de nuestras conclusiones, era la única posibilidad.

—Entonces, ¿qué me dices de aquella historia que contó de que había alguien rondando por allí? Sally dijo que no había nadie...

—Y efectivamente, no había nadie. —El tono de Fen era de indignación—. A quien oyó fue a Sally. ¿No es así, Wilkes? —añadió bruscamente.

—¿Eh? —exclamó Wilkes, sorprendido ante aquella apelación tan brusca.

—Verás —continuó Fen—. La aguda y activa inteligencia de Wilkes habría llegado instantáneamente a la misma conclusión. —Miró con malicia a su anciano colega—. Naturalmente, todo dependía de que las historias de los testigos fuesen ciertas. Afortunadamente, Sharman no quiso continuar con todo ese embuste y se delató en nuestra segunda entrevista. Dijo: «Ni un alma puede testificar que yo estuve implicado en ninguna conspiración». Bueno, Rosseter podía haber testificado, con la condición de que hubiera estado vivo. Las únicas personas, aparte del asesino, que sabían que Rosseter estaba muerto éramos nosotros y aquel policía. *Ergo*, Sharman mató a Rosseter; *ergo*, también mató a la señorita Tardy.

—¿Cómo consiguió que la señorita Snaith le dejara parte de su dinero? ¿Lo ha averiguado alguien?

—Ah... Al parecer publicó alguna porquería de libro sobre educación, y la señora estaba interesada en la materia. Mantuvieron alguna correspondencia y al final se conocieron. Él le daba un poco de coba, y a ella le gustaba. Miserable aduladorcillo.

En el silencio que se produjo a continuación se pudo oír al estudiante pelirrojo que decía:

—¡A cada cual dependiendo de sus necesidades! No puede existir una igualdad absoluta, puesto que la gente tiene *diferentes* necesidades.

—¿Quién decide cuáles son las necesidades de cada persona? —preguntó su compañera.

—El Estado, por supuesto. No preguntes esas bobadas...

Fen había regresado a sus lamentaciones.

—Solo porque Scott y Beavis llevaron al jefe de policía casi hasta Londres y

luego lo trajeron de vuelta... —dijo—, no veo que tenga razones suficientes como para que me diga esas burradas. Ni que fuera un peón caminero.

—Por cierto, ¿cómo supieron que estábamos en la feria?

—Oh, se encontraron con alguien de la banda de Barnaby en la estación. Lo cual me recuerda que se supone que hemos quedado en el New College dentro de diez minutos para tomar un trago con él. Encarguemos otra para el camino.

—Déjame a mí... —dijo Cadogan. Pidió las bebidas—. Spode ha regresado a Londres. Intenté que me subiera los royalties, pero no quiso. Escurridizo como una anguila...

—¿Así que vas a volver a escribir...? —preguntó Sally.

—Sí. Ese es mi *métier*. Puede que incluso pruebe con una novela.

—Fustigar a un caballo muerto para que pase la corriente... —protestó Fen—. ¿Y tú qué vas a hacer, Sally?

—Oh, no sé. Seguiré con mi trabajo un tiempo. Si no, no sabría qué hacer durante todo el día. ¿Y usted, Anthony?

Hoskins se sobresaltó.

—Continuaré con mis estudios... Muy buenas, Jacqueline —saludó a una rubia que pasó cerca.

—Wilkes —dijo Fen bruscamente.

—¿Eh?

—¿Qué va a ser de usted ahora?

—Mejor métete en tus asuntos —contestó Wilkes.

Cadogan se apresuró a terciar.

—¿Y tú, Gervase?

—¿Yo? —dijo Fen—. Proseguiré mi metódico y digno camino hacia la tumba.

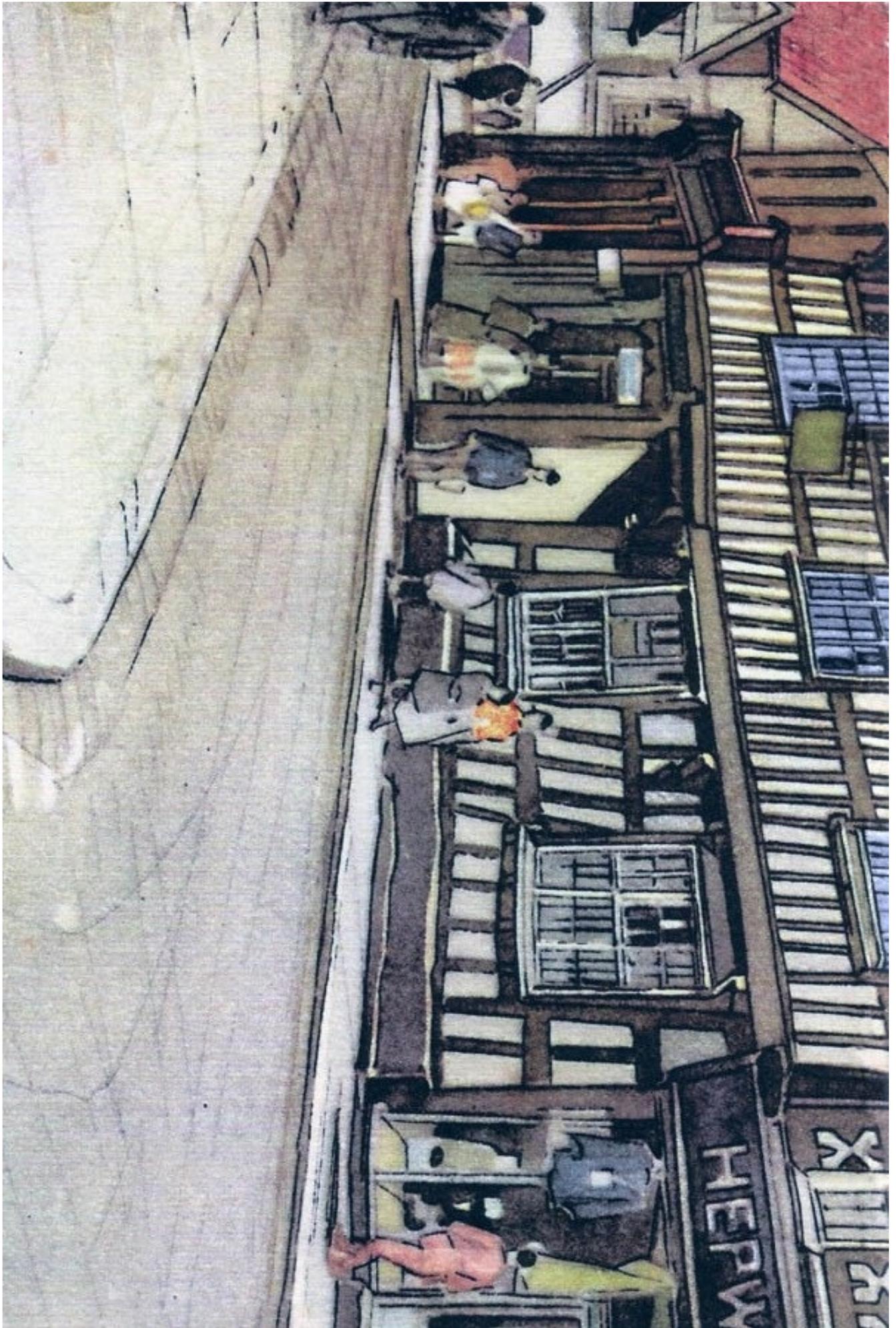
La gente fue llenando poco a poco el bar, y el humo empezó a irritar los ojos de los parroquianos. Fen se bebió su *whisky* con ánimo meditabundo. El joven con las gafas y el cuello largo terminó su *Castillo amañado* y empezó con *El vestíbulo precipitado*^[69]. Sally y Hoskins se encontraban absortos en la conversación. Wilkes parecía a punto de quedarse dormido. Y la mente de Cadogan se encontraba agradablemente en blanco.

—Ya lo tengo. ¡Juguemos a «Los Versos Más Espantosos de Shakespeare»! —sugirió.

Sin embargo, el destino no iba a permitir que comenzaran con su juego inmediatamente.

—Las mujeres son muy raras —exclamó Hoskins de repente. Todo el mundo escuchó con respetuosa atención—. Si no hubiera sido por las excentricidades de la señorita Snaith, nada de todo esto habría ocurrido. ¿Recuerdan lo que dijo Pope a propósito de las mujeres en *El rizo robado*? —Miró inquisitivamente a su alrededor—. Decía algo como... «*Con múltiples vanidades de todas partes procedentes, / de un lado a otro trasladan la juguetería errante de su corazón...*»^[70]. Válgame Dios...







EDMUND CRISPIN (1921-1978). El verdadero nombre de Edmund Crispin era Bruce Montgomery. Nació en 1921 en Chesham Bois, Buckinghamshire y asistió al St. John's College en Oxford, donde se licenció en Lenguas Modernas y donde fue organista y maestro de coro durante dos años. Cuando se le preguntaba por sus aficiones, Crispin solía decir que lo que más le gustaba en el mundo era nadar, fumar, leer a Shakespeare, escuchar óperas de Wagner y Strauss, vagar y mirar a los gatos. Por el contrario, sentía gran antipatía por los perros, las películas francesas, las películas inglesas modernas, el psicoanálisis, las novelas policíacas psicológicas y realistas, y el teatro contemporáneo. Publicó nueve novelas así como dos colecciones de cuentos, todas protagonizadas por el profesor de Oxford y detective aficionado, Gervase Fen, excéntrico docente afincado en el ficticio St. Christopher's College. Novelas que le hicieron ganarse un lugar de honor entre los más importantes autores ingleses de novela clásica de detectives. La juguetería errante (1946), la publicación de la saga de Gervase Fen, a la que seguirán otros títulos, como *Love Lies Bleeding*, (1948), *The Case of the Gilded Fly* (1944), *Holy Disorders* (1945), *Buried for Pleasure* (1949) y *El canto del cisne*, (1947). Crispin dejó de escribir novelas en la década de los cincuenta, pero continuó redactando reseñas de novelas de detectives y de ciencia ficción para el *Sunday Times*. Murió de un ataque al corazón en 1978.

OBRAS

- *Case of the Gildey Fly* (1944); «El caso de la mosca dorada».

- *Holy Disorders* (1945).
- *The Moving Toyshop* (1946); «La juguetería errante».
- *Swan Song* (1947); «El canto del cisne».
- *Love Lies Bleeding* (1948); «Trabajos de amor ensangrentados».
- *Buried for Pleasure* (1949).
- *Frequent Hearses* (1950)
- *The Long Divorce* (1952)
- *The Glimpses of the Moon* (1977).
- *Beware of the Trains* (1953) (short story collection).
- *Fen Country* (1979) (short story collection).

Notas

[1] Edmund Crispin conoció al poeta e intelectual Philip Larkin (1922-1985) cuando ambos cursaban los últimos años de Humanidades en Oxford. Larkin fue un buen amigo de Crispin y juntos frecuentaron los abundantes bares de Oxford. <<

[2] La crítica argumentaba que la producción poética de William Wordsworth, adalid del romanticismo inglés, había decaído lamentablemente a partir de 1810 y que vivía de la fama de sus *Baladas líricas* (1798). <<

[3] Freyja es una de las diosas mayores de la mitología escandinava. Se ocupaba de vigilar el árbol de las manzanas de oro; cuando fue raptada por dos gigantes, los dioses comenzaron a envejecer de inmediato. Odín tuvo que pagar un alto rescate para recuperarla. En Navidad los niños dejan manzanas en el árbol para Freyja. <<

[4] Poictesme es un territorio fingido ideado por el escritor americano James Branch Cabell (1879-1958), en su *The Biography of Manuel*. Logres es la forma común de denominar al reino del rey Arturo en los antiguos textos del ciclo de Bretaña; procede de la voz galesa 'Lloegr', que era como los galeses llamaban a Inglaterra. <<

[5] El lema oxoniense de «ciudad de campanarios de ensueño» se debe al poeta Matthew Arnold (1822-1888). Con los siguientes epítetos, el personaje está citando literalmente el segundo verso del soneto *Dun Scotus's Oxford*, del poeta laureado Gerard Manley Hopkins (1844-1889), que vivió y estudió en Oxford. <<

[6] Son distintas referencias mitológicas. Fand es una diosa marina del panteón gaélico, reina de las hadas. Las Hespérides grecolatinas eran ninfas que custodiaban un maravilloso jardín en Occidente. Y Klingsor fue un caballero que se castró a sí mismo para no caer en la lujuria desenfrenada: se estableció en un desierto donde cultivó un jardín maravilloso y mágico, y donde intentó levantar un reino. <<

[7] Es el comienzo de la inmortal *Balada del Viejo Marinero* (*Rime of the Ancyent Marinere*) de Samuel T. Coleridge: «*He stoppeth one of three*» (v.2). <<

[8] El camionero cita *muy* erróneamente a Coleridge (canto IV). La cita correcta es: «Y un millón de millones de cosas repugnantes / seguían vivas... y yo también». (*And a million million slimy things / Liv'd on... and so did I*). <<

[9] Aunque la mayoría de los lugares e instituciones oxonienses citados en la novela son reales, el St. Christopher's College es ficticio. De St. Christopher (San Cristóbal de Licia, en español) se cuenta que era un gigante cananeo que ayudaba a los viajeros a cruzar el vado de un río peligroso, y que también llevó a hombros al Niño Jesús, de ahí su patronazgo. <<

[10] El duque Próspero de Milán, desterrado a una isla, es el protagonista de *La tempestad*, de William Shakespeare. La frase la dice el salvaje Calibán: «*The isle is full of noises*» (III, II). <<

[11] Es una de las grandes festividades oxonienses: la celebración, con más de quinientos años de historia, tiene lugar el día 1 de mayo y comienza con ciertos rituales religiosos en el Magdalen College; a lo largo del día se celebran distintas fiestas y bailes por toda la ciudad. <<

[12] James Grover Thurber (1894-1961) fue un escritor y dibujante americano, que desarrolló su carrera en la revista *The New Yorker*, donde se especializó en historias y viñetas sobre perros. Normalmente se decantaba por sabuesos de triste mirada y grandes orejas. <<

[13] Henry Louis Mencken (1880-1956), periodista y crítico americano. <<

[14] Expresión del conejo apresurado y atemorizado en *Alicia en el País de las Maravillas* (1865), de Lewis Carroll (cap. iv). <<

[15] Se trata del heredero de una acaudalada familia Sitwell, barones ingleses dedicados al arte, a la literatura y los viajes. <<

[16] *Medida por medida (Measure for Measure)* es una de las obras más complejas y modernas de Shakespeare. Los temas y los problemas que plantea son muchos, pero todos surgen a partir del capricho del duque Vicentio, que delega todo su poder en Angelo. <<

[17] Es otra expresión del conejo apresurado en la novela *Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carroll (cap. 1). <<

[18] Se refiere a las largas tramas del escritor John Galsworthy (1867-1933) en sus trilogías: *The Forsyte Saga*, *A Modern Comedy* y *The End of the Chapter*. <<

[19] Es un personaje caricaturesco de Max Beerbohm (1872-1956), que aparece en un relato corto de *Seven Men* (1919). El personaje estaba escribiendo una tragedia que abarcaba todo el renacimiento italiano cuando fue atropellado por un ómnibus. <<

[20] Primeros versos del soneto LXXI de Shakespeare. <<

[21] La famosísima Sommerset House del *strand* londinense ha tenido muchos usos, privados y públicos, desde el siglo xvii. En la época de la novela albergaba, entre otras dependencias gubernamentales, los registros de natalicios, muertes y testamentos. <<

[22] *Abadía Pesadilla*, (*Nightmare Abbey*, 1818) es una novela satírica antirromántica de Thomas Love Peacock (1785-1866). <<

[23] Se trata de una referencia a una antigua costumbre de la Universidad de Oxford: los *colleges* y la propia universidad mantenían a ciertos individuos (*proctors*) que se ocupaban de vigilar la buena conducta de los estudiantes, y hacían rondas por los bares y los *pubs* para sorprender a los jóvenes más díscolos. A principios del siglo xx eran ya una institución obsoleta de la que todos los estudiantes se burlaban. <<

[24] Un tipo de tren muy antiguo de vapor. <<

[25] Beatrice y Benedick son personajes de *Mucho ruido y pocas nueces*, de Shakespeare; el guardabosques es el amante de *lady Chatterley* en la obra de D. H. Lawrence; Britomart es una dama-caballero que representa a la Castidad en el poema épico *La Reina de las Hadas (The Faerie Queen, 1590-1596)* de Edmund Spenser. *Orgullo y prejuicio (Pride and Prejudice, 1813)* es una de las grandes novelas de Jane Austen. <<

[26] Protagonista de *The Ordeal of Richard Feverel: A History of Father and Son* (1859), de George Meredith (1828-1909). <<

[27] El recolector de sanguijuelas es un personaje de William Wordsworth, que aparece en *Resolution and Independence* (1802-1807). <<

[28] *St. Agnes' Eve*, de John Keats. Estrofa I (vv. 1 y 2): «Víspera de Santa Agnes, ¡ah, qué frío hacía! / El búho, a pesar de todas sus plumas, tenía frío». <<

[29] Salmos 119 (118), 25; y continúa: «Dame vida, conforme a tu palabra». <<

[30] En original *limerick*. Un *limerick* es un sencillo poema jocoso de cinco versos con rima *aabba* y de metro variable. Los mejores son surrealistas, y los peores, bastante groseros. Edward Lear (1812-1888) popularizó este tipo de poesías en el *Book of Nonsense* (1845 y 1872), citado inmediatamente antes. Los poemas absurdos solían ir acompañados de un dibujo ilustrativo. En el caso de Edward Lear, lo llamativo es que perpetraba unos espantosos ripios en el verso final, pues se decía que tenía dificultad a la hora de encontrar palabras que rimaran, y utilizaba directamente las de los versos anteriores. <<

[31] Desde la obra de Eurípides (*Ifigenia en Táuride*), el episodio se ha reproducido en numerosas ocasiones. Orestes, después de diversas aventuras, se ve acosado por las Erinias, que lo vuelven loco; el oráculo de Delfos le sugiere que vaya a un santuario de Táuride, donde se curará robando una imagen sagrada. La custodia del santuario es su hermana Ifigenia, a quien creía muerta. <<

[32] Hoy Blackwell es una famosa cadena de librerías; la primera fue, precisamente, la librería del señor Blackwell en Oxford, en Broad Street. Se fundó en 1879. Sus propietarios actuales ya no pertenecen a la familia Blackwell. <<

[33] Se trata de la *Schicksalslied* op.54 de Brahms, con texto de Hölderlin, traducido al inglés por J. Troutbeck: *A Song of Destiny*. <<

[34] Se trata del tristemente famoso calabozo del Fort William, en Calcuta, donde fueron encerrados los prisioneros británicos tras los combates de 1756 contra el *nawab* de Bengala. El 19 de junio, 146 prisioneros fueron encerrados en el estrecho cubículo de 4,3 x 5,5 metros. En el curso de la asfixiante noche que siguió, 123 de ellos murieron de calor, agotamiento y aplastamiento. <<

[35] Es el nombre popular de la *Tocata y Fuga en re menor, BWV 538*, de Johann Sebastian Bach. <<

[36] Cita de «The Passing of Arthur», de los *Idylls of the King* (1856-1885), de Alfred Tennyson (1809-1892). <<

[37] Son versos de una vieja canción, atribuida a un tal G. Anthony, y cuyo origen se remonta a finales del siglo XIX, pero que tuvo un breve período de esplendor y popularidad en los años veinte del siglo siguiente. <<

[38] Gollancz Ltd. fue una de las editoriales más importantes del siglo xx. La fundó en 1927 Victor Gollancz, bien conocido por sus ideas izquierdistas y por su apoyo a los socialistas. <<

[39] Es una referencia a un viejo mito mariner, el Viejo del Mar (*the Old Man of the Sea*), que ahogaba a los viajeros. Aparece en la mitología griega y árabe. No tiene ninguna relación con la obra de Hemingway *El viejo y el mar*. <<

[40] Son versos de un poema titulado *Garden*, del poeta *cromwelliano* Andrew Marvell (1621-1678). Se trata de un curioso poema filosófico en el que Marvell despliega toda una obsesión por las plantas y el color verde. <<

[41] *The Dream of Gerontius*, sobre un hombre en el trance de la muerte, es obra del cardenal John H. Newman (1801-1890). <<

[42] George du Maurier (1834-1896), abuelo de la escritora Daphne du Maurier, fue un novelista y pintor, conocido sobre todo por sus caricaturas en la popular revista *Punch*. <<

[43] *The Premature Burial* es el famoso relato de terror de Edgar Allan Poe, publicado en 1844. <<

[44] Es un conocido episodio bíblico (Núm. 22, 22), en el que Dios hace hablar a una burra para que Balaam entienda sus designios. <<

[45] Es una referencia a Charles Baudelaire. En *Las flores del mal* (xxxii) recuerda sus turbias relaciones con «*une affreuse juive*» (una espantosa judía). <<

[46] Probablemente se refiere al general escocés William Farquhar (1774-1839), que desarrolló su carrera militar en las bárbaras regiones de las Indias Orientales. <<

[47] Se trata de un famoso diccionario inglés-griego publicado por la Oxford University Press, a cargo de Henry G. Liddell, Robert Scott y otros lingüistas. <<

[48] En el famoso monólogo de *Hamlet* (III, I). <<

[49] «Parieron los montes y nació un ridículo ratón». Cita de Horacio en *Epistula ad Pisones*, retomando la fábula de Esopo. <<

[50] Los *blues* son los alumnos deportistas que oficialmente representan a la universidad. Son Dark Blues los de Oxford, y Light Blues los de Cambridge. <<

[51] Son versos de *The Hound of Heaven* (I, 46-51), el poema místico más conocido de Francis Thompson (1859-1907), en el que describe la ascensión del alma en pos del Paraíso. <<

[52] Jean Antoine Watteau (1684-1721) pintó la escena clásica, *Embarcando hacia la isla de Citerea*, al estilo lánguido del barroco francés. La leyenda del alma del rey Arturo navegando hacia Avalon, como la del Holandés Errante son bastante más siniestras. <<

[53] Hotspur, en *Enrique IV* (I), I, III. <<

[54] Henry Vaughan (1622-1695), del poema *They are all gone*. William Dunbar (1465-1520), de *Lament for the Makers*; Thomas Nashe (1567-1601), de *Summer's Last Will and Testament*. <<

[55] «Todo cansa, todo se estropea, todo pasa». Proverbio francés atribuido a la epicúrea y alegre Anne *Ninon* de Lenclos (1615-1705). A veces se completa con «... y todo se reemplaza». <<

[56] *Radio Times* era la revista de programación radiofónica de la BBC. Fue fundada en 1923. <<

[57] Alexander Pope escribió en 1728 (con revisiones posteriores) un cruel poema satírico titulado *The Dunciad* (*La burromaquia parda*), en el que arremetía contra la falta de gusto y saber de los escritores e intelectuales de su época. Wormius es un nombre ficticio: una especie de Fray Gerundio británico. <<

[58] Gén. 32, 23. Se trata de uno de los episodios más oscuros y misteriosos del Antiguo Testamento. <<

[59] Shakespeare, *Enrique V* (IV, III). <<

[60] Edmund Crispin bromea con su propio pseudónimo a cuenta de la escena de su novela y el famoso discurso de Enrique V el día de San Crispin (25 de octubre). William Shakespeare, *Enrique V* (IV, III): «Hoy es el día de San Crispin; / el que sobreviva al día de hoy, y llegue a salvo al hogar, / se pondrá orgulloso de pie cuando se conmemore este día, y elevará su espíritu al oír el nombre de *San Crispin*». <<

[61] Una de las grandes batallas de la Primera Guerra Mundial, en 1916. <<

[62] Probablemente, *Going to the Battle* (1858) del famoso pintor prerrafaelita Edward Burne-Jones. <<

[63] Salmos 146 (145), 3 y ss.: «No deposites tu confianza en príncipes / ni en los humanos que no tienen la ayuda de Dios». <<

[64] «La propiedad es un robo». Es una de las frases incendiarias del anarquista Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865) en su libro *¿Qué es la propiedad? (Qu'est-ce que la propriété?*, 1840). <<

[65] En el *Kublai Khan* (1797), de S. T. Coleridge. <<

[66] Variations on an Original Theme for Orchestra («Enigma») (1898-1899), de *Edward Elgar* (1857-1934). <<

[67] *Crotchet Castle* (1831) es la sexta novela de Thomas Love Peacock. <<

[68] Hans Gross: *Criminal Investigation* (Sweet & Marvell, 1934). (*Nota del autor*).

<<

[69] *Headlong Hall*, otra novela de Thomas Love Peacock, publicada en 1816. <<

[70] «*With varying vanities from, every part, / They shift the moving toyshop of their heart...*». Alexander Pope (1688-1744) es conocido especialmente por su poema filosófico *Essay on Man*, pero en 1712, con motivo de una disputa entre amigos, escribió la farsa poética *The Rape of the Lock* en la que detallaba, al estilo homérico, el robo (*rapto*) de un rizo de una dama (una parodia del *rapto* de Helena). Entre bromas y veras, la mujer queda retratada al estilo clásico: voluble y decorativa. <<